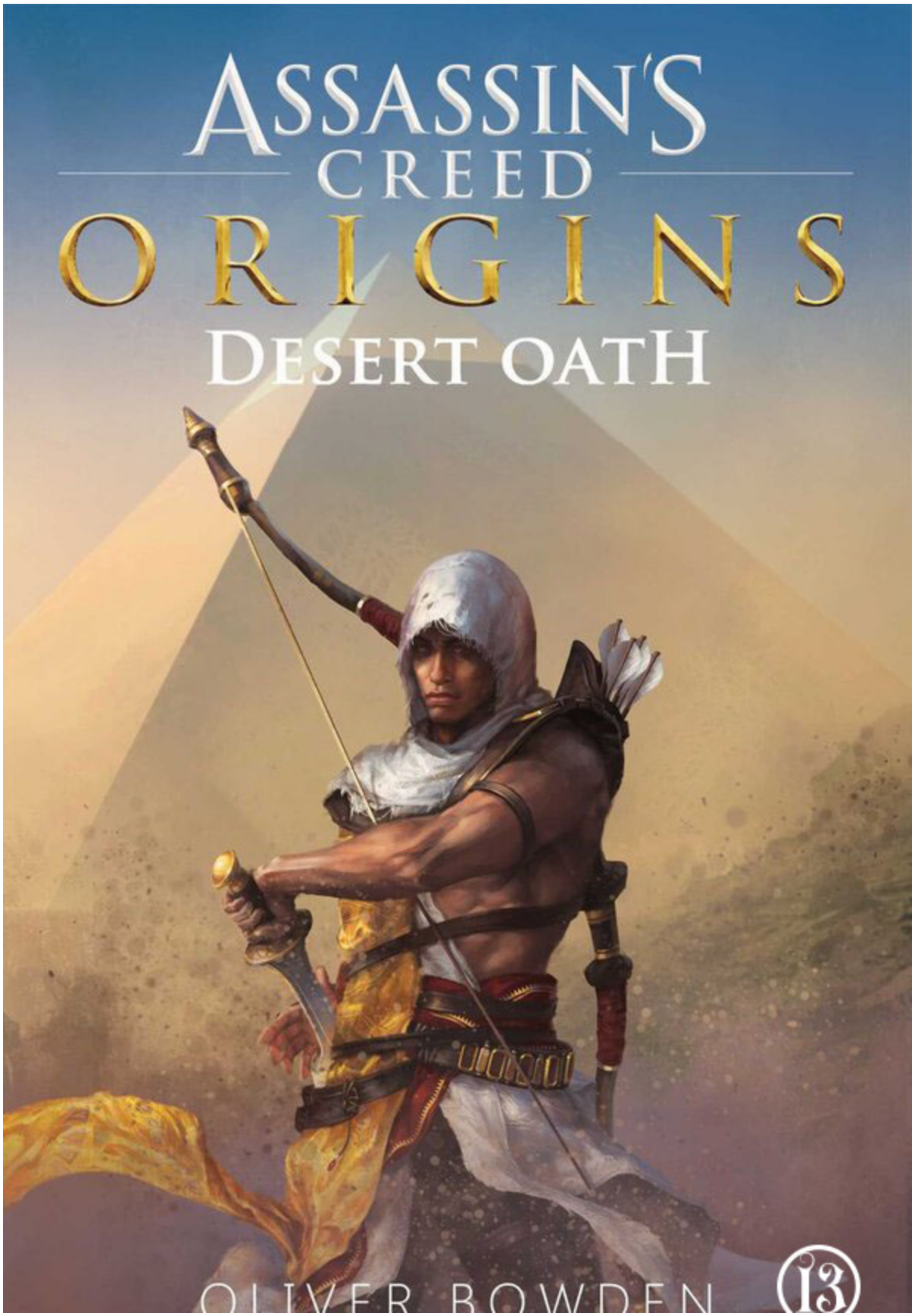
ASSASSIN'S CREED ORIGINS

DESERT OATH

OLIVER BOWDEN

13


ASSASSIN'S
CREED
ORIGINS
DESERT OATH
OLIVER BOWDEN
13

LA PRECUELA OFICIAL…

Antes de Assassin’s Creed Origins, existió un juramento. Egipto, año 70 a. de C. Un asesino despiadado acecha por el desierto. Su misión: encontrar y acabar con los últimos miembros de una orden antigua, los medjay: debe acabar con todos y cada uno de ellos y con sus linajes. En la tranquila Siwa, sin que nadie lo esperase, el protector de la ciudad se marcha y deja a su hijo adolescente, Bayek, con un montón de preguntas sobre su propio futuro y con la sensación de que tiene un objetivo que debe cumplir. Bayek partirá en busca de respuestas y su viaje lo llevará por el Nilo y a través de un Egipto agitado. El joven tendrá que enfrentarse a los peligros y los misterios que le aguardan en el camino para convertirse en medjay.

Oliver Bowden

Assassin’s Creed Origins

Dessert Oath

Assassin’s Creed
9

Título original: *Assassin's Creed Origins*
Oliver Bowden, 2018
Traducción: Traducciones Imposibles, S. L., 2018

Revisión: 1.0

10/01/2021

PARTE I

1

En el desierto no había nada salvo el ruinoso refugio de techo plano de un cazador, que dividía el horizonte como un diente solitario y podrido. «Me vale», pensó Emsaf. Ató a su caballo bajo la sombra del edificio y se adentró en el fresco interior del refugio, agradecido por las gruesas paredes de barro que lo aislaban de gran parte del calor.

Dentro de la cabaña, se descubrió la cabeza y evaluó el lugar con una mirada alrededor. No era el lugar idóneo para pasar mucho tiempo allí, desde luego (no había un solo mueble y, además, olía a humedad), pero, aun así, era perfecto para llevar a cabo lo que tenía en mente.

Y lo que tenía en mente era la muerte.

Dejó el arco en el suelo, sacó una flecha del carcaj y la colocó a su lado y, después, se acercó a una pequeña ventana desde la que se veía la llanura que se extendía hasta el horizonte. Estudió varios ángulos largo rato, los ojos entrecerrados. Luego se puso de rodillas y probó diferentes líneas visuales. Finalmente cogió el arco, colocó la flecha y probó su puntería.

Satisfecho, volvió a dejar el arma en el suelo y se comió la última tajada de melón que había comprado en el mercado de Ipu; después se acomodó para esperar la llegada de su presa.

Mientras esperaba, la mente de Emsaf regresó a su familia, a la que había dejado atrás en Hebenu, una separación provocada por una carta que había recibido desde Dyerty. El contenido de la carta lo había conmocionado tanto que apenas tardó un par de minutos en empezar a coger sus cosas para marcharse.

—Tengo algo que hacer —les había dicho a su mujer y a su hijo—. Algo que no puede esperar. Volveré en cuanto pueda. Os lo prometo.

Le había dicho a Merti que se ausentaría durante varias semanas, puede que incluso meses, y que ella debía encargarse de la plantación y de trillar el grano mientras él estaba de viaje. A Ebe, su hijo de tan solo siete años, le había encomendado la tarea de cuidar de los gansos y los patos; también le había hecho prometer que ayudaría a su madre con el ganado y los cerdos. Emsaf no dudaba ni por un momento de que Ebe cumpliría con su palabra, pues su hijo era buen niño, un hijo abnegado y aplicado con sus tareas.

Las lágrimas se habían agolpado en los ojos de su mujer y de su hijo, y hasta a Emsaf le había costado mantener la compostura delante de ellos, acongojado mientras se montaba en el caballo.

—Cuida de tu madre, hijo —le dijo a Ebe, mientras fingía que se sacaba un poco de polvo que se le había metido en el ojo.

—Sí, papá —contestó Ebe, al que le temblaba el labio inferior. Emsaf y Merti intercambiaron una sonrisa triste. Ambos sabían que aquel día llegaría, pero eso no cambió el hecho de que fuese un golpe duro para toda la familia.

—Rezad a los dioses por mí. Pedidles que nos mantengan a salvo hasta que regrese —pidió Emsaf y, después, guio a su caballo y se dirigió hacia el sudoeste; solo se permitió volver la vista atrás una sola vez hacia su familia, que observaba su marcha. Su despedida se le clavaba en el corazón como un cuchillo.

Había calculado que tardaría unos doce días de viaje en llegar a su destino desde el norte de Hebenu. No se llevó más que lo necesario y avanzaba de noche, con la luna y las estrellas como guía. Durante el día, se bajaba del caballo y dormía bajo la sombra de un terebinto frondoso o dentro de alguna choza que encontraba, lejos de aquel sol abrasador y traicionero.

Un día, a media tarde, se había despertado cuando el sol todavía brillaba en el cielo y había escrutado el horizonte con ojo experto. Allí, casi invisible en la lejanía, pudo ver una débil alteración en la calima, que se extendía por la línea del horizonte como si de cieno se tratase.

Tomó nota mental de ella, pero no le dedicó mucho tiempo más. Sin

embargo, al día siguiente se aseguró de despertarse a la misma hora y allí, en la franja de luz en el horizonte, exactamente en el mismo lugar que el día anterior, vio una pequeña mota. No le cabía la menor duda de que lo estaban siguiendo. Y no solo eso, quienquiera que fuese sabía lo que hacía. Era evidente que siempre mantenía la misma distancia entre ellos.

Al comprobar su teoría se arriesgaba a alertar a su perseguidor, pero tenía que hacerlo. Aminoró la marcha. La mota en las ondas de calor no varió. Viajó durante el día, capeando el ardiente sol. La persona que lo seguía tuvo que imitarle. Una noche, Emsaf marchó al galope; presionó a su caballo tanto como se atrevió. El perseguidor lo vio, se adelantó y, de nuevo, lo imitó.

Emsaf solo podía hacer una cosa: tendría que abandonar su misión, al menos por un tiempo, hasta que pudiese encargarse de quienquiera que lo estuviese siguiendo. ¿Cuándo había empezado a seguirle? Como el experto explorador que era, Emsaf había sido muy cuidadoso con sus pasos.

«Vale», pensó, «recapacitemos». Había reparado en el fantasma que lo seguía al quinto día de su viaje, lo cual le daba ánimos: significaba que Merti y Ebe no corrían peligro. Mientras la persona que lo seguía, fuese quien fuese, estuviese lejos de su hogar, todo iba bien. Lo que tenía que hacer era intentar acabar con su acosador.

No muy lejos de Ipu, Emsaf llegó a un poblado. Los mercaderes habían colocado sus puestos y vendían aceites, prendas de ropa, así como legumbres y judías guardadas en grandes tarros. Muchos estaban de paso; Emsaf consiguió encontrar uno que se dirigía rumbo a Tebas. Le dio dinero a cambio de que llevase un mensaje a la ciudad, con la promesa de que recibiría más monedas cuando acabase el trabajo. Emsaf se hizo con provisiones, pero no tardó mucho en emprender la marcha. Los granjeros que pasaban por allí con sus bueyes le recordaron a Merti y a Ebe. Sintió una punzada de nostalgia. Encontró un pasaje y atravesó el Nilo hacia el desierto occidental. Su perseguidor lo siguió mientras planeaba el siguiente paso de su plan.

Dos noches después, había encontrado el refugio del cazador en la llanura y decidió que aquel era el lugar ideal para aguardar.

Y, como era de esperar, su objetivo se dejó ver: a lo lejos, entre la

calima, emergió una solitaria figura a lomos de un caballo. Emsaf agradeció tener el sol a la espalda, colocó una flecha en el arco y apuntó al jinete. Observó la sombra de la capa, que tan familiar le era ya, y el color de su caballo.

Había llegado el momento.

Inspiró hondo, sin desviar el arco de su víctima, y apuntó al jinete durante lo que le pareció una eternidad. Tenía que soltar la flecha antes de que le empezasen a temblar los músculos y que, por ende, fallase el disparo. Tenía que acabar con la situación ya.

Abrió los dedos de la mano derecha.

La flecha dio de lleno en su objetivo. El jinete lejano cayó de su montura y se estrelló contra el suelo, envuelto en una nube de polvo y arena. Emsaf preparó otra fecha y apuntó de nuevo, listo para volver a disparar a su perseguidor si fuese necesario, atento a que el cuerpo caído diese señales de vida.

Pero no hubo ninguna.

2

Dos semanas antes

El asesino se levantó al amanecer, justo antes de que los rayos del sol naciente atravesasen la esterilla y el candente calor que emanaban le diese de pleno en los ojos. En poco tiempo, su hogar se caldearía, pero mientras se vestía, sacaba el manto de su cama y se cubría los hombros con él, notó que un frescor vigorizante se había instalado en el silencio.

En otra habitación, se preparó lo que le quedaba de pan y de fruta y se lo comió despacio, absorto en sus reflexiones, mientras despejaba su mente para la tarea que tenía por delante. Había pasado mucho tiempo, pero tanto su mente como su cuerpo estaban preparados; sus espadas estaban afiladas.

Cuando terminó de comer, ultimó los preparativos y consultó varios mapas. Las cicatrices que lucía en el lateral de la cara se reflejaron en el espejo de bronce que solía usar para ponerse kohl bajo los ojos y evitar los rayos del sol.

El asesino se preguntó si Iset, Horus y Anubis le favorecerían.

Solo el tiempo lo diría.

Tardó tres días y tres noches en llegar a la zona de labranza de Hebenu, un montón de casuchas en la arena con vallas para el ganado y una cuerda de la que colgaba una colada tan blanca que lanzaba destellos.

Seguro de que las curvas del terreno lo resguardaban, se detuvo en un

grupo de palmeras y ató su caballo bajo la sombra de un árbol. Allí, sacó un odre de agua de su bolsa, comprobó la posición del sol y se aseguró de que quedase siempre a su espalda mientras avanzaba. Encontró una depresión adecuada en el desierto y se atrincheró allí. Se cubrió con el manto y se puso cómodo, al acecho.

Allí. En la vivienda del granjero. Algo se movía. La figura de un hombre, no, de una mujer se dirigía hacia el pozo de la *sakia*, cargada con un gran cubo. El asesino entrecerró los ojos cuando vio sus andares, los movimientos justos y necesarios, controlados. Mientras la observaba, la mujer rellenó el recipiente, lo apoyó sobre el borde del pozo y se quedó un momento de pie, con las manos sobre las caderas. Momentos después, ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó un nombre que viajó a lomos de una ligera brisa.

—¡Ebe!

Su objetivo se llamaba Emsaf. Podía estar en cualquier lado (en el pueblo u ocupado con el cultivo, fuera de su campo visual) o quizá se había marchado de viaje. Un niño apareció frente a la casa. Era Ebe, sin duda. El asesino los observó a ambos mientras se ponían manos a la obra, levantaban otro cubo del borde del pozo y lo llevaban de nuevo a la casa. Utilizaron unos cubos más pequeños para rellenar los abrevaderos de los animales. Las cabras inclinaron la cabeza para beber. A lo lejos, en la llanura, su vigilante las imitó.

Se quedó en la depresión de arena hasta que estuvo convencido de que Emsaf no estaba en casa, que dentro solo estaban la mujer y el niño. Después, salió del agujero en cuclillas y corrió hacia su objetivo. Llegó con la respiración agitada y se quedó de pie con la espalda pegada a la pared de barro cocido. A través de una ventana que daba a la parte trasera de la casa, escuchó cómo la madre y el niño comían. Captó la palabra «papá» de boca del niño y, en la respuesta de la madre, escuchó las palabras «*volverá pronto*».

El asesino cerró los ojos para pensar. Era un inconveniente; no muy grande, pero un inconveniente al fin y al cabo. ¿Acaso habían avisado a Emsaf?

No. No le habían avisado de su visita. Si hubiese sido así, Emsaf se

habría quedado allí para proteger a su familia. Pero le habían avisado de algo. ¿Se habría apresurado para advertir a alguien más, o para realizar una tarea que le habían encomendado? Al final, el asesino decidió que ya se enteraría cuando alcanzase a su presa y se olvidó del asunto, por el momento.

El tiempo. El tiempo era lo que importaba. El tiempo era su enemigo.

Se sacó las sandalias y sintió la arena caliente en la planta de los pies mientras rodeaba con sigilo la casa; pasó por debajo de las ventanas, agachado, hasta que llegó a la entrada. Allí, se apostó junto a la puerta, pegado a la pared, y escuchó atentamente para calcular la distancia a la que estaba el niño de su madre. Sacó el cuchillo del cinturón y se pasó la correa de cuero que colgaba del mango por la muñeca.

Esperó. Contó el sonido de las pisadas.

«Ahora».

Apartó la esterilla, entró a toda prisa en la casa, cogió a la mujer por la espalda y le colocó el cuchillo en la garganta; un forcejeo sin importancia que se cortó en cuestión de segundos.

Al otro lado de la habitación, Ebe oyó la disputa, se volvió y vio a un hombre con la cara llena de cicatrices que amenazaba a su madre con un cuchillo. El niño iba despeinado y tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa y el miedo. En una de las manos llevaba un plato con un cuchillo encima. Recorrió la habitación con la mirada.

—Nadie tiene por qué salir herido —dijo el asesino. Mentira. La respiración de la mujer se aceleró—. Chaval, deja el plato y ponte bocabajo.

—No le hagas caso, Ebe —dijo la mujer, con la voz forzada, resuelta.

—Esto no es un juego —advirtió el asesino y pinchó el cuello a Merti con el cuchillo para dar fe de ello. Un poco de sangre goteó de la herida y cayó sobre la muñeca del asesino—. Deja el plato —repitió.

—Recuerda lo que nos dijo papá —jadeó la mujer—. Corre, Ebe. Vete por la ventana. Puedes dejarlo atrás. Habrá venido en caballo. Encuéntralo y huye.

Le agarró del brazo para sujetarse.

El asesino negó con la cabeza.

—Da un solo paso y le rebanaré el gaznate. Haz lo que te he dicho.

Después, todo sucedió muy de prisa: Ebe hizo un rápido movimiento de muñeca y lanzó el plato, el cual se rompió al estamparse contra la piedra. De su otra mano sacó el cuchillo, cuya hoja llevaba entre el dedo índice y el pulgar. Hizo otro veloz movimiento de muñeca y lanzó el cuchillo hacia el asesino mientras la madre del chico también se movía y hundía los dientes en el brazo del atacante.

Fue un buen lanzamiento de cuchillo, pero el asesino se apartó y la hoja apenas le hizo un rasguño en el hombro. Mientras tanto, la madre del chico le golpeó en las costillas con el codo una, dos veces. Sus golpes eran firmes y certeros; se notaba que ella también había entrenado. El asesino no tuvo más remedio que ocuparse de los dos. En seguida decidió a quién atacar primero; rajó el cuello de la mujer cuando esta intentaba asestarle un tercer codazo. Luego hizo una finta y lanzó su puñal hacia el chico, que se acercaba en un evidente intento de ayudar a su madre a luchar contra él.

El chico se encontraba cerca y el asesino lanzó el arma con puntería. Las manos del joven Ebe se aferraron al lugar de su cuello en el que se había clavado el puñal. La sangre manó a borbotones de la herida. El muchacho hincó las rodillas y, finalmente, cayó de costado. Madre e hijo murieron a tan solo unos pocos centímetros la una del otro.

El asesino ladeó la cabeza y contempló cómo la sangre se convertía en un charco que, entre sus dos víctimas, se mezclaba y empapaba el suelo lentamente. Irritado, torció las comisuras de sus labios durante un instante, pues quería haberlos dejado vivir durante el tiempo suficiente como para poder interrogarlos. Al decidir luchar le habían negado esa posibilidad. Madre e hijo estaban muertos, pero gracias a ello Emsaf había ganado algo de tiempo, quizá incluso la oportunidad de escapar.

Bion suspiró y frunció un poco el ceño. Menudos tercos.

Tomó el camino hacia Ipu en pos de Emsaf.

Su presa era habilidosa, no cabía duda. Cuando pasaban caravanas o mercaderes, este los seguía, y se apartaba del camino si el único que se hallaba allí era él. Sin embargo, aunque tuvo la sensación de que le estaban siguiendo, tardó bastante en confirmar sus sospechas, así que el asesino

pudo anticipar su plan antes de que él siquiera lo hubiera ideado.

Cuando atisbo en la distancia el refugio del cazador, pero ni rastro de Emsaf, el asesino supo que era una trampa, el tipo de trampas que tendería él mismo. Aquello significaba que el destino de Emsaf estaba a punto de decidirse.

Cerca de los campos, a cierta distancia del río, se encontró con un viajero que iba a lomos de un burro cargado de jarrones. El asesino oteó las siluetas de los hombres que trabajaban los cultivos, demasiado lejos como para poder ver lo que iba a pasar.

—Hola —dijo el viajero con alegría cuando lo vio desmontar y acercarse a él, con el puñal escondido bajo su manto.

El hombre levantó una mano para taparse del sol que le daba en los ojos.

—¿Qué puedo hacer por…? —preguntó en tono cordial, pero jamás pudo concluir aquel jovial saludo.

El asesino llevó hacia el refugio al burro, enervado por el olor de la sangre de su dueño muerto, que aún seguía sobre sus lomos. Escondido en la sombra, colocó el cadáver sobre su propio caballo y, haciendo ingeniosos nudos con una cuerda, lo mantuvo como si estuviera en buenas condiciones, erguido, a pesar de que empezaba a dar señales de la típica rigidez de los muertos. Por último, puso su manto al viajero y se alejó un poco para admirar su obra.

El caballo y el jinete muerto partieron y, mientras tanto, el asesino se alejó de allí y rodeó el refugio hasta llegar a la parte de atrás. En la lejanía, vio cómo el cadáver caía del caballo con una de las flechas de Emsaf atravesada en el cuello.

La trampa se había puesto en marcha.

Momentos después, Emsaf salió agachado del refugio. El asesino se le acercó por la espalda, al acecho. Le hizo un tajo con el cuchillo junto a la columna vertebral, en la parte inferior del cuello, lo cual le dejó incapaz de hacer nada más que ver y hablar. A continuación, se puso de cuclillas y le dijo:

—¿Dónde se encuentra el último de los de vuestro linaje?

Emsaf levantó la mirada, afligida pero sagaz, hacia él. Bion se sintió

irritado de nuevo. En aquella familia estaban todos hechos de la misma pasta. Estaba perdiendo el tiempo. Hundió el puñal en el ojo de Emsaf y luego lo limpió con sus ropas.

En la llanura, los buitres habían empezado a posarse sobre el cuerpo del viajero. El asesino los contempló distraído, mientras aprovechaba para descansar un poco antes de emprender su camino. Las aves pronto encontrarían a Emsaf también. Muerte y renacimiento: un ciclo vicioso.

Luego, el asesino encontró el medallón entre las pertenencias de Emsaf y lo metió en su propia bolsa. Por el momento, había concluido aquella misión. Se estiró y respiró hondo. Luego limpiaría sus armas, descansaría un poco e informaría del resultado de su misión. Más adelante, recibiría las siguientes órdenes de a quién debería asesinar y el juego se pondría en marcha una vez más.

3

Aquel día, el día en que nuestras vidas cambiaron, estábamos sentados en nuestro lugar favorito, con las espaldas apoyadas contra la piedra caliente de la parte exterior de la muralla de Siwa. Vi a un jinete solitario recortado contra el horizonte, pero, sinceramente, no le presté demasiada atención, pues al fin y al cabo no era más que una motita en la lejanía, algo que veía en mi día a día, como el agua que bañaba las orillas del oasis abajo o la gente caminando entre las verdes plantaciones.

Además, estaba sentado con Aya mientras ella hablaba de Alejandría, como solía hacer. Decía que le gustaría volver algún día. Yo la escuchaba mientras observaba al hombre que llegaba a orillas del oasis y que cabalgaba en dirección a la ciudad.

—Deberías verla, Bayek —dijo Aya, y sus palabras me hicieron imaginar la ciudad—, Alejandría es el lugar donde todo el mundo se encuentra, donde todos los idiomas que existen se hablan en la calle, donde griegos y egipcios caminan juntos, donde incluso los judíos tienen sus propios templos… y a cuyo maravilloso museo y biblioteca van sabios de todos los lugares del mundo a estudiar. ¿Irás algún día?

Me encogí de hombros.

—Es posible, pero mi destino se encuentra aquí.

Hubo un momento de silencio.

—Lo sé —dijo con tristeza.

—¿Sabes qué más hizo Alejandro, aparte de crear su gran ciudad? —Intenté restar seriedad al asunto—. Vino aquí, a Siwa, Vino a visitar al

Oráculo en el templo de Amón.

En Siwa teníamos dos templos. Uno de ellos estaba abandonado, pero el otro era como una pequeña ciudad dentro de otra ciudad: el templo de Amón.

—¿Cómo llegó aquí? —preguntó Aya.

—Bueno —dije—, la historia que más me gusta es la que cuenta que Alejandro y sus hombres se encontraban en el desierto casi muertos de la deshidratación y de pronto aparecieron dos serpientes que les guiaron hasta Siwa.

Aya rio.

—O puede que viniera de peregrinación.

—Prefiero mi versión.

—Qué romántico eres. Entonces ¿qué sucedió cuando llegó aquí?

—Visitó al Oráculo, aunque nadie sabe qué le dijo, pero salió del templo convencido de que era hijo de Amón. Luego fue a que lo coronaran faraón de Menfis, conquistó muchas tierras.

—¿Crees que nuestro Oráculo fue el responsable de todo eso?

—Eso me gusta pensar —dije—. La cosa es que se considera que nuestro Oráculo de Siwa es infalible, que nuestro templo de Amón es muy conocido por todo el país…

—¿Y?

—Y necesita protección.

Aya dejó caer la cabeza y, con ella, sus oscuros cabellos recogidos en trencitas. Sonrió.

—Lo cual nos lleva otra vez al tema de tu destino. Dime una cosa, Bayek, ¿de verdad estás seguro de que quieres seguir los pasos de tu padre? ¿Seguro? ¿Es lo que más deseas en lo más profundo de tu corazón?

Aquella era una buena pregunta.

—Por supuesto —respondí.

Permanecimos sentados en silencio durante un momento.

—Ojalá me pareciera más a ti —dijo Aya—, y estuviera más… satisfecha.

—¿No preferirías que fuera justo al revés? —quise saber—. ¿Que yo me pareciera más a ti?

La pregunta quedó en el aire. Entonces permanecimos sentados en silencio durante un rato más, hasta que nuestro amigo Hepzefa vino corriendo por el camino en nuestra dirección.

—¡Bayek! ¡Bayek! —me llamó—. Ha llegado un mensajero de Sauty.

—¿Y qué? —Aya se incorporó al ver que realmente nuestra tarde se iba a alterar.

—Está buscando a Sabu —dijo Hepzefa, casi sin aliento.

—¿Qué quieres decir? —me escuché decir a mí mismo.

—Sabu está a punto de marcharse —resopló Hepzefa—, tu padre se va de Siwa.

En un momento, los tres bajamos de la muralla y nos metimos en la ciudad, donde vimos a los vecinos salir de sus casas. Se protegían los ojos de la luz y estiraban el cuello para mirar camino arriba.

En dirección a mi casa.

Al llegar al camino, una mujer me vio, susurró algo a su amiga, que también me miraba, y ambas se fueron a la carrera. Unos niños pasaron por su lado y corrieron cuesta arriba para saber a qué se debía tanto revuelo. A punto de unirme al peregrinaje, vi a un jinete que cabalgaba a contracorriente; quedé impactado cuando descubrí que el hombre que había visto bordeando el oasis era el mensajero de Sauty. Tenía un semblante de preocupación mientras metía lo que parecía un saquito de monedas en una bolsa de cuero que llevaba colgada al pecho. Cuando me abalancé hacia él y agarré a su caballo, casi se cayó de la montura del susto. Profirió un insulto y se frotó el mentón.

—Deja en paz a mi caballo —me advirtió mientras me miraba con un par de ojos del color del lapislázuli.

—Has venido a entregar un mensaje a mi padre, el protector de la ciudad. ¿Cuál es ese mensaje?

—Si es tu padre, seguro que te lo puede contar él mismo.

Negué con la cabeza, frustrado, e intenté preguntarle de otra manera:

—Entonces respóndeme a esto: ¿quién envía el mensaje?

El mensajero puso a su caballo fuera de mi alcance.

—También le puedes preguntar eso a tu padre —dijo, y se fríe.

Los vecinos seguían yendo hacia mi casa. Más adelante se escuchó a alguien llamando a Rabiah, y yo sabía bien por qué: ella y mi padre eran confidentes y muchas veces te los podías encontrar hablando en voz baja lejos de cualquier oído que pudiera escucharlos a escondidas. En las reuniones de la ciudad los dos siempre estaban de acuerdo.

—Vamos —dijo Hepzefa mientras empezaba a subir la cuesta.

Sin embargo, aunque tanto él como Aya estaban a punto de subir, yo me quedé donde estaba, pues sabía que mi vida iba a cambiar drásticamente y quería retrasar ese momento.

Aya dio media vuelta y me vio. Le dijo a Hepzefa que continuara y se acercó a mí mientras los últimos rayos de sol del día la iluminaban de forma que parecía que brillara al caminar a zancadas.

—Bayek —dijo con suavidad a la vez que posaba las manos sobre mis hombros y buscaba mi mirada con la suya—, ¿qué sucede?

—No… —empecé a decir—. No lo sé.

Ella lo entendió y asintió con la cabeza.

—Bueno, nunca lo sabrás a menos que vengas y lo descubras. Vamos.

Se inclinó hacia delante y rozó sus labios con los míos.

—Sé fuerte —susurró.

Me cogió de la mano tanto para ofrecerme consuelo como para llevarme camino arriba, hacia el hogar que mi padre estaba planeando abandonar.

4

A la mañana siguiente me desperté con una sensación de melancolía que parecía impregnar el aire de mi habitación. Y, por un momento, todavía confuso, mientras intentaba orientarme en esos instantes en los que es muy difícil diferenciar entre el mundo real y el de los sueños, me quedé tumbado, preguntándome qué pasaba, qué era lo que se sentía tan raro y diferente así, de improviso. Hasta que…

Lo recordé.

Me acordé de todo.

Recordé a mi madre, en el atardecer, de pie y cruzada de brazos, con los labios tan apretados que parecían blancos y los ojos en llamas. En la calle a la que daba nuestra casa, atado con una cuerda, estaba el caballo de mi padre, con las bolsas ya colgadas sobre la montura; el simple hecho de verlas allí me había ayudado a comprenderlo y lo entendí todo de golpe… un golpe bajo.

Cuando miré a Aya, esta me devolvió la mirada, con la preocupación reflejada en los ojos. Entonces apareció mi padre, solo para detenerse en seco al ver a nuestros vecinos, que se habían reunido allí; sacudió la cabeza y continuó con sus preparativos.

—Ahmose —llamó a mi madre.

Pero si lo que esperaba era encontrar un poco de comprensión por su parte, no fue así.

Rabiah había llegado. Ella y mi padre hablaron entre susurros pero, a juzgar por la expresión de su rostro, ninguna de las palabras pronunciadas

por mi padre parecían haberla satisfecho. Era evidente que mi madre y ella pensaban igual. Rabiah sacudía la cabeza e intentaba convencer a mi padre de algo, pero, fuese lo que fuese, no le estaba haciendo ni caso y se negaba a hablar con ella en la privacidad de nuestro hogar. Mi padre insistía en que tenía que marcharse en seguida.

Entonces, lo tuvo todo listo. Le dio un beso a mi madre y, después, me abrazó con fuerza; me dio un par de palmadas de despedida en la espalda que me dejaron sin aliento.

Se montó en el caballo y la muchedumbre que se había reunido se calmó.

—Hiciste un juramento, Sabu —dijo Rabiah, pero estaba serena, como si hubiese aceptado el giro de los acontecimientos.

—He hecho muchos juramentos, Rabiah —contestó mi padre.

—¿Quién protegerá a Siwa ahora? —preguntó uno de los miembros de la multitud.

—Cuando me marche, no os hará falta tanta protección —respondió y, después, hizo girar a su caballo y se fue; eligió atravesar la muchedumbre y se dirigió rumbo al oasis, lejos de Siwa.

Recuerdo el sonido de las pezuñas de su caballo contra el suelo mientras atravesaba el camino hacia las plantaciones. La multitud ocupaba el sendero para contemplarlo; algunos intentaban entender las últimas palabras de mi padre. Recordé haber intentado comprender mis sentimientos mientras mi padre se convertía en un punto en la lejanía, pero no lo conseguí. Al levantar la cabeza del reposacabezas y mirar mi habitación como si fuese un lugar desconocido para mí, comprendí que en esos momentos tampoco era capaz de hacerlo.

Mi madre ya estaba despierta. Se había llevado un vaso a la parte trasera de nuestra casa, donde unas jóvenes higueras crecían por las paredes; las ramas superiores creaban una especie de toldo por el que el sol matutino iluminaba el patio. Se sentó con las rodillas contra el pecho y el lino sobre las piernas. Sostenía el vaso con tanta delicadeza que parecía que fuese a resbalársele de los dedos. Y, aunque al sentarme a su lado me sonrió, fue una sonrisa lánguida que me hizo preguntarme si había dormido algo durante la noche.

—Volverá —dijo—. No te preocupes.

—¿Y qué haremos ahora?

Mi madre soltó una risita seca.

—Ah, la vida sigue. Ya verás, cuando nos acostumbremos a vivir sin él, volverá y sembrará el caos de nuevo en casa.

—Pero ¿por qué se ha marchado?

—No lo sé —suspiró—. No me lo ha dicho. He visto la preocupación en sus ojos.

—¿Tiene algo que ver con Menna?

Los recuerdos le endurecieron la mirada. Se quedó sumida en sus pensamientos y yo le hice compañía mientras reflexionaba. Por fin, sacudió la cabeza.

—Si así fuese, ¿cambiaría algo?

—Al menos tendría sentido.

—Ya veo. —Mi madre levantó el vaso y se lo acercó a la boca. Después, lo dejó en el escalón—. En tal caso, lo mejor es que vayas a ver a Rabiah.

5

Mi padre fue el hombre que derrotó a Menna, el saqueador de tumbas. Solo los dioses saben lo pesados que se me habían puesto con ese tema en concreto. Todos los vecinos de la ciudad. Constantemente.

¿Que quién era Menna? Buena pregunta. Algunos dicen que jamás existió, que «Menna» eran en realidad varias personas, o simplemente el nombre de una banda de hombres muy bien organizada que nos hacía creer que existía un líder siniestro para sembrar el terror.

Otros dicen que Menna sí que era un ser humano de carne y hueso, pero que no era miembro activo en su banda, que era un hombre que se había vuelto gordo y rico gracias al trabajo de sus secuaces y que controlaba sus operaciones sin salir siquiera de los patios de su palaciego hogar en Alejandría.

El rumor más extendido, y del que más hablábamos en las calles de Siwa cuando yo era pequeño, era el de que Menna era real y que mandaba sobre el resto de la banda debido a la potente mezcla entre el terror y la promesa de que les aguardaban grandes riquezas. Decían que sus dientes eran los que les había arrancado a sus víctimas y luego había unido, pintado de negro y afilado para, de una forma admirable, inspirar temor en todos aquellos que lo miraran. También decían que era un hombre cruel y despiadado y que no adoraba a ningún dios más que al dinero. Decían que mataba a aquellos a los que no podía sobornar y a cualquiera que le desobedeciera, que los mataba a ellos y a sus familias, que colgaba sus vísceras en árboles y sus cadáveres desollados en plazas públicas como

advertencia para aquellos que le quisieran desafiar.

Decían que era un demonio que habían mandado los dioses para castigar a los malvados y atormentar a los inocentes.

Así de ruin era.

Fuera cual fuera la realidad, Menna y su banda iban varios pasos por delante de los soldados que los perseguían sin tregua. Cada vez que atrapaban a uno de sus hombres, estos lo debían torturar y quemar vivo como castigo, para que su cuerpo no pudiera hacer el viaje al más allá; profanaban su cadáver tal y como el mismo Menna había hecho con tantos cementerios.

No obstante, eso no los frenaba. El insobornable oficial que intentó hacerlo fracasó en su intento y murió en extrañas circunstancias. Daba igual lo mucho que intentaran intervenir los soldados, no conseguían reprimir las actividades de Menna y, a pesar de las torturas a sus secuaces, ninguno reveló la identidad o el paradero de su líder. Todos le temían.

Yo era mucho más pequeño, puede que tuviera diez años, en el momento de más actividad de Menna y sus hombres. La primera vez que oí hablar de ellos, no eran más que un cuento inventado. Solo existían como tema de conversación entre mi padre y mi madre y, debido a ello, en mi imaginación cuando se hacía de noche e intentaba dormir.

Me enteré de que la banda había ido al norte y, por supuesto, habían saqueado pirámides, aunque también expandían su radio de influencia. Fue gracias a los saqueadores de tumbas como Menna que los arquitectos del faraón comenzaron a añadir más trampas y pasadizos sin salida en sus lugares de entierro, que acabaron siendo como un faro en llamas para aquellos que se ganaban la vida robando las posesiones que los muertos pretendían llevarse al más allá. Sin embargo, ni siquiera los ricos enterrados en enormes criptas secretas y tumbas construidas en las rocas estaban a salvo de los saqueos. Aun así, su objetivo principal eran las tumbas de aquellos que tenían menos riquezas pero sin llegar a ser pobres, los cuales emprendían su viaje a la otra vida desde las necrópolis, lugares de entierro ubicados junto a los asentamientos. Ahí era donde Menna encontraba sus presas.

El saqueador tenía un método: se hacían pasar por comerciantes y

acampaban a cierta distancia de su objetivo, pero tampoco demasiado cerca. Desde allí, realizaban su trabajo infiltrándose entre los vecinos del lugar y sobornando a los oficiales, así como inspeccionando las tumbas y tomando nota de los túneles y de su funcionamiento para evitar cualquier tipo de trampa que pudieran haber colocado.

Sus métodos cambiaban dependiendo de la naturaleza del cementerio, pero acostumbraban a simplemente asaltar tumbas y llevárselo todo. Luego, los ladrones desaparecían de allí con rapidez y, más tarde, cuando ya estaban a salvo en su guarida, separaban el oro de las baratijas.

Por supuesto, el saqueador estaba en el punto de mira de mi padre, que, como *mekety* de Siwa, protector de la ciudad, se encontraba en la obligación de saber cuándo se acercaba Menna y su banda.

Y, en aquel momento en concreto, estaban muy cerca.

6

Rabiah no estaba en casa. Me senté delante de su hogar y me preparé para esperarla; me inquietaba más y más a cada segundo que pasaba, hasta que la vi llegar. Se acercaba con toda la tranquilidad del mundo, con una cesta de fruta del mercado.

—Me preguntaba si hoy nos veríamos —dijo, y pasó de largo, con muy poca simpatía o cordialidad. La seguí hacia el interior de su casa sin que me lo pidiese y esperé a que se quitase el manto y dejase la cesta en la mesa. Después, me quedé quieto mientras ella me analizaba, de pie con los brazos cruzados; tardó bastante y me resultó un poco incómodo.

Rabiah era algo mayor que mi madre, pero tenían el mismo genio: ninguna se mordía la lengua cuando tenía que decir algo. «Soy directa, y eso no tiene nada de malo», decía mi madre cuando mi padre la reprendía por hablar sin tapujos. Rabiah y mi madre tenían la costumbre de hacerte sentir como si pudiesen saber exactamente qué pensabas a cada instante.

Y, en esos momentos, me sentía justamente así.

—Veo determinación —dijo Rabiah cuando se acabó el examen, por fin —. Eso es bueno. Es justo lo que nos gusta ver en la sangre del protector de Siwa. Quizá, ahora que tu padre se ha marchado, albergues la esperanza de ocupar su lugar, ¿no?

—Quizá —respondí con cautela; me preguntaba a dónde quería llegar Rabiah.

—¿Cómo de preparado crees que estás para ello? —preguntó. Su rostro era impenetrable y tenía los ojos un poco caídos.

—Él me ha enseñado un montón de cosas sobre el arte de la supervivencia y el combate.

—¿Supervivencia? —repitió—. ¿Eso no lo aprendiste de los nubios?

Cuando era más joven, los nubios habían acampado a las afueras de Siwa. Me había hecho amigo de una niña que Se llamaba Kensa que, a pesar de ser más joven que yo, me había enseñado un montón de cosas sobre la caza y las trampas. Más adelante, descubrí que Kensa había sido mi profesora por petición de mi madre, que creía que los nubios eran los mejores en dichas materias.

—Sí —contesté—. Pero cuando los nubios se marcharon, mi padre se encargó de mi entrenamiento. Solo él podía enseñarme todo lo relativo a la lucha y la protección.

—Claro —coincidió Rabiah—. ¿Y cuánto has avanzado en tu entrenamiento?

Rabiah me miró fijamente; tuve la sensación de que podía ver el interior de mi cabeza y que podía leer mis pensamientos, porque era verdad: por alguna razón, mi entrenamiento había progresado a paso lento y, a cada instante, mi padre parecía reacio a enseñarme. Rabiah y mi madre le insistían una y otra vez pero, a pesar de todo, a cada paso que dábamos, este venía precedido por una versión nueva de: «Todavía no estás listo, Bayek».

Sí, era consciente de que mi entrenamiento duraría años; me había cansado de escuchar la frase «toda una vida, Bayek», pero aun así… Tenía la sensación de que apenas había hecho progresos en mi entrenamiento desde los seis años, cuando todo comenzó, y ya tenía quince años.

Y, en esos momentos, parecía que Rabiah opinaba lo mismo que yo.

—Dime, ¿crees que tendrías que haber progresado más en tu entrenamiento de lo que lo has hecho?

—Sí —admití, con la cabeza gacha.

—Así es —respondió con una sonrisa—. ¿Y por qué crees que tu padre no ha completado tu entrenamiento? ¿Por qué estás tan lejos de terminarlo?

—Me encantaría saberlo —le dije—. ¿Mi amistad con Aya tiene algo que ver?

—«Amistad». —Se rio—. Qué gracioso. Amistad. Os he visto a los dos juntos, como las lapas en el casco de una nave. ¿Qué sentido tiene enseñarte

el arte de la protección si tiene que competir contra el amor joven, eh?

Sentí que me sonrojaba y Rabiah esbozó una sonrisa burlona, que no hizo más que aumentar mi incomodidad.

—Si te hizo creer que tu entrenamiento no avanzaba por tu amistad con Aya, eso significa que intentaba ocultar la verdad. Lo sé. Estoy segura de que había algo más. Otra razón. Dime, ¿qué recuerdas de la noche del ataque de Menna?

—Así que sí tiene algo que ver con Menna, ¿no?

—Yo he preguntado primero. ¿Qué recuerdas de esa noche?

La miré. Yo apenas tenía unos seis años cuando pasó, pero aún recordaba cada segundo de aquella noche.

Entraron de madrugada, cuando todo estaba tranquilo. Era una noche apacible. Yo me había tumbado en la cama y aguzaba el oído para escuchar la conversación de mis padres. Habían informado a mi padre de que se habían visto caras nuevas en la ciudad. Los desconocidos decían que eran mercaderes, pero apenas comerciaban. Mi padre creía que pertenecían al círculo de los ladrones de tumbas y que habían acampado en algún lugar en el desierto de las afueras de Siwa, como acostumbraba a hacer Menna.

Para mí aquella información no tenía precio. Con los rumores que corrían sobre la llegada de Menna, de repente era muy popular. Cada día, mis amigos Hepzefa y Sennefer (Aya no, todavía no la había conocido) me acosaban para conseguir información: ¿era cierto que Menna planeaba entrar en Siwa con un ejército de saqueadores de tumbas? ¿Era cierto que las puntas de sus afilados dientes eran venenosas? Me encantaba la atención que recibía. Ser el hijo del protector de la ciudad tenía sus cosas buenas.

A pesar de todo, aquella noche no dormí bien. Soñé que estaba de pie delante de unas rocas, mirando hacia el interior de una cueva y, allí dentro, vi unos ojos que brillaban y un destello de dientes blancos entre la sofocante oscuridad. Una rata. Y después otra. Y otra. Mientras observaba la cueva, esta parecía llenarse con un montón de cuerpos que no dejaban de moverse y retorcerse, llenos de aceite. Trepaban unos sobre otros e intentaban llegar hasta la cima del montón; sus siluetas se movían y

aumentaban, cada vez aparecían más ojos en la oscuridad. El ruido que hacían, los arañazos, el barullo de las disputas entre ellos, parecía que su intensidad aumentaba hasta que…

Me desperté. Pero el sonido de las ratas no desapareció con mi sueño, sino que permaneció en la habitación, conmigo.

Y provenía de la ventana.

De golpe, me erguí en la cama. Había algo allí fuera y, al principio, pensé que podría ser una rata o… no, era demasiado grande como para ser una rata. Quizá un perro.

Pero no. Un perro no hacía ese ruido. Un perro no era sigiloso.

Había alguien fuera. Clavé los ojos en la esterilla de la ventana de mi dormitorio y, de primeras, pensé que se movía por la brisa nocturna, pero entonces vi unos dedos. Unos nudillos. Una mano que se adentraba a tientas, con mucho cuidado.

Entonces, vi el rostro y la parte de arriba del cuerpo de un hombre, mientras este pasaba por el agujero con facilidad y entraba en mi dormitorio. Los ojos le brillaban con un deje de maldad. Entre los dientes llevaba un cuchillo con la hoja curva.

Me levanté a trompicones de la cama mientras el hombre se erguía. A pesar de que mi primer instinto fue huir y de que mi cerebro gritaba a mis piernas que se moviesen, no pude hacerlo; no pude hacer nada: ni moverme, ni gritar, ni aullar… nada. El miedo me lo impedía.

El intruso era bizco y llevaba una túnica oscura llena de suciedad y una capa que casi rozaba el suelo y que ondeaba ligeramente por la brisa que entraba por la ventana. Cuando se sacó el cuchillo de entre los dientes, sonrió, pero en vez de los afilados dientes negros de madera que esperaba ver, no había más que unos dientes normales; rotos y sucios, sí, pero nada parecido a las mortíferas armas de las que habíamos hablado mis amigos y yo por las calles de Siwa.

Se puso un dedo sobre los labios para hacerme callar. Aunque yo quería huir, las piernas no me respondían y me quedé inmóvil, allí plantado, mientras el intruso daba un paso hacia mí. La luz se reflejó en la hoja que portaba en la mano y el cuchillo se movió en mi dirección. Los movimientos me hechizaron y me hipnotizaron como si fuese una cobra que

no dejaba de bailar.

Abrí la boca. O, mejor dicho, sentí que mi boca se abría, y supe que había dado un paso muy importante. Mi cabeza me decía que si podía hacer eso, entonces también podía gritar.

Si tan solo fuese capaz de superar mi miedo.

El intruso se acercó un poco más, con el dedo todavía sobre los labios. Del exterior de mi habitación oí los susurros y las sordas pisadas de más hombres que llegaban. Pensé en mis padres, dormidos en las otras habitaciones, y supe el peligro en el que se encontraban.

Por fin sentí que el grito hervía en mi interior y llegaba a mi boca, a punto de escapar de entre mis labios. Entonces, por la espalda me llegó un grito de mi padre mientras entraba en mi habitación.

—¡Ya veo! —rugió—. Tu señor quiere callarme.

El efecto fue instantáneo. El hombre retrocedió y la sonrisa se desvaneció de su rostro. Soltó un grito; «¡Atacad!», y se abalanzó hacia delante.

Me volví y vi cómo un segundo hombre aparecía en la puerta, detrás de mi padre.

—¡Papá! —grité. Mi padre se volvió y le clavó la espada al nuevo intruso con un letal giro de muñeca. Se apoyó sobre una rodilla y se volvió con rapidez para quedar de frente al hombre bizco. Detuvo un ataque del primer intruso con un movimiento en arco de su espada. Todavía paralizado donde estaba, noté una lluvia de cálidas gotitas de sangre por toda la cara.

Mi padre era demasiado rápido para el intruso bizco, que retrocedió con dos rápidos pasos; había perdido el factor sorpresa y solo tenía un patético cuchillo como arma para enfrentarse a la espada de mi padre. Mientras, él me localizó, me cogió del brazo y tiró de mí hacia la puerta, donde me tropecé y me caí sobre el cadáver del segundo agresor.

—¡Sabu! —gritó mi madre desde la casa, detrás de mí, y mi padre se volvió, me levantó de un fuerte tirón y me arrastró con él al interior del hogar.

Allí estaba mi madre, entre los cojines y taburetes, con un cuchillo para el pan en la mano, del que caían gotas de sangre, con una mirada oscura y peligrosa en el rostro y el cadáver de otro hombre a los pies.

En la habitación había otro desconocido. Luego, un cuarto asaltante atravesó la puerta con estruendo, los dientes al descubierto y armado, preparado para atacar.

Mi madre me llamó y yo corrí junto a ella mientras Padre se acercó para enfrentarse a los dos intrusos.

—Ahmose, pon a Bayek a salvo —exclamó a la vez que balanceaba la espada que llevaba en la mano.

Al instante, uno de los dos hombres gritó y cayó al suelo con las entrañas saliéndole de la tripa abierta. El otro gritó un insulto y una especie de anillo de acero destelló cuando su espada y la de mi padre se encontraron. Mientras mi madre me llevaba hacia el dormitorio, vi cómo mi padre se agachaba y hacía un giro con la espada sujeta con las dos manos para atacar a dos nuevos intrusos que habían entrado en nuestra casa. El filo les cortó y la sangre empezó a fluir. Su semblante mostraba tal concentración que rozaba la serenidad y, por un instante, a pesar de que nos estaban asaltando unos asesinos, me sentí más seguro y protegido que nunca.

Sin embargo, ese sentimiento se desvaneció cuando Madre y yo entramos en el dormitorio y nos encontramos a otro desconocido que ya se erguía tras haber trepado y entrado por la ventana.

—Qué presas más fáciles —dijo el hombre, pero aquellas fueron sus últimas palabras, pues mi madre dio dos pasos al frente con determinación y le clavó en el esternón el cuchillo del pan. Lo hizo con tanta rapidez que al asaltante no le dio tiempo ni a sacar su propia espada.

—Tenía razón —dijo mi madre mientras el hombre caía, y luego señaló la estera de dormir—. Quédate ahí.

A continuación, levantó el cuchillo, apoyó la espalda contra la pared al lado de la ventana y giró el cuello para observar a través de esta. No vio a nadie y, satisfecha, se acercó con rapidez a la puerta; había bastante contraste entre el cuchillo manchado de sangre y el frufrú de sus elegantes faldas.

Entonces vimos a alguien moviéndose como una sombra. Ella levantó el cuchillo, preparada para volver a defenderse, pero al ver que se trataba de mi padre se relajó. Los hombros de este no paraban de subir y bajar al

respirar, estaba cubierto de sangre y tenía mal aspecto debido a la pelea en la que había tenido que enzarzarse, pero estaba vivo.

Fuera, iluminados por la tenue luz de la sala de estar, pude ver unas formas irregulares sobre el suelo: los cuerpos de los hombres que mi padre había matado con la espada.

—¿Estás bien? —preguntó Madre, que se acercó a él y palpó su túnica para ver si había heridas bajo las manchas de sangre.

—Estoy bien —respondió—. ¿Y Bayek y tú? —Miró por encima de su hombro de manera significativa al cadáver despatarrado en el dormitorio.

—Estamos bien.

Él asintió.

—Lo siento mucho, pero tengo que irme. Seguro que han ido al templo en búsqueda de reliquias, oro, ofrendas… cualquier cosa que puedan llevarse con sus sucias manos. No temen a los dioses y les da igual ofender al Oráculo. Está en mis manos detenerlos.

—¿Habrá muchos hombres? —preguntó mi madre.

—Serán sobre todo obreros, los artesanos de los que Menna se aprovecha, ya que los soldados los ha mandado aquí para acabar conmigo. Deben de imaginar que a estas alturas he muerto.

Nos advirtió que estuviéramos en guardia y se marchó. De pronto, nuestra casa (la cual, al parecer, estaba llena de cadáveres) se sumió en el silencio. Mi madre, con la espalda contra la pared, cayó al suelo y agachó la cabeza. Se frotó las manos como si se las estuviera lavando. Entonces caí en la cuenta de que, debido a la pelea que había tenido lugar, se había puesto a temblar, aunque seguía alerta por si venían más hombres y tenía que volver a luchar.

Pensé en cómo mi madre se había acercado al intruso y le había apuñalado sin vacilar, con total determinación. Aquella noche fue la primera en la que vi a mis padres derramar sangre, pero, a pesar de que tenía la sensación de que había podido ver a Padre hacer su trabajo, y además hacerlo bien (de hecho no pude olvidar lo protegido que me sentí en aquel momento), mi madre parecía haber cambiado, como si se hubiera percatado de todas las vicisitudes por las que tendría que pasar para protegerse a ella misma y a su familia. A lo largo de los años, la he visto examinándose las

manos con frecuencia, pensativa y curiosamente tranquila, y me he preguntado si estaría recordando aquella noche.

En aquel momento me senté a su lado. Antes de que ella se levantara y fuera a contarles a los demás lo que había pasado. Allí, en el suelo, intentamos consolarnos el uno a la otra.

Terminé de contar la historia y me quedé como atontado tras recordarla.

—Tu padre frustró aquel intento de asesinato y salvó el templo —dijo Rabiah.

La mujer había estado pelando y deshuesando un dátil que entonces se metió en la boca.

—Yo no estuve allí, evidentemente, pero, según lo que me contó él, la banda ya había empezado el asalto y muchos de los que trabajaban en el templo estaban muertos cuando llegó. Esos hombres habrían saqueado el lugar sagrado, lo habrían dejado sin los objetos de valor que guarda y hasta habrían matado al Oráculo de no ser por la intervención de tu padre.

—¿Menna se encontraba allí?

—¿Tu padre no te lo ha contado nunca?

—Nunca.

—Sí, Menna estaba allí, pero logró escapar.

El rostro de Rabiah se mostró pensativo, como si estuviera considerando qué decir.

—Aquella noche todo cambió para tu padre —explicó al fin—. Vio aquella violenta noche a través de los ojos de sus seres queridos y se empezó a cuestionar no solo el camino que debía tomar él, sino también el que tú estabas destinado a seguir. Temía por ti y se mostró reticente a la hora de entrenarte para tu futuro como protector. Empezó a decir cosas como que quería protegerte de la violencia, o que no estabas preparado. De hecho, esa última era la excusa que utilizaba él, aunque tanto Ahmose como yo le dijimos que para él cualquier excusa era válida para no entrenarte, pero esa es la que dio.

—Siempre he estado preparado. Nunca he deseado otra cosa más que seguir sus pasos.

Con seriedad, Rabiah levantó una ceja. Me observó durante un momento y me analizó con otra de aquellas famosas y penetrantes expresiones faciales que tan bien le salían.

—¿En serio? ¿Y cómo lo has demostrado? ¿Qué vas a hacer para encontrar la reconciliación entre tus dos vidas: tu «amistad» con Aya y tu futuro como protector de Siwa? ¿Qué hay de su deseo de volver a Alejandría? ¿Qué has hecho para demostrar a tu padre que eres la persona indicada para tomar su relevo como protector, que te quedarás en Siwa pase lo que pase?

—Esperaba que…

—¡Esperabas! —Rompió a reír—. Eso no es suficiente. ¿Qué más has hecho?

Pasé el peso de mi cuerpo de un pie a otro y me di cuenta de que me había metido en una batalla en la que no valía de nada usar los puños o las armas.

—Siempre he sido un buen hijo.

Puso los ojos en blanco y resopló. No aceptó aquella respuesta.

—No basta. ¿Qué más?

Negué con la cabeza.

—¿Puedo preguntar si él ha hecho algo por determinar si soy la persona indicada para proteger Siwa?

—Tu padre tiene muchas dudas, Bayek —dijo con semblante adusto y algo distante—, dudas sobre ti, sobre él mismo, sobre su violenta profesión y sobre la vida que, supuestamente, ha planeado para ti. Necesita aclarar muchas ideas. Después de todo esto, ¿de verdad estás seguro de que quieres seguir sus pasos?

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué? —preguntó Rabiah de forma brusca.

—Aya me ha preguntado lo mismo antes.

La expresión de Rabiah cambió ligeramente y reconocí un ápice de aprobación en su rostro. Me pregunté qué pensaría ella del sueño de Aya, y del mío, y de cómo chocarían algún día.

—¿Y cuál fue tu respuesta?

—Le dije que sí.

—Ah, pero eso ha sido antes, cuando tu padre aún seguía en Siwa. ¿Y ahora?

No llegó a preguntar «¿y si Aya se va a Alejandría?».

—Estoy tan seguro de ello como antes.

Mi voz sonó con firmeza, tenía la espalda recta y no aparté la mirada. Ya no se trataba de los sueños de un niño: no me imaginaba haciendo otra cosa en la vida.

—Tendría que haberlo sabido, quizá entonces habría cambiado de idea.

Irritada, negó con la cabeza y dijo algo que mi madre también solía decir:

—O quizá lo que necesitabais los dos era que alguien os diera un buen capón.

Coloqué el puño sobre el pecho y dije:

—Él no ha logrado ver lo que tengo aquí.

—O puede que haya visto demasiado —contestó simplemente Rabiah.

Aquella no era la respuesta que había esperado y me quedé desconcertado. Si se hubiera tratado de una pelea, Rabiah se habría llevado la victoria allí mismo y en aquel preciso momento. Sin embargo, estaba acostumbrado a debatir con Aya sobre historia y filosofía cuando ella me hablaba de sus estudios.

—¿A qué te refieres?

—Dudas, dudas —repitió como intentando evitar mi pregunta—. Es posible que lo que viera fuera algo demasiado importante para él. Quizá por eso no pudo ver el valiente corazón que guardas dentro.

La miré con frialdad.

—¿Y tú puedes verlo?

Asintió.

—Desde luego, puedo ver a un aspirante a protector.

—¿Y por qué no lo pudo ver él?

—Puede que él solamente viera a su hijo y no fuera capaz de ver nada más.

—¿Por qué se ha marchado? —Cambié de tema. Quizá cogerla por sorpresa funcionara—. ¿Tiene algo que ver con lo de Menna?

Sopesó la pregunta y movió lentamente la boca, como si intentara

sacarse los trocitos de dátil de los dientes.

—Lo cierto es que no tengo ni idea.

—Pero él habló contigo, te susurró algo. Te contó qué decía el mensaje, ¿verdad?

Negó con la cabeza y noté claramente la frustración que sentía.

—No, simplemente me dijo que era demasiado peligroso como para contármelo.

Me llevé las manos a la cabeza.

—Entonces ¿qué estoy haciendo aquí? Tengo que ir a buscar al mensajero de inmediato.

—¿Al mensajero?

—Es el único que sabe qué dice el mensaje.

Rabiah levantó una mano y, de pronto, esbozó una amplia sonrisa que contrastaba con su mirada de preocupación.

—Un momento, no tan de prisa. ¿Qué te crees, que me voy a quedar aquí y hacer frente a tu madre?

Ella y mi madre se llevaban bien de normal, pero cuando no estaban de acuerdo en algo… La gente contaba historias en susurros sobre sus épicos duelos verbales.

—Además —prosiguió—, hay más cosas que debes saber. Aquella noche…

—No, no hay nada más que deba saber, debo irme. Podrás aclarar las cosas con mi madre, ¿verdad?

Rabiah me miró con una ceja levantada y torció el gesto.

—Eso espero.

7

—No, él no se va.

Mi madre tenía las manos en las caderas; su rostro había adquirido un tono rojizo mientras su mirada iba de mí a Rabiah y de vuelta a mí. Mi madre y Rabiah eran amigas desde siempre pero, en aquel momento, aquella amistad apenas importaba.

—Sabu lo ha entrenado y los nubios le enseñaron a sobrevivir. —Insistió Rabiah. Estaba de pie, con las manos entrelazadas a la espalda e intentaba mantener la calma.

—Pero todavía no ha terminado su entrenamiento. ¿O acaso no fue eso lo que dijo Sabu?

—Ahmose, puede ser decisivo para él.

Mi madre se revolvió:

—¿Estás tramando algo?

—No. —Insistió Rabiah, aunque la vi vacilar—. Solo quiero lo mejor para tu familia y para Siwa.

—Ya, pero quizá no en ese orden —dijo mi madre, con el ceño fruncido. No era un reproche, sino una simple afirmación por su parte: lo sabía y lo aceptaba—. ¿Qué le has contado? Venga, dime palabra por palabra lo que le has dicho a Bayek de la otra noche.

—Le he contado lo que Sabu nos dijo. Que era demasiado peligroso para nosotros saber por qué tenía que marcharse.

—Tenía otra razón. Seguro que te dijo algo más.

Rabiah se envaró. Vi cómo apretaba las manos tras la espalda:

—No te estoy mintiendo, Ahmose —dijo, con firmeza.

Noté que mi madre se había dado cuenta de que se había excedido. Intervine en su conversación, con la intención de darles a ambas una razón para ceder.

—No os preocupéis —les dije—. Madre, Rabiah, no importa por qué se marchó. He tomado una decisión.

Ambas se volvieron para mirarme: Rabiah se mostró serena, pero mi madre sacudía la cabeza con tristeza; ambas sabían lo que se avecinaba.

—Me voy —afirmé.

—Espera un poco —respondió mi madre al segundo—. Espera. No creo que esto sea lo que tu padre hubiese querido.

—Quizá. Pero Sabu no es el más indicado para decidir en este caso —dijo Rabiah con una mueca irónica.

Mi madre se mordió la lengua y no dijo lo que estaba a punto de soltar. Asintió despacio. Fuese lo que fuese lo que quiso decir Rabiah, mi madre lo había entendido, aunque yo no.

—Rabiah, quizá deberías irte a casa y dejarme hablar con Bayek del tema —dijo mi madre, con calma.

Rabiah no puso ninguna objeción, consciente de que mi madre había llegado a una decisión. Intercambiaron una mirada y ambas expresaron con ella varios sentimientos encontrados. Después, Rabiah me lanzó una mirada seria y se marchó.

—No estás preparado —murmuró mi madre, no muy convencida. Se me hizo raro escucharle decir eso, pues por lo general era mi padre el que me lo decía. Rabiah y ella siempre me habían apoyado en mi deseo de entrenarme para ser *mekety*, a pesar de la ira de mi padre.

—A este paso nunca voy a estarlo —le dije con frustración—. Quiero ir.

—Esto no es lo que tenía en mente cuando te ayudaba con el entrenamiento. —Suspiró y negó con la cabeza.

—Creo que nadie tenía esto en mente.

Me sentía molesto, pero no con mi madre, ni con Rabiah, sino más bien con mi padre, por haberse marchado de una forma tan arbitraria, y con el destino, por haber provocado que aquello sucediera.

Mi madre torció la boca en un amago de sonrisa.

—Mira, solo te pido que lo medites un poco. Tómate esta noche para pensarlo y, si por la mañana sigues queriendo ir, no me interpondré en tu camino.

Era ya bien entrada la madrugada. Yo estaba tumbado sobre mi estera intentando dormir sin mucho éxito mientras escuchaba la noche cuando, de pronto, mi madre apareció por la puerta.

—Se te escucha suspirar desde el templo —dijo en voz baja—. No has cambiado de parecer, ¿verdad? —Era más una afirmación que una pregunta.

Asentí.

—Entonces deberías marchar ya —dijo con un suspiro—, aprovecha que aún hace fresco y Siwa duerme…, antes de que la que cambie de parecer sea yo.

Me tendió una bolsa de viaje y pude suponer cuál era su contenido: un odre lleno de agua y comida, la suficiente como para empezar bien el viaje antes de que tuviera que ponerme a cazar para sobrevivir.

—Aunque lo hicieras, no serviría de nada. Ya he tomado la decisión.

—Lo sé, lo sé. Eres igual de cabezota que él.

Puso los ojos en blanco y tuve que resistir el impulso de recordarle que mi padre no era ni de lejos la única persona de la que había heredado la testarudez.

—¿Debería decírselo a Aya? —le pregunté.

—¿Crees que ella lo entenderá?

—Estoy seguro de que sí.

Mi madre esbozó una sonrisa casi imperceptible, salió de la habitación y me dejó a solas para que cogiera mis cosas, me abrochara los cinturones al torso y me colgara la bolsa al nivel de la cintura. Dentro de esta, metí un saquito que contenía el dinero que había ahorrado durante toda mi vida a base de hacer recados y tareas en la ciudad. Allí estaban todas y cada una de las monedas que había ganado, y esperé que fueran suficientes para poder hacer mis viajes.

Me despedí y mi madre me dio un fuerte abrazo. Luego, me dejó marchar. Me sacó de casa y dio media vuelta con los ojos llenos de lágrimas. Me encontré en medio de la desértica y silenciosa calle, apenas iluminada por la luna. Esta flotaba por encima del oasis y me observaba

impasible mientras me recolocaba la bolsa sobre el hombro e iba hacia el establo junto a nuestra casa, donde me esperaba mi caballo.

Al salir de la ciudad, tomé la ruta que pasaba junto a la casa en la que vivía Aya con su tía Herit. Fueron muchas las noches que había ido hasta su ventana, había susurrado su nombre y me había emocionado al verla salir por allí para hablar, cogernos de la mano y besarnos a la luz de las estrellas. Durante un momento, me pregunté si sería capaz de dejar a Aya, a quien había amado desde el primer instante en que la vi: yo era un pequeño muchacho de Siwa, el engreído hijo del protector de la ciudad, mientras que ella era la chica de Alejandría que me iba a bajar los humos.

Aya lo entendería. Los dos esperábamos algo: yo a que mi destino se pusiera en marcha, y ella a volver a Alejandría para estudiar allí con sus padres. Ella entendería que me iba para seguir mi camino. Pero ¿marcharme sin decírselo? Lo hice por mí. No podía enfrentarme a la otra opción.

—Lo siento —dije en voz baja, aunque mis palabras sonaron como si unas rocas se desplomaran en la quietud de la noche.

8

Durante mi viaje a Sauty, pasé por el desierto de las Tierras Rojas. Cuando se hizo de noche, acampé y, para mantenerme caliente, apilé algunas piedras para protegerme del viento. Allí descubrí que no existía lugar más solitario que las llanuras cuando se hacía de noche, donde la única compañía era el ruido de los buitres. Echaba de menos a Aya, pero me dije a mí mismo que tenía que demostrarle mi valía, tanto a ella como a mi padre, a mi madre y a Rabiah. De hecho, cuando lo recuerdo, ese pensamiento fue lo único que me hizo seguir adelante.

Para conseguir agua, creé un destilador haciendo un agujero en el suelo y cubriéndolo con una lámina para que el sol provocara un proceso de condensación en la parte inferior de esta. También bebí de los tallos de las plantas que me fui encontrando y procuré conservar mis propios fluidos manteniendo siempre el mismo ritmo al caminar y respirando por la nariz. Eso me lo enseñó Kensa y, después, mi padre. Cuando éramos pequeños, Aya y yo hacíamos excursiones, construíamos refugios, cazábamos y buscábamos comida, y entonces le enseñé lo mismo que me enseñaron a mí: «Hay que cazar en dirección contraria al viento o de costado a él. El mejor momento para cazar es al alba, cuando los animales salen al exterior…»

Gracias a mis maestros, sabía en qué huellas y señales debía fijarme. Sabía reconocer a los animales por sus excrementos y cómo despellejarlos cuando sus cuerpos aún seguían calientes, ya que había que quitarles las glándulas que producían un fuerte olor y echaban a perder la carne. Sabía hacer los cortes con el cuidado suficiente como para no rasgar el estómago

y los órganos digestivos.

Con los fuegos que encendía con la maleza que había en el desierto cocinaba mis presas: conejos, roedores, ovejas, cabras salvajes y jabalíes («no se puede despellejar un jabalí, Bayek. Primero has de destriparlo y, luego, le quemas el pelaje»). También recordé que me dijeron que el hígado se cocinaba más rápido y que los riñones eran muy nutritivos, pero había que hervirlos. Que el corazón se asaba, los intestinos se hervían, se sacaba la gelatina de las patas, se hervían los huesos y la lengua y se guardaba el cerebro para curtir las pieles. Asimismo, utilicé las entrañas como cebo para trampas, me bebí la sangre para nutrirme y exprimí los globos oculares para hidratarme.

Mi primera arma fue una honda, aunque de la que me sentía más orgulloso era del arco. Lo fabriqué cuando ya había pasado la parte más ardua del viaje y estaba cerca del río, donde la tierra era más fértil. Allí encontré un tejo del que corté una rama flexible para el cuerpo del arma.

—Mira, coge la punta así. Ese es tu alcance. Tu arco tiene que ser así de largo —me dijo mi padre.

Él me enseñó a descortezar árboles, a tallar el arco, a cortar las muescas en los extremos para atar la cuerda y a darle forma antes de untarlo con la grasa animal que había sacado de mis presas. Para la cuerda utilicé cuero crudo y enrollé tallos de ortigas en los extremos del arma para reforzar los nudos y que el arco estuviera mejor tensado.

También hice flechas a partir de trozos rectos de sicomoro. Cada vez que veía alguna pluma, la recogía, la guardaba en mi bolsa y la utilizaba para el emplumado.

Mientras fabricaba mi arco, a solas en la llanura, pensé en todos ellos: en Kensa, en mi padre, en mi madre y en Rabiah, en Hepzefa… y en Aya, y me pregunté cuándo volvería a verlos. Si es que volvía a verlos.

9

Con el tiempo, acabé viajando por la verde magnificencia de las riberas del Nilo. El árido desierto había dado paso a granjas, árboles en abundancia, plantaciones y fauna salvaje. Ya no estaba solo. Allá donde mirase, veía más viajeros, mercaderes, trabajadores del campo, granjeros y, en un momento dado, me encontré incluso con una procesión de sacerdotes.

Y, además, estaba el propio río: el gran Nilo, cuyas crecidas decidían el futuro de aquellos que vivían junto a sus riberas. Cuando la nieve de las montañas se derretía durante la mitad del año, un torrente de lodo espeso llegaba montaña abajo junto al río: era la *akhet* (la inundación), estación en la que la gente le agradecía al dios Hapi por bendecir la tierra con la fertilidad para producir comida para ellos y sus familias. Era su vida, su fuente de ingresos. El río les proporcionaba agua, comida y transporte; dependían de sus inundaciones para mantener los cultivos.

Yo ya sabía todo eso, claro (y recordé, con una punzada de dolor, que lo sabía porque Aya me lo había explicado). En los templos de Siwa había un sinfín de imágenes del río, por lo tanto ya me había creado una imagen mental del gran Nilo, y siempre me imaginé que sería grandioso. Aun así, nada podía prepararme para lo que sentí al verlo. Era enorme, una gran masa de agua que se torcía, giraba y, a pesar de que estaba atiborrada de embarcaciones, discurría de forma lenta e imponente, como si su única respuesta a la densa humedad fuese la languidez.

Mientras atravesaba los campos verdes fruto de la inundación, apenas pude despegar los ojos del gran Nilo. En el agua vi islas de juncos y

palmeras, y barcos por doquier: algunos grandes y lujosos, con enormes velas de seda que ondeaban al son de la brisa con un sonido similar al redoble de un tambor; mientras que otros eran pequeñas embarcaciones para una sola persona, que no estaban hechas de madera, sino de juncos entrelazados. Los pescadores se impulsaban con unas largas pértigas y lanzaban redes sobre la superficie del río. También vi unas aves acuáticas y oí su canto y, por primera vez en toda mi vida, vi a los ibis, las grandes aves zancudas con los picos curvados hacia abajo, largos cuellos y patas infinitas. Estaban en los bajíos del río y, al parecer, toleraban la presencia de los humanos en sus barcos, de los niños que chapoteaban en la ribera y de los bueyes de los campos.

Y, también por primera vez, vi a un hipopótamo: una gran bestia que inspiraba mucho temor y respeto, que recordaba a la diosa Tauret. Observé cómo el hocico del animal atravesaba la superficie del agua mientras él también veía el día pasar.

Poco después, me hallé a las afueras de Sauty, donde me concentré al cien por cien en la tarea que me ocupaba. Menuda diferencia era estar rodeado de personas otra vez. En el desierto, solo, me había sentido pequeño y vulnerable e, incluso a veces, había sentido miedo. Pero en aquellos momentos, el ajetreo de la ciudad me proporcionó una especie de fuerza, una clase de seguridad diferente a la que sentía en Siwa, donde todo el mundo me conocía por ser el hijo del protector. En Sauty, era un viandante más. Y eso me infundía valor.

Encontré un lugar en el que dejar a mi caballo; saqué una moneda de mi bolsita y le pagué a un muchacho, antes de despedirme para empaparme de las vistas de la ciudad. Deambulé entre los puestos, mientras intentaba caminar con la boca cerrada, zigzagueé entre los habitantes de la ciudad y, de vez en cuando, me detuve a admirar las mercancías que vendían los mercaderes.

Las calles eran más estrechas que las de Siwa. En Sauty tenían tiendas con contraventanas y coloridos toldos. Mirase donde mirase, las calles se convertían en más calles, que se bifurcaban a izquierda y derecha, primero

hacia un lado, después hacia el otro… Para retrasar a los invasores, me había contado Aya una vez.

«¡Vaya!».

Me detuve. Caí en la cuenta de que aquella era la mejor manera de perderse: dejar el caballo en un establo y salir a explorar. Cuando uno se quería dar cuenta, se había olvidado de dónde estaba el caballo.

Mientras intentaba encontrar un punto de referencia que me fuese de utilidad, vislumbré un movimiento repentino a mi espalda. No podía estar seguro completamente, pero me pareció que era un niño pequeño: un niño preocupado de que nadie lo viese.

Ya más consciente de dónde estaba, seguí paseando por la ciudad y me detuve a admirar las mercancías de un puesto que estaba un poco más adelante. Aquel puesto en particular presumía de una gran selección de puñales, todos ellos más adecuados para el combate que el que había cogido de casa.

Uno de los puñales me llamó la atención. Saqué mi bolsita de monedas para comprarlo pero, antes de engancharme mi nueva compra en el cinturón, fingí que lo inspeccionaba una última vez; utilicé la hoja del puñal para ver qué había detrás de mí y, de nuevo, percibí un movimiento entre las piernas del resto de compradores. ¿Un chaval de la calle que quería hacerse con mi bolsa de monedas?

El comerciante del siguiente puesto vendía joyas. Elegí un elegante collar y lo incliné de nuevo para ver lo que ocurría a mi espalda. No vi más que el reflejo de mi cara, con una buena barba incipiente, llena de suciedad y polvo del desierto y, entonces…

«¡Ahí!».

Lo vi en el reflejo. Un chico, más joven que yo. Vestía una túnica similar a la mía, pero sin los cinturones de cuero que se entrecruzaban a la altura del pecho.

La pregunta era, ¿por qué me seguía? ¿Qué quería?

Había llegado el momento de descubrirlo.

10

Emprendí de nuevo la marcha, con el chico siguiéndome, y no me detuve hasta que llegué a una plaza. Las paredes estaban llenas de bancos de piedra y unos grandes almendros les daban sombra a los compradores que se arremolinaban en los puestos de venta de comida y tarros de alabastro. Compré un trozo de bizcocho de miel recubierto de semillas y, después, me senté en una mesa de mosaico, a esperar.

«Venga», pensé. «Déjate ver, pequeña rata».

Pasado un rato, el chico entró en la plaza de forma furtiva. A pesar de que estaba mucho menos atestada de gente que el resto de las calles de la ciudad, el chaval pudo utilizar a personas mucho más altas que él para ocultarse. Lo observé con todo el disimulo del que fui capaz. Vi que sus ojos se posaban en el bizcocho y pude percibir en ellos el hambre que tenía el muchacho.

Lo miré y, con gestos, le indiqué que se acercara. Al segundo, una expresión de indecisión se dibujó en su rostro, que estaba casi tan sucio como el mío, y se volvió para alejarse de allí.

—Oye —lo llamé—. ¿Tienes hambre? Tengo un bizcocho de miel que me encantaría compartir con alguien.

Mis palabras lo detuvieron en seco. Se volvió y se escabulló por los muros hacia la mesa donde estaba sentado; se acercó y, antes de hablar, me examinó con ojos hastiados.

—Se cree un gran hombre, ¿verdad? —dijo y estiró la mano para alcanzar el bizcocho de miel.

—Bueno, si vas a ser así de maleducado, entonces… —Cogí el bizcocho y lo puse fuera de su alcance.

—Vale, vale, es solo que no estoy acostumbrado a que alguien que es apenas un poco mayor que yo me hable como si fuese un comandante militar.

—¿Qué edad tienes? ¿Cómo te llamas? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Me llamo Tuta. Tengo diez años. ¿Cómo se llama usted? ¿Qué edad tiene? ¿Y cuándo piensa darme un trozo de ese bizcocho de miel? ¿O es que acaso tiene en mente que se lo ruegue? «Oh, por favor, señor, por favor, señor, ¿podría darme un poquito de su bizcocho de miel? Podría divertirle con un baile si le place, o cantarle una cancioncita, señor, ¿por favor?».

Tenía razón: todavía tenía el brazo alzado y sostenía el bizcocho de miel. Lo bajé y le indiqué que se sentara.

—Sírvete. Me llamo Bayek. Tengo quince primaveras y me interesa saber por qué te has convertido en mi sombra.

El niño se sorbió la nariz.

—Tengo hambre y vivo en la calle. Siempre estoy al acecho por un poco de comida que llevarme a la boca.

—Podría creérmelo… si no fuese porque no llevaba nada de comida encima cuando empezaste a seguirme. ¿Por qué me da que no es precisamente en el bizcocho en lo que estás tan interesado, sino en esto? —Dejé caer mi bolsa sobre la mesa de mosaico.

Con los labios llenos de semillas y las mejillas hinchadas con bizcocho de miel, Tuta puso los ojos en blanco.

—Vale, está bien. —Escupió un montón de migas—. Un amigo mío trabaja en los establos. Es lo bastante majo como para avisarme de si un forastero llega a la ciudad y a este, quizá, le sobran un par de dracmas…

—¿Para robárselos?

Tuta negó con la cabeza, con furia.

—No, pero quizá sea lo bastante generoso como para echarle una mano a un chaval.

El silencio se instaló entre nosotros.

—Entonces, ¿cree que podría hacerlo? —preguntó, esperanzado—.

¿Echarme una mano, quiero decir? Un pequeño préstamo. Quizá un regalo por enseñarle la ciudad.

—Bueno, podría ser, quizá podría hacerlo…

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Pero, antes, me gustaría saber un poco más del chico al que voy a ayudar. ¿Cuál es tu historia, Tuta? —Le indiqué que cogiese un poco más de bizcocho.

Empezó a hablar entre bocado y bocado.

—Llegué a Sauty desde Tebas cuando era muy pequeño. Mis padres nos trajeron aquí a mí y a mi hermana pequeña y, durante un tiempo, las cosas fueron bien, por lo que recuerdo. Pero, entonces, hubo un incendio… un incendio terrible, señor, uno que acabó con la vida de mi madre y de mi hermana.

—Lo lamento —dije.

—Gracias, señor, sucedió hace un par de años, y no soy el único al que le ha pasado.

—¿Y tu padre?

—Bueno, esa es una historia casi tan trágica como la que le acabo de contar. Al perder a mi madre y a mi hermana, también perdí a mi padre. Se dio a la bebida y, hasta donde yo sé, quizá haya muerto por su adicción al alcohol.

—Lo lamento —repetí—. ¿Y dónde vives?

—Bueno, he vivido más de una vez justo en esta plaza. —Esbozó una sonrisa burlona—. De hecho, no creo que haya una sola calle en esta ciudad en la que no haya vivido alguna vez que otra. Por la noche hace un poco de frío, pero me las arreglo como puedo, y tampoco es que me encuentre solo.

—¿Cómo te has hecho eso? —pregunté, señalando un moretón que tenía en el cuello.

—He dicho que me las arreglo… —Se le ensombreció la mirada—. Pero eso no significa que no haya cosas malas.

—Cierto —contesté—. Bueno, quizá podamos ayudarnos el uno al otro, solo si… un «si» muy importante… puedes ayudarme tú a mí también. Como soy forastero, no conozco la ciudad tan bien como tú, pero estoy buscando a un mensajero que, hace poco, visitó Siwa. El hombre tenía unos

llamativos ojos azules y llevaba colgando un bolso de cuero, similar al que llevo yo —dije y señalé la correa que me cruzaba el hombro—, pero con la bolsa aquí abajo…

—No es que la lista sea corta —respondió Tuta, poco convencido.

Intenté pensar en algo más que pudiese contarle.

—Vale, la última vez que vi a este hombre tan particular, estaba guardando una bolsa de lo que parecían monedas en su especie de cartera. Me pregunto si, quizá, se estaba gastando su sueldo y quizá llamó un poco la atención durante el proceso.

—Retiro lo dicho, señor —dijo Tuta—, quizá sí que pueda hacer algo por usted. De hecho, conozco a la persona indicada a la que preguntarle. Un mercader que conozco, un hombre que comercia con un montón de tipos diferentes de mercancías. Podría empezar por él, si le parece bien.

—¿Crees que puedes encontrar al hombre que busco?

Tuta le guiñó un ojo; gracias al bizcocho que se había comido, ya tenía mejor aspecto.

—Para ser honesto, no creo que haya nadie en toda esta ciudad a quien no pueda encontrar. Acaba de contratar a la persona ideal para esta tarea. Espere aquí.

Hice lo que me pidió, feliz, pero sin ser consciente del terrible error que estaba cometiendo.

11

Sabu cabalgó durante más de veinte días antes de llegar a su destino. Al final le llevó más tiempo del que pensaba porque procuró ser precavido, pues tenía que asegurarse de que no le habían tendido ninguna trampa. El lugar seguro, «Madre», se mencionaba en el mensaje, así que estaba bastante convencido de que la misiva era auténtica, pero aun así… era mejor andarse con cuidado.

Llegó a Madre, un pequeño oasis localizado en el desierto Arábigo en el que esperó durante aproximadamente un día entero hasta que vio en la distancia la forma de un carro que le resultaba familiar y que se acercaba a él con lentitud. En el asiento estaba sentado el pupilo del Anciano, un chico de unos quince años con unos ojos ciegos pero brillantes.

Todo el mundo pensaba que Sabestet, pues ese era su nombre, poseía unas habilidades que rozaban lo sobrenatural. Sin embargo, la verdad era que su arma secreta era su buen oído, y que su visión tampoco era tan pobre como hacía creer a la gente. Todo esto era gracias al consejo del Anciano: «Encuentra tus ventajas y aprovéchalas. Al igual que con tus enemigos, no dejes que tus amigos las conozcan, pues nunca se sabe cuándo pueden dejar de serte leales».

El Anciano, Hemon, normalmente se sentaba en el carro al lado de Sabestet, pero parecía que aquel día era una excepción.

Se saludaron y Sabu se apartó, consciente de que no debía ofrecerle la mano para ayudarle a bajar del carro. En seguida, los dos se sentaron y apoyaron sobre el tronco de un árbol y bebieron lo que quedaba en el odre

de Sabu.

—Hemon le da las gracias por haber respondido el mensaje y por haber venido tan rápido. Confiábamos en que lo haría —dijo Sabestet después de limpiarse la boca de polvo.

Sabu intentó matar una mosca.

—¿Cómo se encuentra?

—El maestro está tan sano física y mentalmente como siempre, aunque ahora necesita la ayuda de un bastón para andar. Quería acompañarme, pero últimamente ha estado viajando mucho, por eso consideramos que lo mejor era que, esta vez, se quedara en casa, en Dyerty. El maestro espera que no le ofenda su ausencia y le da las gracias por haber venido.

—¿Y esos viajes que ha estado haciendo?

—Sí, esos viajes, por ellos le ha llamado. Le da las gracias por haber venido.

Sabu suspiró al recordar a Ahmose y a Bayek en su casa, en la ciudad de la que se había marchado.

—Sí, me agradece que haya venido, ya lo he entendido, Sabestet. Pero ¿por qué? ¿Qué son esos viajes?

—El maestro envió un mensaje a Emsaf diciéndole que quería que se reunieran para hablar de un asunto importante, pero Emsaf no llegó al punto de encuentro. No obstante, envió un mensaje desde Ipu en el que pedía que se vieran en otro lugar. ¿Por qué cree que haría eso?

Sabu se levantó, se puso las manos en la parte inferior de la espalda y estiró los hombros mientras intentaba pensar como si fuera Emsaf. Recordó los días y las noches que acababa de pasar atravesando el desierto.

—Llegó a Ipu desde su casa en Hebenu —dijo mientras miraba a Sabestet—. Seguro que creía que le estaban siguiendo.

Sabestet asintió. Normalmente cerraba los ojos, de tal manera que, cuando asentía, parecía que estuviera meditando sobre algo.

—El maestro también llegó a esa conclusión, por eso le pide que investigue qué le ha sucedido exactamente a nuestro amigo y compañero Emsaf. Estará encantado de recibirle en Dyerty para que le cuente sus descubrimientos.

Lo cual estaba deseando hacer, pensó Sabu con amargura.

—Supongo que el maestro piensa que un viejo enemigo se encuentra detrás de todo esto —dijo el hombre.

Sabestet volvió a asentir.

—Eso es lo que el maestro cree y teme.

12

Cuando volvió Tuta, ya había anochecido y los mercaderes de la plaza habían recogido y se habían ido a casa. Llegó, se sentó en la mesa y me observó a través de sus cabellos oscuros y despeinados.

—Creo que he encontrado a su hombre, señor —dijo mientras me mostraba una palma de la mano vacía.

Miré la mano mugrienta y sonreí ante su insolencia; a mi pesar, me caía bien el chaval.

—Ah, no, no te voy a pagar aún, al menos no hasta que no lo vea con mis propios ojos. ¿Dónde puedo encontrar al mensajero?

—No es fácil hacer negocios con usted —dijo Tuta, pero retiró la mano sin protestar—. Pero lo entiendo; tiene que asegurarse de que he encontrado a su hombre. Sígame.

Me llevó por calles estrechas y sinuosas, y me animé al ver que recordaba algunos puntos de referencia que había visto por la mañana, y caí en que, cuando me hiciera falta, sabría regresar adonde había dejado mi caballo. Es más, sentía los primeros indicios de emoción y me sentí más seguro de mí mismo. «Puedo hacer esto».

Al llegar al final de una calle, Tuta me empujó hacia uno de los lados y dijo en voz baja:

—Cuidado, aquel al que buscas está cerca.

Por aquella calle angosta había algunos hombres, sentados bajo toldos, que comían o bebían con sus amigos. Aún había gente andando por la calle, pero, entre los viandantes, pude ver al hombre que señaló Tuta, que era tal y

como yo se lo había descrito. Sus ojos eran de un color azul intenso y, a primera vista, podría haberse parecido al jinete que había visto en Siwa, aun así…

—No estoy seguro de que sea él —le dije tras estudiar a aquel hombre un rato—. No lleva ninguna bolsa.

—La lleva consigo, señor, estoy seguro de ello —dijo Tuta—, solo que quizá la haya dejado debajo de la mesa, junto a sus pies. Además, según mi contacto, este es el hombre que últimamente se ha estado gastando tanto dinero. Mi amigo, que conoce a media ciudad, me ha dicho que este mensajero ha vuelto hace poco después de estar casi un mes fuera.

Reflexioné sobre sus palabras.

—Eso aumenta mucho las posibilidades de que sea él, la verdad. Si pudiera escuchar su voz…

—Bueno, pues acerquémonos antes de que se eche atrás y encima pierda el dinero que me debe —dijo Tuta.

Le agarré por el hombro justo en el momento en el que empezó a ir en su dirección.

—No, podría reconocerme.

Tuta me miró de arriba abajo con perspicacia.

—¿Qué aspecto tenía la última vez que le vio?

—Quizá tengas razón.

—Vamos, acompáñeme. Incluso aunque le vea pasar por su lado, se pensará que es mi hermano mayor. Vamos, que no tenemos toda la noche.

Mi corazón latió desbocado cuando pasamos junto al lugar en el que el hombre de ojos azules estaba sentado con otras personas. Se le veía contento mientras escuchaba la conversación y, aunque al acercamos más estuve casi seguro del todo de que era la persona correcta, seguía queriendo escuchar su voz.

Tuta, como respuesta al aviso que le hice con la mirada, se acercó al grupo y le preguntó al hombre:

—Señor, ¿me puede dar una dracma?

—Largo de aquí, granuja —respondió.

Ahí supe que se trataba del mensajero que vi en Siwa.

—¿Y bien? —profirió Tuta una vez que había terminado nuestro paseo

por aquellas calles.

—Era él.

—Entonces ya está el asunto zanjado, ¿verdad, señor? Si no le importa, cuando me dé mi moneda, me iré. —En cuanto cogió la moneda de plata que le di, preguntó—: ¿Qué hará ahora? ¿Cuáles son sus planes?

Aquella era una buena pregunta. Durante todo mi viaje, así como durante mi estancia en Sauty, no había llegado a pensar qué le iba a decir al mensajero si me lo volvía a encontrar.

—Tengo la impresión de que quizá necesite un intermediario —comentó el muchacho como si me hubiera leído la mente—. Yo podría organizar un encuentro entre los dos.

Aquello tenía sentido, porque, si me reconocía y escapaba por aquel laberinto de callejones, quizá no pudiese volver a encontrarlo. Sin embargo, el mensajero no sería tan precavido con un niño, y aún menos saldría corriendo de él en público.

—De acuerdo —le dije.

—Le diré que tengo un amigo que requiere de sus servicios. Espere en el anfiteatro y le llevaré a su hombre allí, luego ya hará usted el resto, ¿qué le parece?

Me pareció que su plan tenía buena pinta. Tuta desapareció al momento. Aquella misma noche, un poco más tarde, fui a solas y con una dracma menos al anfiteatro de la ciudad de Sauty. Me pregunté si mi nuevo amigo volvería.

En aquel lugar reinaba un silencio que parecía casi antinatural. Cuando tosí, el sonido hizo eco entre las gradas que acababa de dejar vacías el público que había ido a ver *Los mirmidones*. Antes, ese público debía de haber ocupado aquellos peldaños de piedra con sus túnicas mientras charlaba y comía frutos secos, dátiles y pasteles. Luego se habría entretenido viendo a los actores recitar los versos de la obra. A Aya le habría encantado. Le gustaba hablarme de los efectos pirotécnicos que utilizaban en *Las euménides*, de las luchas de espadas, de la manera en la que la compañía de teatro hacía que pareciera que lloviera, o de cómo usaban una especie de máquinas elevadoras para la aparición de los dioses.

Seguro que antes, por todo el anfiteatro, se había escuchado el sonido de

las risas, del parloteo y de los actores recitando sus líneas. Pero no en aquel momento, en el que ninguna de las antorchas ni los braseros estaban encendidos y cada vez estaba más oscuro. Oí el revoloteo de unos pájaros entre los asientos que quedaban por encima de mi cabeza, un crujido que podría ser obra de unas ratas. Sentí una punzada de miedo que me atravesó todo el cuerpo y tuve la sensación de no podía conseguirlo.

«No, Bayek, sí que puedes. Tienes que hacerlo». Me sentía expuesto en la zona del teatro justo debajo del escenario; elegí un asiento para esperar y me senté. A escondidas, coloqué la mano sobre mi nuevo puñal. No había tenido tiempo de afilarlo (pasándole una arenisca cuarzosa de izquierda a derecha, tal y como mi padre me había enseñado a hacerlo), así que todavía quedaban un par de rebabas en la hoja, pero me serviría en caso de tener que utilizarlo.

«¿Utilizarlo para qué?».

Ahuyenté ese pensamiento. No tenía ninguna razón para sospechar que algo malo fuese a ocurrir.

¿O sí?

Un sonido emergió de uno de los túneles de entrada, que no estaba muy lejos de mí. Los pájaros también lo oyeron, pues vino acompañado por un aleteo repentino en el techo del teatro. De entre las sombras, apareció el mensajero. Miró a su alrededor, lleno de curiosidad y, después, me observó mientras me levantaba de mi asiento para saludarle. Tenía los ojos entrecerrados.

—Eres el hombre con el que me tenía que encontrar, ¿no?

Por suerte, no vi nada en el rostro del mensajero que indicase que me había reconocido. Por lo visto, mi aspecto había cambiado con mis viajes.

—Ya nos hemos visto antes —le dije.

—¿Ah, sí?

—Pues sí —respondí. Estaba a punto de contarle cuándo nos habíamos visto pero, de repente, un ruido proveniente de los asientos superiores me interrumpió. Miré hacia arriba y me pareció que alguna ilusión óptica hacía que las sombras se movieran. Entonces añadí—. En Siwa.

Le cambió el semblante. Me había reconocido.

—Ah, sí, sí, te recuerdo. El chaval insolente. Claro. Está bien, ¿por qué

no me cuentas a qué demonios estás jugando y por qué me has traído hasta aquí? Me habían dicho que se trataba de una oferta de trabajo. Pero dudo mucho que alguien como tú tenga algo que pueda interesarme.

—Pues quizá sí —respondí—. Tengo un montón de monedas y, a cambio, quiero una cosa mucho menos agotadora que lo que estás acostumbrado a hacer. Quiero información sobre el mensaje que le llevaste al protector de Siwa. ¿Quién lo envío y qué decía?

De repente, el tipo arqueó las cejas.

—¿Y por qué no le preguntaste a tu padre?

—Es complicado.

—Se marchó en cuanto le di el mensaje, ¿verdad?

—¿Y eso no te sorprende?

—Para nada —dijo, negando con la cabeza—. Me dijo que lo haría cuando le hice llegar el mensaje.

—¿Y el mensaje era…?

—No te adelantes a los acontecimientos, hijo del protector. Primero enséñame las monedas que puedes ofrecerme. Después seguiremos con la charla… o no.

Mientras rebuscaba en mi túnica las monedas que le iba a dar a cambio de su trabajo, oí un movimiento, el chirrido de las sandalias contra la piedra. Al volverme, vi una silueta que aparecía por el túnel. Un hombre se acercó a la zona de en frente del escenario, con el rostro curtido y abatido, vestido con ropas harapientas y con una espada corta oxidada a la altura del muslo. Había algo en él que me resultaba familiar…, algo que no terminaba de identificar. Pero, si se me había pasado por la cabeza que ese hombre fuese amigo del mensajero, pronto vi que estaba equivocado. El semblante del mensajero se ensombreció y me miró, desvió la mirada al recién llegado, y al instante me volvió a mirar a mí.

—¿Qué es esto? —gritó. Se llevó las manos a la bolsa y se aferró a ella con fuerza—. ¿Qué pasa? —Me lanzó una mirada de odio—. ¿Es una trampa?

—No, no —respondí, temeroso de que se me escapase la oportunidad que tenía al alcance de la mano. De repente me sentí muy solo.

—Bueno, yo no lo negaría tan rápido —dijo el recién llegado, con una

sonrisa de satisfacción—. De hecho, yo diría que ha sido una trampa perfecta.

13

El hombre de la espada corta levantó la cabeza y habló en dirección a las gradas de arriba:

—Tuta —dijo—, déjate ver, chico.

Se me cayó el alma al suelo cuando, efectivamente, Tuta salió de su escondrijo con un moretón recién hecho debajo de uno de los ojos. El niño salió de entre las sombras en la parte superior del anfiteatro y bajó lentamente por las gradas. Tuta, cabizbajo e incapaz de mirarme, se puso al lado del hombre que seguramente era su padre. Me sentí vacío, aunque sabía que aquel era mi castigo por ser tan arrogante y estúpido. «Te está bien empleado».

—Bien hecho, hijo —dijo el padre de Tuta—, los has traído a los dos como dijiste. Ahora, si no os importa, buenos hombres, vamos a llevarnos el dinero.

Levantó la espada en un ademán amenazador.

—Tuta, ¿por qué? —quise saber—. ¿Por qué haces esto? Te habría pagado, sabes que lo habría hecho. Pensaba que éramos…

—«Amigos». —El padre del muchacho se rio con suficiencia. Al abrir la boca, el aliento le apestaba a cerveza—: No, no sois amigos. Él hace lo que yo le digo, cuando yo digo, y se hace amigo de quien yo digo. Y desde luego no de vosotros dos.

Con la espada, señaló a algún punto entre el mensajero y yo.

—Venga, entregadme vuestro dinero.

—Los conoces —me espetó el mensajero—. Me has tendido una

trampa.

—No —le dije rápidamente—, te juro que no tengo nada que ver con esto, yo solo quería información.

Di media vuelta y miré a Tuta.

—Esto no es lo que tu madre habría querido. No habría querido que su hijo acabara robando a desconocidos.

—¿A qué te refieres con que no es lo que habría querido, en pasado? —dijo el padre, que esbozó una sonrisa burlona—. ¿Qué te ha contado?

Miré a Tuta.

—También era mentira, ¿me equivoco? Me has estado tomando el pelo todo el rato.

Tuta tragó saliva y miró hacia otro lado. Le temblaba el labio inferior.

—Venga, escúpelo. —Insistió su padre—. Me muero por saber qué te ha dicho.

—Que tu esposa y tu hija habían muerto en un incendio. Y que te habías dado a la bebida.

El padre echó atrás la cabeza y rio a carcajada limpia.

—¡Y tú vas y te lo crees! Eres más tonto de lo que creía.

Me llegó de nuevo la peste a cerveza de su boca.

—Al menos una parte de lo que dijo sí que era verdad —dije—, y por los moretones que lleva tu hijo, puedo imaginar lo que omitió.

—Bueno, ¿no se suponía que eras un héroe? —se mofó el hombre—. Tuta me dijo que lo eras, como un pececillo intentando nadar junto a peces más grandes que él. Me dijo que serías una presa fácil.

Observé al niño que miraba al suelo, avergonzado. En ese momento, su padre se acercó y colocó la espada bajo mi mentón. Sus ojos legañosos me miraron. A través de sus labios separados vi que tenía los dientes rotos. La peste que echaba me trajo intensos recuerdos del hombre que entró por mi ventana la noche del ataque de Menna.

«Pero ahora no me voy a quedar paralizado del miedo. Ya no soy un crío».

El padre de Tuta estiró la mano que tenía libre, me cogió el puñal que llevaba en el cinturón y lo tiró al suelo. El arma tintineó al caer. De soslayo, vi cómo el mensajero observaba el puñal y deseé que no hiciera lo que

parecía que iba a hacer. «No te arriesgues», quería decirle. «Ahora que he llegado tan lejos, no lo hagas».

La espada estaba afilada (no tenía rebabas) y noté un cálido cosquilleo en la garganta: era mi sangre. Mientras tanto, el asaltante acercó la otra mano a mi bolsa.

No pudo hacerlo, fue incapaz de abrir la bolsa con una sola mano.

—Tuta, coge su dinero —dijo, irritado.

Sin mirarme, el niño se acercó, desabrochó la bolsa, sacó el saquito en el que guardaba el dinero y se lo entregó a su padre. Una pluma flotó hasta el suelo.

El mensajero se había acercado un par de pasos más al puñal.

«No lo hagas».

—Tuta —supliqué y, al mover la boca, sentí la presión de la espada hundiéndose aún más en la carne. Un nuevo hilillo de sangre recorrió mi cuello—, al menos dile al mensajero que no tengo nada que ver con todo esto. Solamente te pido que le digas eso.

—Él no tenía nada que ver con esto, señor —le dijo al mensajero con firmeza, a la vez que lo miraba directamente a los ojos—. Todo esto solo es fruto de mi padre y mío, y de nuestra cruel manera de hacer las cosas. Lo único que quiere este hombre es encontrar a su padre, solo necesita respuestas. Es un buen hombre, se lo puedo asegurar, si le sirve de algo. Si de verdad tiene usted un corazón noble, espero que le cuente lo que quiere saber para que pueda quedarse tranquilo.

—Cállate ya —espetó el padre—, ya vale de tanta cháchara.

Tras decir eso, asestó tal puñetazo al muchacho que lo mandó directo al suelo. El mensajero vio una oportunidad. Aprovechando la distracción del padre de Tuta, dio un paso hacia delante, se inclinó, recogió mi puñal y se precipitó sobre el hombre, mientras apuntaba la hoja del arma hacia arriba.

Dio de pleno en el blanco y, cuando mi puñal probó la sangre en manos de otro, el padre de Tuta chilló de dolor.

Pero el ataque del mensajero fue hostil y aventurado; una primera puñalada cuyo objetivo era sacarle ventaja. Por desgracia falló, y me fue imposible ayudarle en ese momento. Le había agujereado la túnica al ladrón y le había hecho un corte en el muslo: la sangre ya le corría a borbotones

por la pierna. Pero el padre de Tuta, aunque herido y probablemente borracho, seguía siendo el luchador más experimentado de los dos, y manejaba el cuchillo mejor que el mensajero. Se tragó el dolor y se revolvió; su propia hoja lanzó un destello al cargar contra él.

El mensajero no pudo asestar una segunda puñalada. En un abrir y cerrar de ojos, la espada corta se alojó en su estómago. El padre de Tuta gruñó por el esfuerzo mientras la hundía con violencia, como las lavanderas que sumergen sus sábanas en el Nilo. Asestó otra puñalada y una tercera de puro rencor cuando el mensajero estaba inclinado, apretándose el torso, tosiendo y con espasmos por el dolor, con la muerte ya asegurada.

Entonces, el padre de Tuta se volvió hacia mí. Tenía la pierna empapada de su propia sangre y manchas oscuras de la sangre del mensajero en la espada.

—Estúpido bastardo —gritó el hombre y yo no estaba seguro de si me hablaba a mí o a Tuta, o puede que a ambos. Lo único que sabía era que trastabillé hacia atrás y que mis tobillos se chocaron contra Tuta, que estaba tendido en el suelo, así que yo también me caí contra la piedra.

Tenía los ojos clavados en la espada corta mientras el padre de Tuta se acercaba hacia nosotros arrastrando la pierna herida.

«Ya está. Esto es el momento previo a la muerte». Pensé en Aya, en mi madre y en Siwa, un hogar que no volvería a ver nunca más.

—No, padre, por favor —gritó Tuta y se colocó delante de mí, justo cuando la hoja de la espada descendía hacia mi cuerpo.

Gracias a los dioses, su padre frenó su ataque a tiempo. Dejó escapar una maldición con la que le prometía un castigo peor más tarde. Se acercó a Tuta y lo apartó, lo dejó de nuevo sobre el suelo y vino hacia mí, decidido a asestar el golpe de gracia. Pero Tuta me había hecho ganar un poco de tiempo, unos segundos muy valiosos: había conseguido ponerme en pie y pensaba cómo defenderme.

—Eh, ¿qué está pasando aquí? —Un grito emergió del túnel y, mientras el padre de Tuta se volvía para localizar al dueño de la voz, me abalancé hacia mi puñal. El hombre que había hablado era uno de los trabajadores del teatro, que se había acercado por el alboroto que habíamos montado. Con un grito de frustración, el padre de Tuta desechó cualquier pensamiento

asesino y, en cambio, se volvió hacia el mensajero caído y vació su bolsa. Le quitó todo el dinero, se acercó a Tuta, lo cogió por el brazo y tiró del pobre niño herido. Lo arrastraba hacia la salida en el momento en que el trabajador del teatro apareció.

El hombre empezó a protestar: «¿Qué dem…?», antes de que se le descompusiera el rostro al ver la espada del padre de Tuta. Se pegó a la pared de las gradas y permitió que el ladrón y su pequeño cómplice se escapasen a toda velocidad.

Me acerqué con dificultad al mensajero al frente del escenario. Me arrodillé a su lado y le toqué la sien con una mano; observé su túnica, toda roja, destrozada y hecha jirones. Tres puñaladas. Chac, chac, chac.

Todo había sido culpa mía. Había sido un imbécil.

El mensajero tosió un poco de sangre, los ojos vidriosos. Cuando apoyé la mano sobre su corazón, comprobé que apenas latía. Palpitaba como el revoloteo de un pájaro herido.

Iba a morir allí mismo… iba a morir allí, y era culpa mía, pero, a pesar de todo, tenía que saberlo. Y, aunque me odié a mí mismo por hacerlo, por anteponer mis propias necesidades a sus últimos minutos de vida, me incliné hacia él y le dije:

—Por favor, dímelo, ¿qué decía el mensaje?

El mensajero falleció pero, antes de morir, me susurró el contenido del mensaje.

Y no entendí nada.

14

Me senté de cuclillas y sentí cómo la ira, la frustración y el odio crecían con intensidad dentro de mí. Desde el otro lado del anfiteatro, el trabajador gritó:

—Quédate ahí; voy a buscar a los soldados.

Sin embargo, hice caso omiso. Me levanté, fui corriendo hacia las gradas y subí los peldaños con rapidez hasta llegar a la parte superior del anfiteatro.

Encontré un alero y, de un salto, me agarré a él y subí al techo del edificio. Allí arriba, me agaché y examiné las calles de Sauty aprovechando la vista de pájaro que tenía desde mi posición elevada.

En aquel momento, la oscuridad engullía bastantes zonas de la ciudad y las antorchas empezaban a cumplir su función; las calles estaban menos concurridas. Aun así, me pareció ver a mis presas dos calles más allá: un hombre que cojeaba y el niño que le seguía.

Me puse de pie e intenté calcular la distancia que habría entre el alero del anfiteatro y la azotea de la tienda o casa más cercana. La azotea estaba muy por debajo del techo del anfiteatro y no había ningún toldo ni nada que pudiera amortiguar mi caída en caso de que no llegara al otro edificio.

Respiré hondo, me puse en cuclillas, sentí cómo los músculos de las piernas se contraían… y salté.

Logré aterrizar donde quería, seguí hacia delante por aquel techo y… volví a saltar… una y otra vez. En las azoteas vi algunas camas, pero, por suerte, nadie descansaba en ellas. Seguí corriendo, saltando de una azotea a

otra, sin perder de vista a Tuta y a su padre.

El corazón me latía desbocado. Sin embargo, no tenía ni idea de qué iba a hacer con ellos cuando los alcanzara. Me impulsaba un sentimiento de injusticia, la sensación de que lo había echado todo a perder, la necesidad de arreglar las cosas.

Continué mi camino. Estábamos saliendo de la ciudad, donde había más casas. Al final, llegué a una separación entre edificios que era demasiado grande como para saltarla, así que tuve que bajar a la calle. Me escondí detrás de un carro e hice balance de la situación.

Solté un taco. Les había perdido la pista, aunque…

Salí de mi escondrijo y examiné el suelo. Allí estaba: un reguero de sangre que se extendía por toda una calle hasta detenerse de pronto.

Era allí donde debían haberse resguardado.

Estaba en frente de una casa idéntica a las demás casas que uno se encontraba en aquella silenciosa calle, solo que las manchas de sangre llegaban hasta la puerta de esa casa en concreto. Me acerqué todo lo que pude y agudicé el oído para escuchar el sonido que venía de la ventana.

Desde dentro oí una acalorada discusión: el padre de Tuta estaba insultando a su hijo. A continuación, oí una bofetada y el grito de dolor de Tuta. Apreté la mandíbula, furioso.

¿Qué podía hacer? Supuse que el padre del niño tendría que irse a la cama y descansar en algún momento. Al final, a pesar de la herida, el robo había sido todo un éxito. Hasta donde él sabía, ya nadie los perseguía y tenían todo el dinero que querían.

Si pudiese recuperar mi dinero…

Me arrastré con sigilo hasta la oscura parte posterior de la casa y di gracias de que no hubiera allí ningún vecino para dar la voz de alarma. Como había anticipado, de una de las habitaciones de la casa escuché a Tuta metiendo a su padre en la cama. El hombre se quejaba y le pedía a su hijo que le llevara cerveza para el dolor y miel para la herida.

«Bien. Bebe. Bebe hasta quedarte dormido».

Me desplacé hasta la parte más oscura del patio trasero, pasando entre algunos ladrillos de arcilla desperdigados, y me senté en un escalón. Allí decidí esperar hasta que no hubiera riesgo de ser descubierto.

¿Cuánto tiempo estuve esperando? No hice el esfuerzo de comprobarlo con la posición de las estrellas, tal y como me habían enseñado. No obstante, cuando volví a la parte delantera de la casa, dentro todo estaba tranquilo. Una vez allí, me sentí un poco más calmado cuando saqué el puñal del cinturón. Jamás había utilizado el arma con rabia, pero era consciente de que eso era mejor que nada. Con las manos temblorosas, aparté la esterilla a un lado y entré en la casa.

15

La habitación delantera de la casa estaba casi vacía. No había ni uno solo de los taburetes, cojines o alfombras a los que estaba acostumbrado a ver en los hogares de Siwa. Ninguna de las comodidades que uno espera encontrar en un hogar. Sobre la única mesa que había en la habitación, había un botijo de arcilla tumbado, la espada corta oxidada, una vela solitaria y temblorosa… y dos saquitos llenos de dinero.

Además, en la habitación también encontré a Tuta. Estaba sentado en la oscuridad, con la espalda pegada a la pared más alejada de la entrada. Cuando aparecí por la puerta, se levantó y dejó escapar un corto chillido de sorpresa («¡Eh!»), antes de darse cuenta de que era yo.

Me estremecí por el chillido. Por un segundo, creí que iba a gritar otra vez, para avisar y llamar la atención de su padre, que vendría corriendo. Al fin y al cabo, en realidad no podía saber a ciencia cierta de parte de quién estaba el pequeño. Pero no lo hizo. En cambio, ambos nos quedamos inmóviles, con los ojos cerrados mientras escuchábamos con atención y esperábamos a saber si el grito ahogado de Tuta había despertado a su padre. Tuta tenía la cara llena de moretones y pude ver que había estado llorando. El sinvergüenza al que había conocido esa tarde ya no estaba. En su lugar, había un niño asustado y maltratado.

Del interior de la habitación trasera no llegó ningún sonido. Me acerqué a la mesa, cogí los dos saquitos llenos de dinero y me los metí en la bolsa. Quizá podría averiguar si el mensajero tenía familia y podría darles el dinero. Pensé en que podría volver a la calle en la que lo vi por primera vez

y preguntarles a sus amigos.

Pero, antes que nada, tenía que salir de aquella casa.

Tuta me había estado observando, sin emitir una sola queja mientras me llevaba el dinero. Tenía el rostro lleno de heridas, le temblaba el labio inferior y entendía exactamente lo que estaba pensando. Se preguntaba cómo reaccionaría su padre cuando se despertase, cuánto le dolerían los golpes aquella vez.

—Venga —susurré—. Te vienes conmigo.

Tuta sacudió la cabeza y dio un paso hacia atrás, hacia la seguridad de la pared.

—¿Prefieres quedarte aquí y que te dé una paliza? —siseé—. Lo más probable es que te mate cuando descubra que he estado aquí y que me he llevado todo el dinero.

—Pues no se lo lleve, señor —suplicó.

—Lo siento, Tuta —respondí, negando con la cabeza—. Vengas conmigo o no, la mitad de este dinero es mío y, la otra mitad, del mensajero; o, al menos, de su familia. Vente conmigo. Antes me contaste que vivías en la calle. Estarás mejor en cualquier lado que con él.

—Me encontrará.

—Pues vente conmigo y huyamos de la ciudad.

Desconocía adonde iríamos, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Entonces, se hizo el silencio. Tuta parecía estar pensándoselo.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que no es una trampa, señor? —dijo, mirándome de reojo—. ¿Para hacerme pagar lo que le hice?

—Me salvaste la vida. Por eso quiero devolverte el favor.

Al final, pareció reconsiderar mi propuesta, asintió y atravesó la habitación en mi dirección.

Y justo en ese mismo momento, su padre apareció.

Iba despeinado y tenía la pierna cubierta de sangre seca. Soltó un rugido frustrado y se abalanzó hacia Tuta con la pierna buena, sin percatarse, al parecer, del puñal que yo llevaba en la mano.

—¡Estás intentando llevarte mi dinero, muchacho! —gritó, cogió al chico del cogote como si de un perro desobediente se tratase y lo lanzó hacia atrás—. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves?

—No, padre, no, padre —suplicó Tuta, pero su padre le daba patadas a diestro y siniestro con la pierna sana. Un instante después, se detuvo, casi como si se hubiese acordado de que yo estaba allí y, lo que era más importante, del dinero. Desvió la mirada hacia la mesa, se dio cuenta de que los saquitos llenos de monedas no estaban allí y me miró. Antes de que pudiese reaccionar, se abalanzó hacia mí.

Mis esfuerzos por repelerlo con el puñal fueron en vano. Era mucho más grande que yo. Se estrelló contra mí, me dejó sin respiración, así que caí con fuerza sobre las losas del suelo; me estrellé contra la piedra y mi cabeza zumbó. Fortalecido por la ira, me oprimió contra el suelo, me rodeó el cuello con los dedos y me sujetó con las piernas. Un poco de baba me cayó sobre la cara y sentí que algo de sangre se colaba por mi túnica. Me di cuenta de que no era mía y, en un lugar remoto de mi cerebro, me pregunté si quizá el padre de Tuta podía desangrarse y sufrir un colapso antes de matarme.

Apretó un poco más. Intenté respirar, pero me era imposible. Volví la cabeza y vi a Tuta tumbado en el suelo, quieto y con los ojos cerrados, aturdido o inconsciente. Mis propias manos se lanzaron hacia la gigantesca manaza llena de callos que me rodeaba el cuello, en un intento por liberarlo del férreo apretón de los dedos del hombre. El padre de Tuta tanteó en la mesa con la mano que tenía libre, en busca de su espada corta.

Y, entonces, en un movimiento desde las sombras, vi una figura detrás de él. No era Tuta. Era otra persona. Una mano apartó la espada, que cayó contra el suelo con un gran estruendo. Lo siguiente que vi fue un ladrillo de arcilla que se elevaba, caía con fuerza y se partía en dos contra la cabeza del padre de Tuta un segundo después de que el hombre se diese cuenta de que le habían arrebatado el arma. Se le pusieron los ojos en blanco, me soltó y cayó de costado.

Y, a la tenue luz de la vela que todavía no se había apagado, vi por primera vez a la persona que me había salvado la vida.

Era Aya.

16

—¡Por los dioses! —Aya se puso de rodillas y me acunó la cara con las manos. Nos miramos el uno al otro y me di cuenta de que ella también lucía las marcas de su largo viaje por el desierto, desde Siwa hasta Sauty. Llevaba el pelo recogido en una trenza, apelmazado y sucio, y tenía el rostro cubierto de suciedad.

Nos besamos, pero no hubo tiempo para reencuentros o explicaciones de ningún tipo. En el suelo, el padre de Tuta gemía e intentaba ponerse de rodillas con ayuda de las manos. Aya me levantó de un tirón y me arrastró hacia la puerta, pero la detuve.

—Tuta —lo llamé—, ven, es tu última oportunidad.

Esa vez, el niño no necesitó ni una sola palabra más para convencerse. Se unió a nosotros mientras atravesábamos la puerta principal a toda prisa y corríamos por la calle; el eco de nuestros pies contra la piedra resonó en el aire mientras escapábamos.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunté a Aya mientras corríamos.

—Pues como tú. A caballo. De hecho, nuestros caballos están ahora mismo en el mismo establo, al cuidado de un joven que te recuerda y que conoce a este chico —señaló a Tuta—. Y, después de darle un poco de dinero, me dijo dónde podía encontrarle.

—¡Bastardo! —gritó Tuta y, después, esbozó una sonrisa de disculpa cuando Aya y yo lo miramos enfadados.

—La verdad es que no esperaba encontrarte a ti con él —me confió Aya

—. Pero no me voy a quejar.

—Yo tampoco —dijo Tuta—, pero tenemos que regresar a los establos, buscar a vuestros caballos y salir de la ciudad esta misma noche. Mi padre sabe en qué establo está su caballo, señor. Si nos quedamos, nos encontrará, seguro.

Mientras recogíamos los caballos, el chico del establo y Tuta se miraron con recelo, y era más que evidente que Tuta quería regañar al chaval y decirle todo lo que pensaba, pero decidió no abrir la boca.

De todos modos, no nos quedamos mucho tiempo en los establos. Nos montamos en los caballos y, poco después, sin rastro del padre de Tuta por ninguna parte, salimos de la ciudad al galope y dejamos atrás Sauty.

Viajamos durante casi dos horas, en las que Tuta compartió la montura con Aya y se aferraba a ella con fuerza; ya casi había amanecido cuando nos detuvimos y encendimos una hoguera para cocinar el pescado que Aya había comprado o, mejor dicho, le había dado un pescador al que había engatusado en la orilla del Nilo.

Mientras Tuta encendía la hoguera, Aya y yo nos alejamos un poco para hablar. Marchábamos como soldados que regresasen agotados de una batalla; nos apoyábamos el uno en el otro. Entonces nos dejamos caer sobre la arena, agradecidos. La cabeza de Aya se apoyó en el lugar de siempre y allí descansamos, mientras el sol se elevaba en el cielo a nuestras espaldas. Contemplamos cómo Tuta se ocupaba de prender la maleza para hacer la hoguera. Durante unos minutos, el único sonido que oímos fue el chirrido de la piedra de sílex. Por lo demás, el desierto permanecía en un silencio inusual, como si fuésemos las únicas tres personas en todo el mundo.

—¿Por qué te marchaste? —preguntó.

—Tengo que encontrar a mi padre. Necesito enseñarle que…

—No, no me refería a eso. ¿Por qué te marchaste así?

Me callé durante un momento, mientras la culpa me carcomía. Noté que la tensión entre nosotros aumentaba.

—No estaba seguro de que pudiese dejarte si no era sin despedirme —dije, al final—. No estaba seguro de que pudiese marcharme y dejarte, de hecho.

—Bueno, pues no lo vuelvas a hacer. Nunca. Nunca te vayas sin

despedirte de mí.

—Lo siento —respondí.

—A ver, cuéntame —dijo—. Cuéntame todo lo que ha pasado.

Y se lo conté. Le conté a Aya la historia al completo, desde mi visita a la casa de Rabiah hasta el momento de nuestro reencuentro.

Todo. No me dejé nada.

—Y ese era el mensaje, ¿no? —me dijo cuando acabé de contarle la historia—. «Ven de inmediato a la Ubicación Madre. Tememos que la Orden se reúna».

—Exacto.

—Ubicación Madre —repitió—. Un lugar para reuniones secretas. ¿El nombre te dice algo?

—No.

—¿Y «la Orden»? —preguntó. Negué con la cabeza—. ¿No te suena haber escuchado esos nombres cuando eras pequeño?

—No. —Por un momento, me quedé sin palabras. Sabía de sobra lo poco que tenía a pesar de lo mucho que me había esforzado: casi había muerto dos veces y, el mensajero, un hombre inocente, estaba muerto por culpa de mi torpeza y mi falta de experiencia—. Y, ahora, no sé qué hacer —le dije—. No sé dónde empezar, adonde ir.

Unos brazos tranquilizadores me rodearon.

—Lo sabrías —dijo Aya—, si te hubieses quedado en Siwa para escuchar lo que Rabiah quería decirte. Te habló de Kensa, pero ¿te contó qué sucedió después de que Menna atacara el templo?

—Continúa.

—Un sacerdote murió en el ataque, ¿lo recuerdas?

—Sí, más o menos.

—Pues no murió —explicó, e hizo una pausa—. Bueno, sí que murió, pero no en el ataque. Los nubios lo mataron al día siguiente. Tu padre les pidió que lo hicieran, ya que aquel sacerdote había trabajado con Menna y le había pasado información.

Recordé cuando fui a ver el campamento nubio o, mejor dicho, el lugar en el que los nubios habían acampado, pues ya no había nadie allí.

—Jamás he vuelto a ver a Kensa, ¿es esa la razón por la que se fue de

Siwa?

—A los nubios les encomendaron otra misión. De hecho, fue de nuevo tu padre el que lo hizo. La tarea consistía en buscar a Menna y sus hombres y pararlos de una vez por todas. Según Rabiah, Kensa ha acabado convirtiéndose en la líder de tal misión y, aunque ha logrado causar estragos en la banda de ladrones de tumbas, aún no ha completado su misión, ya que Menna y algunos de sus lugartenientes todavía siguen en libertad.

—¿Y Rabiah cree que el mensaje estaba relacionado con eso? —pregunté.

No pude verle la cara, pero noté cómo Aya hacía una mueca.

—Bueno, sí, eso dijo.

—¿Y tú no estás muy segura?

—No, la verdad es que no. Es posible que Rabiah nos tenga justo donde ella quería.

—¿Quiere que recojamos a un niño sin hogar y nos sentemos en el desierto sin tener ni idea de qué hacer?

—Eso no es del todo cierto. Sí que sabemos qué tenemos que hacer. Esa es otra cosa que no escuchaste al marcharte de repente aquella noche. Rabiah propone que vayamos a Tebas, encontremos a Kensa y consigamos su ayuda.

—Perdóname, pero no es que me atraiga mucho la idea de cumplir las órdenes de Rabiah. Hasta el momento, cuando lo he hecho, la cosa nunca ha acabado bien.

—¿Lo dices en serio? —dijo Aya.

Lo medité durante un momento.

—No —admití—, es posible que no. Al fin y al cabo, imagino que también fue idea suya que vinieras a buscarme.

—En ese caso, vayamos a comer y a dormir. Ya mañana partiremos hacia Tebas.

—Al menos tenemos un plan —dije—, pero tenemos un problema, y es que no sabemos nada acerca de Tebas. Ya has visto lo que ha pasado cuando me metí en Sauty sin conocerla.

—Yo les puedo ayudar con eso, señor —comentó Tuta.

No le habíamos oído acercarse, pero, de pronto, apareció en frente de

nosotros. Detrás de él, el fuego ardía y las llamas naranjas bailaban y reflejaban los rayos cobrizos del sol del amanecer.

—¿Conoces Tebas? —le preguntó Aya.

Noté que, después de todo lo que le había contado, su percepción del muchacho había empezado a cambiar.

—Mi madre y mi hermana viven allí —dijo Tuta. Mientras pronunciaba aquellas palabras, tuvo la decencia de mirarme avergonzado.

—Entonces ¿tu madre y tu hermana sí que están vivas? —pregunté.

—No todo lo que conté era mentira, de verdad que vivíamos en Tebas. Allí he pasado las primeras diez primaveras de mi vida y me encanta la ciudad, pero mi padre se granjeó algunos enemigos bastante poderosos y tuvimos que venirnos a Sauty. Pegaba a mi madre tan a menudo y con tanta fuerza como a mi hermana y a mí. Supongo que ya lo habrá podido suponer, pero mi padre también bebía mucho por aquel entonces.

—Lo cierto es que no me sorprende —le contesté.

—También era verdad lo de que nuestra casa se quemó, señor. Mi padre tiró una lámpara estando borracho. Para mi madre, aquello fue la gota que colmó el vaso, así que se volvió con mi hermana a Tebas.

—¿Y contigo no?

Tuta respondió con una sonrisa triste:

—Cosas de la lealtad, supongo.

—Puedes venir con nosotros a Tebas, Tuta —le dijo Aya—. Estaremos encantados de tenerte como compañero de viaje. Y cuando lleguemos allí podrás demostrar lo que vales.

—Así lo haré, señora.

Nos comimos el pescado y después nos fuimos a dormir. Aya y yo nos acurrucamos sobre la arena, Tuta se acostó no mucho más lejos de donde estábamos y, cuando el calor del sol nos despertó, aún cansados, partimos hacia Tebas. Mientras tanto, yo no podía dejar de pensar en las últimas palabras del mensajero.

¿A qué se referían? ¿Qué era «la Orden»?

17

—Se supone que la Orden tiene que creer que habíamos desaparecido y que ya no éramos ninguna amenaza —dijo Sabu, colérico—. ¿Qué ha pasado, Hemon?

El anciano frunció los labios, furioso. En el pasado habría gritado a Sabu, pero, aunque Hemon seguía siendo alguien imponente, ya no tenía fuerza en los músculos, la edad le había quitado la energía y discutir a gritos ya no era algo que le atrajera demasiado.

—Posiblemente eso sea lo que tengamos que descubrir —respondió el anciano.

—El maestro le agradece todo el esfuerzo que ha hecho por nosotros —dijo Sabestet mientras ponía una copa de algarroba caliente en frente de Sabu, quien tuvo que hacer un gran esfuerzo por contener su enfado.

Él había hecho lo que Hemon y Sabestet le habían pedido: había viajado a Hebenu, donde había descubierto que la granja de Emsaf tenía un nuevo propietario. Los nuevos dueños lo habían mirado con recelo, y con razón, pues Sabu no solo estaba agotado y hecho un asco por el viaje, con la mirada salvaje; además, allí se enteró de que la granja de Emsaf había quedado deshabitada tras el asesinato de su mujer y su hijo.

Sabu tampoco conocía muy bien a Emsaf, pero este pertenecía a su grupo y, a pesar de que en aquellos momentos no habían tenido mucho contacto, sus pasados estaban conectados y sus futuros estaban inevitablemente entrelazados. Sabu siempre había creído que algún día lucharían hombro con hombro por la restitución del Egipto de los buenos y

viejos tiempos, el Egipto que debía ser.

Resultaba curioso cómo algo de lo que estaba tan seguro se había ido a pique con tanta facilidad.

—¿Cómo los asesinaron? —preguntó Hemon.

—Dicen que los apuñalaron. —Lo que no dijo fue que los nuevos propietarios habían visto los cadáveres, claro—. Pero nosotros no tuvimos nada que ver con sus muertes, ¿comprendes?

—Comprendo.

Al hombre y su mujer se les notaba muy nerviosos. Sabu había pasado toda su vida en Siwa protegiendo a gente como aquella y odiaba ser la causa de sus temores. Se odiaba a sí mismo por tener que ser el enviado y encima las sonrisas que intentó esbozar de poco valieron para tranquilizarlos. Lo único que pudo hacer fue recabar la información necesaria, dejarlos en paz e irse de allí lo antes posible.

—¿No encontraron el cuerpo de ningún hombre? —preguntó, con la imagen de Emsaf en la cabeza, y los nuevos dueños le confirmaron que no —. ¿Y qué hay de las pertenencias de la familia?

Muchas las habían enterrado junto a ellos, como marcaba la tradición. Dijeron que el resto, aunque no eran de mucha utilidad, las habían guardado por si acaso acudía algún amigo o pariente. Así pues, estuvieron encantados de darle a Sabu los objetos para que los revisara. Y así lo hizo.

Sin embargo, no encontró el medallón y, tras poner todo su ingenio en interrogarlos, pudo confirmar que tampoco estaba enterrado junto a la madre o su hijo.

Después, se marchó de allí y se encaminó hacia la casa de Hemon en Dyerty. Durante su viaje, apenas se detuvo hasta ver la ciudad en el horizonte. En el centro se alzaba la columna de granito del faraón Userkaf y, no muy lejos de allí, se encontraba el templo de Montu, el dios de la guerra con cabeza de halcón que, cuando se enfadaba, se mostraba como un toro blanco con la cara negra. Muy apropiado.

Allí había encontrado a Hemon.

—¿Crees que nos están dando caza? —preguntó Sabu.

El Anciano asintió.

—Es la única explicación que le encuentro.

—Entonces tendremos que luchar.

—¿Luchar…? —preguntó Hemon, que dirigió la mirada hacia Sabestet.

A su vez, Sabestet posó su blanquecina mirada ciega en Sabu.

—El maestro tiene algunas dudas y desearía conocer los nombres de los guerreros que compondrán nuestro ejército para esta lucha.

Sabu puso los ojos en blanco. Sabía que aquel momento iba a llegar.

—Empecé a entrenar a Bayek, pero no está preparado.

—Es tu deber procurar que lo esté —espetó Hemon.

—Y así lo haré, pero no olvides que Emsaf también estuvo entrenando a su hijo y no le sirvió de nada. Cada vez hay menos de los nuestros y eso nos hace vulnerables.

—Tienes mucha razón —se mofó Hemon—, precisamente por eso necesitamos más hombres, y una manera de conseguirlo es…

—Ya, ya, lo sé. Terminaré el entrenamiento de Bayek.

—¿Cuándo?

—Cuando yo diga.

—¿Cuándo sea demasiado tarde? —Se quejó Hemon—. Para cuando decidas que tu hijo está listo, la Orden ya nos habrá aniquilado a todos.

—Deja a Bayek en mis manos. Ahora mismo, lo más importante es encontrar a aquellos que nos quieren muertos y asesinarlos antes de que concluyan su trabajo. Tenemos que dar con ellos antes de que puedan acabar lo que han empezado, ¿no te parece?

Hemon asintió.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? —preguntó el anciano.

—Ya tengo algo en mente. Pero… ¿por qué ahora? ¿Por qué de pronto la Orden está tan interesada en saber lo que hacemos y en erradicarnos?

Hemon asintió.

—Buena pregunta. Parece ser que hay novedades en Alejandría.

PARTE II

18

Varios meses antes

Un día, durante las primeras horas de la mañana, un antiguo soldado que respondía al nombre de Raia llegó a la Biblioteca de Alejandría. De hecho, era tan temprano que uno de los guardianes de la biblioteca aún estaba profundamente dormido y apoyaba todo su peso sobre la piedra de la puerta de entrada; tenía la cabeza inclinada, con el mentón sobre el pecho, y una fina línea plateada de baba brillaba ligeramente bajo la creciente luz del sol. Raia se contuvo por poco de despertarlo de una patada al pasar, sin que nadie lo viese, hacia el gran vestíbulo de la biblioteca.

El interior era otra historia. No había nadie allí echándose una siesta. Otro hombre podría haberse sentido un enano junto a las altas columnas esculpidas del lugar, que se extendían desde la entrada y desaparecían en la espumosa luz matinal donde los profesores paseaban con sus discípulos en el jardín, mientras los estudiantes se apelotonaban en los bancos de piedra de los anfiteatros para empaparse de las sabias palabras de los matemáticos y los astrónomos. Otro hombre quizá habría soltado un silbido de asombro ante los miles y miles de manuscritos colocados en los cientos y cientos de anaqueles, a izquierda y derecha y al frente, como si de un enorme panal de abejas hecho de pergaminos se tratase; ante la escultura y el bajorrelieve, la sensación de diligencia que impregnaba el edificio, el olor a cerrado y a humedad, pero también a inteligencia y sabiduría; ante la consciencia de

que allí, al alcance de la mano, y a muy poca distancia de donde estaba, se hallaba el lugar en el que se guardaba todo el conocimiento humano: el pasado, el presente y, probablemente, el futuro.

Otro hombre, quizá.

Raia se quedó de pie, para orientarse, mientras observaba a los jóvenes alumnos, tanto hombres como mujeres, que andaban de acá para allá, arañando el suelo de piedra con las sandalias. No era que no entendiese nada, o que no le impresionase. Lo que ocurría era que él, en el pasado, había sido soldado, un guerrero conocido por sus nervios de acero, su voluntad de hierro y el valor del que hacía gala frente a las pobladas filas enemigas. Para él, la biblioteca no era poco más que un artificio.

Y hablando de eso…

Había pensado pedirle a uno de los trabajadores más antiguos, que atravesaban los anaqueles cargados de pergaminos, que le señalase adonde tenía que ir, pero ya no necesitaba indicaciones. El sonido de la tos seca de Teótimo, un ruido que siempre le ponía los nervios de punta, tal y como para otros lo hacía el rechinar de los dientes o el chasquido de los huesos, flotó por toda la biblioteca hasta dar con él.

Cambió de rumbo y siguió a aquel sonido. Miró a la izquierda y vio unos ojos que lo observaban a través de los pergaminos con forma de tubo. ¿Un espía? ¿Un alumno curioso? Al rodear el final de la estantería, se tranquilizó al ver que se trataba de un estudiante pero, de todas formas, le lanzó una hosca mirada de advertencia. El muchacho se encogió de hombros, inclinó la cabeza y dio media vuelta.

De nuevo la tos resonó por la sala. Raia la siguió y, al final, encontró a Teótimo en una esquina de la biblioteca, donde al parecer había acampado en una de las mesas. Ya había varios documentos desperdigados sobre la mesa y el hombre regresaba a su asiento cargado con más.

Solo eran pergaminos, pero daba la sensación de que Teótimo se partía en dos bajo su peso. Avanzaba a paso lento y parecía que arrastraba un pie sobre la superficie rocosa. Cuando alzó los ojos para ver a Raia, se le nubló la mirada; primero por el miedo y la sorpresa, como si lo acabase de pillar con las manos en la masa, pero, después, por la confusión, pues era evidente que le había costado un poco reconocerlo.

Allí de pie, mientras observaba con desprecio a ese hombre bajito que era, al menos en teoría, su superior, Raia maldijo la suerte de haber sido elegido para ser su suplente. Desde el principio había tenido muchas dudas: era evidente que Teótimo estaba enfermo y que necesitaba más un cuidador que un asistente. Tras llevar más de un año trabajando con él, Raia estaba más convencido si cabía de que el estatus del que disfrutaba Teótimo en la Orden de los Antiguos era el resultado de poco más que una opinión equivocada y una lealtad inmerecida.

Siglos atrás, la Orden se había formado para ayudar a Egipto a adaptarse a las nuevas formas de gobierno que fomentaba Alejandro en Menfis. Cada nueva generación de líderes de la Orden había adoptado y, en algunos casos, adaptado la ideología principal, que podía resumirse en una palabra: progresismo. Un alejamiento del control por medio del miedo que ejercían los dioses, el sacerdote y los faraones, y un acercamiento a los métodos modernos de autonomía. Una nueva Orden para reemplazar el viejo orden.

Antaño, Teótimo había contribuido de forma decisiva en el funcionamiento de la Orden, y se encontraba entre aquellos miembros que más habían trabajado para mantener el objetivo de la organización. Después, por supuesto, se había convertido en un agitador. En esa misma biblioteca, había transcripciones de largas oratorias que Teótimo había dado; los debates legendarios en los que había participado. Había sido un gran hombre, de verdad. Un horror para sus enemigos.

Raia deseaba haber conocido al Teótimo de aquella época, cuando el hombre se codeaba con los pensadores y responsables políticos más ilustres de la Orden. No le gustaba lo que sentía por la persona que Teótimo era entonces; le recordaba demasiado a todo lo que le deparaba el futuro, si llegaba a vivir tantos años. Tampoco disfrutaba de la oleada de desprecio que sentía cada vez que lo miraba, una sensación de menosprecio que iba en aumento con cada saludo de Teótimo, como en aquellos momentos. Los ojos llenos de legañas por fin lo habían reconocido mientras se sentaba de nuevo junto a la mesa.

—Hola, amigo mío.

Teótimo tenía una larga melena llena de canas y llevaba la barba descuidada, con greñas. Cuando le sonrió, Raia pudo ver unos dientes rotos

y torcidos, mientras Teótimo, como siempre, mantenía la esperanza de que le respondiese el saludo con la misma simpatía. Sin embargo, eso no sucedió. Raia reprimió la cara de desdén que a punto estuvo de salirle a causa de la deplorable falta de aseo del erudito, otra de las razones por las que lo despreciaba.

—Teótimo —dijo Raia—, ¿qué haces en la biblioteca a estas horas intempestivas?

—Me han asignado un trabajo.

Teótimo volvió a posar la mirada en los rollos que tenía ante él. Sus dedos danzaron sobre el pergamino. A Raia no le sorprendió que le hubieran «asignado un trabajo». Un miembro de la Orden superior a ellos dos acostumbraba a encomendar a Teótimo tareas de lo más tediosas e insignificantes. Aquellos trabajos estaban hechos para que Teótimo diera rienda suelta a su sabiduría, mientras que las habilidades de Raia como estratega se estaban oxidando debido al poco uso que hacía de ellas.

—¿De qué trabajo se trata? —preguntó, y suspiró para sus adentros.

—Se podría decir que es como una especie de evaluación —respondió el erudito.

A continuación, se inclinó un poco y, mientras utilizaba un dedo para subrayar los renglones, observó con los ojos entrecerrados el pergamino.

—¡Ajá! —exclamó entonces.

—¿Qué sucede?

Teótimo hizo una seña a Raia para que *se acercase*.

—¿Ves esto?

El estratega leyó con detenimiento. Algunos de los pergaminos estaban en griego, cuyo alfabeto conocía, y, por lo que pudo ver, en ellos se hablaba de Tebas. Sin embargo, otros estaban escritos en un idioma que no pudo reconocer.

Raia se lo dijo y Teótimo, en broma, chasqueó la lengua como a modo de reprobación.

—Es *sekh saht* —dijo mientras señalaba el pergamino—, una antigua escritura demótica, pero tampoco esperaba que un novato como tú lo supiera.

—¿Tienes algo importante que contar? ¿Sería demasiado pedir que lo

dijeses y basta?

Teótimo rio.

«Al menos te puedo servir como fuente de entretenimiento en tus últimos años de vida», pensó Raia. «Es lo único para lo que valgo».

—¿Sabes qué significa esta palabra de aquí? —preguntó el sabio.

—Me temo que no. Quizá deberías decírmelo antes de que pierda las ganas de vivir.

Teótimo levantó la vista, tenía los ojos entrecerrados y en ellos se veía el brillo de quien acaba de descubrir antiguos secretos, así como de una repentina y desconcertante lucidez. Despacio, esbozó una sonrisa. Raia contuvo las ganas de dar un paso atrás.

—Significa *medjay*.

19

Un par de semanas después de que Teótimo compartiese su descubrimiento con él, Raia se despertó en un burdel de Alejandría, mientras varias ideas tomaban forma en su confusa mente. Pagó sus deudas, se despidió y regresó a casa para trazar varios planes: unos planes complejos y enrevesados y, sobre todo, que le asegurarían el ascenso en los rangos de la Orden con tanta facilidad y eficiencia como fuese posible.

Su primera tarea fue encontrar un traductor.

No, no fue la primera. Antes tenía que hacer otra cosa, una labor que le proporcionaría una gran satisfacción.

Después, cuando ya había asentado las bases de su plan, recogió sus cosas, se despidió de su mujer y de sus dos hijas y se marchó de Alejandría. Encargó un barco para atravesar el sinuoso río celeste rumbo a Fayún.

Cuando se acercó a su destino, desembarcó, se compró un caballo y emprendió el camino hacia la casa de aquel al que llamaban Bion, el asesino.

Raia se preguntaba si su antiguo compañero todavía se ponía kohl alrededor de los ojos.

Y si aquellos ojos todavía estaban tan muertos como antaño.

El hogar de Bion a las afueras del Desierto negro, cerca de Fayún, era una de las pocas casas dispersas que habían formado un pequeño poblado. La suave hondonada en la que se encontraban provocaba que diese la

sensación de que las casas se hundían a paso lento en el suelo, y el viento tenía la costumbre de recoger grandes cantidades de arena y lanzarlas contra sus muros. Era un entorno hostil y los pastores que se habían instalado allí tenían el buen juicio de pasar gran parte de su tiempo lejos de su hogar, lo que le encantaba.

Por lo tanto, fue un poco sorprendente que, al regresar de un viaje para recoger agua, se encontrase con un caballo atado al exterior de su casa. Sobre los cuartos traseros del animal estaba el estandarte de la Guardia Real, los *machairophoroi*.

Bion se detuvo en seco.

«Vaya», pensó. «Está aquí. Raia ha venido para encontrarse conmigo». Nadie más sabría que allí podrían encontrarle.

Sacó el cuchillo, por si acaso; se pasó la correa de cuero por la muñeca y entró en su casa.

Raia lo había estado esperando. El asesino empujó la puerta hecha de palos para entrar, agachó la cabeza y la atravesó, el mayor de los dos hombres se quedó allí de pie. Durante varios minutos, se miraron el uno al otro, en silencio: Raia con los brazos cruzados, sonriendo, y el asesino con el cuchillo en la mano.

Fue el visitante el que rompió el silencio.

—Hola, Bion, viejo amigo.

—Comandante —respondió Bion, sin devolverle la sonrisa. Con Raia no tenía necesidad de andarse con formalidades. De hecho, prefería no hacerlo. Siempre era mejor desconcertarle. Se apartó del umbral y se adentró en las sombras. Reprimió una sonrisa ante la manera en la que Raia cambiaba el peso de una pierna a otra, como si se estuviese preparando para un ataque pero, al mismo tiempo, no quisiese ofenderlo—. ¿Qué quieres?

Raia sonrió, una expresión practicada y pulida, mientras señalaba el cuchillo de Bion, otra reliquia de los viejos tiempos.

—¿Puedo dar por hecho que ya no sientes la necesidad de protegerte? Y, si así es, entonces, ¿quizá podrías considerar el hecho de guardarte el cuchillo en el cinturón? No soy más que un hombre, ya lo sabes, y el hecho de ver una hoja afilada en manos del gran Bion, el asesino, podría infundirle miedo incluso al más valiente de todos los hombres.

—Me halagas, comandante —respondió Bion, más por costumbre que por respeto, e hizo lo que Raía le había pedido.

—Veo que todavía te pones kohl.

—Para protegerme contra los rayos del sol. —Bion notó los ojos de Raia posados sobre sus cicatrices. No se movió, consciente de que las sombras no hacían más que resaltar sus heridas.

—¿Qué te pasó? —preguntó su antiguo comandante.

—Una discusión —respondió Bion y el tono de su voz indicaba que no contestaría más preguntas sobre el tema.

—Menuda discusión… —Con el dedo, trazó una cruz en su mejilla, como si quisiese representar la clase de manejo de la espada que podría causar semejante herida.

Bion se encogió de hombros otra vez, con ganas de dar por zanjado el tema. Se había equivocado en uno de sus trabajos. Había logrado escapar y, después, había acabado la faena. No volvería a cometer el mismo error dos veces.

—Entiendo… —Raia respiró hondo y cambió de tema—. ¿En qué otras cosas has estado metido durante todos estos años, desde la última vez que nos vimos? Habrán pasado unas diez primaveras, más o menos…

Bion señaló su hogar. Tenía el techo bajo. Unas paredes que parecían acecharlos. No tenía más que lo justo y necesario, lo que indicaba una historia de soledad y subsistencia.

—¿Y tú? —le preguntó Bion.

Como respuesta, Raia pareció relucir, como si todo ese tiempo hubiese esperado con ansia a que le hiciese esa pregunta. Quizá así habría sido. Bion podía ver que la túnica de su comandante estaba hecha del mejor de los linos; que para su cinturón, a pesar de estar desgastado, habían utilizado cuero caro. Excepto por el cuchillo que llevaba en el cinturón, todo lo demás demostraba una vida llena de comodidades. Ese cuchillo, como el que Bion utilizaba, era un recuerdo de los días que pasaron en la Guardia Real, y además le otorgaba cierto rango de superioridad.

—En Alejandría me ha ido bien —confirmó Raia—. De hecho, me ha ido tan bien que estoy en la vanguardia de la creación de un nuevo Egipto. ¿Sabes qué es la Orden? ¿Has oído hablar de lo que hacemos? —Bion negó

con la cabeza mientras Raia seguía hablando—. Somos una sociedad cuya fuerza y estatus están en pleno crecimiento. Nuestro objetivo es marcar el comienzo de una nueva sociedad, más moderna. Una sociedad que se aleje del viejo orden establecido.

Bion esperó a que continuase. No se molestó en esconder el aburrimiento. A pesar de que, en el pasado, se había movido en los mismos círculos (de hecho, sobre todo desde que se había enterado de la existencia de ese mundo), había hecho todo lo posible por evitar hablar de temas políticos o ideológicos. Había entendido que su trabajo no era estar sentado con aquellos que hacían la política y tomaban las decisiones, sino protegerlos y matar bajo sus órdenes si fuese necesario. Para esas tareas (sobre todo para los asesinatos), había estado muy capacitado; se había sentido orgulloso de su trabajo. Era mejor que el resto. No dudaba que esa era la razón de que Raia hubiera viajado hasta tan lejos para verlo. Estaba convencido de que no era para… *hablar* con él.

—En Alejandría, la Orden tiene mucho poder, Bion, y con el tiempo no hará sino ganar más. Mientras te has estado construyendo un hogar en estas tierras, yo he estado ocupado trabajando con ellos. No porque sea una persona ambiciosa, entiéndeme…

Bion se aseguró de mostrarse impasible. Raia se había pasado demasiado tiempo jugando a los políticos. Se había olvidado de quién era y de qué era Bion.

—… Sino porque quiero trabajar para conseguir un Egipto mejor. Un Egipto más próspero y autónomo. Y me complace afirmar que los ancianos de la Orden han reconocido mi dedicación e integridad. No creo que sea demasiado arrogante o engreído por mi parte decir que mi nombre suena en ciertos círculos, quizá puede que me hayan sugerido como el hombre que, en un futuro, podría ocupar un alto rango en la Orden.

Raia se alisó la túnica, claramente satisfecho consigo mismo. Era evidente que esperaba una respuesta del dueño de la casa, y lo hacía muy pagado de sí mismo.

Bion contuvo las ganas de sacar el cuchillo y afilarlo; sería muy pueril, no valía la pena. Desplazó el peso de su cuerpo, con la mirada clavada en su antiguo comandante, que respiraba con calma. Distraído, se preguntó

cuándo Raia se había convertido en semejante charlatán; en el pasado, había sido un hombre de acción.

Al no obtener respuesta de Bion, Raia tartamudeó y, después, se recompuso y continuó su discurso con soltura.

—Aunque, por supuesto, no soy yo quien debe decidirlo, lo comprendo. Y casi no vale la pena que pierda mi tiempo pensando en algo que no está en mis manos. Mis preocupaciones más urgentes son fomentar nuestros objetivos y mejorar nuestro buen trabajo. Soy consciente, muy a mi pesar, de que, con los ojos de Roma sobre Egipto, la Orden necesita actuar de manera inteligente si queremos sobrevivir y conservar el poder: tenemos que pasar a la acción. Quizá pasar a lo que podría llamarse acción preventiva. ¿Entiendes lo que te quiero decir, Bion? ¿Me estoy explicando bien?

Bion asintió. De hecho, sí que lo había entendido. Había entendido que Raia seguía siendo el mismo de antes: un hombre que, a pesar de sus muchas cualidades, no se daba cuenta de sus propios defectos. Se había convertido en un hombre displicente, que confiaba demasiado en sus maquinaciones.

—Bien, bien —respondió Raia—. Sabía que lo entenderías. Y eso es muy importante, porque, como estoy seguro de que te has percatado al ver mi estandarte, no estoy aquí solo para ponerme al día con un viejo compañero. Tengo que pedirte algo.

«Pedirme algo», pensó Bion. Era una manera de decirlo.

Raia continuó:

—En Alejandría, me han nombrado asistente de un anciano de la Orden, un erudito llamado Teótimo. Hace poco, Teótimo descubrió unos pergaminos que hablaban de los *medjay*. Unos pergaminos que, dice, apuntan a un resurgimiento de los *medjay*. —Raia se calló por un instante —. Has oído hablar de ellos, ¿verdad, Bion?

Bion asintió. Conocía a los *medjay*. De hecho, una vez investigó sobre ellos por mera curiosidad, por saber cómo podía convertirse alguien en uno de ellos. En aquel momento, volvió a pensar en ellos: eran los protectores del antiguo reino, los guardianes de lo añejo, los hombres que en el pasado guardaban sepulcros y templos y que también obraban como escoltas y

mediadores. En la antigüedad, los *medjay* habían sido unos temibles guerreros, y se los consideraba tan sabios como habilidosos a la hora de pelear. Pero todo eso había sido cientos de años atrás, cuando los tiempos eran diferentes, así como las preocupaciones de los egipcios de aquel entonces.

Con la nueva era, llegaron nuevos guardianes y protectores y los acontecimientos se dieron de tal forma que ni los representantes del mundo moderno ni sus impulsores estuvieron dispuestos a tolerar a aquellos que representaban el antiguo. Así pues, los ideales de los *medjay* fueron el ejemplo más notorio de un estilo de vida que cada vez, de diferentes maneras, se despreciaba y odiaba más. Con el tiempo, su estatus fue cambiando: pasaron de ser protectores a casi convertirse en unas entidades apócrifas; de hecho, en aquel momento, no se hablaba de ellos más que en rumores.

En algunas partes del país se los consideraba unas personas peculiares pero irrelevantes, mientras que en otras zonas de Egipto, donde habían sido perseguidos, habían afirmado su desaparición.

Es posible que simplemente hubieran seguido siendo una fuerza antigua y obsoleta que, poco a poco, habría acabado cayendo en el olvido de no haber sido por el hecho de que, al menguar el número y la presencia visible de sus miembros, su reputación e influencia de alguna manera estaba creciendo en los círculos eruditos. Esto se debía a que, aunque ya no protegían nada físicamente, representaban la conservación, el noble ideal basado en salvaguardar las «antiguas» costumbres que implicaban un estilo de vida mejor, menos corrupto y más sencillo.

Como *machairophoroi* que eran, Raia y él estaban de parte de aquellos que deseaban apartarse de las antiguas normas faraónicas y, por ende, en contra de los principios de los *medjay*. Él jamás había conocido a ninguno, pero en el pasado se sintió intrigado por lo que había escuchado acerca de ellos. Lo cierto es que, al pensarlo, a Bion le pareció lógico que Raia se uniera a la Orden, pues era alguien que ansiaba abrazar la modernidad y era implacable a la hora de criticar «lo antiguo»; era inevitable que considerara a los *medjay* sus enemigos naturales.

En cuanto a Bion, no tenía una opinión al respecto, simplemente le

producían curiosidad. Al fin y al cabo, a él le pagaban por vigilar y por matar, no por pensar.

—¿Qué van a resurgir? —dijo. Seguía preguntándose qué tenía que ver aquello con él—. ¿Eso es lo que cree tu jefe Teótimo?

—No es exactamente mi jefe —apuntó Raía, ofendido—, pero sí, básicamente eso es lo que cree.

—¿Y tú qué crees?

Con un poco de suerte, Raia iría ya al grano.

—No soy capaz de leer pergaminos escritos en extraños idiomas antiguos —le respondió Raia, orgulloso—. Soy soldado, no erudito. Para eso tenemos historiadores como Teótimo, para que nos digan qué pone en los pergaminos.

—¿Y, según Teótimo, qué pone en ellos?

Por lo general, Bion tenía bastante paciencia, pero en aquel momento en concreto empezaba a perderla.

El semblante de Raia mostró incomodidad y pasó el peso de su cuerpo de un pie a otro. Se había percatado de que Bion estaba molesto.

—Me temo que Teótimo no llegó muy lejos con la traducción de los textos antes de quedar indispuesto a causa de una enfermedad.

—Entiendo.

Bion no hizo ningún comentario acerca de los soldados y el veneno. De todas maneras, no estaba del todo seguro de ello y sabía que Raia tampoco se lo iba a decir.

—Espero que se recupere pronto y pueda seguir con sus estudios —dijo el visitante en seguida, de forma que Bion se libró de tener que instarle a continuar—. Aun así, lo que ha sido capaz de decirme postrado en la cama ha sido que los *medjay* no han sido derrotados. O tal vez debería decir que se niegan a admitir su derrota y pretenden volver a una posición que les permita luchar por el poder en Egipto. Como podrás suponer, eso los llevaría a un enfrentamiento directo con la Orden. —Hizo una pausa—. Y, como también supondrás, Bion, debemos impedir que eso ocurra.

Levantó una mano como si Bion hubiera estado a punto de interrumpirle, aunque él no tuvo intención de hacerlo.

—Quizá te preguntes cuándo van a dar el primer paso. No lo sabemos;

lo único que sabemos es que sus planes son a largo plazo y que guardan relación con unas futuras generaciones de guerreros *medjay*. Como iba diciendo, nos gustaría aplastar esas intenciones antes de que vayan a más.

—¿Nos?

—Me refiero a la Orden.

—¿A ti y a Teótimo?

El rostro de Raia mostró un ligero semblante de enfado que se desvaneció tan rápido como apareció.

—¿Acaso importa? De todas formas, detener a los *medjay* antes de que pongan en marcha sus planes beneficiaría a la Orden. Me encantaría verlo.

«Para así ganar prestigio», pensó Bion, que, en cambio, dijo:

—¿Entonces no hay nadie más en la organización que lo sepa?

—Es cuestión de estrategia, soldado. Cuantas menos personas sepan lo que queremos hacer, menos posibilidades habrá de que los *medjay* tomen medidas contra nosotros. Tenemos que atacarlos rápida e intensamente, pero debemos hacerlo de forma encubierta.

—¿Y esa es la única razón?

Raia frunció el ceño.

—¿Qué otra razón necesitas? Esa gente es peligrosa. Tenemos que darles lo que se merecen.

«Por eso estás aquí».

—Por eso estoy aquí, ¿o acaso me he equivocado de lugar?

—Me necesitas para que mate a los *medjay* por ti.

Raia rio.

—Veo que no te andas con rodeos, pero sí, es exactamente lo que necesito que hagas, Bion. Les cortas el gaznate a todos los *medjay* que sigan con vida. Y no solo a ellos, también a toda su estirpe, ya sean hombres, mujeres, niños…

Entonces hizo una pausa, como si esperase ver si Bion se inmutaba, lo cual no sucedió, pues, de todas formas, él ya había matado a hombres, mujeres e incluso niños; no hacía distinciones de edad o género. Matar era matar, sin importar tales detalles.

—Los quiero muertos, Bion, y quiero que cojas el medallón de los *medjay* para demostrarlo, tráemelo a Alejandría como prueba de que has

hecho tu trabajo.

—¿Y yo qué recibo a cambio?

Raia se pavoneó:

—Como bien he dicho, creo que me están preparando para obtener un puesto de liderazgo en la Orden. Pues bien, como estaría sumamente agradecido a aquel que me ayudara a ascender de puesto, a cambio yo le conferiría un mejor estatus dentro de la Orden.

—Te refieres a mí, ¿verdad, comandante?

El visitante puso los ojos en blanco.

—Me refiero a cualquiera que me ayude, Bion, tal y como lo oyes.

—¿Y si no quiero volver a la ciudad y a sus costumbres, ni a recordar mi antigua vida?

Raia cruzó los brazos y observó con atención a su antiguo compañero. Era evidente que no se creía que Bion quisiera quedarse allí.

—¿De verdad es eso lo que deseas? —preguntó con toda intención. Cuando vio que Bion no respondía, añadió—: ¿Acaso te lo tengo que recordar…?

20

Habían estado en Náucratis. Bion lo recordaba bien. Como Alejandría, Náucratis era una de las ciudades modernas, de las construidas por los griegos. Sin embargo, todavía sufría de algunos de los problemas del pasado; como Raia y Bion descubrirían ese día, uno de ellos eran las constantes peleas entre los dueños de los terrenos y los campesinos, los *sekhety*, que se encargaban de trabajar sus campos.

A Bion y Raia les habían encargado cuidar y proteger al hijo de un funcionario de menor categoría del gobierno faraónico, un principillo llamado Qenna. Habían viajado hasta la ciudad como un regalo para la madre del niño, más por convenio que por otra cosa, pues el niño no corría peligro. Sin embargo, ambos eran unos profesionales y no pensaban bajar la guardia.

Ese día, habían ido con el niño a una plaza rodeada por todos lados de unas columnas de piedra agrietadas. Como venían de Alejandría, ni Raia ni Bion se dieron cuenta de que aquel día la plaza estaba al menos el doble de concurrida que en un día normal, y que el ambiente también estaba más caldeado que de costumbre. No vieron más que una plaza animada con una tarima de piedra en el centro y unos peldaños en los que los hombres daban apasionados discursos a los alegres transeúntes.

Parecía que un orador en particular había conseguido una gran cantidad de público.

—¿Por qué tenemos que seguir aguantando? —gritaba, inclinado hacia delante, con una mano en alto como si reclamase la atención de la multitud.

La suciedad de la túnica que llevaba puesta parecía recalcar la elocuencia de su mensaje—. ¿Por qué tenemos que aguantarnos y permitir que se nos trate de esa manera?

Raia y Bion observaban al orador mientras este continuaba su diatriba contra lo que, dijo, eran los pecaminosos métodos de uno de los terratenientes, llamado Wakare. Poco después, Bion empezó a investigar las prácticas laborales de Wakare y descubrió que, tal y como decía el orador, carecían de ética, que explotaba a sus trabajadores y que, además, el odio y la ira que había visto ese día en la plaza estaban totalmente justificados.

Pero, por el momento…

—Tenemos que rebelarnos —exclamó el orador. Bion se dio cuenta de que el niño parecía sorprendido; la fuerza y la pasión con las que el hombre imbuía su mensaje lo habían dejado de piedra. Quizá deberían marcharse, pensó el asesino. Al fin y al cabo, la multitud parecía bastante alborotada y esas situaciones solían descontrolarse en poco tiempo.

Pero, en cambio, también pensó que quizá escuchar las palabras del orador le vendría bien al muchacho. Que descubriese cómo era la vida en realidad.

—Tenemos que recuperar la tierra que hemos labrado, por la que nos hemos partido el lomo trabajando. ¿Por qué nuestros esfuerzos tienen que llenar las bolsas de aquellos que no han hecho nada por merecerlo? ¿Qué recompensa obtenemos de nuestro duro trabajo?

El orador metió la mano dentro de la túnica y seguro que tenía un saco pequeño colgando de un costado, porque sacó un puñado de tierra y la dejó caer, mientras la multitud lo vitoreaba y aclamaba.

Y, entonces, ocurrió.

Quizá Wakare se acabase de enterar del discurso demagógico que estaba dando el orador; pero lo más probable era que alguien le hubiese puesto sobre aviso y que el terrateniente hubiese tenido tiempo de sobra para conseguir su propia turba. Fuera como fuese, cuando el orador había exaltado a la multitud hasta el paroxismo y la emoción de los presentes amenazaba con desbordarse, aparecieron tres hombres por el lateral izquierdo de la plaza y se dirigieron hacia él abriéndose paso a codazos.

Cuando llegaron hasta el orador, uno de los hombres desenvainó una

espada y la blandió para mantener a la gente alejada, mientras sus dos compañeros atacaban al orador: una lluvia de puños que volaban de aquí para allá mientras aporreaban al hombre, que acabó en el suelo. La multitud reaccionó y empezó a soltar gritos de indignación; los presentes se acercaban en tropel contra ellos, pero el movimiento de las espadas los disuadía de continuar, mientras los hombres le daban una paliza implacable al orador y acallaban su discurso con su propia sangre.

«La misión», fue el primer y único pensamiento de Bion y, después: «Tenemos que proteger al niño». Lo mismo pensó Raia.

—No te separes de nosotros —dijo, el tono de su voz era más autoritario y duro de lo que Qenna estaba acostumbrado a oír de un hombre con un estatus inferior, un empleado. Pero el niño, por muy arrogante que fuese, no era tonto; o mejor dicho, su padre le había educado bien y siempre le había inculcado la necesidad de obedecer las órdenes de sus escoltas, fuesen las que fuesen, así que hizo lo que Raia le había ordenado. Corrió a esconderse detrás de Bion y esperó allí mientras sus protectores analizaban la situación.

Entonces un segundo grupo de hombres apareció por el lateral contrario de la plaza. Se alzó un nuevo grito de la multitud y un murmullo de expectación lleno de terror; eran siete u ocho hombres, armados con largas hojas, espadas, horquillas… armas de todo tipo. Parecían un mar de púas erizadas, un horizonte de oscuros instrumentos letales y puntiagudos que blandían sobre sus cabezas mientras se acercaban a la muchedumbre.

Raia se echó la túnica hacia atrás para alcanzar la espada que le colgaba del cinturón. Bion, que había sido previsor y se había imaginado lo caldeada que podía volverse la situación, intentó detenerle, pero fue demasiado tarde; los recién llegados tenían los ojos abiertos de par en par y estaban enfadados, borrachos de cerveza, sedientos de sangre o, simplemente, furiosos por la injusticia. Cuando vieron a los dos miembros de la Guardia Real, se abalanzaron contra ellos. Ninguno de los allí presentes sabía que aquellos dos hombres eran protectores, espadachines expertos, implacables y precisos en combate y, aún más importante, preparados para morir si era necesario por los miembros de la familia real. O, quizá, podía darse el caso de que les diese igual. Simplemente vieron a

tres miembros de la élite: gente que, de alguna manera, eran los arquitectos de su propio dolor y, aunque ni Bion ni Raia llevaban uniforme, apenas la ropa más apropiada para llevar a cabo la designación real, aquello era suficiente como para ver que eran gente pudiente y acomodada, y que estaban en el bando enemigo.

Bion desenvainó su espada. Sabía lo que les esperaba.

—¡Guardias reales! —gritó Bion— ¡Somos guardias reales!

Pensó, sin mucho detenimiento, que aquella gente era estúpida. ¿No se daban cuenta de la facilidad con la que podían acabar muertos?

—No queremos pelear —gritó Raia.

Bion, que estaba de pie, deseó que todo aquello acabara pronto, aunque realmente le traía sin cuidado, más allá del peligro que conllevaba la misión, que cualquiera de aquel variopinto grupo viviese o muriese. Así, cuando la primera persona de la multitud se acercó a él, Bion la atravesó con la espada. El hombre murió antes de caer sobre los adoquines, con la túnica empapada de sangre. Después de eso, el grupo se mostró más iracundo aún y, una vez los mirones empezaron a dispersarse, la batalla se intensificó y los dos espadachines tuvieron que luchar de espaldas a la elevación de piedra para proteger al muchacho.

Con la mano libre, Raia hizo una señal a Bion para que se retiraran.

Aquellos mirones lo suficientemente curiosos como para quedarse formaron un círculo para ver la pelea. Raia intentó colarse entre ellos y huir. Cuando el espadachín vio un hueco por el que pasar, señaló en aquella dirección. Bion agarró al niño y se abrió paso a golpes con la empuñadura de la espada a través de la muchedumbre enfurecida y de los mirones.

Raia, que ya había logrado escapar, hizo señas a Bion y al niño para que lo siguieran. No obstante, la muchedumbre que creían haber dejado atrás era vengativa y hostil, y algunos les pusieron la zancadilla.

Cuando Bion cayó al suelo, cubrió al muchacho con su cuerpo. A continuación se dio cuenta estupefacto de que había ocurrido lo impensable: había perdido su espada, la cual era como una extensión de su brazo y de su mano. Estaba desarmado.

Se abrió paso con dificultad mientras protegía al niño utilizando su cuerpo como escudo. Entonces, apareció un campesino que enarbolaba con

ambas manos una guadaña por encima de su cabeza. Bion se percató de que tenía los dientes podridos y que los tendones se le marcaban en el cuello. También vio en él las ansias de matar y el odio, así que levantó un brazo como defensa en el momento en el que la herramienta cortó el aire en su dirección.

Sin embargo, la guadaña no llegó a alcanzarle, pues Raia se detuvo, dio media vuelta y arrojó su espada como si fuera una lanza. El campesino cayó al suelo con el arma ensartada en el pecho. Antes de llegar junto a los otros dos, Raia se detuvo un momento, se agachó, cogió la espada de Bion y, tras sacar su propia espada del pecho del campesino, mató a un segundo hombre. Lanzó a Bion su espada y los tres emprendieron la huida. Por fin, lograron salir de la plaza y, entre las calles de Náucratis, perdieron de vista a las pocas personas que seguían persiguiéndoles.

Bion no pudo olvidar la mirada de agradecimiento del muchacho cuando al fin llegaron al palacio real. El mismo también dio las gracias a Raia por haberles salvado la vida, pero lo hizo con enojo. ¿Por qué? Porque conocía bien a Raia: posiblemente fuera un buen soldado, pero también era un holgazán. Y demasiado ambicioso; siempre estaba urdiendo planes y ansiaba en demasía cosas que estaban por encima de sus posibilidades. Bion sabía que algún día le recordaría que le había salvado la vida, y que su honor lo obligaría a devolverle el favor.

Cuando Raia emprendió su viaje de regreso, los sentimientos de Bion eran como una manta que necesitaba desenrollar. Sabía que el soldado no le había contado toda la verdad. También era consciente de que en aquel momento tenía un trabajo que hacer y, aunque no quería tener nada que ver con Raia, él no era un hombre que desatendiese sus obligaciones. Qué fastidio. Su vida, a pesar de ser sencilla, no le desagradaba para nada, y no quería tener que dejar su pequeño hogar durante meses, o incluso años. No quería tener que volver a matar.

Sin embargo…

¿Por qué sentía aquel hormigueo de expectación? ¿Por qué podía recordar con tanta facilidad el olor de la sangre y la rapidez con la que se

cortaba la carne con una hoja afilada?

Mientras se preparaba para partir, primero a Hebenu y, luego, tras la pista de Emsaf, se preguntó: «¿Echo de menos matar?»

21

Aya, frustrada, no paraba de andar a zancadas de un lado para otro frente a la roca a la que habíamos considerado nuestro hogar durante los dos últimos días.

—No me puedo creer que nos dejáramos tomar el pelo así —dijo—. Hemos dejado que ese pequeño granuja se aprovechara de nosotros. Cuando te vio en Sauty, se dio cuenta de lo ingenuo que eras, y desde entonces no ha parado, así te lo digo…

—No lo entiendes —repliqué mientras la miraba, con los ojos entrecerrados desde donde estaba sentado con las piernas cruzadas—, Tuta y yo hemos pasado por muchas cosas juntos.

—Claro, erais compañeros de armas —dijo sin malicia, y se sentó junto a mí, con la cabeza apoyada sobre mi hombro—. ¿Crees que los ladrones tienen honor?

¿Estaba preocupado? No estaba seguro.

Nuestro viaje no había sido fácil. Pasamos por terrenos pedregosos, donde los cascos de los caballos resbalaban con los esquistos y donde tuvimos que acampar y cazar la comida. Las técnicas de supervivencia me las habían enseñado mi padre y Kensa; a su vez, yo se las enseñé a Aya durante nuestras excursiones en Siwa. Luego nosotros dos enseñamos a Tuta. Al hacerlo, nos sorprendimos a nosotros mismos: estábamos orgullosos de nuestra manera de subsistir, y más con una tierra despiadada como aquella que a duras penas daba frutos. No era fácil sobrevivir, y tener que procurar el bienestar de Tuta, aparte del nuestro, supuso un desafío

adicional.

También notamos cómo nos acabamos acostumbrando al sol castigador y cómo el miedo que sentíamos al estar tan lejos de nuestros hogares desapareció, a pesar de no disponer de aquello que, de normal, nos aportaba tanta seguridad.

Por la noche, me quedaba despierto, preguntándome si nuestro plan (encontrar a Kensa) era el mejor, pese a que también me agradaba el hecho de que hubiéramos pasado a la acción. Así, aunque tuviera que volver a Siwa tras haber fracasado en mi misión, al menos sabría que volvería preparado para convertirme en protector. Lo había intentado y no le había dado la espalda a la misión solo porque parecía imposible de realizar. Me había convertido en alguien mejor.

Entonces, a lo lejos, vimos unas columnas que se asemejaban a unos dientes rotos y reconocimos qué eran: los pilares de Tebas, la gran sala hipóstila de Karnak. Asimismo, vimos un templo que parecía haberse formado a partir del mismo desierto en frente de nuestras narices y que, cuanto más nos acercábamos, más grande se veía. El río serpenteaba a lo lejos, como un hilo azul que atravesaba los edificios de arenisca y, más allá, se encontraba la necrópolis de Tebas, que se extendía desde la orilla hasta prácticamente donde alcanzaba la vista.

Estábamos tan exhaustos que habíamos acabado cabalgando encorvados, pero, con la presencia de la ciudad a lo lejos, erguimos las espaldas. Era Tebas. Cuando estaba en Siwa, me parecía tan remota y legendaria como Alejandría, aunque no podían ser más diferentes: Tebas, la que una vez fue la orgullosa capital de Egipto, había sido víctima de una serie de revueltas y jamás volvió a ser lo que era. La ciudad se extendía como una manta de retales hecha jirones a la izquierda del templo. Parecía que hubieran lanzado sus edificios como un dado en medio del desierto y, luego, los hubieran dejado descansar allí, o más bien deteriorarse y, poco a poco, fundirse en uno solo con sus alrededores.

Una vez que estuvimos más cerca, empezamos a ver unas manchas de colores que provenían de los toldos y los tendederos, a pesar de que, desde la distancia, la ciudad no parecía más que una enorme construcción gris, cochambrosa y misteriosa. Las descomunales columnas parecían peinar las

nubes en el cielo, aunque tenían mal aspecto, como si estuvieran a punto de desplomarse en la arena; eran impresionantes, aunque estaban muy deterioradas. Aquellas columnas representaban la firmeza que sucumbía ante los años y el abandono, al igual que la ciudad en sí.

En la periferia, encontramos la sombra de un árbol y una roca que podían servirnos para resguardarnos del viento, así que decidimos acampar allí.

—Quédense aquí —nos dijo Tuta.

Quería adentrarse, a solas, en la ciudad en la que vivió y allí buscar a su madre y a Kiya, su hermana. También se llevó los caballos para cambiarlos por comida. En aquel momento, Aya se mostró reticente, pero Tuta y yo nos impusimos y, al final, el niño partió.

Aquel primer día a la sombra de Tebas, Aya y yo hablamos de nuestro hogar, como habíamos hecho varias veces durante el viaje, y rememoramos nuestras excursiones.

El segundo día, empezamos a preguntarnos por el paradero de Tuta. Aya se mostró aún más escéptica, porque ¿qué sabíamos de él? Sin embargo, por un lado, el niño no solo había vivido en Tebas, sino que además se había acostumbrado a vivir de su ingenio por las calles, así que ¿quién mejor que él para encontrar a su familia y luego a Kensa? Esos eran los puntos a favor del muchacho.

Por otro lado, ya había pasado mucho tiempo desde que Tuta se había marchado de Tebas y era muy posible que su familia se hubiera ido a vivir a otra casa, a otra ciudad, e incluso cabía la posibilidad de que tanto su madre como su hermana hubieran muerto.

¿Kensa? Podía estar en cualquier lado. Es más, desde un principio, yo no estaba convencido de poder encontrarla.

No obstante, lo que más había que tener en cuenta era que Tuta tenía nuestros caballos, y era un ladrón. Sí, yo le había salvado la vida y él a mí, pero seguía siendo un ladrón.

El tercer día… Bueno, el tercer día me senté y observé a Aya mientras ella no dejaba de preocuparse. Por una parte, pensaba que no tenía motivos para estar así, pero, por otra, compartía su preocupación.

Entonces, al cuarto día, Tuta volvió.

22

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Bion había manchado su espada con sangre enemiga. Había atravesado el río hacia Alejandría, pues necesitaba hablar con el hombre que había contratado sus servicios; sin embargo, prefería no tener que hacerlo. En su mente, se decía que habría preferido estar en cualquier otro lugar del mundo antes que regresar al nido de serpientes que era Alejandría. Detestaba la política.

Sin embargo, regresar a Alejandría tenía una cosa buena: la expresión de malestar en el rostro de su antiguo comandante, quien expresamente le había pedido que se comunicase con él por mensajero y que no lo visitara en su casa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —había preguntado Raia, enfadado.

Bion echó un vistazo por encima del hombro del hombre. Vio una habitación de gran tamaño, una enredadera de yedra que se extendía por una de las paredes alejadas de la puerta, una mesa llena de comida y un fuego encendido en los braseros. Una mujer, quizá la esposa de Raia, estaba de pie con una bandeja de plata repleta de pan y fruta y había dos niñas pequeñas sentadas en unas sillas que balanceaban las piernas; tanto la mujer como las niñas lo miraron. Bion pensó en lo inquietante que tenía que parecerles a las tres: las cicatrices, los ojos manchados de kohl, la suciedad que lo rodeaba por el viaje… no se sorprendió cuando tanto madre como hijas se esfumaron casi sin que Raia tuviese que decírselo. O quizá había pasado demasiado tiempo con la mirada fija en ellas.

Después de recobrar la calma, Raía le pidió a Bion que pasase a su

hogar, lo acompañó a una de las sillas que había en la mesa y le ofreció una hogaza de pan. A cambio, Bion le ofreció algo a Raia. Sacó el medallón que le había quitado a Emsaf y lo dejó caer sobre la superficie de la mesa. Los ojos de Raia brillaron. Se abalanzó sobre el objeto y lo inspeccionó como si tuviese la esperanza de encontrar en él manchas de sangre. Un segundo después, se le ensombreció el rostro.

—¿Solo uno? —preguntó y dejó caer el medallón. Le lanzó una mirada de odio a Bion, una mirada que mostraba que no pensaba que mereciese la pena saltarse el protocolo por un único trofeo.

—Por ahora.

—Y, sin embargo, aquí estás —dijo Raia—. ¿Acaso el plan no era utilizar a la familia de Emsaf para conseguir la información que necesitábamos? Para eso te envié allí, Bion. Era un trabajo sencillo para ti. O debería serlo.

—Le habían avisado de mi llegada.

—Quizá estás algo oxidado.

Bion miró a Raia con paciencia.

—Estos hombres son peligrosos. No son como los hombres a los que nos enfrentamos en el pasado, comandante. No son unos muchachos con contratos de aprendizaje que buscan un arreglo más equitativo, ni trabajadores que hacen campaña por conseguir un trato mejor y más digno por parte de sus terratenientes. —A pesar de que podría parecer que asesinar a Emsaf había sido sencillo, a Bion le había costado lo suyo conseguirlo. Lo había engañado y se había acercado a él lo suficiente como para matarlo. Había salido bien parado porque era muy bueno en su trabajo, no porque su objetivo fuese incompetente. No lo era ni de lejos.

Raia se encogió de hombros:

—Son hombres de convicciones fuertes, nada a lo que no te hayas enfrentado antes.

—Hombres de convicciones fuertes que, además, cuentan con grandes capacidades gracias a su entrenamiento. Muy hábiles. Poseen todo lo que tenemos nosotros aquí arriba —dijo, y se tocó la sien—, y, seguramente, más de lo que tenemos aquí abajo. —Y se golpeó el pecho.

—Bion, te menosprecias —Raia se rio entre dientes y se inclinó hacia

Bion para darle una palmada amistosa en el hombro, sin darse cuenta de que, como respuesta, Bion se puso tenso—. Si alguien puede hacerlo, eres tú.

—¿No sería más prudente convertir esta misión en una tarea para dos hombres? ¿Puede que incluso tres?

Raia negó con la cabeza con decisión y la sonrisa desapareció de su rostro.

—Desde luego que no.

Claro que no. Raia sabía que Bion no abriría la boca. Pero no podía saber a ciencia cierta que otras personas no lo fuesen a hacer. Bion se guardó esa información; algún día podría serle útil.

—Pero si estos hombres son tan peligrosos para la Orden como temes…

Bion presionó un poco más a Raia; tenía curiosidad por ver la reacción del excomandante.

—Puede que sean peligrosos para la Orden —respondió Raia—. Pero para hombres como tú y como yo… —Hizo un gesto con la mano, con el que los incluyó en su mundo teórico—. No hacen más que representar el pasado con forma humana. Tienes toda la razón, viejo amigo, en que no tenemos que cometer el error de subestimar a nuestro enemigo, pero tampoco debemos caer en la trampa de mostrarles demasiado respeto. Podemos encargarnos de esta tarea, tú y yo, no tengo ni la menor duda. Sea como fuere, no se me ha olvidado que siempre prefieres trabajar solo, aunque tuvieses la opción de no hacerlo. Venga, vamos, ¿cómo podemos acabar con la última alimaña de esta plaga?

Bion lo miró. ¿No era evidente?

—Alguien les ha filtrado información. Si encontramos quién ha sido, podremos encontrar al último *medjay*.

—¿Estás seguro de que alguien se ha ido de la lengua? —preguntó Raia. Se le endureció la mirada, pues ambos sabían que había sido Raia el que le había recalcado a Bion lo importante que era mantenerlo todo en secreto. Y, además, si de verdad alguien había filtrado la información, en última instancia era su responsabilidad. Bion no diría nada. Ambos lo sabían.

—Me comentaste que Teótimo no había podido continuar con la traducción. ¿Quién se encargó?

—Un traductor. Se lo pedí a uno de los estudiantes de la biblioteca.

Idiota. Bion apoyó la mano en un costado, con los dedos posados sobre el pomo de su arma.

—Pues creo que más vale que hable con ese traductor.

23

Bion se adentró en la casa, subió hasta el tejado y se encontró al historiador Rashidi y a su mujer dormidos sobre unos colchones hechos de juncos, bajo las estrellas.

El asesino los miró durante un par de minutos, mientras barajaba las opciones que tenía. En ese caso, lo de siempre bastaría. No eran más que unos simples civiles, podría asustarlos para que hiciesen lo que quisiese con bastante facilidad. Se quitó el manto que llevaba y se lo puso sobre uno de los hombros, sacó un puñal y lo colocó sobre la garganta de Rashidi. Entonces, le tapó la boca con la mano y lo sacudió, para que se despertase.

Unos minutos después, habían regresado al interior de la casa, donde Bion había obligado a Rashidi a sentarse sobre un montón de cojines y, después, él también había tomado asiento. La luz, que iluminaba la habitación de forma desigual, solo le hacía parecer más siniestro de lo que era; los rasgos de su rostro, bajo las sombras, funcionaban con la eficacia de mil amenazas.

Rashidi estaba paralizado por el miedo, con la mente en blanco y la boca seca. No podía mirar otra cosa que no fuese el cuchillo que llevaba Bion en la mano. Al fin, habló:

—¿Qué quieres?

—Quiero información sobre los *medjay*.

—Bueno, no existe eso que llamas *medjay* —espetó Rashidi—. Ya no. No existen, y llevan cientos de años sin existir. Fueron reemplazados por los *phylakes*.

—¿Pero tienes conocimientos de los *medjay*? —preguntó Bion con serenidad—. Eres un experto en los *medjay*, en esos… —Bion se encogió de hombros—. Protectores, exploradores, soldados del Imperio Antiguo. ¿Sí o no?

—Sí.

—¿Has leído algún documento sobre ellos últimamente?

A Rashidi le brillaron los ojos. Tragó saliva. El silencio reinó en la habitación, un silencio que solo rompía el crepitar de una vela que se consumía.

—Siempre leo documentos de mi campo de trabajo.

Bion se inclinó hacia delante:

—Creo que sabes bien a qué me refiero. ¿Has leído algún documento hace poco? ¿Algo nuevo? ¿Algo interesante, quizá? Verás, anoche hablé con un traductor. Me dijo que tenía problemas con un encargo que le habían hecho y que te había pedido que lo ayudases. ¿Es verdad?

—No —respondió Rashidi.

Era evidente que mentía. El traductor había sido muy claro con lo que había sucedido. Sin embargo, Bion decidió coger otra vía, por el momento.

—Se supone que los *medjay* desaparecieron hace siglos. Pero eso no es verdad, ¿a que no?

—Hay personas que todavía afirman ser leales a los *medjay*.

Bion levantó una mano para acallar al historiador.

—No hablo de ellos, hablo de los *medjay* de verdad. Hablo de aquellas personas a quienes, no hace mucho tiempo, les enviaste un mensaje.

Rashidi reculó, como si pudiese desaparecer y aparecer en un lugar seguro, con un poco de miedo y consciente de cuál era la única respuesta que podía darle.

Cuando Rashidi le dio toda la información que necesitaba, Bion lo estrelló contra la pared, levantó el puñal por encima de su cabeza, se lo clavó al historiador en el ojo izquierdo, hasta el cerebro, y dejó que el cuerpo se deslizase hacia el suelo. Después, limpió su arma en el pelo de Rashidi hasta que quedó impoluta.

Echó un vistazo en el pozo séptico, pues se le había ocurrido que podría utilizarlo para guardar los cadáveres, pero era demasiado pequeño. En la parte trasera de la casa había encontrado una zona exterior tapiada que utilizaban para cocinar y aceite de oliva almacenado en altas vasijas. Decidió que aquella opción era mejor.

Subió los peldaños hasta el tejado, donde la esposa de Rashidi dormía bajo las estrellas. La promesa que le había hecho a Rashidi había sido una vil mentira, por supuesto, pero el alivio que el hombre había sentido al pensar que su mujer no sufriría ningún daño le había proporcionado cierta información a Bion que, de lo contrario, quizá el historiador se habría guardado para sí. Bion sabía que cuando las personas pensaban que sus seres queridos estarían a salvo se creían cualquier cosa, como tontos.

Se inclinó sobre la mujer y esta se despertó al instante; la sensación de la mano de Bion sobre su boca la había desvelado. Abrió los ojos de par en par mientras la hoja del puñal se hundía con fuerza en ella; pestañeó una última vez con el ojo que le quedaba y murió.

Bion acercó el cadáver hasta el lateral del tejado, lo levantó con fuerza, lo colocó sobre el borde y lo tiró hacia el patio. Bajó los peldaños hacia el interior de la casa. Arrastró el cuerpo de la mujer y el de Rashidi hacia la zona de cocina del exterior, los roció con aceite de oliva y les prendió fuego, a ellos y a todo lo que había a su alrededor. Esperó unos minutos, para asegurarse de que todo ardía a la perfección y, después, se escurrió entre las sombras y regresó a su propio alojamiento.

Una vez de vuelta en su habitación, Bion estudió la situación. Recogió sus pertenencias con mucho cuidado y se preparó para marcharse al día siguiente, con los primeros rayos del sol.

Cuando subió al tejado de la casa en la que estaba alojado y paseó la mirada por la ciudad, vio la columna de humo que se alzaba a lo lejos. Por los tejados le llegaron los gritos de conmoción al darse la alarma de incendio. Se recostó para disfrutar de un sueño tranquilo. Sabía cuál era su próximo destino.

24

Echando la vista atrás, y me siento culpable al admitirlo, pero cuando Tuta regresó y nos dijo: «La he encontrado», lo primero que pensé fue que había encontrado a Kensa.

Nada más lejos de la realidad. Pero nos había encontrado un lugar en el que quedarnos: con su madre y su hermana. Se había reunido con su familia.

Mientras nos adentrábamos en la ciudad y atravesábamos los mercados, las vistas y los sonidos de Tebas me asaltaron de nuevo. El sol sobre nuestras cabezas brillaba de forma idéntica que en Sauty, indiferente a las diferencias que existían entre la próspera Sauty y una Tebas que parecía que siempre arrastraría las cicatrices de la guerra… Pero ¿era cosa mía o los habitantes de la ciudad estaban más sucios y menos animados que los de Sauty? Una cosa estaba clara, los tres destacábamos menos allí, con la ropa andrajosa y todo el cuerpo sucio por el viaje.

Avanzamos por los suburbios de la ciudad, donde las casas se apiñaban unas junto a otras, y podía sentirse un hedor que no desaparecía. Quizá provenía del río, pero lo más probable era que fuese a causa de los residuos que fluían por las calles.

—Estas son las personas de las que te he hablado, *mouty* —le dijo Tuta a su madre cuando llegamos a su casa. Desde el exterior, lucía como cualquier otra casa de los suburbios, pero el interior estaba impoluto y rebosante de un amor que era tan tangible que podías sentirlo en cuanto ponías un pie en la puerta, como si el sol brillase dentro de la casa.

La madre de Tuta era una mujer grande y temible, con una gran sonrisa y los ojos brillantes con la misma mirada traviesa que reconocía en Tuta. Estaba de pie junto a una niña pequeña, que supuse que tendría cinco primaveras; demasiado mayor como para esconderse bajo las faldas de su madre, a no ser que uno supiese todo lo que habría visto la pobre niña cuando su padre todavía vivía con ellos.

La mujer, curiosa, nos miró con recelo, pero sin miedo. Tuta se puso a su lado y, al verlos juntos, costaba creer que hubieran podido tener algo que ver con aquel bruto borracho de Sauty, pues parecían formar una familia normal. No obstante, después de observarlos con atención, pude ver los indicios de que eran personas con un pasado oscuro que habían cambiado su terrible suerte por una mejor.

—Yo soy Bayek, hijo de Sabu, y vengo de Siwa —me presenté, ya que Tuta no dijo nada más.

—Y yo, Aya, de Alejandría y Siwa.

La madre de Tuta nos saludó con seriedad y se presentó. Ella era Imi y la niña, su hija, era Kiya.

—Debo darte las gracias por salvarle la vida a mi hijo, lo has librado de aquel hombre monstruoso —dijo.

Sonreí a Aya y, en seguida, dejé claro que no había salvado a su hijo yo solo. Cuando le conté la historia de cómo Aya había dejado inconsciente al padre del niño (que descubrimos que se llamaba Paneb), la madre de Tuta la miró de tal manera que no pude descifrar qué era lo que estaba pensando.

Después de un momento, dije:

—Upuaut, el dios protector de Sauty, hizo que nos encontráramos, y ahora espero que los dioses de Tebas sean igual de bondadosos y nos ayuden en nuestra misión.

—Según parece, estáis buscando a una antigua amiga de Siwa. La miembro de una tribu que vive aquí con su gente, ¿verdad?

—Sí —dijimos los dos al unísono, y la mujer asintió con la cabeza.

—Os podéis quedar aquí hasta que la encontréis. Además, si alguien puede conseguirlo, ese es Tuta, seguro que su don para hacer contactos entre las personas más indeseables de la ciudad os será muy útil.

Le lanzó una burlona mirada de reprimenda a su hijo, que se sonrojó y

esbozó una sonrisa.

—Aun así —continuó Imi—, deberíais considerar ir al templo de Karnak. Allí encontraréis a la sacerdotisa. Estoy convencida de que os podrá ayudar. Eso sí, que podáis hablar con ella ya es otra historia.

Arqueé las cejas e Imi, con cara de seriedad y un poco de preocupación, respiró hondo.

—Como habréis podido suponer al ver la ciudad, Tebas está en crisis. Los griegos han sido muy duros con nosotros, y aún lo siguen siendo. Hay mucho resentimiento y envidia entre los ciudadanos. Tened esto en cuenta cuando vayáis por la ciudad.

Al día siguiente, Tuta se despidió de nosotros, claramente ansioso por presentarse al hampa de la ciudad, y nos indicó dónde estaba el templo antes de partir.

—He oído decir que la sacerdotisa es tan inteligente como misteriosa, pero, si hay alguien que pueda convencerla para que le ayude, no me cabe duda de que sois vosotros.

Justo después, nos sonrió y se marchó.

Nosotros, sin prisas, fuimos a explorar Tebas con muchas ganas de conocer la ciudad y las gentes que vivían allí. En cuanto salimos de la casa, lo primero que nos llamó la atención fue el aspecto descolorido que tenía. Se notaba que, en otros tiempos, Tebas había rebosado de intensos colores. De hecho, vimos vestigios de ello en algunas columnas, pilares y paredes pintadas. No obstante, se podía ver cómo el tiempo, el sol y la negligencia en general habían causado estragos en ella. La pintura desteñida y desconchada que adornaba las figuras y las bases de las columnas solo eran un triste recuerdo de un tiempo que fue más próspero.

Lo único que no había caído en la decadencia era la naturaleza. Allí, el único color que había era el del follaje y el de los recurrentes destellos de la brillante agua, mientras que los habitantes vestían con unas ropas tan desgastadas como los edificios.

—¿Te has dado cuenta? —preguntó Aya, mientras andábamos a paso ligero por las calles.

—¿De qué?

—Imi tenía razón —habló en voz baja—, se nota como cierta tensión en

este lugar.

—¿Te refieres al estado en el que se encuentra? —dije a la vez que señalaba unas pintadas en latín y griego junto a las que pasamos. Unas declaraciones que, de forma burda, expresaban el descontento de la gente y solo servían para resaltar el aspecto de deterioro de aquel lugar.

—No me refiero a su estado, sino… —Se frotó los dedos como si estuviera comprobando la calidad de unas especias—. A una especie de sensación. Como si toda la ciudad estuviera con los nervios a flor de piel.

Efectivamente, nos cruzamos con unos griegos seguidos de sus esclavos egipcios y, más adelante, con un griego de alta alcurnia rodeado de su escolta de origen egipcio, todos ellos ajenos a las miradas de antipatía de los vecinos, aunque quizá solo les fueran indiferentes.

Finalmente, llegamos a la Avenida de las Esfinges y, bajo el sol abrasador, atravesamos las filas de enormes gatos negros que llevaban al templo de Karnak. No obstante, antes de entrar al gigantesco complejo, nos detuvimos durante un momento, fascinados ante tal visión. Como todo en aquel lugar, aquella extensión de edificios, recintos y patios había vivido tiempos mejores, pero, aun así, era un regalo para los ojos. Las columnas eran el doble de altas y el triple de anchas que las que habíamos visto en la ciudad, y las esculturas eran mucho más complejas y estaban mucho más recargadas.

A continuación, subimos las escaleras y entramos. Una vez allí, les preguntamos a los trabajadores del templo dónde podíamos encontrar a la sacerdotisa. Nos miraron con curiosidad y nos llevaron a un lugar recóndito, al sanctasanctórum.

Pasamos a través de unos altos pilares y cruzamos por el mármol descolorido hasta llegar junto a un trabajador vestido con más elegancia que los otros.

—Si fuese posible, nos gustaría ver a la sacerdotisa —pidió Aya con mucha amabilidad.

Yo estaba a su lado, sin la necesidad de fingir devoción por los dioses, pues el mismo templo ya me la hacía sentir.

El hombre nos miró de abajo arriba, hasta levantar la cabeza lo suficiente como para mostrarnos su mueca de desprecio. Tras nuestros

viajes, nos habíamos lavado, pero, aun así, consideró que nuestro aspecto no era el apropiado para ver a la sacerdotisa. Negó con la cabeza pero, justo antes negarnos el paso, se escuchó otra voz:

—Espera —dijo.

Entonces levantamos la mirada para ver a la dueña de aquellas palabras aparecer de entre las sombras justo al otro extremo de la sala.

25

Lo primero que vi fueron las sedas y el oro. Casi me quedé sin palabras por su fulgor y sus suntuosas riquezas y colores. Sin embargo, cuando se acercó, me di cuenta de que sus ropas estaban raídas y de que tanto el oro de la hoja en su báculo como el de la alta corona que portaba estaba desconchado. Al aproximarse, me percaté de que, en muchos sentidos, aquella mujer era la personificación del decadente templo y de la misma Tebas. Me pregunté qué efecto habría tenido ella en la ciudad.

No obstante, aunque vestía de manera andrajosa, no se podía negar su presencia: no había nada de decadente en sus movimientos, ni tampoco un ápice de derrota en la lenta y comedida manera en la que nos observó. Claramente, la orden de esperar no solo estuvo dirigida a nosotros, sino también a sus sirvientes.

—Soy Nitocris, esposa del dios Amón, gran sacerdotisa de Tebas y guardiana del templo de Karnak. Decidme, ¿qué os ha traído aquí? —preguntó.

Incliné la cabeza y dije:

—Yo soy Bayek de Siwa y esta es mi compañera, Aya de Alejandría.

Aya y yo nos miramos. Ella asintió y yo me aparté un poco para dejar que ella hablara, ya que, teniendo en cuenta que ya había estado en los templos de Alejandría, sin duda era la persona más indicada para responder.

—Hemos venido a Tebas desde Siwa —dijo, y se detuvo al ver que la sacerdotisa asentía, como si ya conociera aquella información—. Buscamos al protector de Siwa, un hombre llamado Sabu. —Me señaló—. Este es

Bayek, el hijo de Sabu, y yo soy Aya. Es posible que Sabu no se encuentre en Tebas, pero, aun así, esperamos poder encontrar a una nubia llamada Kensa; es posible que se encuentre aquí junto a su tribu. Quizá ella sepa dónde está.

—Así es —dijo Nitocris.

A continuación, la sacerdotisa nos llevó hasta un banco que se extendía a lo largo de una de las paredes y despachó a su subalterno.

—Eres el hijo del protector —murmuró. No era una pregunta, sino una afirmación.

Yo, como mera respuesta^ asentí.

—¿Y esperas ser tú el protector algún día?

Antes de que dijera nada, ella había esbozado una sonrisa, supongo que por la expresión de mi cara.

—Sí —contesté—. Mi padre me ha estado entrenando para tomar su relevo.

—¿Y todo lo que te ha dicho él ha sido que algún día serás el protector de Siwa?

La pregunta era neutral, no pretendía juzgarme ni insinuar nada. Entonces, no pude evitar empezar a plantearme cosas.

—¿Hay algo más que deba saber?

Volvió a sonreír, a pesar de que su profunda mirada seguía expresando seriedad.

—Sí —respondió—, hay tanto que debes saber… —Pese a que aquella pudo haber sido la respuesta de cualquiera acerca de la vida o cualquier otro asunto, yo supe que en aquel momento estaba hablando de algo en concreto. No se estaba dando aires de nada, ni tampoco se estaba haciendo la misteriosa—. Quizás tu amiga Kensa te dé las respuestas que buscas. Si así lo hace, vuelve a visitarme, pues me gustaría hablar contigo de nuevo.

¿Era aquel el final de nuestra audiencia con la sacerdotisa? Me di cuenta de que ansiaba pasar más tiempo en su compañía y empecé a pensar en toda la sabiduría que podría compartir una mujer con semejante presencia.

Luego, como si hubiera leído mis pensamientos de deseo, me miró.

—Soy la esposa del dios Amón —respondió, divertida, a una pregunta que no había formulado, aunque tal semblante risueño pronto desapareció

—, y espero que algún día pueda ver el resurgimiento de Tebas y que esta vuelva a tener la fuerza que una vez tuvo.

—¿Te aferras al antiguo orden, al orden de los faraones? —preguntó Aya.

Resultaba evidente que estaba intrigada; siempre quería saber más acerca de todo.

—Me aferró a los dictámenes de los dioses y a aquello que hace bien al pueblo —le contestó Nitocris con sencillez—. A Amón, que escucha a los pobres y no se aprovecha de ellos; que está al servicio del pueblo, en vez de obligar al pueblo a que le sirva a él.

—Pero ahora las cosas funcionan de otra manera —añadió Aya.

Era evidente que estaba interesada en lo que la sacerdotisa tenía que decir, a pesar de que siempre había preferido la lógica de los filósofos por encima de los argumentos del clero.

—Han llegado noticias desde Alejandría en las que se dice que Ptolomeo Auletes está vendiendo Egipto a los romanos para seguir en el poder —continuó mi compañera.

Nitocris rio en voz baja, con seguridad.

—¿Acaso no ha sido Egipto invadido con anterioridad? Han estado aquí persas, nubios y griegos, y, aun así, es nuestro país el que cambia a los invasores, y no los invasores al pueblo egipcio. Cambiaremos a los romanos de la misma manera que lo hicimos con Alejandro. Depende de nosotros que Egipto siempre siga manteniendo su poder.

—¿De nosotros? —pregunté.

—Así es, hijo del protector. —Volvió a ponerse seria, y posó con suavidad su mano sobre mi hombro durante un breve instante—. Algún día protegerás algo más que solo los templos de Siwa.

La sacerdotisa se levantó del banco y dio por concluido el encuentro.

Mientras salíamos de allí, yo no podía dejar de pensar en el momento de volver a verla… y de que me respondiera todas las preguntas que aún no me había ni planteado. A mi lado, Aya también estaba pensativa. Los dos estábamos absortos en nuestros propios asuntos.

Mientras tanto, Tuta seguía buscando a Kensa. Pasaron las semanas y Aya y yo acabamos familiarizándonos con Tebas tras pasar los días allí,

mientras acompañábamos a Tuta en su búsqueda de contactos y hacíamos preguntas, o íbamos a las afueras para practicar nuestro manejo de la espada con unas armas de madera que tallamos nosotros mismos.

Por las noches, volvíamos todos a la casa de Tuta y allí nos sentábamos alrededor del fuego o, si hacía calor, íbamos afuera y bebíamos leche, cerveza o vino.

La hermana pequeña de Tuta, Kiya, le había cogido mucho cariño a Aya y su madre estaba encantada de dejarla sentarse sobre su huésped con las rodillas levantadas y la cabeza apoyada en la túnica de la joven.

Tuta, Kiya e Imi volvían a ser una familia y, aunque Aya y yo no formábamos parte de ella, nos acogieron y trataron como unos reyes. No cabía duda de que Aya estaba tan a gusto allí como yo.

Era feliz. Deseaba encontrar a Kensa y a mi padre y conocer lo que la sacerdotisa tenía que decirme, pero, aun así, me gustaba la sencillez y la alegría que se respiraba diariamente en mi nueva vida.

Cada día, Tuta volvía de hacer sus investigaciones y nos contaba que todavía no había encontrado a Kensa.

—Pero, no se preocupe por eso, señor. La encontraré. No importa si sigue en Tebas o no, si ha estado aquí, daré con ella.

Muchas veces me había preguntado qué le habría contado Tuta a su madre y su hermana sobre las circunstancias en las que nos conocimos, hasta que, una noche en la que estábamos sentados en el patio bebiendo vino, la conversación que estábamos teniendo murió y solo se oyó el ruido de la gente del suburbio que bebía y charlaba. Entonces nos dimos cuenta de que la madre de Tuta miraba a Aya de una manera extraña…, de la misma manera que el día que llegamos allí.

Kiya estaba sentada sobre Aya con la misma pose de siempre, con la cabeza apoyada y chupándose el dedo. No obstante, cuando se percató de aquel incómodo silencio, se irguió.

Fue entonces cuando la madre de Tuta le dijo a Aya:

—Así que le diste a mi marido un buen golpe en la cabeza, ¿verdad?

Aya, incómoda, se apartó un poco de su intensa mirada.

—Sí. Estaba… Quiero decir… Hubo una pelea…

—Es tal y como te dije, mamá —le dijo Tuta, que calló cuando su

madre puso un dedo sobre sus labios.

—Sí, ya lo sé, mi pequeño Tuta, solo quería escucharlo con sus palabras, eso es todo. Quiero que me lo cuente ella.

Aya no sabía cómo reaccionar y me lanzó una mirada de incomodidad.

—Podrías haberlo matado —prosiguió la madre de Tuta.

La joven tragó saliva, sin saber qué responder. Yo sabía perfectamente que no se arrepentía de lo que había hecho, pero que tampoco quería herir a nadie.

—Yo solo intenté salvar a Bayek, y Bayek quería salvar a Tuta.

La madre de Tuta rio a carcajada limpia con las manos en las rodillas y moviéndose para adelante y para atrás.

—No. Me refería a que deberías haberlo matado.

—Seguro que al día siguiente se levantó con un buen dolor de cabeza —sonrió Aya, aliviada, y también un poco orgullosa.

—¿Sí? Bueno, está acostumbrado. Como mucho habrá sido un dolor de cabeza que le haya hecho replantearse su manera de ser, pero lo dudo mucho.

Tuta, triste, negó con la cabeza.

—No creo que jamás haga eso, mamá —insistió su hijo—. Ahora es incluso peor.

Imi le echó una mirada tranquilizadora.

—Bueno, no está aquí, ¿no? Ahora ya no nos puede hacer nada.

Continuamos con nuestro entrenamiento hasta que, un día, Tuta vino y nos dijo:

—La he encontrado.

Se refería a Kensa.

26

Tuta había encontrado a Kensa y, de pronto, me vi afrontando el hecho de que estaba a punto de ver de nuevo a mi amiga de la infancia. Me pregunté a mí mismo cómo me sentía al respecto.

No lo sabía. La última vez que la había visto estaba con su gente instalada en tiendas construidas con soportes de madera que ellos mismos habían tallado, y cubiertas de telas de colores llamativos. Aquellos alojamientos eran tan permanentes como temporales, acorde con su estilo de vida nómada. Así pues, el día que llegué al campamento y descubrí que lo habían recogido todo y se habían marchado me sentí triste por haber perdido a mi amiga, pero no me sorprendió. Aquella gente errante no estaba atada a ningún lugar.

La echaba mucho de menos. Gracias a ella aprendí prácticamente todo lo que sabía sobre supervivencia. Nuestra relación era…, bueno, no habría dicho que fuese rara, pero tampoco era muy normal que dijéramos. ¿Una nómada enseñando técnicas de supervivencia a un muchacho de ciudad? ¿Y encima se habían hecho amigos? Ahora que lo pienso, he de reconocer que las enseñanzas de Kensa tuvieron un gran impacto sobre mí, de muchas maneras, mucho antes de que mi padre decidiera al fin entrenarme él mismo.

—Como le he dicho antes, empezaba a creer que no eran más que rumores —dijo Tuta mientras nos llevaba fuera de la ciudad, hacia el río—. Parece ser que mucha gente ha escuchado cosas sobre un grupo de nubios en Tebas, pero pocos han reconocido que los han visto. Yo estaba casi

seguro de que habían vivido aquí en algún momento u otro, casi no tenía duda de ello. Pero nadie sabía si seguían viviendo aquí. Por eso he tardado tanto.

—Lo has hecho muy bien, Tuta —le dijo Aya con cariño.

—Bueno, gracias por el elogio —pronunció el niño, que sabía que Aya nunca felicitaba a nadie sin razón alguna, y esta le premió con una sonrisa.

De camino a donde Kensa se encontraba, Aya y yo habíamos estado esperando encontrarnos con el campamento de los nubios.

Tuta nos llevó más allá de los límites de Tebas, a través de las espadañas, hasta la orilla del río, donde había atracado un barquero. El hombre conocía a Tuta, a juzgar por la manera en la que se saludaron.

Lo siguiente que descubrimos fue que el barquero nos iba a llevar en su barca. Al bajar, nos adentramos en la necrópolis, el lugar desde el que las almas de los muertos viajaban a la Duat.

Tuta hizo una mueca. Todo eso era nuevo para él. Avanzamos por la necrópolis hasta que llegamos a una tumba excavada en el suelo.

Tuta nos indicó que ese era el lugar que buscábamos, mientras se mordía el labio inferior y se mantenía al margen, como si esperase que Aya y yo saltásemos hacia el interior de la tumba y empezásemos a recorrerla.

Lo miramos con incredulidad.

—¿Ahí dentro? —pregunté.

Tuta asintió.

—Pero si… no pueden estar ahí.

—Pues así es.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Aya.

Miré a mi alrededor. Al fin y al cabo, esa tumba en particular no se diferenciaba del resto de tumbas de la necrópolis, parecía tallada en la propia tierra; la entrada cuadrada era el único indicio real de que la tumba había sido obra de los humanos.

No. De hecho, había algo más; algo en lo que caímos gradas a Tuta. Si se avanzaba un poco más por la tierra, se podía ver una especie de agujero por el que, cuando Tuta nos llevó hasta él, vimos que salía humo.

—He escuchado los ruidos que salen de este agujero —susurró Tuta—. Estoy seguro, están ahí abajo. Y hay más de uno.

Yo todavía no me había recuperado.

—Pero ¿cómo puede ser? —espeté—. ¿Cómo han podido elegir este sitio como su hogar? Es… No está bien.

—Es una decisión horrible, eso es lo que es. —Coincidió Tuta con tristeza.

—Ay, venga, no seáis ridículos —dijo Aya—. Tuta, ¿de quién es esta tumba?

—Me temo que no tengo ni idea —respondió Tuta. Pero Aya le había hecho una pregunta y, con el mejor de los ánimos, el niño intentó contestarle a pesar de desconocer la respuesta—: Podría ser que…

—Que no fuese la tumba de nadie, ¿verdad? No se habrían atrincherado en la tumba de una persona, ¿verdad que no?

De nuevo, miré alrededor, mientras, con frenesí, intentaba descubrir si había marcas en las paredes que nos rodeaban, sin encontrar nada de nada. Pero eso no hizo que me sintiese mejor.

—Aun así —balbuceé—, elegir este sitio como su casa *es*...

Aya me interrumpió, con una débil sonrisa mientras miraba todo lo que nos rodeaba. Se estaba tomando toda la situación con muchísima más calma que yo. Por supuesto.

—¿Qué? ¿Un sacrilegio? No, si me preguntas, tiene todo el sentido del mundo. Después de todo, nadie vendría a este sitio a buscarte. Bueno, nadie salvo Tuta, al parecer.

Aya tuvo la última palabra en nuestra discusión. Sintiese lo que sintiese sobre el tema, tendría que encontrarle la lógica yo solo.

Mientras tanto, Tuta se alegraba con cualquier conversación que incluyese un elogio de Aya hacia él. Siguió ruborizado mientras regresábamos a la entrada de la tumba, con una gran sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunté. ¿De verdad podían vivir allí? ¿Acaso cabía la más mínima posibilidad de que mi padre también estuviese allí dentro?

—No lo sé —admitió Tuta.

—Quizá no nos dejen entrar —dije.

—Aunque nos dejasen, ¿cómo puedes saber que no van a matarnos en

cuanto pongamos un pie allí? —preguntó Aya.

Tuta nos miró, preocupado. Estaba claro que esa opción no se le había pasado por la cabeza.

—Un momento. ¿No me contaron que los nubios y Bayek habían sido muy amigos no hace mucho tiempo?

Aya y yo recalcamos que «no hace mucho tiempo» equivalía a diez primaveras y que la gente cambiaba. De pronto, aparecer sin previo aviso en su escondite subterráneo (un lugar que, evidentemente, querían que siguiese siendo un secreto) no parecía una buena idea.

Pero, como Tuta estaba más que dispuesto a señalar, ¿qué otra cosa podíamos hacer? ¿Nos quedaba otra opción?

En cualquier caso, la decisión se tomó sola, porque mientras seguíamos al pie de la entrada intentando decidir qué hacer, una silueta apareció en el umbral: una figura femenina que llevaba una lanza y que nos contempló desde el oscuro vacío del interior.

—Hola, Bayek —dijo y reconocí de inmediato el travieso brillo que manaba de sus ojos.

Me sonrojé y alcé la mano despacio, en una especie de saludo avergonzado. ¿Cuántas veces me había advertido Kensa de cómo el sonido de un susurro viajaba en los sitios cerrados?

27

Subió hasta la superficie para saludarnos. Al principio, pensé que estaba exactamente como la recordaba: el pelo recogido en trenzas de colores, plumas, las marcas tribales… Tenía el mismo porte, los mismos ojos gris oscuro y una mirada que no admitía ningún tipo de discusión.

Había crecido. No solo en años, sino también en otros aspectos. Cuando la conocí de niños, Kensa llevaba un collar decorado con huesos y más trofeos enganchados en el pelo, pero ¿y ahora?

—Hola, Kensa —respondí y señalé el collar del que colgaban varios dientes de león y lo que debía ser el colmillo de un hipopótamo que llevaba entrelazado en el pelo—. Has crecido, en estatura y en habilidad.

Asintió en señal de agradecimiento. Fue en ese momento en el que noté que había algo diferente en ella, una apariencia distante, preocupada, que no recordaba haber sentido en ella años atrás en Siwa, como si llevase sobre los hombros el peso de todos los problemas del mundo.

Sin embargo, y a pesar de que la sonrisa no le llegó a los ojos, me saludó con efusividad, y exclamó:

—Amigo mío, hermano.

Después, ella también me hizo un par de halagos. Me dijo que había crecido y que estaba más musculoso y fornido. Me palpó los brazos y mis cinturones, mientras el asombro le iluminaba la cara. La última vez que me había visto no era más que un niño. Había crecido. Era un guerrero.

Le presenté a Tuta y a Aya. Kensa y ella se miraron detenidamente. Tenían una personalidad muy parecida (de hecho, en muchos sentidos eran

idénticas), pero su actitud no podía haber sido más diferente.

—¿Has tenido noticias de él? —le pregunté cuando se acabaron las presentaciones, impaciente.

Kensa me miró:

—¿Noticias de…?

—De mi padre.

Ante mi respuesta, Kensa se mostró sorprendida.

—No. ¿Por qué debería…? Espera, ¿ese es el motivo de que hayas venido?

Intenté controlar la oleada de decepción que me embargó.

—¿Estás segura? —pregunté de nuevo, por muy estúpido que sonase—. ¿No has tenido noticias de él? ¿No está aquí?

Kensa negó con la cabeza, confundida.

—Bayek, si estuviese aquí, lo sabría. No me olvidaría de algo así. Pero tu padre solo habría venido aquí si yo se lo hubiese pedido, cosa que no he hecho. Ni tampoco he despachado ningún mensaje para él. Quizá sea mejor que me cuentes qué está pasando. —Se hizo a un lado y señaló la abertura que conducía hacia el interior de la tumba—. Venga, entrad. Vamos a tomar algo.

—¿De verdad vives aquí? —pregunté.

Kensa asintió. Esbozó una media sonrisa, pero no pude evitar insistir, a pesar de que sabía que mi reacción ya le había hecho gracia.

—Pero es una tumba. Es un lugar sagrado.

Kensa sacudió la cabeza y empezó a caminar, mientras deslizaba una mano por el muro.

—Una tumba que han saqueado, ya no es sagrada —explicó—. Ya nadie respeta las tumbas. Venga, seguidme.

No sé qué me esperaba cuando dejamos el sol a nuestras espaldas y descendimos hacia la tumba subterránea. Supuse que sería un lugar angosto, húmedo y oscuro, pero la realidad no podía distar más de mis suposiciones. El techo era bajo, pero no lo bastante como para que uno se viese obligado a encorvarse, y estaba cubierto con unos toldos que me recordaron a Siwa. Me golpeó un torrente de recuerdos y sentí una repentina añoranza por mi hogar. El lugar era cálido, pero sin resultar desagradable. Al fondo había

una lumbre que le daba al sitio un aspecto «familiar» (y hasta puede sonar raro utilizar esa palabra); no era, ni mucho menos, la única fuente de iluminación de la sala, pues estaba repleta de faroles que colgaban de los muros que se alzaban a cada lado. Qué fácil era olvidarse de que no dejaba de ser el interior de una tumba.

Me di cuenta al momento de que había muy pocos nubios. Un hombre anciano, cubierto con un manto, el rostro curtido y lleno de cicatrices, que estaba sentado sin parar de toser, levantó la cabeza para mirarnos sin denotar mucho interés en nuestra presencia. Un hombre más joven, un poco mayor que Kensa, estaba sentado junto a una mujer embarazada que tendría más o menos su edad. Además, también había una anciana, ocupada en el otro extremo de la caverna.

¿No había nadie más?

—No hay nadie más —dijo Kensa, al ver la decepción que se dibujó en mi rostro. Nos explicó que el hombre que no dejaba de toser era su abuelo, el anciano de la tribu. La otra mujer era su madre. El joven era Seti, un guerrero, y la mujer embarazada era su esposa. También tenían un explorador (se llamaba Neka) pero, aparte de eso, ellos eran todo lo que quedaba de su tribu.

Intenté no dejar ver el asombro que me recorrió, aunque seguramente fracasé. En el pasado, jamás conocí a ningún miembro de su tribu. Cuando iba a ver a Kensa, por lo general la esperaba junto a los límites del campamento y esperaba a que ella se acercase a mí. Sin embargo, podía afirmar que en su día la tribu había estado formada por hasta una docena de nubios; el campamento había sido un lugar lleno de luz, vida y color. Todavía quedaba un poco de aquellos días, como los toldos que nos cubrían las cabezas, pero una extraña sensación de deterioro parecía haberse instalado entre los presentes.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté mientras miraba a mi alrededor, incapaz de conseguir que la consternación no se notase en el tono de mi voz.

—O están muertos o se han marchado —explicó Kensa, con total naturalidad.

—¿Cómo?

Una mirada de cansancio le cruzó el rostro.

—La respuesta sencilla es la guerra; una guerra que no tiene pinta de acabarse. Pero primero, sentémonos, tomemos algo y pongámonos al día. Quiero saber qué estáis haciendo aquí… y por qué preguntas por Sabu.

Unas cervezas y un lugar alrededor del fuego nos acompañaron mientras nos pusimos al día. Fui el primero en hablar, y empecé mi historia asegurando a Kensa de que, desde que ella y su tribu se habían marchado de Siwa, muy poco había cambiado en la ciudad.

—¿Tu padre ha empezado a entrenarte? —preguntó Kensa.

—Sí —afirmé y, después, añadí—, pero mejoraba a pasos muy lentos. Nunca parecía tener ganas de entrenarme. Siempre decía que yo no estaba preparado. Según Rabiah, desde la noche del ataque de Menna, mi padre dudaba de si seguir con mi entrenamiento. Le preocupaba llevarme por el camino que él mismo había seguido.

Continué mi historia y le conté a Kensa la marcha de mi padre y cómo la ciudad había quedado sumida en el caos desde su partida, mi decisión de ir en su búsqueda; y mi deseo por seguir sus pasos y convertirme en el protector de Siwa.

—¿Todavía quieres ser el protector de Siwa en un futuro? —preguntó Kensa con franqueza.

—Sí —respondí, y me tembló la voz de pura convicción. Era la verdad que por fin podía admitir sin ningún tipo de duda que derrumbase mi seguridad—. Creo que he cambiado. Quizá antes solo fingía, pero ahora lo sé. Quiero ser el protector de Siwa y seguir los pasos de mi padre.

—¿Así que piensas que ese es tu destino? —preguntó Kensa. No estaba seguro de si era una afirmación o una pregunta, pero sentí que me estaba sometiendo a una especie de examen. Sin embargo, mi seguridad no se desvaneció.

—Sé que mi camino —respondí y la miré directamente a los ojos— es entrenar como el aprendiz de mi padre y servir a Siwa como su protector. Eso es todo lo que quiero.

«Eso y a Aya», pensé.

—¿Qué sabes de los *medjay*? —preguntó Kensa.

La pregunta fue inesperada y la miré con perplejidad. Aya respondió por

mí, y se lo agradecí, aunque me sorprendió un poco que lo hiciese:

—¿Por qué lo preguntas?

Kensa asintió despacio, en un gesto con el que le respondía a Aya su oportuna intervención, pero sin desviar la mirada de mis ojos.

—Bayek, el hecho es que si no sabes nada de los *medjay*, entonces no sabes nada de tu camino. Todo lo que crees… bueno, no diría que ha sido una mentira, pero la realidad es que no te han contado toda la verdad.

Luché contra el enfado que sentía, que pronto se convirtió en ira.

—Entonces, ¿por qué no me lo cuentas?

Lo hizo.

Y, entonces, lo comprendí.

28

—Tu padre es *medjay*.

Tragué saliva. Ni siquiera sabía lo que era un *medjay* pero, aun así, me escuché a mí mismo decir:

—No puede ser. —Y yo mismo noté la evidente confusión que destilaban mis palabras.

—Y, aun así, lo es, Bayek —respondió Kensa.

—Pero si los *medjay* ya no existen —dijo Aya en seguida—. Los *medjay* desaparecieron hace un montón de años.

Al menos Aya sabía algo del tema. En cierto modo era tranquilizador. Una verdad que podía utilizar para calmar mis nervios. Mientras me centraba de nuevo, Kensa le respondió:

—No desaparecieron, al menos no del todo.

—Espera. —Corté. Antes de quedarme atrás en la conversación, tenía que saberlo—. ¿Qué es exactamente un *medjay*? ¿Un tipo de soldado? ¿Un protector?

Kensa asintió.

—De hecho, es un protector. Son, o eran, la razón por la que la gente respetaba las tumbas. Eran los protectores de ese tipo de cosas. Y, como protector, tu padre juró proteger los templos de Siwa y, por ende, a todo el pueblo, de cualquier clase de fuerzas que atacasen a la ciudad o los objetivos de los *medjay*. Pero, lo que tienes que entender es que su papel como *medjay* abarcaba mucho más que eso. Lo convertía en un guardián, no en un simple guardia. Lo convertía en un protector, no solo de Siwa, sino

de todo un estilo de vida. Un protector de Egipto.

Aya la miró con un brillo de duda en los ojos:

—¿Qué estilo de vida?

—Aquel en el que a nuestros enemigos les gusta pensar como «el orden antiguo», como si fuese algo malo, como si, al ser viejo, estuviese desfasado.

Las sombras de las llamas vacilaron contra el muro, como si representasen una historia que no podía llegar a entender. Miré a Aya y seguí callado; le permití hacerle sus propias preguntas a Kensa. Formaba parte de eso tanto como yo.

—Bueno, entonces quizá tengan razón, quizá esté desfasado —respondió Aya, mientras se ponía de pie. No la estaba cuestionando, pero fue una clara afirmación.

Kensa sacudió la cabeza, tranquila.

—Ningún sistema, ya sea nuevo o viejo, está libre de defectos —dijo. De entre todas las cosas en las que Kensa destacaba, una de ellas era conocer y comprender a las personas. La seguridad que tenía en sí misma fue evidente mientras continuó hablando—: No pongo en duda que los viejos métodos necesitasen modernizarse; era evidente que algunos pensamientos tenían que reconsiderarse, pero… —En ese momento, alzó un dedo—, pero existieron durante miles de años y existieron bajo la creencia de que estamos en este mundo para trabajar juntos en nuestra veneración por los dioses, más que en simple y llanamente aumentar nuestras riquezas y nuestro prestigio. Sé lo que estás pensando. —Centró su atención en Aya —. Piensas que eres una persona progresista. Quizá has renunciado a los dioses.

—No he renunciado a ellos —replicó Aya al instante, aunque ambos sabíamos que eso no era estrictamente cierto, y sus palabras sonaron falsas. Hasta Tuta la miró de reojo con ojos sorprendidos.

Pero Kensa sonrió:

—Está bien cuestionarse las cosas. Sé que lo consideras una señal de tu inteligencia y de tu progresismo, y lo puedo entender a la perfección.

La miré con las cejas arqueadas, mientras recordaba cuán a menudo me regañaba por todas las preguntas molestas que le hacía durante mi

entrenamiento de supervivencia. Kensa puso los ojos en blanco y, con destreza, empujó suavemente una piedra que se chocó contra mi pie y rebotó hacia el fuego.

—Cállate. —Había escuchado esas dulces palabras muchas veces y esbocé una sonrisita impenitente, sintiendo que estaba de nuevo en territorio conocido—. Mi pueblo también se cuestiona las cosas. Todo el mundo lo hace. Cambiar es crecer. Es la única manera que hay de sobrevivir. Pero eso no significa que tengamos que desecharlo todo. —Clavó los ojos en el fuego, con la mirada perdida—: Hay cierta belleza en los rituales. La tradición ha mantenido a mi pueblo con vida. Dependemos de ella. Sin embargo, no podemos darnos el lujo de permitir que la tradición se convierta en un yugo que nos frene, que nos hunda. —Juntó los dedos, imitando a un ganadero que intentase contener a una manada de bueyes—: Estar en la ciudad, no marcharse de allí nunca… en cierta manera, es una forma de estancarse. Propicia taras como el egoísmo, la venalidad, la corrupción… Las ciudades son estupendas. —Miró a Aya con una sonrisa torcida y con un brillo sincero de admiración en los ojos—, pero también facilitan el surgimiento de algunas cosas malas. Pueden transformarse rápidamente en lugares donde los ricos y poderosos fabrican artefactos y, en algunos casos hasta ciudades enteras en homenaje a ellos mismos, monumentos para su propia vanidad.

—Los dioses no han sido quienes nos han fallado. —La voz de Aya era suave y suspiró; a pesar de que nunca había compartido ese pensamiento conmigo, al parecer no era nuevo para ella—: Sino las personas.

Kensa le lanzó una mirada de comprensión y, después, se centró en mí:

—Bayek, tu padre, como *medjay* que es, cree en eso, y mi tribu también. Aún hay mucha gente que cree en los ideales de los *medjay*. Neka, nuestro explorador, me contó que conoció a un hombre que quería jurar lealtad al *medjay* encerrado en la prisión de Elefantina. Somos muchos los que formamos la resistencia. Sin embargo, aquellos que simpatizan con el antiguo orden necesitan que alguien que pertenezca al linaje de los verdaderos *medjay* los guíe. Algún día, ese alguien podrías ser tú.

Entonces recordé lo que me había dicho la sacerdotisa: «Algún día protegerás algo más que solo los templos de Siwa», y, de repente, sentí que

tenía un propósito que llevar a cabo.

—Pero no estoy preparado.

—Los mejores líderes nunca lo están. —Kensa ladeó la cabeza y me observó—. Aunque sí que es cierto que aún tienes mucho que aprender antes de poder liderar como los dioses mandan.

Mi vieja amiga se recostó. La luz de la hoguera danzaba y, gracias a ella, vi una expresión en su rostro que me convenció de que hacía lo correcto en decidir mi camino y seguirlo. Su semblante reflejó algo aún más profundo que las emociones con las que uno ha de lidiar de normal, como el dolor y las molestias que se suelen sentir. Su rostro habló de algo más profundo, de algo más antiguo. Lo que vi en su cara fue conocimiento; aunque fue de forma leve, lo pude sentir.

Estaba lleno de dudas y sabía que quería conocer más cosas acerca de los *medjay*. Quería ayudar a la gente, al pueblo de Egipto. Con fervor y determinación, me sentía bien. Estaba completamente convencido de que había encontrado el camino que debía tomar, solo tenía que seguir aprendiendo y mejorar.

—¿Tú también eres *medjay*? —le pregunté.

Negó con la cabeza y soltó un resoplido divertido.

—Claro que no. Mi clan y yo formamos parte de nuestra propia estirpe. Eso sí, hace muchísimo tiempo descubrimos que nuestros principios coincidían bastante con los de los *medjay*. Nuestra ideología era la misma.

—¿Y la de mi padre?

—También.

—Estoy empezando a entender… —dijo de pronto Aya—. Todo tiene que ver con esto, ¿no? Para Sabu, yo representaba los nuevos ideales, los cuales destruyeron a los *medjay*, por eso no terminó de entrenar a Bayek…

—No —la interrumpió Kensa, aunque me costó bastante comprender las razones. Posó aquella mirada inescrutable sobre mí durante un instante y se encogió de hombros—. Ser *medjay* es algo que va más allá: guarda relación con buscar el bien mayor, con ver más allá del hoy, del ayer, de la semana que viene, incluso del mes que viene. Consiste en preocuparse por lo que pasará en diez años, o en cincuenta. Ser un *medjay* es un estilo de vida, es una forma de ser y de mostrar que rechazas los valores que nos ha

impuesto una sociedad que no apoyas. Es la mejor manera de estar en armonía con el mundo y con la gente que vive en él. Es darlo y sacrificarlo todo si hace falta. —Hizo una pausa y volvió a encogerse de hombros—. Creo que por eso Sabu no fue muy lejos con tu entrenamiento.

Aya la escuchó con atención y vi en sus ojos que lo había comprendido todo. Aunque Kensa siempre había sido muy buena cazando, y yo tuve la suerte de recibir sus enseñanzas, su don para saber lo que pensaba la gente siempre había sido lo que más me impresionaba. No obstante, no fui capaz de entender lo que estaba intentando decirme. Tampoco le pedí que me lo volviera a explicar, no fuera que se enfadara por ser tan duro de mollera.

—Pero ¿por qué se marchó? —pregunté—. ¿Por qué se fue mi padre de Siwa?

—No puedo responderte a eso. Puedo entender por qué Rabiah te mandó a buscarme, pero no tengo ni idea de la razón de su partida. Encuéntralo y lo descubrirás. Además, cuando lo encuentres, quizá pueda seguir con tu entrenamiento.

—¿Crees que me convertiré en *medjay*? —formulé la pregunta un poco ansioso.

Valoraba su opinión. Además, después de todo, ella también había sido mi mentora. Había sido la primera que me enseñó con dedicación.

Ella rio, y posiblemente me lo mereciera.

—Sé que tu padre te entrenó según las costumbres de los *medjay*, incluso aunque fuera algo que le preocupara. Sin embargo, no solo es cuestión de aprender a luchar, a mediar o a vigilar. No es simplemente aprender una serie de técnicas como las que te enseñé en Siwa. Ser *medjay* trata de adoptar una nueva manera de vivir, de cambiar tu forma de pensar, y eso no es algo que se elija a la ligera como cuando decides si prefieres comer pan o pescado, sino que es algo que sale de ti.

Se golpeó el pecho y resonó como un tambor en una cueva. A continuación, prosiguió:

—Es algo que solo tú puedes definir. Te guste o no, Bayek, eres hijo de Sabu, y eso, junto a todo lo que conlleva, es algo que no puedes elegir, pero ¿ser *medjay*? Bueno, a pesar de lo que piensa tu padre, eso depende completamente de ti.

29

¿Que cómo me sentía acerca de seguir la senda que me haría convertirme en *medjay*? La verdad es que aquello iba un paso más allá de ser solo protector de Siwa e, irónicamente, era por eso por lo que mi padre no había terminado mi entrenamiento. Sus dudas y preocupaciones empezaron a tener sentido. Además, aunque me enseñara a proteger Siwa, ¿cuánto tardaría en enseñarme a proteger los valores de los *medjay* en caso de ser necesario?

Por otro lado, si rechazara los principios de los *medjay*, como Egipto había hecho, ¿qué implicaría? A pesar de todo lo que me había contado Kensa sobre el hecho de tener la sangre de ese linaje corriendo por mis venas, tampoco es que pudiera convertirme por arte de magia en la personificación de sus ideales de la noche a la mañana. Las creencias no eran algo que se llevara en la sangre.

Las convicciones de cada uno formaban parte de su ideología y de su manera de ser, de eso estaba seguro. Y también estaba convencido de que Aya habría estado de acuerdo conmigo en ese sentido, al fin y al cabo, había sido ella la que me había descubierto a los filósofos y poetas modernos. Además, aún tenía mucho que aprender.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Kensa.

Me encogí de hombros.

—Lo que he estado haciendo hasta ahora. Seguir aprendiendo por mi cuenta mientras busco a mi padre.

Sentí la sonrisa de aprobación de Aya.

—¿El *medjay* que está prisionero en Elefantina podría ayudarnos? —preguntó ella.

Kensa dudó.

—Es poco probable que ese hombre sea un *medjay* de pura cepa. Estoy segura de que es un impostor que finge ser uno y creer en sus principios sin haber entendido realmente la historia. Hay bastantes de esos. Aparte, ¿cómo pretendéis llegar hasta él?

—Con tu ayuda.

Pensativa, asintió. Parecía que mi descaro no le había sorprendido.

—Pensábamos que el hecho de que tú estuvieras aquí tendría relación con la marcha de Sabu —apuntó Aya.

—Pues siento decepcionaros.

—Pero estás aquí por mi padre, ¿no? —investigué—. ¿Es cierto que tu pueblo decidió perseguir a Menna?

Kensa asintió.

—¿Y dónde está Menna? ¿Muerto? ¿Está cerca? ¿Dónde?

—Está cerca —confirmó Kensa—. Menna lleva casi seis años en su ubicación actual, pero creemos que está a punto de marcharse de allí. Mi explorador, Neka, lo está investigando ahora.

—No podéis perderle —respondí, quizá un poco demasiado brusco, y me estremecí en cuanto pronuncié esas palabras. No tenía derecho a darle una orden en ese tono tan prepotente.

Kensa hizo una mueca y era evidente que pensaba que tenía razón al arrepentirme por mis formas.

—Debería darte un guantazo solo por sugerir que eso fuese a ocurrir. Mientras tú caminabas bajo el sol preguntándote por qué tu padre no te había enseñado a jugar a las espaditas, yo he estado ahí fuera, viendo cómo moría mi familia a manos de los hombres de Menna. La nuestra ha sido una larga guerra de desgaste, Bayek. No tengo la menor intención de dejarle escapar y si te piensas que vas a llegar y a decirme lo que tengo que hacer…

—Lo siento —le dije, con total sinceridad. A pesar de todo lo que había ensombrecido mi vida, además del hombre bizco que se había colado por mi ventana en mitad de la noche durante aquel ataque… las consecuencias

eran un poco más inmediatas para Kensa.

—Entonces, ¿existe? —le pregunté, al final.

—¿Menna?

—O sea, que no es una invención o un grupo de personas. ¿Ni una forma de asustar a los niños para que se vayan a dormir a su hora?

—Ah, no, nada de eso —dijo Kensa. Hubo un largo silencio mientras ella parecía pensar, al tiempo que atizaba el fuego con un palo y cerraba un poco los ojos cuando las llamas saltaban a modo de respuesta—. Supiste llegar hasta aquí solo —dijo, al fin, dirigiéndose a Tuta—: ¿Crees que podrías encontrar un caballo y un carro?

Tuta asintió con entusiasmo.

Dos días después, teníamos un caballo y un carro.

30

Antes de partir, Aya y yo volvimos a visitar a Nitocris. Viajamos hasta el templo de Karnak; los guardias y los trabajadores del templo nos guiaron hasta su sanctasanctórum, donde la sacerdotisa nos saludó como si ya supiese de antemano que íbamos a visitarla. Nos condujo al mismo lugar que ocupamos en nuestra última visita para que tomásemos asiento.

—Bueno —dijo y nos miró con una sonrisa tranquila en el rostro, primero a mí, después a Aya y, de nuevo, a mí—, habéis vuelto.

—Cuando nos dijiste que había tanto que debíamos saber… —Mi voz se fue apagando bajo el escrutinio de la mirada de complicidad de la sacerdotisa y, entonces, sonreí con cierto arrepentimiento—: Ahora lo entiendo. Nos han explicado quiénes eran los *medjay* y que mi camino implica mucho más que ser solo el protector de Siwa —dije.

—Y aceptas ese camino, ¿verdad? —preguntó Nitocris.

—Ojalá lo hubiese sabido antes —contesté. La sombra del templo era relajante, mientras el viento soplaba con suavidad entre los pasillos y nos refrescaba la piel. A pesar del rencor que sentí al descubrir lo que me habían ocultado durante toda mi vida, con cada segundo que pasaba ese lugar me calmaba los nervios. Tenía que concentrarme.

—Embarcarse en el camino para ser *medjay* no es una responsabilidad sin importancia —comentó la sacerdotisa—. Un *medjay* no es un simple guardia o protector. Te habrán contado que los *medjay* defienden una ideología antigua, no me cabe la menor duda de ello, pero tus obligaciones van más allá de eso. Tu tarea como *medjay* no se basa únicamente en

proteger el viejo orden, sino en facilitar el equilibrio y la justicia. Como *medjay*, venerarás al dios Amón. Serás la personificación de Ma'at, el antiguo símbolo de la verdad y la armonía cósmica.

Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración y me obligué a inspirar, después empecé a respirar despacio y de forma más regular. Por fin. Información directa y sencilla. Algo en lo que podía basarme.

—Cuenta la historia que, en el pasado, cada egipcio aplicaba y seguía los principios de Ma'at en sus propias vidas, pero todo eso, junto a muchas otras más tradiciones, se ha perdido con el ajetreo de la vida moderna. Todo eso es lo que nos hace buenos, Bayek, hijo de Sabu, y como *medjay* no solo tienes: que encargarte de mantener y promover esos principios, tú *eres* esos principios. ¿Comprendes?

Asentí. Podía asimilar aquella información y sacar conclusiones de ella. Era algo a lo que aspirar, a partir de lo que construir una vida entera. Ser bueno. Proteger a los inocentes. Acabar con la corrupción. Centrarme en el día a día pero, además, mirar al futuro.

—Sé que lo comprendes —dijo Nitocris. Hablaba con una certeza absoluta y, en ese mismo instante, me recordó a Kensa, a su extraordinaria capacidad para saber siempre qué motivaba de verdad a cada persona. Inclinó un poco la cabeza y, después, se levantó; la reunión había llegado a su fin—. ¿Sabes cuál es el símbolo de Ma'at? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—Es la pluma de avestruz.

Cuando Nitocris se marchó, metí la mano en la bolsa que llevaba y saqué los objetos que había estado recolectando durante mis viajes.

En la mano tenía un puñado de plumas. De plumas blancas.

Kensa nos guio durante varios días. Junto a nosotros viajaba Seti, pues Neka, el explorador, todavía no había regresado de su último viaje. Los cinco juntos debíamos ser una visión un tanto extraña, apretujados entre los suministros que llevábamos en el carro mientras rodábamos por el camino rumbo al oeste, lejos de Tebas.

Trazamos una ruta sinuosa. Según Kensa y Seti, acercarnos por el oeste

era demasiado peligroso, así que cuando llegamos a la baja montaña que era, al parecer, nuestro destino, guardamos las distancias y cogimos una ruta larga alrededor de la base de la montaña, a la que llegamos por el este.

Dejamos el *carro* a los pies de la ladera y empezamos a subir a pie por ella, hasta que llegamos a un punto panorámico: una meseta desde la que podíamos ver el brillante mar por el este, así como lo que parecían los primeros metros de una gran hondonada que atravesaba el centro de la montaña que teníamos a nuestros pies.

Nos quedamos allí, agachados formando un círculo, y miramos a nuestra guía en busca de consejo. Kensa nos había advertido de que, cuando llegásemos a la cumbre de la meseta, teníamos que ser silenciosos. Cuando por fin la alcanzamos, se acercó un dedo a los labios y nos lanzó una de esas espantosas miradas de rabia contenida que tan bien le salían; le dedicó una de especial intensidad a Tuta. Durante el viaje, el niño se había mostrado demasiado nervioso para su gusto.

Nos ordenó que nos tumbásemos y que avanzásemos bocabajo. Poco a poco, nos acercamos al borde de la meseta. Bajamos la mirada hasta un terreno que era medio hondonada, medio valle: una hendidura casi circular en la montaña que descendía hacia una cuenca. Allí, en el valle, oculto por las paredes de la montaña y solo accesible a través de un único sendero que llegaba por el este, vimos un grupo de edificios, aunque su factura dejaba mucho que desear. Se notaba que llevaban bastante tiempo allí.

Tumbada allí, en la meseta, Kensa volvió la cabeza hacia mí. Yo yacía entre ella y Aya.

—Allí —dijo con un tono quedo, mientras evitaba un susurro que podría viajar con el viento y descubrir nuestra posición—, es donde Menna lleva escondiéndose unas… —Hizo los cálculos mentales—: Unas cinco primaveras. Mucho tiempo, pero no por eso ha bajado la guardia. Aún. Mira…

Señaló a un saliente justo debajo de nosotros, donde un guardia armado con un arco cargado a la espalda vigilaba la zona; iba de un lado a otro. Cuando lo vimos, este se detuvo, se volvió para quedar de frente al asentamiento que quedaba debajo y puso las manos alrededor de la boca para proferir un extraño grito que sonaba como la llamada de un halcón,

pero indudablemente humana.

Como respuesta, se escuchó otro grito parecido.

—Es el guardia que hay al otro lado de la montaña. De noche gritan para mantenerse despiertos el uno al otro y, de día, simplemente para cerciorarse de que siguen allí —explicó Kensa.

A continuación, señaló en dirección a los edificios.

—El más pequeño es una especie de almacén —siguió comentando con voz queda. Aya y Tuta escuchaban ansiosos mientras Seti estaba en alguna parte buscando otras rutas—. Al lado, en el edificio más grande, es donde los hombres de Menna se alojan. Hay seis en total, incluidos dos guardias: uno en el este y otro justo debajo de nosotros. El tercer edificio son los aposentos personales de Menna. Vive ahí con su lugarteniente, un hombre que creemos que se llama Maxta. No reconozco a muchos de ellos del ataque, pero Maxta estuvo allí aquella noche. Probablemente tú también lo vieses. Tiene un ojo bizco.

Me sentí como si la mano de un gigante me hubiera agarrado. Un potente e impactante recuerdo me paralizó. ¿Se trataba del mismo hombre que había entrado en mi habitación la noche del ataque? Debía de ser él.

Nos apartamos del borde, formamos un círculo y hablamos en voz baja.

—¿Y qué hay de Menna? —pregunté—. ¿Es un hombre tan terrible como cuentan los rumores? ¿Lo has visto de cerca?

Sentada en cuclillas en la pedregosa ladera, Kensa rio con sequedad.

—No me digas que te has llegado a creer todo aquello de que se afilaba los dientes que robaba a sus víctimas.

Negué con la cabeza, pero el rubor de mis mejillas me delató. No necesitaba verla para saber que Aya había esbozado una amplia sonrisa. Entonces, burlona, me pinchó con un dedo, la miré y ella me devolvió la mirada con una sonrisa. En aquel momento, una sensación de calidez me embargó.

—Lo siento, pero no —continuó Kensa—. Me duele mucho destrozar los mitos de tu infancia, pero Menna tiene unos dientes normales. Además, aunque sigue teniendo bastante poder, ya no tiene tanta influencia. Hace diez años, contaba con el triple de hombres a su disposición, y eso sin contar a los adeptos que tenía por todo el país. Pero este año lo mataremos.

Pronto.

Kensa contuvo la respiración durante un momento hasta que, finalmente, dejó salir el aire poco a poco. Era evidente que la presión de la tarea que se había impuesto a ella misma le había afectado, pero, aun así, seguía adelante con determinación y firmeza.

—Puede que Menna haya seguido existiendo en los recuerdos de la gente de Siwa, pero aquí afuera, en el mundo real, apenas tiene poder, y eso es gracias a mi gente, aunque el precio que hemos pagado para conseguirlo ha sido muy alto. De hecho, Menna sigue vivo porque, a pesar de que tanto él como yo ya no contamos con tantos hombres, él ha perdido menos que yo, así de simple. Mientras tanto, le hemos estado observando y hemos estado esperando a que llegara el momento adecuado para atacar. Entonces, Neka nos dijo que Menna y sus hombres posiblemente estuvieran a punto de irse…

Kensa se puso tensa y aguzó el oído. Desde abajo oímos el ruido de un carro que se aproximaba a la montaña. Al segundo, se escuchó una pelea y un grito que vino en nuestra dirección. Justo después, mi amiga nubia gateó hasta el borde del risco para otear el asentamiento.

El resto tampoco nos quedamos muy atrás y, al mirar abajo, vimos a dos hombres que se llevaban del carro al edificio más pequeño a un nubio cuya cabeza colgaba entre los hombros. Incluso desde aquella altura pudimos ver el mal estado en el que se encontraba.

—Neka —masculló Kensa—. Por todos los dioses, han cogido a Neka.

Apretó un puño sobre el muslo y, justo antes de recomponerse, vi que le tembló la mano de ira e impotencia.

—Lo han torturado —dijo, furiosa, aunque también con frustración.

Entonces, Seti volvió. Había tomado una ruta diferente por la montaña para observar a los guardias de Menna. Kensa se acercó a él y este se percató de que algo iba mal. Así pues, ladeó la cabeza ligeramente para observarla, cauteloso, y dijo:

—¿Qué pasa, Kensa? ¿Qué sucede?

Ella no malgastó saliva en intentar suavizar lo que iba a decir.

—Tienen a Neka en uno de los edificios. Ya lo han torturado y es posible que lo hagan de nuevo.

A Seti le afectó mucho lo que Kensa acababa de decir: primero se alteró y parecía que se iba a tirar por la montaña y, un segundo después, se dispuso a bajar de allí.

—Vamos —dijo—. Tenemos que rescatarlo.

—Aún no —replicó Kensa con firmeza.

Ella era más joven que Seti (de hecho, me di cuenta de que, en nuestro grupo, el único más joven que ella era Tuta), pero sus palabras desprendían la suficiente autoridad como para que el hombre callara, al menos en aquel momento.

Una vez Seti guardó silencio, Kensa se acercó a nosotros y nos dijo:

—Bien, primero bajamos de la montaña y luego vemos qué hacemos antes de que hagamos algo que nos haga llamar su atención. Y, en cuanto a ti —se dirigió a Seti—, no cometas ninguna imprudencia o moriremos todos.

De mala gana, el hombre asintió. A continuación, los cinco dimos media vuelta y empezamos a bajar la montaña.

31

Al pie de la montaña, Aya, Tuta y yo nos apartamos a un lado mientras los nubios discutían. Ninguno de los dos quería ceder.

—Voy a entrar ahí —bramó Seti.

Se lo había estado guardando todo durante la bajada, pero, cuando terminamos nuestro descenso, sacó el tema de nuevo.

—Neka es mi hermano, no solo en la tribu, sino que también tenemos la misma sangre. ¿Recuerdas lo que dijiste cuando estábamos junto a la hoguera? ¿Recuerdas que hablaste de lo importante que era la sangre y de que los lazos que esta unía no se podían negar? Bien, pues ahora no me los niegues a mí.

Kensa le puso las manos sobre los brazos, que le temblaban de ira.

—Necesitamos un plan, o te harán pedazos. Hay un guardián en el camino de acceso y otro sobre nuestras cabezas, por no mencionar a los hombres alojados en el asentamiento. Sí, eres el mejor arquero que he conocido, y estoy segura de que serías capaz de llevarte contigo a la tumba a unos cuantos, pero sigues siendo solo un hombre. Morirías, dejarías a tu hijo huérfano de padre y Neka también moriría. ¿Qué sentido tendría? Y encima Menna acabaría volviendo a las andadas.

Seti se apartó de ella.

—¿Y qué propones? ¿Que dejemos a Neka allí? ¿O que volvamos a Tebas y pidamos a tu abuelo enfermo y a mi esposa embarazada que se unan a nosotros? No estoy solo, no lo olvides. ¿Y tú, qué? ¿Qué hay de tus amigos de Tebas?

Kensa clavó el asta de su lanza en el suelo y nos miró como si fuera la primera vez que lo hiciera. Yo abrí la boca para hablar y comentarle que nosotros podíamos serles de utilidad. Sin embargo, al final fue Aya la que habló:

—Nosotros podemos hacerlo, te lo demostraremos.

Kensa negó con la cabeza y levantó un dedo.

—Quedan muy pocos *medjay*, ¿acaso crees que quiero ser la responsable de la muerte del que podría ser el último de su estirpe? No, gracias.

—Pero podrías ser la responsable de ayudar a que se convierta en uno —insistió Aya.

Sus palabras me sorprendieron y me llegaron al corazón. Pensaba que ella no creía en todo lo que representaban los *medjay*, aunque quizá solo lo hiciera porque era lo que yo deseaba.

—Es un suicidio. De cinco que somos, solo dos…

—¿Qué? —quiso saber Aya.

Kensa respiró hondo y la miró fijamente a los ojos.

—Está bien. ¿Has matado a alguien alguna vez? ¿Y él?

Aya negó y respiró hondo. No me cupo duda de que se estaba preparando para discutir, pues no pensaba rendirse tan fácilmente.

—¿Acaso ser *medjay* solo significa eso? ¿Matar a gente? ¿Ese es el requisito que pides?

Sus palabras fueron afiladas como cuchillas, aunque no las pronunció con inquina.

—No —espetó Kensa, aunque me di cuenta de que las palabras de Aya habían calado en ella—. Sin embargo, cuando hay que matar, los *medjay* deben ser capaces de hacerlo sin vacilar, sin pensárselo dos veces, y plenamente conscientes de que es lo único que pueden hacer. ¿Tú podrías hacerlo, Bayek? —Se acercó y puso su mano sobre mi pecho—. ¿Qué dice tu corazón?

Pensé en el hombre del ojo bizco: Maxta, ya podía ponerle nombre. Pensé en Menna, en mi padre y en lo que conllevaba ser un *medjay*. Pensé en el padre de Tuta y en cómo había aterrorizado a su familia durante tanto tiempo, una familia que, hacía no mucho, había podido ver a salvo y feliz.

Me erguí un poco. Tenía mi respuesta y Kensa, tal y como ella solía hacer, la supo antes incluso de que abriera la boca. Con su mirada me mostró que lo entendía, lo cual me tranquilizó. A continuación, Seti, que estaba empezando a temblar por contener sus emociones, volvió a hablar antes de que Kensa pudiera decir nada.

—¿Tienes idea de lo que le van a hacer, Kensa? ¿Te haces una idea?

—Sí —dijo con total serenidad—, pero nuestro hermano no hablará. Neka preferiría morir antes que decirles dónde vivimos.

—¿Morir? —preguntó Seti, furibundo—. No permitiré que eso suceda, y tú tampoco.

Kensa asió el asta de su lanza con las dos manos y apoyó su frente contra ella. Las plumas tribales colgaban como hojas de palmera y las tiras de cuero que pendían de sus brazales bailaron con la brisa mientras ella meditaba. Entonces, de pronto, se irguió, se acercó a nuestra carreta y, para mi sorpresa, sacó de allí mi arco. Cuando vi que se lo lanzó a Seti, empecé a protestar.

—Echale un vistazo —dijo—, a ver cómo está de tenso.

Me puse rojo al ver al nubio inspeccionar mi arco.

—No está mal —dijo, aunque tampoco parecía impresionado, y lo devolvió—. Necesita tensarse un poco más, pero eso es todo. Hermana, todo lo que importa es si confías en ellos, ¿es así? —Ella asintió—. Entonces déjales que lo hagan por nosotros.

Kensa estuvo a punto de responderle, pero entonces se escuchó un sonido que salió de la montaña.

Un sonido que nos sumió en el silencio.

Un sonido que terminó la discusión al instante.

Un grito.

32

Esperamos a que cayera la noche, una noche de luna llena. Por un momento, Kensa y Seti desaparecieron y, cuando regresaron, ambos llevaban la cara blanca, cubierta de creta. Hice una mueca burlona.

—Para honrar a nuestros dioses —explicó Kensa y, con una amplia sonrisa con la que pude verle todos los dientes, añadió—: y para sembrar el pánico entre nuestros enemigos.

Entonces, nos separamos; Seti emprendió la marcha hacia arriba, pues su tarea era eliminar al guardia que vigilaba desde el saliente; mientras tanto, el resto debíamos avanzar rodeando la base de la montaña hacia el este y neutralizar al guardia que estaba apostado allí.

Tras conseguirlo, solo teníamos que ser sigilosos y esperar a que los hombres de Menna tuviesen los estómagos llenos de comida y estuviesen borrachos como cubas; así, para cuando nos adentrásemos en el asentamiento ya estarían dormidos.

Los cinco avanzamos con suma cautela alrededor de la montaña hasta que llegamos a una zona donde se abría un camino que conducía hasta el campamento de Menna. Cuando nos acercamos a nuestro destino final, Kensa se adelantó un poco y, con un gesto, nos indicó que avanzásemos en fila de a uno para asegurarnos de que nos pegábamos a la piedra. Nos mimetizamos con el paisaje mientras nos acercábamos a paso lento y en silencio a la entrada. Cerró los ojos, y me di cuenta de que todavía llevaba la cuenta mentalmente.

En ese momento, estábamos tan cerca como podíamos. Apenas nos

separaban unos quince metros del guardia que estaba apoyado contra el reventadero, con un arco colgado a la espalda, aunque estaba de espaldas a nosotros. Mientras nos acercábamos a la entrada, no dejamos de oír las llamadas de aviso. Sin embargo, había pasado bastante tiempo desde que habíamos oído la última. Me pregunté si el guardia se habría quedado dormido.

Pero no.

Lo oímos. Un sonido que parecía provenir de los cielos, que resonaba en la inmensa oscuridad del desierto que se extendía más allá. Era en cierto modo lúgubre y solitario. El guardia que teníamos recostado frente a nosotros se puso en pie sobre el reventadero y respondió a la llamada.

Miré a Kensa. Tenía los ojos entrecerrados por la concentración, sin dejar de contar, pero esa parecía ser la última alerta que había estado esperando. La vi tragar saliva. Preparada. Nos miró y nosotros asentimos. Preparados. Quedaos aquí. Unas órdenes dadas sin emitir una sola palabra.

Y, entonces, en completo silencio, levantó la lanza y echó a correr. Los pies chocaban contra el duro suelo en un ruido sordo. Se movía como un fantasma durante la noche, lanza en mano, el brazo echado hacia atrás, lista para surcar los aires durante la carrera.

No pudo haberla oído llegar. Era inconcebible. En cualquier caso, algo (quizá un sexto sentido) hizo que el guardia se volviera y, a la luz de la luna, viese cómo Kensa se acercaba. Abrió la boca, puede que para avisar a gritos al otro guardia, puede que para darle el alto a Kensa. ¿Quién sabe? Aunque ninguna de las dos opciones podría haberle ayudado en esos momentos.

En un segundo, el único sonido que resonó en la oscuridad de la noche fue el grito ahogado que emitió el guardia, un último estertor que exhaló alrededor de la punta de la lanza de Kensa, que le atravesaba el cuello. El hombre se derrumbó, sin dejar de revolverse, justo cuando Kensa llegó hasta él y se arrodilló. El cuerpo de la nubia nos impidió ver qué pasaba, pero vi un cuchillo y, entonces, el grito ahogado dejó de resonar en el ambiente.

Durante unos instantes, todos permanecimos a la escucha, mientras nos preguntábamos si Seti había cumplido con su labor y había eliminado al

primer guardia. Cada uno de nosotros sentía un profundo temor por la llamada de alerta que podía sonar, pero esta jamás llegó. Contenta, Kensa le tendió el arco y las flechas del guardia a Aya y las dos intercambiaron una mirada de comprensión.

Entonces, conscientes de que la luz de la luna proyectaba nuestras sombras por el camino, avanzamos rápidos y sigilosos hacia el recinto. Allí, el camino se ensanchaba y teníamos al alcance de la mano los mismos edificios que aquella misma tarde habíamos visto desde nuestra posición estratégica. En ellos dormían nuestros enemigos; con suerte, tendrían el sueño tan profundo que nuestros movimientos no los despertarían.

A mano izquierda quedaban los establos, los carros y los caballos. Kensa dio un silbido sordo, tras el que Tuta y Aya se unieron y, después, pegados al muro de la cuenca, se dirigieron hacia los establos.

Kensa me tocó el brazo:

—Es genial que estéis aquí, Bayek —susurró.

—¿Lo dices en serio? —respondí mientras recodaba las dudas que había tenido.

—Sí.

Alzamos la mirada y vimos que Seti había ocupado su posición en el saliente del lado opuesto. El simple hecho de verlo allí, con el arco en una mano y una flecha en la otra, me llenó de una confianza renovada. Creo que a Kensa también, porque en ese mismo instante me señaló y emprendimos nuestro camino hacia el grupo de edificios que se alzaban en mitad de la cuenca.

En esos momentos estábamos al aire libre y nos sentíamos expuestos y vulnerables mientras cruzábamos el terreno hacia el almacén. Miré a mi izquierda y vi que Tuta y Aya se habían puesto manos a la obra con su tarea, pues estaban enganchando un caballo a uno de los carros. Lo necesitaríamos: con Neka herido, nos haría falta un transporte. Además, el plan era dejar a Menna y a sus hombres sin ningún tipo de medio para regresar a Tebas.

Llegamos al almacén y nos detuvimos; Kensa y yo intercambiamos una mirada mientras nos armábamos de valor para continuar. Una parte de nosotros esperaba escuchar un grito en la oscuridad. No oímos nada

mientras respirábamos, más tranquilos, e inspeccionamos la puerta del almacén, trabada con una estaca de madera que habían clavado en la sólida puerta. Sin hablar, empezamos a aflojarla, con suaves movimientos de un lado a otro para que se soltase. Unos segundos después, nos habíamos librado de la estaca y pudimos abrir la puerta. Al hacerlo, los goznes chirriaron. Ambos hicimos una mueca ya que, para nosotros, ese chirrido era como si un trueno hubiese resonado por el campamento.

Entonces, abrimos la puerta de par en par y, por primera vez en toda la noche, agradecimos la luz de la luna que inundó el interior del almacén mientras atravesábamos la puerta y descubríamos a Neka.

Uno habría podido decir que se parecía a su hermano Seti, si no hubiese sido porque tenía uno de los ojos cerrados, a causa de un prominente moretón, y por los arañazos que le cruzaban las mejillas y la frente. En el pecho podía verse una serie de heridas hechas con un cuchillo, como si le hubiesen hecho un corte atroz tras otro de forma concienzuda.

Pero, a pesar de sus heridas, cuando nos vio, abrió el ojo bueno que le quedaba de par en par y los labios resecos esbozaron una sonrisa; al verla, sentimos una oleada de alivio. Aunque tenía las manos y los pies atados, consiguió enderezarse.

—¿Y Seti? —susurró.

—Nos está cubriendo desde el saliente —respondió Kensa, tras lo que se puso de rodillas, sacó su cuchillo y, con un solo movimiento, liberó a Neka.

El explorador se frotó las muñecas, se tocó el ojo herido e hizo una mueca.

—¿Te duele mucho? —preguntó Kensa. Unos dedos vacilantes se acercaron a las heridas que Neka tenía en el pecho, pero el explorador la cogió de la mano y la detuvo.

—Sí —respondió, y se puso serio—, me han hecho daño, pero no era más que el comienzo. Dijeron que mañana empezaría la fiesta de verdad. —Neka me señaló—: ¿Quién es este?

—Es Bayek, hijo de Sabu —respondió Kensa al instante mientras lo ayudaba a ponerse en pie—. Él y sus amigos nos están ayudando. Venga, tenemos que sacarte de aquí.

—Por supuesto que sí —gruñó Neka, con una expresión siniestra—, pero me voy a ir con la cabeza de Menna ensartada en la punta tu lanza.

Rápidamente, Kensa negó con determinación.

—No —dijo con firmeza—. Estamos en desventaja y además tú estás herido. El plan consiste en sacarte de aquí sin incidentes y eso es exactamente lo que vamos a hacer.

—¿Qué crees que habría dicho mi hermano?

Kensa apretó los labios. Todos sabíamos qué habría dicho su hermano si hubiera estado allí en aquel momento.

—Hemos estado esperando a tener la oportunidad de derrotarlo… —dijo Neka.

—Necesitamos una oportunidad mejor… —Kensa no terminó de hablar, pues se quedó callada, pensativa.

A pesar del riesgo que podía suponer que fueran tan pocos en la tribu, lo consideró seriamente.

—Lo tienes aquí, Kensa; en la palma de la mano, es el momento de acabar con él para siempre. Además, has traído refuerzos. —Seguro de que podría convencerla, me señaló con la cabeza—. Total, ya estamos dentro de su guarida y los guardias están muertos, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces solo quedan siete hombres. Cinco en aquel edificio, Menna y su lugarteniente en el otro. Tenemos la zona cubierta desde arriba, contamos con guerreros aquí y tenemos el factor sorpresa. Es el momento, Kensa, acabemos con esto de una vez.

Kensa levantó la barbilla; no necesitaba que la persuadieran de nada.

—Deseas matar a Menna por lo que te ha hecho, ¿verdad?

Neka vaciló un instante.

—Sí, hermana, así es.

Ella, con una penetrante mirada, lo observó fijamente. Entonces negó con la cabeza de una manera casi imperceptible.

—Me niego a que sea así. Me corresponde a mí matar a Menna, esas son mis condiciones. Tuya es la decisión de aceptarlas o no. —Una sonrisa empezó a aparecer en su rostro.

Neka asintió levemente como respuesta.

—No es fácil llevarte la contraria. Acepto tus condiciones. Dame tu arco y vayamos a por él.

Ella hizo lo que le pidió y, después de que el nubio, poco a poco, consiguiera andar con pasos firmes, nos pusimos en marcha.

33

Poco nos duró la alegría del sencillo logro que habíamos alcanzado, y todo por culpa de un hombre que estaba meando. Fuera cual fuere el plan de Kensa y Neka, seguro que habría funcionado de no haber sido por aquella vejiga llena de cerveza.

Salimos con mucho sigilo del almacén hacia la cuenca.

Justo al otro lado, Tuta y Aya estaban escondidos en los establos y, desde allí, empezaron a hacernos gestos con las manos. A mis ojos les costó un poco acostumbrarse a la oscuridad de la noche y ver qué era lo que hacían, o quizá fue que me costó creer lo que estaba viendo. Pero no, sin duda estaban haciendo gestos con las manos. Entrecerré los ojos en un intento de comprender por qué lo hacían.

Gesticulaban y apuntaban hacia…

Mi mirada se dirigió a los otros edificios del asentamiento y, allí, entre dos chozas, vi a uno de los hombres de Menna haciendo sus necesidades contra una pared.

En el borde del risco estaba Seti, sosteniendo el arco, listo para disparar, pero aquel tipo se había metido en un mal lugar, pues el orinal que había elegido se encontraba en una de las pocas zonas que Seti no podía ver desde allí arriba. Si el hombre miraba a su derecha, descubriría a Tuta y a Aya y, si miraba a la izquierda, a Kensa, a Neka y a mí.

«¡Mierda!»

Kensa, en silencio pero frenética, nos indicó que volviéramos al almacén. Lo único que se escuchaba en aquel momento en la cuenca era el

chorro de pis del secuaz de Menna cayendo contra la pared de su choza.

«Podría meterse en problemas por eso», se me ocurrió de pronto. Posiblemente tuvieran reglas sobre hacer sus necesidades fuera de los límites del asentamiento, pero se veía que estaba demasiado cansado como para que le importara.

El chorro aumentó. Y paró.

Luego volvió a salir.

Y de nuevo paró. Se bajó la túnica y, con cierta inestabilidad a causa de la bebida o el sueño, dio un paso hacia atrás.

Aterrorizados por que pudiera captar cualquier movimiento, y también por habernos quedado a la intemperie, no movimos ni un músculo. Incluso Kensa, que había desistido de intentar que regresáramos al almacén, se agachó y quedo completamente inmóvil. De la misma manera, vi que Tuta y Aya se habían quedado quietos al otro lado de la hondonada, pero no me atreví a girar la cabeza para ver a Seti.

Todos nos quedamos muy quietos para no ser vistos y rezamos para que el hombre no hiciera más que volver a su cuarto.

Sin embargo, aquello no sucedió. El hombre se detuvo, alerta, y colocó las manos alrededor de la boca para hacer el sonido de halcón, o al menos una versión ebria de la llamada.

Aguantamos la respiración mientras el hombre aguzaba el oído, esperaba una respuesta y se mostraba molesto por no recibir ninguna.

Después, pareció que reflexionaba un momento y, con la barbilla levantada y el pecho hinchado, miró a su alrededor como si fuera un rey borracho que inspeccionara su reino. Pasó la mirada por los establos, pero no se detuvo allí, donde Tuta y Aya permanecían escondidos en las sombras. Miró hacia el almacén, a cuyas puertas nosotros estábamos agachados. Me sentí terriblemente expuesto y pensé: «Se acabó, Bayek». La agradable luna nos iluminó con su luz, como si nos señalase. «Aquí los tenéis».

Estaba seguro de que nos habían descubierto.

Kensa pensó lo mismo e hizo un gesto a Seti. Los dos empezaron a moverse lentamente, con las armas preparadas.

Entonces ocurrió lo impensable. El hombre finalmente tomó una decisión y dio un grito de alarma. A continuación, Kensa desapareció entre

las sombras y Seti salió al descubierto. El hombre lo vio y profirió un segundo grito aún más fuerte y apremiante. Luego, corrió hacia la puerta del edificio en el que se alojaban y empezó a aporrearla con ambas manos.

Sin embargo, ya era tarde para él. Al correr en dirección a la puerta, había acabado dentro del campo visual de Seti, que disparó. La flecha le atravesó la mejilla. Los golpes cesaron y los gritos fueron acallados por el agujero en su esófago.

El problema era que ya había dado la voz de alarma y, en seguida, alguien abrió la puerta del edificio.

—¡Eh! —Se oyó un grito desde el interior, una voz somnolienta que de pronto se convirtió en un grito cuando se llevó un susto al ver el cuerpo de su compañero en el suelo.

El hombre salió de allí. Qué imprudente. La lanza de Kensa le alcanzó en cuanto surgió de entre las sombras; fue una muerte limpia y rápida.

Yo, aún inmóvil, con mi cuchillo en la mano, observé atento. Entonces, noté un movimiento a mi lado: eran Aya y Tuta, que me miraron y sonrieron cuando se acercaron.

Al otro lado del asentamiento, Seti había aprovechado aquel momento de tregua para saltar del risco. Los nubios, juntos de nuevo, se abrazaron e, inmediatamente después, les inundó una extraña sensación de indecisión: «¿Y ahora qué?». Sabíamos que aún quedaban cuatro o cinco hombres dentro del edificio principal, y en el otro edificio…

Menna.

Fue como si todos nos hubiéramos despertado a la vez. Aquello no había terminado.

Kensa, por señas, le dijo a Neka: «Ve ahí, vigila la puerta», Mientras tanto, Aya colocó una flecha en el arco del guardia.

—Seti —susurró Kensa con voz áspera—, ve a la parte de atrás y comprueba que no haya ninguna salida trasera.

Aunque había quedado patente que los nubios ya tenían claro qué hacer, los demás no teníamos ni idea. El hombre que había salido a hacer pis nos había pillado desprevenidos y en aquel momento intentábamos

desesperadamente estar a la altura de los expertos cazadores.

Pero entonces llegaron más problemas: escuchamos un sonido procedente de los establos, donde Menna y su lugarteniente estaban subiendo a un carro.

Me escuché gritar «¡No!» mientras salían de los establos acompañados del ensordecedor ruido de las ruedas y los cascos. Por primera vez, pude mirar detenidamente al lugarteniente de Menna.

Era él. El hombre que había entrado por la ventana de mi habitación hacía años, el hombre que me había dejado petrificado del miedo. Vi su ojo bizco y la mueca en sus labios que indicaba que sentía regocijo incluso en un momento tan terrible como aquel, en el que la suerte no parecía estar a su favor. ¡A su lado, Menna parecía alguien insignificante! Era bajito, delgaducho y su curtida piel era del color de los cinturones de cuero que llevaba en el pecho.

Neka apuntó con su arco, se contuvo y, entonces, se adelantó para conseguir una posición mejor. Mientras corría, lanzó una de las flechas. Pero su ojo herido entorpeció su disparo y la flecha dio de lleno en el lateral del carro, atravesó la cesta y se quedó ahí clavada, sin causar ningún daño, mientras el carro rodaba y se dirigía con gran estruendo hacia la carretera por la que se accedía al asentamiento.

Me puse tenso, esperando, deseando, no, *suplicando* por la respuesta de Seti cuando, del otro lado del edificio, me llegó un grito de dolor que nos confirmó que el nubio estaba ocupado. Y, en esos momentos, ya era demasiado tarde.

«¡Por los dioses!» «¡Maldita sea!».

Kensa le había quitado su arco y su carcaj a Neka.

—¡Quedaos aquí! ¡Contenedlos! —le gritó a Aya. En ese mismo momento, emprendió la marcha hacia los establos—: ¡Bayek, tú conmigo! —me ordenó y no tuvo que decírmelo dos veces; la seguí bien de cerca mientras corríamos hacia el carro. Cuando miré hacia atrás vi que Aya estaba apuntando a la choza. Seti llegó corriendo por el muro trasero; estaba colocando una flecha para apuntar al carro de Menna, que estaba a punto de desaparecer de nuestra vista y, entonces, con el mismo movimiento, retrocedió para cubrir la entrada trasera. Estarían muy ocupados pero, entre

todos, se las apañarían: eran dos nubios con gran experiencia a sus espaldas; Aya, quien, a pesar de ser nueva en combate, era inteligente y segura de sí misma; y Tuta, que seguro que se guardaba un par de ases bajo la manga.

—¿Sabes conducir esta cosa? —gritó Kensa mientras se montaba de un salto en el carro. Yo cogí las riendas, las zarandeé como respuesta y nos conduje fuera de los establos; cuando trazamos un arco alrededor de la entrada a los establos, las ruedas del carro dejaron unos surcos en el arenoso suelo. Por lo menos, una de las pocas cosas en las que mi padre no había escatimado durante mi entrenamiento era en la conducción de un carro. Menna nos sacaba ventaja, eso era verdad. Pero nosotros contábamos con una ventaja mayor.

Teníamos a Kensa.

Nuestro caballo resopló y meneó la crin. Me agarré con mucha fuerza, pues era plenamente consciente de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había conducido un carro (en Siwa, claro estaba, y parecían haber pasado un montón de años) y de que, además, nos rodeaba la oscuridad.

Me podría haber echado a reír ante el modo en que la luna alternaba su papel como enemiga y aliada. Por lo menos, en esos momentos iluminaba a Menna y a Maxta, que iban por delante de nosotros, en su carro. Maxta llevaba las riendas de este y, a menudo, miraba hacia atrás mientras Menna estaba de cuclillas en el cesto sobre la madera y utilizaba los brazos para aferrarse a los laterales de su transporte.

Sacudí las riendas y utilicé la fusta. ¿Estábamos ganando? Allí fuera, en esos momentos, no me importó. Tenía la boca abierta y se podían ver todos mis dientes, entumecidos por el mismo viento que sentía en la cabellera. Pero me atravesó una emoción absoluta. Y, si todavía no estábamos ganando, lo haríamos. En lo más profundo de mi ser lo sabía y, de todos modos…

A mi lado, Kensa se había puesto de cuclillas, imitando a Menna, e intentaba mantener el equilibrio mientras avanzábamos con gran estrépito; cada depresión y cada cuesta del terreno desigual por el que íbamos amenazaban con hacernos volcar hacia un lado, torcer la rueda y destrozar los radios de madera de esta. Esos viejos carros eran más útiles para viajes

tranquilos al mercado, o quizá un viaje de ida y vuelta a Tebas, como muy lejos, pero no para atravesar el desierto al galope de noche.

Por delante de nosotros sonó el chasquido de un látigo. Oí cómo Maxta azuzaba a su caballo y lo imité. Kensa se levantó, separó los pies y colocó una pierna detrás de la mía, así que nuestros muslos se tocaban, reforzándose el uno en el otro. Vi cómo se le tensaban los músculos de los antebrazos mientras sostenía el arco. En la mano derecha tenía una flecha que colocó en el arma; tiró hacia atrás la cuerda del arco, avanzó un poco por el suelo del cesto, se estrechó contra mí y se plantó, haciendo todo lo que estaba en su poder por no perder el equilibrio ni la puntería.

Pero no fue suficiente.

La primera de las flechas que lanzó pasó de largo y no dio en la pareja de fugitivos que teníamos delante. Kensa me miró y yo le devolví la mirada: no hubo gritos, ni chillidos, ni palabrotas, solo una silenciosa promesa de que, pasase lo que pasase, cumpliríamos nuestra tarea.

—Otra. —Oí su grito por encima del zumbido de las ruedas del carro. Cogió una segunda flecha y se le tensaron los músculos cuando tiró de la cuerda del arco.

Gritaba por el esfuerzo y, cuando por fin lanzó la segunda flecha, el brazo le temblaba de cansancio. La segunda flecha se clavó en el hombro izquierdo de Maxta y lo obligó a volverse.

El lugarteniente cayó y, con la caída, soltó las riendas, por lo que el caballo se detuvo y se encabritó. En ese mismo instante, el carro se partió y las ruedas quedaron girando en el aire cuando todo el aparato se volcó y se estrelló contra el suelo, con sus ocupantes todavía en su interior.

Detuve el carro a su lado. Kensa ya había colocado una tercera flecha en el arco y yo enarbolaba mi puñal. Nos bajamos del cesto de nuestro carro y nos acercamos a examinar la situación.

El carro estaba del revés, una de las ruedas había quedado destrozada, la otra siguió girando despacio hasta que se detuvo y los dos ocupantes estaban atrapados debajo del armatoste. Al intentar ponerse a cuatro patas, el caballo no dejaba de gemir por el dolor y, mientras Kensa apuntaba el arco hacia el carro volcado, me acerqué al caballo, corté las correas de cuero que lo sujetaban y lo liberé. Entonces, retrocedí, me agaché para ver

por debajo del carro y me estremecí ante lo que vi. Había un montón de sangre.

Al principio pensé que los dos hombres estaban vivos. Tenían los ojos abiertos y daba la sensación de que me miraban con unos ojos desprovistos de pasión. Centré mi atención en Menna. Sentí que algo no encajaba en la manera en la que me miraba. Entonces, me di cuenta de que no pestañeaba y de que su cabeza estaba colocada en un ángulo extraño, muy poco natural, como si estuviese atascado en el lateral del cesto.

En ese momento, se le abrió la mandíbula y vi que tenía algo en la boca llena de sangre. Entonces, me di cuenta de que, de hecho, estaba inmovilizado: durante el accidente, se había chocado contra la punta de la flecha de Neka, que en esos momentos tenía incrustada en la cara. ¿La flecha lo había matado? ¿O quizá había muerto al romperse el cuello? Fuera como fuese, estaba muerto.

En cuanto a Maxta, seguía con vida. Y, a diferencia de Menna, me miraba con unos ojos que todavía podían ver.

—¿Quién eres? —preguntó y a pesar de que su voz destilaba maldad, sonaba forzaba y débil. De la boca le nacía un hilillo de sangre que le llegaba hasta la barba.

—No importa —respondí, todavía acuclillado—. Al fin os hemos derrotado. Y lo ha hecho el hijo de un *medjay*.

Sus ojos se abrieron de par en par en un gesto de comprensión lleno de horror cuando tosió por última vez, mientras una burbuja de sangre se dejaba ver entre sus labios. Estalló al tiempo que el lugarteniente se despedía de la vida.

34

Antes de marcharse de Alejandría, Bion había quedado con Raia una última vez más; pero, esa vez, se reunieron en un lugar donde el excomandante se sentía más cómodo: un bosquecillo de higueras cuyos únicos habitantes eran las nubes de insectos, unas hojas marchitas y un banco de piedra en el que se sentaron. Allí podían hablar en paz sin temor a que nadie escuchase su conversación. Además, entre las higueras no tenía que preocuparse por las consecuencias que la presencia de Bion en la ciudad pudiese tener en su vida.

Mientras ponía al tanto a Raia sobre la conversación que había mantenido con el sabio Rashidi, Bion inhalaba el dulce aroma de las brevas y observaba los insectos, que volaban entre los árboles. Además, le contó toda la información que había conseguido de Sabestet y Hemon, el chaval ciego y su maestro, que vivían en Dyerty.

—Así que un anciano, ¿eh? —Raia bufó con un deje de desdén y Bion agradeció que estuviesen sentados uno junto al otro, pues estaba seguro de que en su cara se podía ver el desprecio que sentía en esos momentos por él.

Qué raro era todo, reflexionó. El comandante que conocía del pasado era un hombre ambicioso y propenso a sufrir arranques de confianza en sí mismo que no tenían razón de ser, pero no era estúpido; no era un hombre que aceptase las cosas sin pensar y sin hacer preguntas. El hombre que veía en aquellos momentos sentado a su lado, que a veces cerraba los ojos y desviaba el rostro hacia los últimos rayos de luz del sol de la tarde, era una persona muy diferente a la que había conocido, sobre todo cuando estaba en

Alejandría, en su hogar.

—Así que, ¿partirás pronto a Dyerty para continuar con nuestra misión? —preguntó Raia.

Bion se preguntó qué parte de esa misión era *nuestra* misión.

—Al rayar el día —contestó el asesino mientras su mente se concentraba en una tarea que planeaba cumplir antes de marcharse.

—Bien, bien. Esperaré con ansias la noticia de la muerte de ese anciano y su ayudante ciego a manos de Bion, el asesino.

—Ya. —Fue la única respuesta de Bion, que pensaba: «Sí, morirán pronto». El hecho era tan inevitable como la salida del sol cada mañana. Morirían pronto y, entonces, Bion estaba seguro de que Raia tendría otra misión para él. Sospechaba que Raia siempre tendría otra misión para él.

Se dio cuenta de que eso no le desagradaba.

Aquel era su legado. El regalo que le dejaba al mundo. La muerte. Después de todo, tras las guerras llegaba el renacimiento. Y si aceleraba un poco las cosas, bueno, ¿qué más daba? La muerte, antes o después, nos encontraba a todos. En ella, la paz aguardaba a sus víctimas. ¿Acaso era un destino tan terrible descansar de la vida y pasar a la próxima?

—Un golpe de suerte, ¿no crees? —dijo Raia y Bion dejó a un lado sus pensamientos para centrarse en su interlocutor, que estaba maquinando un plan delante de sus narices—. ¿Encontrar al cabecilla tan pronto? ¿No te da la sensación de que es como arrancar las raíces antes de talar el árbol? — Raia se relajó y levantó el rostro hacia los rayos del sol, satisfecho con la comparación que había hecho.

A Bion le empezaron a picar las cicatrices; en esos momentos, le habría encantado estar en cualquier otro lugar antes que allí con él.

—Sí —respondió, de forma indiferente.

Entonces se hizo el silencio, esa clase de silencio que permitió que la incomodidad se instalase entre ellos.

—¿No será desesperanza lo que detecto en tu tono de voz, verdad, Bion, el gran asesino? Eres consciente de lo importante que es esta misión para mí. Lo muy agradecido que estaré contigo cuando todo esto acabe.

—Ya tienes un medallón —dijo Bion mientras se preguntaba cómo podía ser que Raia no entendiese lo poco que le importaban las

recompensas; para él, matar a alguien ya era recompensa suficiente—. Pronto tendrás más en tu poder.

—No me decepciones, Bion —añadió Raia. Se le había endurecido un poco la mirada. A Bion le hizo gracia, aunque la diversión qué sintió no se viese reflejada en su rostro.

—No te decepcionaré, comandante.

A Raia le brillaron los dientes cuando recuperó una sonrisa que decía: «Tengo una buena vida y no quiero que eso cambie».

—Bien, bien.

Se quedaron sentados, uno al lado del otro, durante un tiempo, hasta que Raia habló, por fin:

—Bion, ¿te acuerdas de Náucratis?

«Hiciste que la recordara en Fayún», pensó el asesino, pero, en vez de decírselo, simplemente asintió con la cabeza.

—¿Y te acuerdas de Wakare, el terrateniente?

—Pues sí.

—Lo asesinaron poco después, en su casa. ¿Lo sabías?

Bion se quedó callado. Aquello no tenía nada que ver con lo que habían estado hablando hasta entonces.

Raia se puso en pie, para marcharse, y miró hacia el banco de piedra donde Bion todavía estaba sentado.

—Me pregunto —continuó Raia—, si me diese por ahondar un poco más en el asunto, si descubriría que murió asesinado por una puñalada con un cuchillo que le atravesó la cuenca del ojo hasta llegar al cerebro.

«Yo también me lo pregunto», pensó Bion, pero no dijo nada. Se limitó a ver marchar a Raia hasta que su antiguo comandante desapareció de su vista. Sus pasos se desvanecieron hasta que solo quedó el silencio.

Esa noche, antes de volver a su refugio, Bion deambuló por la ciudad, asombrado por lo moderna que era, por los aires griegos que destilaba. Sí, Alejandría le recordaba a la época que estuvo en Náucratis; poseía ese mismo aire altivo de ciudad importante, aunque puede que incluso más que esta última, si es que eso era posible. En Alejandría, tenías que buscar en

todas partes para ver a los campesinos, los *sekhety*, o a los pobres, los *shouaou*. Ver un rostro sucio en Alejandría era casi un imposible: los transeúntes que caminaban por las calles y los estrechos pasajes de la ciudad pertenecían a la clase acomodada y no dudaban de su propia importancia, felices y tranquilos en la seguridad del consenso. Esos eran los ricos, lo contrario a los *sekhety*, aquellos que podían confiar en la buenaventura de la suerte. En el pasado, Bion había matado a gente por ellos. Y, a pesar de creer que había dejado esa parte de su vida atrás, estaba repitiendo su pasado.

Su andar decidido lo llevó hasta la puerta de una casa de familia acomodada, abrigada por los hogares de las personas adineradas con los que se había cruzado antes. Llamó a la puerta y un sirviente lo recibió. Bion preguntó por el señor de la casa o, si el señor no estaba disponible, que era el caso, si la señora tendría el gusto de hablar con él.

El sirviente, nervioso, se hizo a un lado y una mujer mayor, aunque muy bien vestida, apareció en la puerta y lo miró con recelo.

—¿Qué quiere?

—Me preguntaba si podría hablar con su marido, Teótimo —dijo Bion.

La mujer sabía comportarse y, si se sintió intimidada por la presencia del asesino, no lo demostró. Antes de responderle, lo miró por encima del puente de la nariz:

—Mi marido ha fallecido —dijo simplemente, con apenas un débil deje de emoción en la voz.

—Vaya —respondió Bion y, después, se dio cuenta de que la mujer estaba esperando que le diese sus condolencias, y añadió—: Lamento mucho su pérdida.

El hombre se dio la vuelta para marcharse pero, entonces, se detuvo y dejó caer los hombros cuando se volvió para mirar a la viuda que seguía de pie en la puerta.

—¿Cómo murió? —preguntó Bion.

—Lo atacó una banda de ladrones —respondió la mujer.

—¿Y qué se llevaron?

—Nada. —La viuda sacudió la cabeza, con tristeza—. Solo un par de pergaminos.

35

Antes de morir, el erudito Rashidi le contó a Bion que podría encontrar a Hemon y a Sabestet en Dyerty, así que este partió hacia allí.

En Dyerty, pagó a cambio de obtener información y, por lo que pudo recabar, supo que Hemon y su pupilo vivían apartados de la sociedad. También descubrió que el anciano tenía reputación de ser una persona mística y que había adoptado a Sabestet a una temprana edad. Al parecer, el invidente huérfano se dedicaba a mendigar y a hacer trucos con copas en las calles para ganar un poco de dinero. Cuando Hemon pasó por su lado y lo vio haciendo aquello, el anciano quedó impresionado, sobre todo una vez que se dio cuenta de que el muchacho era ciego.

Ambos entablaron una relación de amistad y Hemon sacó a Sabestet de las calles para que viviera con él al este de la ciudad.

En aquel momento, Sabestet tenía veintipocos años y, pese a que parecía que la ceguera apenas le suponía un problema, nunca había mostrado interés en ir en busca de aventuras o a la gran ciudad, como solían hacer todos los jóvenes.

«Resulta interesante lo unidos que están», pensó Bion. Era algo que no lograba entender.

Bion aprovechó para comprar en el mercado un cinturón, una cajita, una cesta y un cuenco de cobre con dos asas que se ató al cinturón. En la cajita tendió una trampa con la que atrapó una rata que, después, metió en la cesta. Cuando se hizo de noche, fue hasta la casa y esperó en la oscuridad hasta que estuvo seguro de que los dos ocupantes dormían. Entonces entró

en acción.

Cogió la rata, la cesta y el cuenco, se acercó a la puerta principal, colocó todo aquello en la entrada, sacó su cuchillo y escuchó. En la distancia percibió los graznidos de un ave carroñera, pero, por lo demás, todo estaba en silencio. Dentro de la casa no se escuchaba ni un solo ruido, estaba completamente en silencio.

Con sigilo, el asesino se deslizó por la puerta como si fuese humo y, una vez en el interior de la casa, escuchó con atención y dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad de aquel lugar mientras evaluaba la situación y se preparaba para dar el siguiente paso.

Entonces, sintió una hoja contra su cuello.

—Soy ciego, intruso —le dijo la voz de un joven a sus espaldas—, mi mundo es tan oscuro como el tuyo, pero te he sacado ventaja al ponerte este cuchillo en la garganta. Es más, yo conozco esta casa, pero tú no.

Bion se quedó inmóvil, pues tenía la sensación de que aquel joven era capaz de utilizar el cuchillo de ser necesario y de que, como este lo desarmara, era hombre muerto. Además, habría fracasado en su misión y su legado de muerte daría paso a uno de fracaso. No podía permitir que eso llegara a ocurrir. Al fin y al cabo, era Bion, el gran asesino. O eso decía Raia.

Luego, sintió la presencia de otra persona en frente de él. Era el anciano, cuya incorpórea voz resonó en la negrura:

—Sabestet, quítale el cuchillo.

«No hagas nada», pensó al notar una punzada de dolor cuando la presión del cuchillo contra su cuello se intensificó. Una mano pasó por delante de él para coger su cuchillo.

—Si no te importa, me voy a quedar con esto —le dijo Sabestet al oído.

La vista de Bion ya se había acostumbrado a la oscuridad y pudo distinguir a Hemon de pie junto a una mesa que parecía que habían puesto a forma de barrera. Resultaba evidente que ambos sabían que iba a ir. Al parecer, no vivían tan marginados como le habían hecho creer, ya que era obvio que alguien les había avisado de su presencia. Había sido muy descuidado.

También vio que el anciano sostenía algo: una lámpara, la cual estaba

preparado para encender una vez que Bion quedó desarmado.

Aquello no iba a suceder. Bion no lo iba a permitir.

El asesino levantó un poco el brazo de manera colaborativa y dejó que el joven cogiera su cuchillo, y que, con ello, dejara suelto el brazal de cuero en el que guardaba el cuchillo.

A continuación, entró en acción.

Rápidamente, colocó el brazo en la muñeca de Sabestet, lo sujetó con mucha fuerza, de forma que doliera, y tiró de él hacia delante. Sabestet había estado presionando su cuchillo contra el cuello de Bion, pero el asesino se echó hacia atrás, fuera del alcance del arma, y el joven gritó cuando este lo arrastró hacia delante.

Hemon gritó. Sabestet movió de forma errática la mano en la que llevaba el cuchillo, mientras que con la otra no podía hacer nada. Bion tenía el control de la situación en aquel momento y utilizó la mesa que habían puesto allí para pararle. Se abalanzó hacia delante, con la mano dolorida de Sabestet bien agarrada, y lo estampó contra el lateral del mueble.

El grito de impotencia de Sabestet se transformó en un alarido de dolor cuando su columna vertebral chocó contra el tablero de la mesa.

Entonces, el anciano también se decidió a atacar, blandiendo una cimitarra cascada. Hemon no tardaría en acercarse a Bion, que en aquel momento tiró a Sabestet sobre la mesa y le golpeó con fuerza la mano del cuchillo sobre la superficie del mueble un par de veces. El arma tintineó al caer. Al mismo tiempo, agarró la otra mano del joven, cuya muñeca estaba apretada por el brazal de cuero donde tenía su cuchillo.

Aturdido y dolorido, Sabestet no pudo evitar que Bion le retorciera el brazo sobre el pecho ni que le atravesara con su arma el hombro. La hoja se clavó en la mesa que había debajo y allí se quedó clavada.

A continuación, Hemon rodeó la mesa y cambió de postura al ver que había dejado pasar el mejor momento para atacar.

La rapidez de Hemon sorprendió a Bion, pero, aun así, era un anciano, y pese a que era más rápido de lo normal para la edad que tenía, no era tan veloz como Bion. Así pues, cuando se abalanzó sobre el asesino en un intento de ensartarlo con la cimitarra, Bion se agachó sin mucha complicación a la vez que el sable silbaba sobre su cabeza. Agarró a Hemon

por las piernas y tiró de ellas hacia arriba, lo que provocó que el hombre cayera de bruces contra el suelo y perdiera el conocimiento.

La refriega había terminado.

Bion notó cómo le salía sangre del cuello; tenía un pequeño corte, pero nada de lo que preocuparse. El joven, que aún emitía quejidos, seguía clavado en la mesa, con la mitad superior del cuerpo sobre el tablero y revolviendo los pies durante un momento antes de quedar inconsciente.

«Bien».

El asesino se arrodilló junto al anciano y le tomó el pulso. Perfecto, estaba vivo. Los necesitaba vivos para poder continuar con su plan. Se aseguró de que Sabestet siguiera clavado en la mesa y, después, los dejó solos para ir a buscar la cesta con la rata. Luego, volvió a entrar en la casa, encendió la lámpara y cerró la puerta. Tenía trabajo que hacer.

36

—¿Sabes quién soy? —preguntó Bion.

Estaban iluminados por la luz de las lámparas y del fuego que ardía lentamente en un brasero sin apoyos que no tenían muy lejos. Solo había dos sillas en aquella habitación y el anciano estaba atado a una de ellas con los brazos detrás de la espalda y la sangre seca que le había salido de la herida de la cabeza por la cara y la blanca barba.

—Sé *qué* eres —respondió Hemon, aturdido. Luego, intentó deshacerse de las cuerdas que lo ataban a la silla y observó a Bion con la mirada perdida—. Eres el fin de la vida y has venido para acabar con todo lo que somos.

«Sí, soy la muerte», pensó Bion. Le gustaba que sus presas lo supieran, aunque, mientras asentía, a Hemon solo le dijo:

—Lo soy, sí, soy eso y más.

—Él no te dirá nada —dijo Hemon, que ladeó la cabeza en dirección a la mesa sobre la que Sabestet estaba tumbado como si lo fueran a sacrificar. Bion le había quitado el cuchillo del hombro, le había atado las piernas y luego le había rasgado la túnica para dejarle el estómago y el pecho al descubierto. Lo que hizo después fue meter la rata dentro del cuenco de cobre boca abajo que, después, amarró al pecho del joven. Se podía oír a la rata moviéndose dentro del cuenco y arañándolo al intentar salir de allí.

Sabestet estaba intentando reunir el coraje suficiente, pero no paraba de levantar la cabeza y de emitir unos soniditos de nerviosismo. El joven podía notar la rata sobre su piel desnuda, y probablemente sabía por qué Bion

había hecho aquello.

—Ya lo sé —le dijo el asesino a Hemon—, pero no es él quien quiero que hable, sino tú.

—Yo tampoco lo haré. —El anciano negó con la cabeza.

—Pues a mí me parece que sí —le replicó Bion—. Así que dime: ¿dónde están los otros de tu misma estirpe? ¿Dónde están los últimos que quedan?

Hemon, sin dejarse doblegar, negó con la cabeza. Era consciente de que tanto él como su pupilo iban a morir igual.

—No hay otros. El único que hay es el que tienes delante de ti. Deberías sentirte orgulloso de ti mismo cuando te vayas de aquí tras haber erradicado a los *medjay*.

—Yo no estoy tan seguro de ello —replicó Bion con serenidad—. Egipto está plagado de gente que comparte vuestros ideales y de gente que se considera *medjay*.

A continuación, se desplazó hasta el brasero para soplar al carbón caliente que, como respuesta, ardió.

—Esos de los que hablas no son *medjay* de verdad, sino meros farsantes e idealistas al margen de la sociedad a los que les gusta estar en contra de los principios predominantes. —El anciano escupió a un lado con desdén—. Es cierto que esa gente existe, pero no son los auténticos seguidores de nuestro credo.

—¿Te refieres a que no forman parte de la estirpe? —preguntó el asesino.

Hemon asintió.

—La estirpe ha muerto, acaba aquí. Acabó cuando mi mujer y mi hijo recién nacido murieron, hace muchos años. Mátame, extingue las débiles llamas de lo que queda de los *medjay* y habrás terminado tu trabajo.

Bion suspiró. En el fondo admiraba el coraje del anciano y su habilidad para ceñirse a la historia que estaba contando aun cuando la situación no estaba para nada a su favor. Sin embargo, tenía que estar seguro, además…

—Tienes razón en eso de que los *medjay* están a punto de desaparecer, pero mis jefes han encontrado unos documentos en Alejandría que indican que vais a resurgir gracias a una nueva generación de *medjay* preparada

para tomar el relevo de la antigua. Aseguras ser el último *medjay* legítimo, pero yo acabo de hacerme con un medallón que demuestra lo contrario, así que, ahora, por favor, dime dónde puedo encontrar a los otros antes de que me vea obligado a seguir con mi plan.

Hemon volvió a negar. Bion supo que podría hacer uso de lo que había preparado.

—Bueno, entonces, creo que ambos sabemos lo que pasa a continuación —dijo Bion—. Coloco unas brasas en el cuenco de cobre. El cuenco se calienta y la rata que está dentro intenta escapar. Primero, intenta roer el cuenco y, cuando desiste, intenta excavar para salir por otro sitio. Hemon, ¿cómo crees que consigue escapar la rata?

Sabestet gruñó. Hemon sacudió la cabeza ante semejante nivel de violencia.

—Es doloroso, Hemon —continuó Bion, sin perder la calma—. Un dolor horrible que, según la ruta que la rata decida elegir, podría prolongarse durante mucho tiempo. Yo ya lo he visto antes. Ya he utilizado este método antes. Es una muerte que no le desearía a nadie.

Bion se calló, mientras pensaba que, en realidad, no le importaba lo más mínimo si alguien moría así; pero, con los años (con las muertes), había aprendido que, por alguna razón, fingir un poco de compasión desconcertaba a su presa todavía más.

—Ahora, dime —añadió Bion, mientras se preguntaba cuáles serían los pensamientos más íntimos de Hemon en esos momentos—, ¿dónde está el último de los vuestros?

El anciano negó con la cabeza. Pero ya estaba un poco más intranquilo.

—No tienes por qué hacer algo tan bárbaro. No hay nadie más. Ya te lo he dicho. Tienes en frente al último de los míos.

Bion utilizó unas tenazas para colocar una brasa encima del cuenco de cobre. La rata que estaba dentro reaccionó al instante y los resoplidos y los ruiditos que emitía al correr de un lado para el otro parecieron acelerarse. Sabestet lloriqueó. Bion añadió otra brasa y, después, otra más.

—Por desgracia para ti —dijo, sin alterarse—, creo que me estás mintiendo.

Los golpes de la rata que provenían del interior del cuenco eran cada

vez más frenéticos. El cobre empezó a brillar, al rojo vivo, y Sabestet gemía; pero si bien eso de por sí ya era lo bastante doloroso, no era nada comparado con lo que se avecinaba. Bion había visto cómo las ratas empezaban a roer a diestro y siniestro para escapar. Había escuchado los gritos de los torturados. Había visto cómo una rata, hurgando, se había abierto paso por entre las costillas de un hombre.

El sudor había empezado a cubrir la frente del anciano.

—Me buscabas a mí —dijo, con la voz débil, pero Bion no hizo más que negar con la cabeza. Se inclinó sobre el cuenco y sopló a las brasas, que brillaron con un tono rojizo bajo la titilante luz de la habitación.

La rata había empezado a chillar de dolor. Pronto empezaría a mordisquear la piel del muchacho. Masticaría la carne del aprendiz. Sabestet se mantenía fuerte, con toda la valentía que poseía. Bion se habría quedado impresionado si le llegasen a importar ese tipo de cosas.

«Venga, cuéntamelo», pensó Bion. «Siempre acaban contándomelo todo. Tú también caerás. ¿Para qué luchar?».

—No te queda mucho tiempo —le avisó al anciano—. Pronto, el espectáculo empezará y no podré hacer nada por detenerlo.

—Vale, está bien, está bien —farfulló el hombre—. Te lo diré. Por favor, quita las brasas, te diré lo que quieres saber.

Bion lo miró a los ojos y le creyó. Cogió las tenazas y sacó dos de las brasas calientes, pero dejó una encima del cuenco.

—Por favor… —pidió Hemon.

—Nos vamos entendiendo —dijo Bion—. Solo tienes que decírmelo; después, yo decidiré si me estás diciendo la verdad y, entonces, veré qué hago con la última brasa que queda.

—Hay otro *medjay* —dijo el hombre, y tragó saliva—. Otro *medjay* de verdad. Uno que, como tú bien dices, está a la cabecilla del resurgimiento de los *medjay*.

Bion negó con la cabeza:

—Inténtalo otra vez —dijo.

La rata, que estaba dentro del cuenco, todavía intentaba escapar de su cárcel.

—¿Pero qué dices? —tartamudeó Hemon. La frente ya le brillaba por el

sudor. Todavía podían oír a la rata.

—Hay una estirpe de… —insistió Bion.

—Vale, quedan dos —afirmó Hemon, mientras asentía con fuerza—. Un padre y su hijo.

De nuevo, Bion lo miró directamente a los ojos y vio que el hombre le estaba diciendo la verdad.

—Muy bien, muy bien. ¿Qué más?

Dejó caer la segunda brasa encima del brasero y quitó la última que quedaba encima del cuenco, pero la sostuvo sobre él. Sabestet había estado conteniendo el aliento, con la espalda arqueada mientras esperaba el momento en el que la rata empezase a escarbar en su piel; cada uno de los músculos de su cuerpo se había anticipado a la agonía que iban a sufrir pero, entonces, el joven se relajó un poco. Hasta el mismo cuenco, que había estado candente, al rojo vivo todo ese tiempo, pareció calmarse.

—¿Nombres? —preguntó Bion.

—Él se llama Sabu y su hijo, Bayek.

El anciano se inclinó, en un gesto de derrota. Bion se imaginó que lo que reflejaban esos viejos ojos era vergüenza. Sentía vergüenza de sí mismo, por haber fallado a su profesión por el bienestar de su pupilo, quien estaba seguro de que moriría de todas formas, después de que le hubiese revelado el paradero del último *medjay* a ese horrible asesino.

37

Habían pasado varias semanas desde la batalla en la guarida de Menna, y no estoy seguro de que ninguno de nosotros se hubiese recuperado del todo de la contienda. Los cortes y las heridas que habíamos sufrido se habían curado; o casi, en el caso de Neka, el que más había sufrido de todos nosotros. Pero ¿y las heridas que nos quedaban en la mente? Tras la batalla, Aya, Tuta y yo habíamos regresado a Tebas, a la casa de la madre de Tuta. Cuando cruzamos la puerta, esta salió corriendo de la cocina y lo envolvió en un abrazo.

—¡Por los dioses! Tuta, hijo mío, ¿dónde has estado? He estado tan preocupada. Casi me muero de la preocupación. —Lo estrechó con tanta fuerza que lo único que podía ver de Tuta era su rostro estrujado, con los ojos brillantes por una luz y una vida recién descubiertas.

Al verlo allí, rodeado por los brazos de su madre, con el principio de una sonrisa asomándole en el rostro mientras me miraba, recordé una conversación que habíamos tenido durante nuestro viaje de vuelta del asentamiento de Menna. Tuta me había apartado del resto y me había dicho: «Lo que hemos hecho en el campamento del saqueador de tumbas ha sido lo más excitante que he hecho en toda mi vida, señor». Después, su voz se fue apagando y sacudió la cabeza, con incredulidad.

La verdad era que el chico no tenía que añadir nada más porque yo también lo había sentido, mientras atravesábamos la llanura montados en el carro a toda velocidad; algo que había crecido en mi interior durante los últimos meses, quizá desde que me marché de Siwa.

Sí, conocía esa sensación. Sabía exactamente qué era.

Era la sensación que se tenía cuando uno tenía un objetivo.

Y Tuta tenía razón, era agradable. Era agradable tener semejante sensación en nuestras vidas.

Abandonamos los cadáveres de Menna y de Maxta en el desierto, como comida para las aves carroñeras; habíamos encerrado al resto de los hombres que trabajaban para Menna en el almacén. Luego liberamos a sus caballos y nos marchamos de allí. El almacén no los retendría durante mucho tiempo, pero sí el suficiente para que pudiésemos huir. En cualquier caso, sin un jefe que les ofreciese una recompensa por sus trabajos, era poco probable que fuesen tras nosotros.

Desde la batalla, había notado que una extraña especie de lasitud parecía haber embargado a Kensa y a Seti. No veía en ellos las sensaciones de paz y de victoria que había esperado dado que, por fin, se habían acabado los años de lucha contra Menna. Me pregunté si, al matar a Menna y cumplir la promesa que le habían hecho a mi padre y a los *medjay*, los nubios se encontraban perdidos, sin un objetivo.

Durante la vuelta a casa, Kensa había permanecido en silencio, ensimismada en sus pensamientos. Me había prometido que, cuando Neka se recuperase del todo de sus heridas, el explorador conseguiría más información sobre el *medjay* preso en Elefantina; al fin y al cabo, ese hombre era el único líder que teníamos en esos momentos. Pero ¿y aparte de eso? ¿Qué podían hacer? ¿Qué iban a hacer? ¿Recuperar su vida nómada cuando Neka se hubiese recuperado del todo y hubiese investigado los rumores que corrían sobre el *medjay* preso en Elefantina? Era lo más probable. Tenía la sensación de que pronto me despediría de Kensa con un gran adiós lleno de cariño.

Mientras tanto, al menos por el momento, las cosas habían vuelto a su cauce. Neka afirmó que estaba recuperado para cumplir con su tarea y se marchó rumbo al sur. Mientras esperábamos noticias suyas, el tiempo se detuvo.

Tras su vuelta, Kensa se había presentado en la puerta de la casa de Tuta; nos había buscado y nos pidió que saliésemos a la calle, donde no pude evitar sentir que había algo diferente en ella. La apatía y la melancolía

que se habían apoderado de la nubia después de nuestra batalla contra Menna y sus hombres parecían haber disminuido. En sus ojos se reflejaba una nueva vitalidad, una energía renovada.

Kensa me lanzó una mirada que conocía a la perfección. Una mirada importante.

—Neka ha conseguido información sobre el *medjay* encerrado en la isla de Elefantina —dijo Kensa. Antes de continuar, respiró hondo—: Al parecer, me equivoqué. Puede que el *medjay* preso en Elefantina no sea un fraude. Neka ha descubierto cierta información que apunta a que el hombre es el vástago de un *medjay* de verdad, que la sangre *medjay* corre por sus venas. A día de hoy, está encerrado en un foso en la torre de entrada del templo de Jnum, en la costa sur de la isla.

Noté que estaba a punto de descubrir algo importante. Apenas me atreví a creerlo cuando su mirada, con un fuego nuevo, se encontró con la mía:

—Bayek, si Neka tiene razón… ese prisionero es tu padre.

38

Tuta no tenía ni idea de que lo habían estado siguiendo, al menos no hasta que no había recorrido la mitad de aquel estrecho pasaje que llevaba a los suburbios y una persona apareció en frente de él.

Antes de aquello, el muchacho había estado muy emocionado. ¿Que por qué? Porque iba a unirse a Aya, Bayek y los nubios en otra aventura: esta vez querían ir a Elefantina para sacar al padre de Bayek de un foso.

¿Y por qué estaba el padre de Bayek en un foso? Tuta no lo sabía y, la verdad sea dicha, tampoco le importaba. Sí que había oído cosas sobre los *medjay*, cosas que parecían muy vitales y fascinantes, pero que no entendía. El quid de la cuestión era que para Bayek y Aya eran relevantes, y eso bastaba para que a él también se lo parecieran. Además, aquellos días se había sentido parte de algo porque había podido ayudar y, por lo tanto, se había sentido importante.

Sin embargo, aquel sentimiento no era nada en comparación con la emoción de la batalla. ¿Era «emoción» la palabra más indicada para una situación en la que moría gente? ¿A quién le importaba? Lo único que le importaba a Tuta era que la gente que muriera fuera la correcta. Aparte, mientras a él le iba bien la vida, también hacía cosas con cierta relevancia. El niño que había vivido en Sauty robando a extranjeros y pidiendo comida y monedas de bronce ya no existía. En aquel momento solo existía el nuevo Tuta, y este estaba a punto de embarcarse en otra aventura.

Pero, entonces, una persona apareció en frente de él y el muchacho en seguida comprendió que las cosas que se habían conseguido arreglar se

habían vuelto a desbaratar.

La mirada de su padre, llorosa debido al alcohol, el rencor y el odio que sentía por sí mismo y por Tuta, le atravesó como un mal augurio. Aquella mirada no prometía más que dolor y desesperación.

—Por fin te encuentro —dijo Paneb de forma perversa.

Tuta se quedó pensando cómo demonios le había podido encontrar su padre en Tebas. Luego, meditó de qué manera debía comportarse.

Hizo lo que siempre había hecho con él y sonrió.

—Cuánto me alegro de que estés aquí, papá. Te he echado tanto de menos, en serio.

Paneb soltó una risa burlona y eructó.

—¿Qué me has echado de menos? Esa sí que es buena. Entonces ¿por qué me abandonaste en Sauty?

—Vamos, papá, reconócelo, sabes que me habrías matado ese día. No estaría aquí en este momento si me hubiera quedado contigo. Salí corriendo de allí por mi propio bien. Estoy seguro de que eres capaz de comprenderlo. Además, sabías que me iba a venir a Tebas, ¿dónde iba a estar si no? Solo conozco Sauty y esta ciudad, y era obvio que en Sauty no me iba a quedar. Sabía que vendrías a buscarme cuando consiguieras tranquilizarte.

Su padre se agachó.

—Y he de suponer que desde que llegaste has seguido con tus antiguas triquiñuelas, ¿—no?

Tuta asintió y esbozó una sonrisa forzada como cuando él y su padre trabajaban juntos.

No obstante, Paneb, que no se había creído nada, se abalanzó sobre su hijo y le agarró el brazo. Los dedos del padre estrujaron la carne de Tuta de una forma que había olvidado durante su nueva y feliz vida, pero que en aquel momento volvió a recordar. Después lo estampó contra una pared.

—¿Dónde está esa zorra? —le dijo con voz ronca al oído. De su boca salió un olor familiar.

Tuta dio gracias a los dioses por su sangre fría.

—Eso me gustaría saber a mí —dijo—. Según parece, mi madre y la pequeña mocosa se fueron hace meses de aquí y nadie sabe a dónde fueron.

—Más te vale que no me estés mintiendo. ¿Qué has estado haciendo?

¿Y tus amigos? Me gustaría hablar con ellos.

—Me haces daño…

Aflojó el apretón y dijo:

—Vamos, habla.

—No sé qué ha sido de ellos. No son mis amigos y, en cuanto a lo que he estado haciendo, me he estado ganando la vida en la calle, como siempre he hecho, igual que en Sauty, ¿qué te parece?

—¿Que qué me parece? Me parece que no tienes aspecto de estar desnutrido y además estás muy limpio para ser alguien que vive en callejones como este engañando a la gente, eso es lo que me parece.

—Tengo un lugar en el que alojarme —probó a decir el niño, al que se le había ocurrido una idea.

—¿En serio? ¿Y dónde está?

—Cruzando el río, en la necrópolis, en una tumba antigua.

Tras un momento de silencio cargado de indignación, Tuta recibió una potente bofetada que le resultó tan familiar como el apretón del brazo y el aliento a cerveza.

—No era de nadie —gritó el niño con dolor—. No sé si es que la habían saqueado o si simplemente nunca se ha hecho uso de ella, pero no la he profanado, lo juro. Está seca y de noche me protege del frío, ¿qué más podría pedir? Papá, de verdad, es un buen lugar para vivir. Si quieres te llevo allí, y así podremos estar juntos otra vez.

Al fin, Paneb liberó el brazo de su hijo. Sin embargo, si Tuta había pensado en salir corriendo, esa posibilidad se había esfumado, pues su padre le bloqueaba el camino.

—Muy amable por tu parte, hijo —dijo con la cabeza ligeramente ladeada debido a la borrachera que llevaba encima, motivo por el cual Tuta tuvo esperanza de que quizá cayera al suelo y le dejara escapar—, pero tu papá ya tiene un lugar en el que vivir y, de todas maneras, tampoco pretendía quedarme mucho tiempo en esta cloaca.

Tuta se esforzó por hacer una mueca, como si la noticia lo decepcionase. Su padre, como respuesta, lo contempló con una expresión de incredulidad en el rostro.

—Ni te molestes —espetó—. Si me tuvieses algo de cariño no me

habrías abandonado a mi suerte en Sauty, ¿no?

—Nadie fue abandonado a su suerte, papá; no dejabas de gritar toda clase de barbaridades. Si me hubiese quedado, en el estado en el que estabas, habría acabado muerto, lo sabes bien.

Su padre asintió:

—En cualquier caso, necesito que hagas algo por mí. —Le dio a Tuta la dirección de su casa, la hora en la que quería que se presentase allí y los detalles de un robo que había planeado llevar a cabo en el que «necesitamos a una pequeña rata como tú para que se cuele en un sitio», y una advertencia alarmante—: No llegues tarde.

Después, se había marchado en busca de más cerveza y vino. Detrás de él, Tuta frunció el ceño, se quedó allí de pie un segundo, mientras intentaba no romper a llorar ahí mismo, en el centro de la ciudad.

39

A la noche siguiente, Tuta oyó un grito y soltó un resoplido de frustración. Estaba en las afueras de la ciudad, dispuesto a marcharse a casa, cuando lo escuchó y se le cayó el alma al suelo, ya que reconoció al instante la voz: era su padre.

Y no solo reconoció la voz. Ay, no. Tuta también reconoció el tono, sabía lo que significaba: que su padre estaba borracho y enfadado, y que él mismo lo había juzgado de manera errónea.

—Sabía que estarías aquí, trozo de mierda embustero. —Escuchó el niño desde algún lugar entre las casas. Los vecinos, que se preguntaban qué estaba pasando, habían sacado la cabeza por la ventana, y uno le dijo a su padre que se callara, y ojalá lo hubiera hecho por el bien de todos. Durante un incómodo instante, Tuta se sintió culpable de haber turbado la paz (¿paz?, ¡ja!) del suburbio. Como si aquella gente que asomaba por las ventanas lo hubiera visto y supiera que él era el responsable de tanta conmoción.

No tardó en preocuparse por su madre y Kiya. La pasada noche, después del encontronazo con su padre en el callejón, fue corriendo hacia su casa y lo primero que dijo a su madre fue: «Está aquí».

—¿Qué quieres decir, cielo? ¿Quién está aquí? —preguntó, sin preocupación alguna en sus palabras.

Tampoco se la notó afectada cuando Tuta le contó lo que había pasado, pues únicamente recordaba al hombre que había visto por última vez y, aunque por aquel entonces ya era un borracho malhumorado y propenso a

recurrir a los puños para resolver las disputas, jamás había sido tan malo como era en aquel momento. No obstante, desde que había vuelto a Tebas, daba igual lo que le dijera a su madre, porque ella no lo llegaba a comprender.

—Mamá, es peligroso.

—No hace falta que lo jures.

—No, mamá, es peor de lo que piensas. Ya no es solo un canalla, es muchísimo peor. Es malvado. Y aunque no lo fuera, es muy peligroso. No debería acudir, lo mejor será que me quede aquí y procure que no os suceda nada malo.

Pero ella negó con la cabeza energéticamente y le dijo que había tenido que tratar con Paneb durante años y que, si regresaba, podría volver a hacerlo.

Sin embargo, aunque Tuta no estaba seguro de que ella pudiera apañárselas con su padre, tenía tantísimas ganas de ir a Elefantina que hizo algo de lo que estaba empezando a arrepentirse: creer que todo iba a ir bien. Y el precio de aquel error fue tener a su padre borracho en los suburbios, y furioso porque Tuta no había acudido al lugar acordado. No iba a perdonar aquello de ninguna de las maneras.

«Vale, Tuta, mantén la calma, párate a pensar un momento», dijo para sus adentros. La única manera que tenía de solucionar aquello era enfrentándose a él directamente y, a la vez, haciendo todo lo posible por mantenerlo alejado de su casa.

Pero Aya y Bayek estaban allí. Seguro que juntos podrían encargarse de él.

Su mente era como un torbellino de pensamientos mientras intentaba considerar todas las opciones. No. Si llevaba a Paneb a casa sabría dónde vivían su madre y Kiya, y ellas tendrían que abandonar su hogar.

Finalmente, Tuta tomó una decisión que lo aterrorizaba, pero era la única opción que se le había ocurrido. Así pues, en vez de ir en dirección contraria a los gritos, se acercó a su padre.

Unos instantes después, se encontró con Paneb dando un puñetazo a una casa mientras gritaba a su hijo. Lo que habría dado Tuta por que hubiera aparecido el dueño de la casa hecho una furia. De hecho, mejor que

estuviera hecho una furia y además fuera fuerte. Y, si era posible, que estuviera de muy, pero que de muy mal humor.

Por desgracia para Tuta, semejante salvador no hizo acto de presencia. Solo estaba su padre, su padre borracho, apoyado en la casa. Se puso derecho para volver a gritarle a Tuta cuando vio que su hijo estaba de pie, mirándole.

Tuta tragó saliva pero esbozó una sonrisa. Saludó a su padre e intentó mantener un talante jovial y alegre.

—¿Por qué gritas tanto, papá?

Ante esa pregunta, su padre echó los hombros hacia atrás y empezó a dar vueltas y a mirarlo todo de forma exagerada: a las paredes casi derruidas; la pintura desconchada y los toldos andrajosos, como si estuviese acostumbrado a grandes lujos y fuese un hombre con buen gusto. Tuta sintió que le subía la bilis por la garganta al contemplar a su padre.

«No dejes de sonreír», pensó Tuta. «No dejes de sonreír». Esa casucha era el hogar de su *mouty* y de Kiya y lo que sucediese a continuación sería vital para que siguiese siendo eso, su hogar.

—¿Dónde estabas, chaval? —refunfuñó Paneb.

Tuta, todavía con la sonrisa dibujada en el rostro, en un intento por engañarle, contestó:

—Fui a tu casa, listo para el trabajo que me habías encargado y ansioso por ganarme un par de monedas, tal y como tú me dijiste, pero no estabas allí. Gracias a los dioses estás aquí ahora. ¿Es muy tarde?

Su padre no se lo tragó.

—¿Y cómo es mi casa?

Tuta no cejó en su intento por engañar a su padre:

—Es más de lo que te mereces, papá. Venga, vámonos de aquí y vayamos a una zona más salubre de la ciudad. Parece que necesitas un trago.

Pero, entonces, su padre lo miró fijamente, con los ojos pequeños y relucientes, con la barba brillante y la boca empapada.

—Están aquí, ¿verdad? Esa mentirosa madre tuya y mi pequeña Kiya. Están aquí, ¿no? Voy a encontrarlas. Son mías. No tenían ningún derecho a marcharse.

A Tuta le dio un vuelco el corazón. Todo iba mal. Iba peor que mal. Poco a poco, el miedo le subió por la espalda y, cuando le contestó, no dejó de sonreír, con alegría, intentando persuadirlo.

—No, papá. Como te dije, se marcharon hace mucho tiempo, y nosotros tendríamos que hacer lo mismo. Venga. Tengo la ligera sensación de que tienes un montón de historias que contarme.

Una mirada cruzó el rostro de Paneb, una mirada inescrutable.

Un segundo después, dio un paso hacia delante y le dio un puñetazo a Tuta en el estómago.

Tuta gritó, gimió y se llevó las manos a la tripa mientras se tambaleaba hacia atrás. Bajó la mirada y vio sangre… sangre que le manchaba las manos y la túnica. Entonces, vio el cuchillo que su padre llevaba en la mano y del que caían gotas del mismo líquido carmesí y se dio cuenta de que era su propia sangre. Su padre sacudía la cabeza, aturdido, como si no pudiese elegir entre la ira o el miedo y el arrepentimiento. De repente, huyó de allí y empezó a correr calle abajo. Un vecino empezó a llamar a los soldados desde una ventana.

Tuta se cayó de rodillas. Tenía la boca abierta y la mente en blanco, salvo por un único pensamiento: «Tengo que llegar hasta ellos. Tengo que avisarles antes de morir».

40

—¿Dónde está? —preguntó Aya, con un tono de voz cariñoso y divertido—. ¿Dónde está ese pillín?

—Ni idea —respondí. Tuta hacía lo que quería, y a todos nos gustaba eso de él. Si no, habría sido otra persona totalmente diferente, y no Tuta—. Sabes qué, iré y echaré un vistazo por ahí, a ver si lo encuentro —dije. Me incliné para darle un beso antes de que regresara al jardín trasero, donde Kiya y su madre disfrutaban de los últimos rayos del sol de la tarde.

Salí a la calle y miré hacia todos lados. Si subías por la calle, llegabas a una plaza con una vieja fuente abandonada, cubierta de malas hierbas, en el centro, mientras que si bajabas por ella te adentrabas más en los barrios bajos de la ciudad.

Un carro enorme y una pila de cajas amontonadas me impedían ver que sucedía al final de la calle, pero oí un gran alboroto que provenía de esa dirección, y los gritos de una persona que no dejaba de chillar: «Se va a morir».

Eché a andar calle abajo. Mis zapatos resonaron de forma rítmica contra la piedra del pavimento, sucia y mojada, a medida que aceleraba el paso.

—¡Se va a morir, se va a morir!

Al rodear el carro, vi a una multitud congregada allí; una mujer estaba de pie, con las manos entrelazadas delante de ella, cubiertas de sangre, mientras otro hombre me miraba como si yo pudiese saber qué hacer.

Y lo supe, incluso antes de llegar y de abrirme a codazos por la multitud para ver de quién estaban hablando, supe que la sangre era de Tuta.

El instinto me dijo que era él el que estaba muriéndose, tumbado en el suelo.

Me arrodillé a su lado. Los ojos no dejaban de temblarle pero, entonces, los abrió y me miró. Me di cuenta de que intentaba sonreír, pues abrió los labios para revelar unos dientes manchados de sangre, y a mí se me revolvió el estómago. Unas emociones que no podía definir me subieron por todo el cuerpo hasta llegar a las yemas de mis dedos y, por un momento de locura, sentí que con un simple toque de mis dedos podría salvar a Tuta gracias a todo el amor que sentía por él.

Pero le toqué la cara con las manos: las mejillas le ardían bajo mis palmas y sus heridas no cicatrizaron. Solo quedaba la muerte… una muerte que comenzaba en su estómago. Tuta tenía las manos apoyadas sobre la herida y la pechera de la camiseta que llevaba estaba llena de sangre. Empapada. Y por las calles corría un reguero de ese líquido rojo. Demasiada sangre; se ponía cada vez más pálido a medida que la vitalidad se escapaba de su cuerpecito ante mis propios ojos.

Le había salvado la vida una vez, pero no pude salvársela de nuevo.

«Por favor, no».

—Tuta, por los dioses, no te vayas, quédate conmigo.

Todavía le temblaban los párpados, pero se los abrí con los pulgares, con una brusquedad que provocó un par de gritos ahogados entre los que nos rodeaban. Me dio igual, porque lo único que tenía en mente era que tenía que conseguir que se mantuviese despierto; tenía que evitar que se durmiese, porque el sueño es el hermano de la muerte y, si cerraba los ojos, quizá no se despertaría nunca más. Y, en ese momento, no había nada, nada de nada, en todo el mundo que me importase más que asegurarme de que Tuta sobrevivía a sus heridas.

—Tuta, ¿quién te ha hecho esto? —le pregunté, para conseguir que centrase toda su atención. En esos momentos no pensaba en la venganza, solo en mantenerlo con vida.

—Papá —consiguió pronunciar, en un susurro que me llegó como una bofetada.

—¡Por todos los dioses, no!

Con lo que pareció una oleada de fuerza imposible, separó las manos de

la herida de su estómago y las estiró para cogerme. Me agarró de los cinturones y tiró de mí para acercarme.

—No dejes que encuentra a mamá y a Kiya —suplicó—. Por favor, Bayek. Haz todo lo que tengas que hacer para mantenerlas a salvo.

Me dio una dirección, y consiguió pronunciar cada una de las palabras a la fuerza.

—Tuta, no te vayas —repetí, y creo que jamás en mi vida he dicho algo tan en serio, con esa intensidad y fervor, pero la pasión que sentía en esos momentos no fue suficiente. Vi cómo la luz se desvanecía de sus ojos. Todo ese sentimiento, todo ese amor que sentía por él, quise que se lo llevase en su viaje hacia los dioses. Quería que estuviese a salvo; a salvo de lo que lo había matado.

Sin fuerza, sus manos cayeron a los lados y me soltaron el rostro. Abrió un momento los ojos y, después, los cerró. La cabeza le cayó hacia un lado.

Saqué una pluma blanca de mi bolsa. A Tuta le encantaban, siempre había sentido cierta fascinación por ellas. En esos momentos, yo no pensaba con claridad. Coloqué una pluma sobre su camiseta, empapada de sangre, mientras susurraba una promesa. Le prometí al alma de Tuta, que se alejaba de allí, que pronto su sangre se confundiría con la de su padre.

—¡Oye! —gritó uno de los presentes. Me puse de pie y eché a correr a toda prisa. Por un momento, se me pasó por la cabeza la idea de volver a casa y contarles a todos qué había pasado. Quizá debería haber antepuesto los sentimientos de su familia directa a mi juramento, pero que los dioses me perdonen, no lo hice. En cambio, salí corriendo rumbo a la casa de Paneb. La sangre de Tuta era un reguero desgarrador que confirmó mi destino.

Mientras me precipitaba por las calles de la ciudad, agradecí a los dioses el aspecto desastrado de Tebas. Mientras pasaba volando por las calles, atraje un par de miradas: la gente se apartaba al ver mi cara ensangrentada, e incluso una o dos personas me gritaron al pasar. Pero nadie se entrometió, nadie me detuvo.

Y, de repente, lo encontré. Todavía no había llegado a su casa; se estaba arrastrando por las calles de Tebas. ¿Aún iba armado? No vi ni rastro del cuchillo. Por detrás, no se diferenciaba mucho de cualquier viejo borracho

vestido con harapos. Me percaté de que tenía unas manchas oscuras, frescas, en la cadera, donde quizá se habría limpiado la sangre de su hijo.

La mancha de un asesino.

Frené en seco y me quedé detrás de él. En esos momentos, que lo tenía delante de mis narices, me empecé a preguntar si podría hacerlo. El cuchillo, que me colgaba del cinturón, pesaba. Desenvainarlo y utilizarlo sería muy diferente a lo que había hecho durante la batalla en el asentamiento de Menna. No había matado a Maxta. Tampoco tenía ni idea de si lo hubiese acabado haciendo, ya que me quitaron la oportunidad de decidirlo de las manos.

No obstante, allí estaba yo, persiguiendo a un hombre (un hombre borracho, además). A punto de convertirme en un asesino.

«No, no es solo un hombre borracho», me dije a mí mismo intentando convencerme. «Es mucho más que eso, mucho peor: es un asesino». Y yo había prometido vengarme. ¿Aquello seguiría la doctrina de los *medjay*? No lo sabía. Yo solo tenía una deuda que saldar, tenía que salvar a la familia de mi hermano. Aquello era lo único que importaba.

Me acerqué a él. Paneb se detuvo en una esquina y se apoyó con una mano en la desgastada edificación de arenisca. Luego, dobló la esquina y se metió a trompicones por una calle secundaria. Dio una patada a unas jarras que cayeron con gran estrépito. Yo le seguí, doblé la esquina en la que se había apoyado e intenté recolocar las jarras que había tirado. Solo estábamos nosotros dos allí, acompañados únicamente por el silencio y la quietud del ambiente.

—Enfréntate a tu asesino. —Mi voz resonó.

El hombre quedó inmóvil durante un momento. Luego una de sus manos se acercó a una jarra.

Entonces, oí algo más. Un resoplido. Estaba llorando.

Me acerqué un poco más.

—Vengo a vengar a tu hijo.

—Vamos —dijo el borracho—, termina ya. Venga, hazlo.

—Date la vuelta y enfréntate a mí.

Con el cuchillo en la mano, di otro paso al frente, deseoso de acabar aquello de una vez, pero consciente de que, a pesar de todo el odio que

guardaba dentro, no podía apuñalarlo por la espalda. Pensé en lo que Kensa y la sacerdotisa me habían dicho y me pregunté si apuñalar a un hombre por la espalda se ceñiría a los principios de los *medjay*, si acaso importaría.

Quería que Paneb conociera, viera y entendiera lo que le iba a pasar y quién iba a ser el responsable.

—No puedes hacerlo, ¿verdad? —dijo a la vez que sus sollozos se iban apagando—. No puedes quitarme la vida sin mirarme a los ojos. Lo entiendo, chico, y lo respeto.

—Date la vuelta —repetí a regañadientes.

El cuchillo era como un atizador al rojo vivo en mi mano; lo agarraba tan fuerte que pude notar los huesos de mis dedos. ¿Qué podía entender un hombre capaz de matar a un niño?

—Está bien, me daré la vuelta.

Poco a poco, se fue girando hasta ponerse de cara a mí. En él vi unos párpados algo caídos, una barba desaliñada y una cara que me recordó a Tuta, cosa que no hizo más que aumentar mi odio.

Entonces, como una serpiente, atacó.

Por poco no vi cuando, con el brazo flexionado, agarró la jarra y la lanzó en dirección a mi cabeza con un gruñido.

Pude reaccionar a tiempo. La jarra se rompió en mi antebrazo. El dolor del impacto me dejó el brazo entumecido y me hizo gritar. Paneb sacó un cuchillo y se acercó a mí.

Recordé todas las horas que había pasado con Aya practicando con las espadas de madera, repitiendo una y otra vez los mismos movimientos. En aquellos momentos nos besábamos, reíamos y jugueteábamos, como también hacíamos en Siwa, pero jamás dejamos de practicar ni de trabajar. Sin embargo, lo más curioso de nuestro entrenamiento era que nos pasábamos todo el rato hablando del padre de Tuta. Él era el oponente invisible contra el que nos estábamos preparando para luchar, el hombre en el que pensábamos a la hora de practicar los pasos y movimientos. El hombre que, desde que me lo había encontrado por primera vez en Sauty, no había dejado de acecharme en mis pensamientos.

Y allí lo tenía, viniendo hacia mí, y no con una espada de madera, sino con un cuchillo de verdad. No obstante, y pese al miedo que pasé en Sauty

cuando tuve que pelear por mi vida, en aquel momento luché con el convencimiento de que era capaz de derrotarlo. Además, el miedo que sentía no era el de alguien que deseaba escapar de allí, simplemente era el fruto de tener presente las posibles consecuencias. Había entrenado y estaba preparado, pues, aunque el entrenamiento había sido rudimentario y lo había practicado de forma autodidacta, sirvió para poder bloquear su ataque de un acto reflejo y, acto seguido, golpearle con mi cuchillo en la muñeca con la fuerza suficiente como para provocar que se le cayese su propia arma con un tintineo metálico. Aquello era lo único que necesitaba para sacarle ventaja.

A continuación, listo para acabar con Paneb de una vez, me abalancé sobre él y hundí el cuchillo justo por debajo de su caja torácica. La daga llegó al corazón y acalló su único grito de dolor.

Con la boca en forma de o, el hombre abrió bien los ojos y me miró fijamente mientras levantaba la mano e intentaba arañarme en la cara; aquello fue lo último que hizo antes de acudir a la llamada de los dioses.

En cuanto perdió el sentido y sus piernas flaquearon, el hombre cayó y me arrastró con él al suelo. Entonces, me incliné sobre él, aún empuñando el cuchillo que le había clavado en el pecho.

—Esto es por Tuta —proferí, y retorcí el cuchillo.

Paneb tuvo un espasmo y emitió un último gruñido. Se había acabado: lo había matado.

Más tarde, me puse a pensar largo y tendido en lo que había ocurrido, en que había matado a un hombre. Pensé en la luz vital que vi desaparecer en los ojos de Paneb y en el momento en el que mojé en la sangre de su padre la pluma oscurecida por la sangre de Tuta mientras susurraba que había cumplido mi promesa.

Durante un tiempo, me estuve despertando todas las noches, y una incluso lo hice con las manos en frente de mí, como si jamás hubieran podido ser las responsables de algo tan horrible.

Obviamente, Aya me ayudó y hablamos mucho del tema. Yo era consciente de que había cumplido mi promesa y de que había salvado a una familia, y ella me apoyaba.

Una noche en la que me desperté después de haber soñado con unas

imágenes hechas de luz que se desvanecían en los ojos de un hombre moribundo, ella me preguntó:

—¿Era él? ¿Estabas soñando con Paneb?

—No —le respondí—, era Tuta. Estaba soñando con mi amigo y hermano Tuta.

41

Retrasamos nuestra salida de Tebas, ya que consideré que lo correcto era que nos quedásemos con la madre de Tuta y con Kiya y las ayudásemos a sobrellevar la muerte del niño. Sin embargo, allí no podíamos hacer más que acompañarlas en el luto, y creo que su madre lo sabía.

Finalmente, le dijo a Aya:

—Bayek y tú deberíais iros. Tenéis trabajo que hacer. Es lo que Tuta habría querido y lo sabes.

Por supuesto, tenía razón, así que hicimos como dijo y cruzamos el río hasta la necrópolis, donde nos reunimos con Kensa y Neka y nos despedimos de Seti, que se iba a quedar con su esposa embarazada.

En cuanto estuvimos listos, emprendimos el viaje primero a Asuán y, luego, a Elefantina, el cual calculamos que nos iba a llevar unos cinco o seis días.

Yo no dejaba de pensar en Tuta. Nunca. Por la noche, junto al fuego, sacaba la pluma para recordarlo. Aun así, y pese a que su recuerdo siempre me acompañaba y siempre lo haría, conforme más nos alejábamos de Tebas, más nos íbamos centrando en la misión que teníamos por delante.

La verdad es que Neka no había podido contarnos mucho acerca del *medjay* que estaba prisionero en Elefantina. Solo que el gobierno de la isla había aplicado unas leyes antiguas que en el pasado se habían creado para perseguir a los *medjay* de aquella región, cuando las corruptas autoridades consideraban que suponían un peligro para la sociedad.

Posiblemente creyeran que mi padre era otro farsante como el resto de

falsos *medjay* que habían aparecido últimamente y que, incluso así, merecía ser castigado solo por nombrar a los de su estirpe y por la posibilidad de incitar a otros a seguir sus doctrinas, porque ¿cómo podrían haber sabido que tenían en sus garras a uno de los últimos verdaderos protectores de Egipto que quedaban?

Fuimos río abajo hasta Asuán y, allí, atravesamos los toldos y tendederos, cruzamos la plaza central y nos dirigimos al puerto, desde donde pudimos ver Elefantina.

Luego, subimos a un barco que nos llevó a la otra ciudad y, cuando llegamos, para no llamar demasiado la atención, acampamos sin encender ningún fuego en una hondonada no muy lejos de la costa que estaba bien escondida.

Según Neka, en el templo de Jnum, que se encontraba en la costa sur, estaba mi padre, en un foso improvisado en la torre de entrada.

El primer día allí, Neka se fue a explorar los alrededores. Cuando volvió por la tarde, nos sentamos en círculo y empezamos a trazar planes. Mientras las falucas pasaban, con las velas ondeando al viento y los tripulantes gritándose unos a otros, el nubio dibujó en el suelo con un palo una imagen del gran templo de Jnum, que dominaba toda la zona sur de la isla.

—Aquí. —Señaló el dibujo que había hecho de la torre de entrada—. Aquí está el foso en el que tienen a los prisioneros, aunque tu padre es el único que está ahora allí.

—¿Crees que estará sufriendo? —pregunté.

—No creo que lo hayan tratado muy bien, no. —Se encogió de hombros —. Pero es un *medjay*, sabrá apañárselas.

Noté cómo alguien ponía su mano sobre mi hombro.

—¿Cómo le capturaron? —quiso saber Aya.

De los dos, Aya era la que más sabía acerca de los *medjay* y, durante nuestros viajes, había compartido con nosotros sus conocimientos. Así pues, ella estaba al corriente de que habían sufrido diferentes tipos de persecución por todo Egipto. No es que conociera muy bien a mi padre, pero me dio la sensación de que la opinión que tenía de él había cambiado desde que había descubierto que era *medjay*. No diría que le había empezado a caer bien, pero al menos lo respetaba.

Sin embargo, había algo que Aya no lograba entender, y eso era por qué mi padre se había dejado capturar.

—Los *medjay* son los grandes guerreros de Egipto —argumentó ella—, los protectores de la gente, luchadores sumamente capacitados, la élite. No puedo entender cómo le han podido capturar unos soldados que solo están acostumbrados a tratar con falsos *medjay*, que no son más que unos disidentes glorificados que no comprenden lo que realmente implica el título que se han autoproclamado. Y, aunque realmente hubieran podido ganarle a una pelea, ¿cómo descubrieron su secreto? Ni siquiera tú, Bayek, que has vivido con él durante quince años, lo conocías. Entonces ¿hemos de suponer que se ha entregado sin querer mientras viajaba por territorio hostil? No tiene sentido. ¿No se suponía que los verdaderos *medjay* debían permanecer escondidos y fuera del alcance de la vista mientras movían sus hilos desde las sombras?

Kensa se encogió de hombros.

—Quizá no tuvo cuidado o…

—¿Pueden los *medjay* ser descuidados? —dudó Aya.

—O quizá tuvo mala suerte. Hasta a un *medjay* le podría pasar.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con que se fuera de Siwa? —se preguntó la muchacha.

—Puede que nada —respondí, aunque sabía que era poco probable.

Aya negó con la cabeza y volvió a mirar el dibujo que había hecho Neka en la arena.

Más adelante se comprobó que debí haberla escuchado. Todos debimos haberlo hecho.

42

Aquella noche tuve el mismo sueño. No era ese en el que me veía a mí mismo hundiendo la hoja de mi arma en el cuerpo del asesino de Tuta, solo para darme cuenta en el último momento de que estaba matando al propio Tuta. No. Era otro, uno más viejo. El de las ratas en la cueva, que no dejaban de escarbar para llegar hasta mí.

Estábamos en nuestros refugios: yo estaba en uno con Aya, mientras Kensa y Neka compartían otro. En un acuerdo tácito, Kensa y Neka se encargaron de construir ambos refugios mientras Aya y yo encendíamos una hoguera y, después, cazamos una liebre para cocinarla. Mientras observábamos cómo trabajaban, pensé que la situación era divertida. De niños, Kensa me había enseñado a construir un refugio y, a su vez, yo se lo había enseñado a Aya. Pero, al ver cómo los dos nubios trabajaban, tanto Aya como yo nos dimos cuenta de que nuestras habilidades, como ocurre con la piedra que acaba cubierta de malas hierbas, ya no estaban tan frescas como antes; si bien todavía poseían su forma, no eran tan intensas como habían sido en el pasado. Ver cómo fabricaban palos para las tiendas de campaña con las ramas de los árboles que encontraban por el suelo, cómo las encajaban, era como aprender de nuevo la lección.

Habían fabricado los refugios en seguida, entre susurros sobre el tiempo que haría los próximos días y cómo querían asegurarse de que nuestros refugios eran tan resistentes como fuese posible. De vez en cuando, paraban y discutían antes de seguir con la construcción; a veces lo hacían al modo de Kensa y, otras, al de Neka, y en poco tiempo terminaron los refugios.

Nos comimos la liebre y acordamos que necesitábamos otro día más para conseguir más información. Entonces nos acomodamos para pasar la noche, mientras la luna emitía unos rayos plateados sobre el río, que fluía a un lado, mientras que al otro lado se extendía el follaje de la isla y el aire resonaba con la amenaza de una tormenta que se acercaba.

Y sí, tuve un sueño. El sueño de las ratas. Pero, esa vez, me vi a mí mismo dándome la vuelta para escapar en dirección contraria, desesperado por huir de la cueva llena de alimañas que se retorcían. Yo avanzaba de forma pesada por un terreno desigual, a paso lento (muy lento, dolorosamente lento), hasta que me di cuenta de que lo que pensaba que era un terremoto en realidad era Aya, que me estaba zarandeando, de rodillas a mi lado, mientras susurraba:

—Bayek, Bayek, despierta.

Me incorporé de golpe, y me desperté con una sacudida tan fuerte que Aya se cayó hacia atrás. En ese mismo instante la oí, la tormenta, y vi que el salvaje viento zarandeaba la estructura, mientras la arena se arrastraba por la parte exterior del refugio como las garras de un monstruo que intentaba colarse en nuestra morada.

—¿Qué te pasa? —me preguntó y me miró de forma rara.

Me pasé una mano por el pelo; noté que lo llevaba largo y que podía sentir la suciedad bajo las yemas de los dedos, y me rasqué un poco el pecho, en un intento por centrarme en el presente.

—Nada. Solo un sueño.

—¿El del padre de Tuta?

—No, el de las ratas. ¿Por qué me has despertado?

—Porque hay una tormenta —me dijo sin más.

La miré, mientras buscaba unas palabras que no encontré. Acabé dándome por vencido.

—Pues ya pasará —gruñí, me eché de nuevo sobre mi estera de dormir y me tapé hasta la barbilla con la manta—. No te preocupes. Vuelve a dormirte.

Resopló con una risilla suave y sus ojos brillaron en la penumbra.

—Se me ha ocurrido una idea.

Al escucharla me despejé y todos y cada uno de mis huesos se

despertaron conmigo.

—Dime.

—Es la dirección del viento.

Unos minutos después, Aya y yo despertamos a los nubios zarandeándolos y vi que pasaron el mismo proceso atontado para intentar comprender qué estaba pasando que yo.

—Hay una tormenta de arena —dijo Aya.

Kensa enfocó la mirada y sonrió despacio.

—Se te ha ocurrido algo. Cuéntanos —pidió.

Cuando Aya empezó a hablar, la sonrisa de Kensa se ensanchó.

43

Bion se había quedado en la casa vacía con los cadáveres de Hemon y Sabestet tumbados junto a la puerta principal.

Había encontrado el medallón del anciano *medjay* escondido bajo una faja de cuero que llevaba en el brazo. Después, había estrangulado a la rata antes de cargar con la cesta, la trampa para ratas, el cinturón y el cuenco hacia donde le esperaba su caballo.

Allí, encendió una fogata, cocinó la rata y se la comió. En el fuego, quemó la caja. Además, enterró el cuenco de cobre y el cinturón.

Se había llevado dos jarras de vino y un cuenco para beber de la casa de Hemon y Sabestet. Mientras se bebía el vino blanco sentado, había reproducido la confesión del viejo *medjay* en su mente.

Ya tenía los nombres. Podía continuar con su misión.

El anciano le había contado a Bion que Sabu y su hijo estaban en Elefantina, así que ese fue su siguiente destino.

Al llegar a esa zona del país, se había percatado de que estaba en un lugar famoso por el odió hacia los *medjay* y por perseguirlos y darles caza. En esa parte del mundo, la historia no estaba del lado de los antiguos protectores. Por eso, escoger ese lugar como escondite había sido una decisión bastante rara.

Por lo tanto, un día después de llegar a la ciudad de Asuán, Bion se enteró de que el *medjay* que respondía al nombre de Sabu estaba preso en el

templo de Jnum, al otro lado de las aguas, en la isla Elefantina. De Bayek, nadie sabía nada. Bion se extrañó de que la gente estuviese al tanto de que había un *medjay* encerrado en el templo, pero que lo mirasen sin comprender lo que decía cuando les preguntaba por su hijo. Interesante.

—A ver, viejo *medjay* —se dijo para sí—, ¿a qué estabas jugando?

44

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Neka.

Los cuatro estábamos agazapados en un edificio anexo abandonado y, por ende, vacío que se encontraba apartado de la entrada principal del gran templo de Jnum y que estaba separado de este por un trecho de tierra árida. En circunstancias normales, habríamos podido lanzar una piedra y que esta diera contra la fachada del templo, pero aquellas no eran unas circunstancias normales: no éramos capaces de ver el templo y, si hubiéramos lanzado una piedra, se la habría llevado el furioso viento.

Sin duda, la arena nos había cortado la piel durante el tramo que habíamos andado desde el campamento al templo. Un tramo que nadie en su sano juicio habría recorrido con la arena barriendo y golpeando con fuerza el camino. Nos tapamos de los pies a la cabeza para protegernos de las ráfagas, con las manos bien cubiertas nos protegimos los ojos y nos mantuvimos de espaldas al remolino hasta que, finalmente, llegamos al refugio que Neka había descubierto.

La tormenta era tan intensa que ninguno habló durante todo el trayecto. Ni siquiera Neka pudo expresar sus dudas, las cuales eran muchas, como se aseguró de comentarnos después.

Kensa me sonrió.

—No te preocupes por él, es un explorador y está en su sangre lo de ser cauto.

—Esto es una locura —se quejó Neka—. Es una locura intentar salir en unas condiciones como estas.

Vi cómo a Kensa le brillaron los ojos a través de la franja de cara que había dejado al descubierto tras atarse su pañuelo azul alrededor de la cabeza. Recordé a la Kensa de hacía unas semanas, la que no había visto tras el ataque al asentamiento de Menna, y, aunque jamás lo confesó, desde que nos embarcamos en el viaje a Elefantina, la había notado como con fuerzas renovadas.

Esta apoyó con entusiasmo la idea de Aya de utilizar la tormenta para que no nos vieran e ir mientras el caos reinara. La dirección del viento nos era propicia: los dioses nos sonreían. Así pues, Kensa cogió su lanza mientras Neka aún seguía frotándose los ojos. Instantes después, la nubia apareció con la cara pintada de blanco como si simbolizara su renacimiento. Neka, sin embargo, como para indicar que no estaba de acuerdo con el plan, no se pintó la suya.

—Todos los guardias del templo estarán despiertos —dijo mientras se sacudía la arena de la ropa.

Kensa torció la nariz y replicó:

—¿Tú crees? Nosotros no lo estábamos, al menos no hasta que nos despertaron ellos dos. Además, todo el mundo estará ocupado con la tormenta. Neka, te voy a decir una cosa: cuando estábamos en la base de Menna y vimos que te habían capturado, fui yo la que quiso esperar y Seti el que me convenció de todo lo contrario. ¿Qué crees que habría pasado si hubiéramos esperado? ¿Sabes la clase de torturas que habrías tenido que sufrir? Deberías estar agradecido de que optáramos por la decisión precipitada. Así que decide, Neka: acompáñanos en nuestra locura de misión y comparte con nosotros el triunfo o vete a casa solo y mira desde allí. ¿Qué prefieres?

El nubio puso los ojos en blanco.

—Has pasado por alto la tercera opción.

—¿Cuál es? —preguntó Kensa con sarcasmo, aunque sonreía como si supiera exactamente qué iba a decir su compañero.

—Morir aquí contigo. —Gruñó él, decidido a seguir de mal humor.

—Seguro que lo estás deseando —dijo con una sonrisa.

No dijo nada durante un instante, pero luego en su cara también empezó a aparecer una sonrisa. Finalmente, Neka cedió y Kensa le pintó la cara con

la creta que ella llevaba en la suya.

—Nada me gustaría más —dijo entre suspiros y cogió su arco.

No sabíamos demasiadas cosas. De hecho, no sabíamos nada aparte de que mi padre estaba prisionero en un foso en la torre de entrada y, tal y como nos recordó Neka, aquella información la había recibido hacía tiempo y podía estar obsoleta. Quizá debimos haberlo comprobado antes de entrar en acción.

El plan era muy sencillo: asaltar la torre de entrada como dos nubios, dos habitantes de Siwa y una tormenta de arena.

¿Qué podía salir mal?

Abandonamos el cobertizo. Al menos no teníamos que avanzar con cautela y a paso lento. Al adentrarnos en la tormenta, estábamos rodeados por grandes capas de arena que nos cubrían. Cualquier centinela que vigilase desde el templo no vería nada. Incluso si hubiesen sido capaces de reconocer nuestras siluetas mientras avanzábamos hacia ellos, les habría sido imposible distinguir si éramos humanos o animales. Como Aya había señalado, el factor sorpresa era nuestra verdadera ventaja. A fin de cuentas, ¿quién sería tan tonto como para arriesgarse a salir con una tormenta como aquella?

Como era de esperar, el viento rugía y la arena parecía despellejarnos con una implacable ola de arena tras otra.

Cuando nos acercamos al templo, descubrimos que había un guardia en las murallas de la torre de entrada. Según nos había dicho Neka, un hombre armado con un arco estaba apostado allí día y noche. Dadas las ráfagas de viento que lanzaban arena contra la fechada del templo, cualquier guardia con un poco de instinto de supervivencia se cubriría tras las murallas y, si se armaba de valor y se arriesgaba a mirar al exterior, no vería nada.

Pero ¿qué pasaría si el viento se calmaba? ¿Qué pasaría si dejase de soplar durante el tiempo suficiente para que la arena se depositase en el suelo y mejorase la vista desde el templo y el centinela recordase que tenía que hacer su trabajo y mirase hacia el desierto?

Ese pensamiento era lo que más nos preocupada mientras avanzábamos

hacia el templo; nos sentíamos expuestos y vulnerables. Maldijimos al viento que nos azotaba pero, al mismo tiempo, el que necesitábamos para ocultarnos. Y, cuando por fin llegamos a los pies de la torre de entrada, nos tomamos un momento para disfrutar de la sensación de alivio que nos embargó.

Nos miramos los unos a los otros. Nos picaba el rostro, que llevábamos cubierto por una tela destrozada por la tormenta. Neka estaba concentrado, sin mostrar ningún tipo de duda. Kensa irradiaba intensidad y concentración, y jamás había visto a Aya tan decidida.

Poco a poco, nos dirigimos hacia la entrada de la torre. Era una doble puerta de madera que se abría para dejar pasar los carros y los carromatos, y a la entrada le habían añadido un postigo más pequeño. El rugido de la tormenta sonaba diferente desde allí, donde la arena se chocaba contra la madera. Kensa nos miró mientras analizaba si estábamos preparados o no. No éramos más que cuatro pares de ojos, pero esos ojos dijeron que sí; aquellos ojos le concedieron el permiso para hacer lo que hizo a continuación.

Ver si había alguien en casa.

Kensa alzó el puño y llamó a la puerta. Esperamos. ¿Podrían oír los golpes por encima del estruendo de la tormenta?

Pero sí, los oyeron, y escuchamos una respuesta del interior del templo:

—Identifícate.

La voz sonaba apagada y apenas se entendía.

—Tenga piedad, ábrame, o sus manos quedarán manchadas con la sangre de una simple niña —respondió Kensa, en un tono lastimero.

—Con esta tormenta. ¿Estás mal de la cabeza? —respondió la voz, indignada.

Kensa puso los ojos en blanco, pero siguió con la farsa.

—Por eso necesito cobijo, señor. Por favor, ¿podría darme alojamiento? Señor, puedo pasar por la puerta antes de que note siquiera la violencia de la tormenta, de verdad.

Como si fuese para enfatizar la gravedad de la situación, la intensidad del viento aumentó. Una fuerte racha de aire se estrelló con fuerza contra la puerta de madera e hizo temblar sus goznes.

—Está bien, está bien —respondió la voz desde el otro lado, a regañadientes, como si Kensa pudiese controlar la violencia de la tormenta.

Oí cómo quitaba el cerrojo. Atraje la mirada de Aya. Me pregunté si sabía en qué estaba pensando, y supuse que así era porque, claro, estaba pensando en que estaba apenas a un par de minutos de distancia de ver a mi padre. Y no solo de verle, sino de rescatarle, por increíble que pareciera.

Quizá Aya no compartía mis pensamientos. Quizá su mente estaba centrada en las razones por las que Sabu se había dejado capturar y encerrar por los torpes zoquetes de Elefantina. Quizá no dejaba de darle vueltas en lo que, para ella, no cuadraba.

Entonces, la puerta se abrió.

45

Entramos corriendo: los cuatro y la tormenta. Kensa iba a la delantera; empujó la puerta contra la cara del hombre que estaba al otro lado; el guardia trastabilló hacia atrás, girando los brazos como si fuesen molinetes. Iba desarmado y, cuando nos vio, se le desencajó la cara de la sorpresa, mientras el viento, con una sacudida, encajaba el postigo de nuevo en el gozne.

Neka, que iba justo detrás de Kensa, ya se estaba volviendo; cogió una flecha de su carcaj, tiró hacia atrás de la cuerda del arco e *inclinó el* arma. En un vertiginoso movimiento rápido y fluido apuntó a un guardia que se encontraba encima de nosotros. Un segundo después, el centinela se precipitó y aterrizó contra la piedra, con un desastroso chapoteo lleno de sangre, justo frente a nuestros ojos.

La tormenta se precipitó contra la plaza en la que estábamos en esos momentos, y nos favorecía tanto como si contásemos con diez guerreros más entre nuestras filas. Aya y yo conseguimos abrir más la puerta doble para que el viento pudiese entrar con toda su fuerza, y su presencia fue mucho más efectiva de lo que podríamos habernos imaginado. Como si fuese una respuesta, oímos un grito y otro guardia apareció de entre la bruma, pero ese portaba un arma entre sus manos.

Kensa había permanecido quieta tras haber acabado con el guardia de la puerta. Derribó al recién llegado con un rápido lanzamiento de su lanza antes de que pudiese llegar hasta nosotros. Neka nos hizo una seña para hacernos avanzar, entre gritos de precaución, consciente de que el borde del

fosó podría estar en cualquier lugar. Avanzamos con mucho cuidado, y justo en esos momentos una flecha atravesó los torbellinos de arena con un silbido. La habían lanzado más con esperanza que con puntería. La flecha pasó de largo y avanzamos un poco más, poco a poco, arrastrándonos bocabajo, y encontramos una cuenca de tranquilidad bajo la tormenta mientras buscábamos el agujero del foso.

Podíamos oír los gritos. Me imaginé que los guardias de la torre de entrada se reunían para intentar comprender qué estaba pasando. Otra flecha llegó atravesando la neblina de arena. Se estaban organizando, reuniéndose. En ese mismo instante, empezamos a armar barullo, los cuatro, fingiendo que en realidad éramos docenas de personas, al tiempo que dejábamos que la tormenta nos ayudase.

Al final, llegamos al foso, y me arrastré hasta el borde con las yemas de los dedos para poder ver hacia abajo, hacia lo que parecía un abismo.

—Padre —le llamé.

Entonces, tuve la convicción de que había percibido algún movimiento entre la oscuridad que reinaba allí abajo y, seguidamente, vi unos brillantes ojos en la negrura. El foso estaba resguardado de la tormenta que habíamos dejado entrar en la torre y que en aquel momento se agitaba furibunda a nuestro alrededor.

Neka se acercó al borde del foso con un trozo de cuerda entre los brazos.

—Muy amable por su parte lo de dejar esto por ahí para nosotros —dijo con una sonrisa.

A continuación, clavó cerca del hoyo una estaca con una ranura que no dejaba lugar a dudas de su función. Enrolló la cuerda alrededor de la estaca y la lanzó al foso.

—Yo te cubro —dijo Neka, que se alejó de allí.

—Padre, cógela —grité en dirección al agujero de negrura a la vez que me llegaban los gritos de una pelea a lo lejos.

No había mucho tiempo. Neka no dejaba de colocar flechas en el arco y dispararlas. Escuché la vibración de la cuerda del arma y, a través del remolino, vi cómo torcía el gesto con determinación y esfuerzo con cada flecha que disparaba. De nuevo, él solo estaba haciendo el trabajo de un

ejército entero, así como Kensa. Por otro lado, Aya y yo, con todas nuestras fuerzas, clavamos los talones con fuerza en el suelo. La cuerda nos quemaba las manos mientras, poco a poco, tirábamos hacia atrás entre jadeos y gritos, fruto de una mezcla entre euforia y esfuerzo. Éramos conscientes de que estábamos a nada de concluir nuestra misión y, a la vez, apenas podíamos creer que los cuatro hubiéramos podido sacar adelante un rescate tan peligroso. Ya casi podía oler el éxito.

Más tarde, cuando todo hubo acabado, Aya me dijo que había visto al prisionero intentando escapar de allí y subiendo por la cuerda con los pies apoyados en la pared del foso.

Yo no lo había visto, no me había dado cuenta. Sin embargo, Aya sí, lo había sabido antes incluso de que el prisionero llegara arriba.

Aquel no era mi padre.

46

Parecía que la tormenta había empezado a cesar como reacción a aquel suceso. Incluso daba la impresión de que esta hubiera provocado que quedáramos perplejos mientras nos mirábamos el uno al otro y, luego, al prisionero. Permanecimos callados durante un momento en el que se nos olvidó preguntarle cómo se llamaba, qué hacía en el foso o si realmente era un *medjay*. Lo único que sabía de él era que no era mi padre, Sabu de Siwa. Me quedé paralizado y sentí cómo el corazón me daba un vuelco.

Neka volvió junto a nosotros consciente de que la calma tras la tormenta provocaría que los guardias de la torre de entrada reunieran más coraje a la hora de luchar.

—Venga, vamos, salgamos de aquí —instó. A continuación, miró al prisionero que habíamos rescatado y dijo—: Hola, Sabu.

—Ese no es Sabu —explicó Kensa—, sino un señuelo. —La nubia acercó un brazo al hombre y tomó en su puño un trozo de la túnica sucia que este llevaba—. Debería tirarte al foso de cabeza. ¿Quién eres?

El hombre, aterrorizado, negó con la cabeza y, aunque movía la boca, no dijo nada. Era viejo, tenía el cabello gris, los labios húmedos y movía los ojos como si estuviera loco.

—¡¿Qué?! —exclamó Neka, que se había distraído de la batalla por el repentino giro de los acontecimientos—. Se suponía que era Sabu, el *medjay* de Siwa.

Aparté a Aya a un lado.

—Tú lo sabías —le dije mientras la miraba fijamente—. Lo sabías,

¿verdad?

Ella se sacudió el brazo para liberarlo de mi mano.

—Claro que no lo sabía, solo lo supuse.

—Pues deberías…

—Lo intenté —aclaró. Así era.

Respiré hondo y dejé atrás el resentimiento que había empezado a crecer dentro de mí, pues, al fin al cabo, tampoco era su culpa.

—¿Y quién es entonces?

Aya se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió y miró al prisionero aterrorizado que retenía Kensa—. ¿Cómo te llamas?

—Sabu, Sabu —farfulló el hombre, con la boca abierta, los labios húmedos y los ojos muy abiertos por el miedo y la confusión—, *medjay, medjay*.

Los dos suspiramos. Daba igual lo que le preguntáramos, era evidente que sus respuestas no nos llevarían a ninguna parte.

—Deberíamos marcharnos de aquí —nos advirtió Neka, que estaba un poco más alejado. La tormenta apenas podía ocultarnos en aquel momento, y pronto habría desaparecido.

Neka disparó dos flechas al otro lado del foso que fueron recibidas con un grito de sorpresa y dolor; con un poco de suerte, aquello bastaría para mantenerlos a raya durante un rato.

—¿Me oís?, tenemos que salir de aquí. Ya charlaremos más tarde.

Lo cierto era que tenía razón.

De repente, de la oscuridad salió una flecha que se clavó en el suelo junto a Neka. A esa flecha le siguió otra, y luego otra más. Inmediatamente después, salimos corriendo de allí.

La tormenta estaba cesando y, por ende, la visibilidad mejoró. Entonces, oímos de forma inconfundible que los guardias de la torre se reagrupaban.

—¿Quién anda ahí? —alguien gritó como con cautela, y luego volvió a repetir la pregunta pero con más autoridad.

Sin embargo, ninguno de nosotros estaba de humor para responder. Todo nuestro variado grupo se sentía decepcionado y cansado por la batalla, así que simplemente salimos de allí y corrimos a toda prisa hacia la

tormenta. El viento ya no soplaba con tanta violencia, pero nos seguía sacudiendo, como si nos reprendiese y castigase por nuestra estupidez.

Miré a Aya y en sus ojos vi una gran pesadumbre y el deseo de haberse equivocado. Al otro lado de la puerta, el desierto se extendía ante nosotros; la arena se arremolinaba frente a nuestros ojos, pero apenas me di cuenta del tumulto que se había formado. Se oían gritos de guerra y un grupo de guardias se acercó corriendo desde uno de los laterales de la torre de entrada con las espadas en alto, mientras que otros se colocaban en sus posiciones con los arcos.

—Deteneos —nos ordenaron al unísono. Si se pensaban que íbamos a pararnos en seco, se equivocaron, porque nos hervía la sangre, teníamos el instinto de supervivencia al máximo y, aunque nos refrenamos un poco al verles, no nos detuvimos y seguimos adelante.

Neka sacó una flecha del carcaj, se dio media vuelta sin dejar de correr y la lanzó, todo en un solo movimiento. El disparo dio en la diana y uno de los arqueros cayó al suelo. Justo en ese mismo momento, un hombre armado con una espada se acercó corriendo e intentó bloquearle el paso a Kensa, pero la nubia levantó el asta de la lanza y atravesó al hombre con su arma.

Por el rabillo del ojo, vi que un segundo arquero apuntaba a Aya. Le grité para avisarla del peligro, pero mis gritos se desvanecieron entre los remolinos de la tormenta y me desvié de mi camino, en un intento por llegar hasta ella, mientras pensaba: «¡No!», y, a la vez, gritaba:

—¡Aya, al suelo!

Entonces, el arquero dejó caer su arma mientras se cogía el cuello, por el que sobresalía una flecha. ¿De dónde había salido esa flecha? No habían sido ni Neka ni Kensa. No tenía ni la más remota idea. Pero seguí corriendo, mientras le gritaba al resto de mi grupo que acelerasen el paso mientras, gracias a los dioses, dejamos atrás al último de los guardias.

Me acerqué a Aya corriendo.

—Hay alguien por aquí cerca… y, quienquiera que sea, te ha salvado la vida.

Me miró y me pregunté si estaba pensando lo mismo que yo y seguimos corriendo, sin dejar de escudriñar la tenebrosa oscuridad de remolinos en la

que nos sumíamos. Todavía no había ni rastro del arquero misterioso.

Kensa, Neka y el prisionero iban delante de nosotros; el templo quedó a nuestras espaldas y los gritos de los guardias sonaban cada vez más lejanos. La luz de la luna iluminaba nuestro camino y no dejamos de correr, todos juntos, sin perder el ritmo, hasta que, por fin, Kensa nos hizo unas señas y abandonamos el desierto para zambullirnos entre los árboles que rodeaban la isla. Nos chocamos contra matorrales secos hasta que, bajo nuestros pies, sentimos que el camino estaba húmedo y nos encontramos a la orilla del río Nilo.

Allí, Kensa levantó un puño para que nos parásemos, se puso en cuclillas y, con un gesto, nos pidió que nos acercásemos a ella. Le palpitaba el pecho, respiraba de forma entrecortada y miró a su equipo con unos ojos que irradiaban peligro y entusiasmo.

—Nos están siguiendo —dijo y se sobresaltó cuando una voz resonó en la oscuridad; al instante, Kensa tenía el arma en la mano, lista para atacar.

—No me extrañaría con el jaleo que estáis armando —dijo la voz y una figura dio un paso hacia delante. Todos nos pusimos en pie y el resto cogió sus armas.

Pero yo no. Había reconocido esa voz y una silueta familiar dio un paso hacia el claro, mientras hacía a un lado los matorrales con furia y nos observaba a todos nosotros con una mirada de exasperación en el rostro.

—Os voy a matar —dijo mi padre.

47

Cuando lo vi allí, en el claro, mi padre apenas había cambiado desde la última vez que lo había visto; quizá estaba un poco menos aseado sin la ayuda de mi madre. Llevaba la larga melena recogida hacia atrás, la barba un poco descuidada y tenía el rostro un pelín más curtido y arrugado que antes.

Y parecía desdichado. Mi padre no tenía la mecha corta, por lo general, tardaba en enfadarse. Mi madre siempre decía que se lo guardaba todo, que era como el agua que fluía despacio: la superficie lucía tranquila, pero las corrientes submarinas eran peligrosas y corrían a toda velocidad. Por desgracia, en aquellos momentos, se había roto la calma de la superficie. Tenía las mejillas encendidas y los ojos en llamas mientras nos lanzaba a todos una mirada acusadora.

—Sabu —dijo Kensa con un deje de ironía en la voz, al tiempo que meneaba la cabeza en una especie de saludo con el que, además, confirmaba sin palabras que él y yo teníamos cosas de las que hablar; cosas que no eran de su incumbencia. Neka también se apartó un poco y se alejó de la reunión que íbamos a tener mi padre y yo.

Mi padre, que estaba enfadado.

«¡Por los dioses!», pensé cuando mi padre se volvió hacia mí y me paralizó con su mirada. Qué diferente iba a ser nuestro encuentro a como me lo había imaginado. Los sueños de un niño pequeño, bien enterrados en mi interior. Había sido un ingenuo. No hubo un abrazo. Ni un saludo. Ni siquiera me dio las gracias. Solo…

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —espetó.

—Hemos venido a rescatarte… —respondí en vano.

Levantó los brazos, con el arco todavía sujeto en una mano.

—¿Acaso tengo pinta de que necesite que me rescaten?

—Pues no —contestó Aya con voz cansada y después señaló al pobre hombre que estaba agazapado a nuestros pies y que nos mirada fijamente, escondido por el miedo y la confusión, como si se estuviese refugiando de un desprendimiento de rocas a punto de ocurrir—. Pero él sí.

Mi padre se arrodilló para hablarle al prisionero recién liberado, y tanto el tono de su voz como sus formas se suavizaron:

—Has cumplido con tu tarea, Bes, lamento si has sufrido. Te lo agradezco a ti y a tu familia, y espero que todos vosotros disfrutéis de tu recompensa.

—Gracias, Sabu, gracias —respondió Bes mientras asentía con la cabeza de forma frenética. Tenía los ojos abiertos de par en par y los movía a toda velocidad y, si bien no podía decirse que estaba tranquilo, al menos parecía haberse serenado.

—¿Por qué le necesitabas? —pregunté—. ¿Por qué?

Mi padre suspiró y se enderezó con aires de resignación.

—La respuesta breve es que necesitaba tenderle una trampa a alguien y, por ende, necesitaba un cebo.

—¿Una trampa, para quién? —dijo Aya.

—Para un asesino… un asesino que va tras los *medjay*. —Se detuvo un momento—: Doy por hecho que, si habéis llegado hasta aquí, sabéis quiénes son los *medjay*, ¿no?

Asentí y nos miramos el uno al otro.

—¿Por eso te marchaste de Siwa? —preguntó Aya—. ¿No tenía nada que ver con Menna?

—Menna…

Mi padre pareció acordarse en ese momento del saqueador de tumbas y miró a Kensa, que, desde donde estaba, alejada de nosotros, asintió a modo de confirmación.

—Menna está muerto, Sabu.

—Muchas gracias, Kensa, muchas gracias. Eso significa mucho para

mí. —Se volvió hacia Aya—. No, no me marché de Siwa por Menna. Me fui porque me llegó un mensaje en el que me avisaban de que los *medjay* estamos en peligro.

—¿Por el asesino? —pregunté.

Mi padre asintió:

—Es un hombre que sabe lo que hace, Bayek. Acabó con Emsaf, un gran *medjay* lleno de talento, un luchador genial, explorador y rastreador. Este asesino es metódico y despiadado. Por eso esperaba poder sacarlo de su escondite.

—Lo lamento, Padre —respondí. Me desanimé y agaché la cabeza, pero mi padre apoyó las manos en mis brazos.

—Más adelante tendremos un montón de tiempo para que te eche la bronca por esto —dijo y se calló un segundo—. Pero, por el momento, me alegro de verte, de veros, y me complace ver que has mejorado desde que me marché de Siwa. Eso sí, tienes un par de malas costumbres que tendremos que pulir, pero estoy seguro de que…

—Esperad —susurró Kensa y levantó una mano para que nos callásemos.

—¿Qué pasa? —preguntó mi padre.

—Hay alguien por aquí —contestó Kensa—. Quizá tu trampa todavía pueda funcionar. Alguien se acerca. —Entrecerró los ojos y asintió despacio —: Y, sea quien sea, es bueno.

—Tiene que ser él. Vamos a acabar con esto, aquí y ahora —dijo mi padre y levantó el arco, con el gesto serio y resuelto, mientras el sol se alzaba en el cielo a su espalda. Con un gesto, les ordenó a Kensa y a Neka que se colocasen a los lados mientras él se puso en el medio, para atacar desde tres ángulos a quienquiera que nos estuviese espiando. Aya y yo nos levantamos, listos para ocupar nuestras posiciones. Mi padre asintió:

—Vosotros dos, juntos. Quedaos detrás. Estad atentos por si intenta llegar a nosotros por la retaguardia.

—No creo que pueda hacerlo… —empezó Neka.

—Ha conseguido llegar hasta aquí —espetó mi padre—. Emsaf lo subestimó y yo no voy a cometer el mismo error.

Nos dispersamos y alejamos de la orilla y, al hacerlo, dejamos a Bes

atrás. Cuando miré a mi izquierda, vi a Aya bastante tensa, y me di cuenta de que sus faldas, como estaban húmedas, se le pegaban a las piernas. Delante de mí, un grupo de moscas revoloteaba en el frescor matutino.

Hubo un momento en el que dejé de escuchar nada y había perdido de vista a los nubios y a mi padre. Parecía que, definitivamente, los guardias del templo habían abandonado su persecución. Entonces me pregunté si mi padre podría ser atrapado con facilidad en caso de que el cazador de *medjay* fuera tan bueno como él temía. Lo cierto es que lo dudaba.

Seguimos avanzando, temerosos a cada leve sonido de chapoteo y crujidos que oíamos mientras atravesábamos el sotobosque. Dentro de mí, tuve la misma sensación de emoción que cuando fuimos a la base de Menna, la sensación de que formaba parte de algo que valía la pena. Lo que me habría gustado poder expresárselo a mi padre para demostrarle que había crecido, que estaba empezando a tomar mis propias decisiones y estaba listo para llevarlas a cabo.

Entonces, dejé de pensar en aquello y me centré en el presente y en el trabajo que teníamos entre manos. Seguimos andando, paso a paso, conteniendo la respiración. Me percaté de que el sotobosque se estaba aclarando. La luz plateada que con anterioridad solo penetraba las copas de los árboles de vez en cuando había llegado a iluminar el suelo que teníamos por delante y el terreno era menos blando al pisarlo.

Después, me llegó un estruendo delante de nosotros y, pese a que escasos meses atrás habría pegado un bote del susto, en aquel momento me volví en dirección a la amenaza, preparado para enfrentarme a ella. Algo se movió de manera repentina y escuché un crujido y un grito que no fui capaz de entender seguido del inconfundible silbido de las flechas saliendo disparadas. Justo después, se escuchó un grito de dolor.

Aya y yo nos agachamos en seguida y desenvainamos nuestras espadas. En frente de nosotros se escucharon más flechas y, luego, la voz de mi padre, que gritaba:

—¡Muéstrate ante mí, asesino!

Sin embargo, no recibió respuesta alguna.

Mientras seguíamos agachados, la quietud matutina volvió a reinar. Quería llamar a mi padre, pero no lo hice para no desvelar nuestra posición.

Me pregunté por qué, aun siendo cinco, tenía la sensación de que no éramos los cazadores, sino la presa.

De súbito, un sonido que provenía de cerca de nosotros llamó nuestra atención: mi padre me llamaba en voz baja.

—Bayek.

—¿Padre?

—¿Estás bien?

—Estoy ileso, ¿y tú?

Apareció de entre la penumbra seguido por Kensa y Neka.

—Creía que lo tenía, pero no he encontrado el cuerpo —dijo.

Mientras tanto, Kensa se puso de cuclillas con una mano en la lanza y la otra apoyada en el suelo. Abrió completamente la mano y ladeó la cabeza como si pudiera escuchar a través de las puntas de sus dedos. Luego, mi padre, señalando con su mentón, nos ofreció que nos uniéramos a ellos.

—Buen trabajo —murmuró.

Estaba seguro de que Aya se sentía tan orgullosa como yo.

—¿Sigue por aquí? —preguntó mi padre a Kensa.

—No lo sé —respondió ella con un ceño fruncido que desveló que no quería admitir que no había sido capaz de seguirle el rastro—, no sé dónde está…, si es que acaso sigue por aquí.

—Una cosa es segura: ha estado aquí —dijo mi padre, e hizo un mohín —. Juraría que una de mis flechas le ha dado. Sea lo que sea que eso implique, por lo menos conocemos los puntos flacos de nuestro enemigo.

«¿Y cuáles son?», quise preguntar, pero me mordí la lengua.

—Además, es un hombre que sabe reconocer cuándo la suerte no está de su parte —añadió Kensa.

Justo entonces, la niebla de la madrugada nos trajo el sonido de una voz: «*Medjay*». Nos quedamos todos quietos mientras Kensa intentaba localizar de dónde venía el sonido. «*Medjay*, pronto nos encontraremos y ajustaremos cuentas».

Tras esto, oímos a Bes gritando y repitiendo la misma palabra una y otra vez:

—Sabu, Sabu, Sabu, Sabu —dijo entre alaridos.

Volvimos a atravesar el sotobosque, pero esta vez todos juntos, con las

armas preparadas. Mi padre, Kensa y Neka iban delante y Aya y yo, detrás, listos para atacar y vigilando con mucho cuidado para no caer en una trampa o emboscada.

Bes estaba en el mismo lugar en el que lo habíamos dejado y volvía a temblar de miedo. Levantó la mirada hacia nosotros y, con los ojos muy abiertos, repitió, una y otra vez: «Sabu, Sabu». Debajo de sus desorbitados ojos, se había llevado las manos a las mejillas.

—Demonio, demonio, demonio… —repitió esta vez.

En mi vida había visto a un hombre tan aterrorizado y, sin embargo…

—Sangre —dijo Kensa a la vez que señalaba la túnica del hombre.

—Bes, ¿estás herido? —le preguntó mi padre, que se arrodilló junto a él en busca de heridas.

—No, Sabu —farfulló—, el demonio ha sido herido.

Mi padre se levantó, suspiró y dijo:

—Así que el demonio también sangra.

PARTE III

48

Muchos años después

Durante aquellos años, Bion recordó a menudo la noche de la tormenta. Podría haber terminado su misión en aquel momento si no hubiera sido por aquel afortunado disparo de Sabu que le infligió una herida por la que tuvo que retirarse y pasar varios meses de recuperación. De no haber sido por su preferencia por las luchas cuerpo a cuerpo, o por sus mediocres aptitudes con el arco…

«Habría dado lo mismo», pensó. La tormenta de arena les había supuesto una importante ventaja en muchos sentidos y, después, habían podido reorganizarse en un frente unido. No creyó que un arco le fuera a servir de mucho, era un arma que, por inclinación personal, no había pensado en usar. Quizá. Todavía. ¿Y si sí le hubiera sido de ayuda? Si hubiera sido un arquero diestro, igual podría haber terminado con todo aquella misma noche, herido o no, pero habría cumplido su misión. Podría haberlo hecho, mas se había centrado en matar a sus víctimas en luchas cuerpo a cuerpo y no tanto desde una mayor distancia.

O puede que todo se debiera al viento, a la tormenta y al talento con el arco del *medjay*, que era excepcional, por muchas excusas que intentara encontrar él. Aun así, siempre acababa pensando que sus carencias con el arma de largo alcance habían supuesto su perdición.

Además, Raia siempre se regodeaba burlándose de él por eso mismo, ya que el soldado, por supuesto, era un arquero ducho.

—Es que te gusta demasiado matar —le había dicho con aquella sonrisa de complicidad suya, como si conociera íntimamente a Bion—. Te gusta demasiado ver en los ojos de tus víctimas cómo pierden la vida, cara a cara. Esa es tu manera de hacer las cosas, ¿me equivoco?

Bion, que siempre se había sentido orgulloso de su imperturbabilidad, se preguntó si realmente era tan hermético como creía. Sabía que era un monstruo, siempre lo ha sabido, pero creía que al menos había aprendido a esconderlo y a camuflarse lo suficientemente bien. Sin embargo, era cierto que Raia era el que mejor lo conocía. Habían trabajado juntos durante muchos años y jamás le había juzgado. El asesino pensó que otros seguramente no habrían sido tan tolerantes.

Fuera como fuera, su virtud como asesino de Raia había acabado siendo su defecto aquella noche en Elefantina. Entre la tormenta y la herida, se había complicado demasiado la cosa y se había visto obligado a retirarse de la lucha, a replantearse muchas cosas y a asentarse en las Tierras Rojas, en la cabaña abandonada de un pastor, para allí recuperarse y ponerse en marcha otra vez mientras se preguntaba si volvería a ver su hogar.

Finalmente, se curó y volvió a entrenar para compensar por los meses que había perdido recuperándose. Gracias a practicar con tesón, logró mejorar con el arco, hasta llegar a un dominio absoluto del arma, como ya lo hacía con otros aspectos a la hora de asesinar.

Con el tiempo, Bion continuó con sus investigaciones, las cuales le llevaron a Tebas. Una vez allí, fue a la necrópolis y encontró la tumba que había estado buscando, aunque no había indicios de que los nubios hubieran estado allí.

Afuera, vio a un anciano al que saludó y cruzó el cementerio para hablar con él. El cielo estaba completamente despejado y, por encima del hombro de aquel anciano, el asesino pudo ver la ciudad, destrozada y hecha estragos por la guerra, aunque aún conservaba su grandiosidad y su belleza, como si los dioses hubieran evitado que nada feo pudiera mancillar su creación.

La fealdad se encontraba en los hombres, eso Bion lo sabía mejor que nadie. Al fin y al cabo, él también era uno.

El anciano conocía a los nubios, pero dijo que se habían ido a otro lugar.

—¿Sabes a dónde? —preguntó el asesino.

El hombre negó con la cabeza. No estaba muy seguro, pero creía que algunos se habían marchado al sur, aunque no todos.

—¿Se han dividido?

—Sí, unos tuvieron un bebé y se marcharon, puede que quisieran empezar una nueva tribu en otro lugar, ¿quién sabe?

Aquello era lo único que pudo saber acerca del paradero de los nubios. Bion se fue de allí y pensó que podrían haber sido unos oponentes dignos, pero ya no estaba interesado en ellos, puesto que no eran su objetivo principal. Su misión consistía en encontrar a los *medjay*.

49

Poco después de que Bion llegase, a lo lejos apareció una persona montada sobre un camello. Había visto aparecer al jinete poco a poco, entre la templada calima: una pequeña manchita que se convirtió en una silueta y que, después, se convirtió en una persona.

Su mensajero. Cuando, años atrás, Bion había contratado a Sumi para que informase a Raia, quien seguía en Alejandría, de sus novedades, el mensajero no era más que un chaval. Se había llevado el medallón de Hemon y, además, le había informado al excomandante de que Bion había dado caza al último *medjay*.

Había recibido la respuesta de Raia: «¿Por qué estás tardando tanto en cumplir con tu misión?».

Sentado en la cabaña del pastor, apenas amueblada, Bion había pensado en Raia. Se había imaginado al comandante en su casa de Alejandría, con la hiedra creciendo por los muros de su patio central, mientras le gritaba a Sumi, colérico, y se preguntaba por qué no podía controlar a su asesino errante. Por un momento, había sido divertido imaginarse el gran enfado que habría sentido Raia: el sedicente soldado que, en esos momentos, se veía tan indefenso como los estudiantes a los que le encantaba maltratar.

Así que Bion había enviado a Sumi, que por aquel entonces ya era un hombre joven, para que le recordase a Raia que las cosas se habían complicado tanto durante todos esos años porque el *medjay* se había enterado de su llegada. Le recordó a Raia que era culpa suya que esa información hubiese llegado a oídos de sus enemigos. Ya que, al fin y al

cabo, había sido su traductor el que había informado a Rashidi, el historiador, quien a su vez había avisado a los *medjay* de los planes de la Orden. Si no hubiese pasado todo eso, la misión de Bion ya habría terminado bastante tiempo atrás y Raia tendría más medallones que añadir a su colección.

La respuesta a su mensaje había llegado y Sumi, con mucha cautela, se había bajado del camello y había repetido lo que le había dicho Raia:

—Raia quiere que regreses a Alejandría para poder… y cito textualmente: «Trazar una estrategia». Quiere que vuelvas de inmediato.

—Dile a Raia que ya tengo un plan listo —había dicho Bion—. Dile que le pido encarecidamente que confíe en mí. Que pronto recibirá noticias mías.

Y, en esos momentos, había llegado la respuesta del comandante.

Vio cómo Sumi se acercaba con cautela y sirvió un poco de agua para los dos. Cuando el mensajero llegó, se sentó con las piernas cruzadas para beber y charlar un poco.

—Raia tiene una casa muy bonita, ¿verdad? —Sumi miró a su alrededor, como si estuviese comparando los dos estilos de vida, que distaban mucho el uno del otro. Una charla trivial llena de nervios. Aferraba con fuerza el vaso de arcilla con ambas manos.

—Sí —respondió Bion con voz cansina, asintiendo—. El comandante siempre ha sido partidario de aceptar el lujo donde fuera que lo encontrase.

—¿Y delega en ti las tareas que quedan fuera de su alcance?

—Por así decirlo, sí.

—Te tiene miedo —soltó Sumi y Bion sintió que el joven también le temía. Bion aprobó su miedo. Era importante entender cuándo uno se encontraba delante de la muerte. El joven tenía buen ojo.

—Quedamos en que no harías preguntas —replicó Bion—. Venga, cuéntame. Supongo que le hiciste llegar mi mensaje, ¿no?

Sumi asintió con un rápido movimiento, tan rápido que Bion se imaginó que podía oír el ruido del cerebro del muchacho estrellándose contra su cráneo. Sumi era todo ojos bien abiertos, y extremidades llenas de puro nervio.

—Le hice llegar tu mensaje. No se puso muy contento al escucharlo. —

Sumi se frotó la mejilla y frunció el ceño al recordarlo—. Creo que tuve suerte de salir de allí con vida.

Sumi se calló y Bion supo que, en esos momentos, el joven se preguntaba si podría salir vivo también aquella vez.

—¿Quiso saber dónde estaba?

—Dijo que era consciente de que era mejor no saberlo.

Alivio, alegría y honestidad.

—¿Y qué me traes de su parte?

—Dice que ya han pasado muchos años. Que le gustaría que acabases con el trabajo. —La voz de Sumi sonó casi con un tono de disculpa y Bion no dudó ni por un instante de que el mensaje original no había sido enunciado con tanta cautela.

«Claro que quieres que termine el trabajo», pensó Bion. «Cómo no».

—¿No le contaste nada más?

El mensajero negó con la cabeza. Sumi y Bion habían trazado una especie de plan: Sumi había reclutado a varios pilluelos, bribones y pillines (niños de la calle de toda la región) y, a su vez, esos niños de la calle habían reclutado a más niños de la calle, y así sucesivamente, todos en busca de Sabu, Bayek y la chica, y todos y cada uno de ellos tenían que informar a un contacto, quien a su vez informaría a otros contactos, quienes informarían al sonriente Sumi. Este, a su vez, informaría a Bion cuando tocase.

A Bion, que había aprendido a manejar el arco. A Bion, que se había recuperado de una herida que, quizá, podría haber lisiado a un ser inferior. A Bion, que, en esos momentos, deseaba acabar por fin con la misión que le habían encomendado, sin importarle lo que de verdad quisiese Raia. Bion se despidió del mensajero. Sabía que obtendría una recompensa por su paciencia. Algún día.

Un día, mucho tiempo después, Sumi regresó a ver a Bion, solo que esta vez Bion no esperaba su visita y, cuando vio por el horizonte cómo se acercaba el camello a su casa, se permitió ilusionarse con la idea de que, después de todos esos años, por fin habían encontrado al último *medjay*.

Y así había sido.

—Te traigo noticias —le comunicó Sumi cuando estaban sentados bebiendo una cerveza fuerte de sabor acre—, y creo que estas te van a gustar.

Sus ojos se posaron en la bolsa de Bion, pero no hizo nada irrespetuoso; le atraía demasiado el dinero, a pesar de lo que le preocupaba que le matara.

—Continúa —dijo Bion.

—Sé dónde está el trío que buscas.

—¿En serio? ¿Sabes dónde están los tres?

Sumi afirmó con la cabeza, seguro de lo que había dicho.

—Así es, los tres. Deben de llevar acampados allí desde hará más o menos un par de meses.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Enviaron un mensaje.

Bion negó con la cabeza, casi sorprendido.

—No, no serían tan descuidados como para implicar a otra persona.

—No es solo a una persona —apuntó Sumi, que, seguidamente, dio un trago a su cerveza—. Recibí el mensaje de un chaval que lo recibió de parte de otro. El primero es mi contacto.

—Entonces ¿sabías de dónde venía el mensaje pero no a dónde iba a llegar?

—Sí, pero lo puedo descubrir, si quieres —Sumi, que esperaba su recompensa, enseñó los dientes y levantó una mano, atemorizado pero resuelto.

—Necesito que lo hagas —dijo Bion, que pensó: «Algo va mal. Esto me huele a chamusquina».

El asesino se inclinó hacia delante y le indicó al mensajero que se acercara a él. Su invitado vaciló un instante, pero se aproximó.

—¿Estás seguro de que eso es todo? ¿No hay nada más que me quieras decir? Sí es así, te garantizo que, a la larga, será mejor para ti que lo hagas.

Sumi se apartó y, con un semblante serio, negó energéticamente con la cabeza.

—No, me vas a pagar bien y he trabajado muy duro para ti, y lo voy a seguir haciendo.

Dudó un instante hasta que finalmente se atrevió a decir:

—Eres la persona más terrorífica que conozco y no pienso engañarte.

Bion asintió, pues sabía que el mensajero le estaba diciendo la verdad. Bebieron el resto de la cerveza en silencio.

Un poco después, cuando Sumi se dispuso a marcharse, el asesino le dio una bolsita llena de monedas. El joven miró la bolsita y la sopesó; casi no podía creer lo que tenía en la mano. Cuando levantó la vista hacia Bion, por un momento dejó de tener miedo.

—No vas a volver, ¿verdad? —preguntó.

—Si la información que me has dado es correcta, no tendré por qué hacerlo.

Sumi asintió.

—Gracias —dijo el joven.

Más tarde, Bion preparó sus pertenencias y abandonó el lugar en el que se había alojado durante tantos años. Por fin estaba listo para cumplir su misión.

50

—Me gustaría casarme con Aya.

Mi padre bajó la espada. Momentos antes había estado atento y centrado en enseñarme a pasar de una posición defensiva con el pie izquierdo hacia delante a un contraataque, pero entonces su semblante cambió a una expresión pensativa.

—Entiendo. —Frunció el ceño y yo me armé de valor para enfrentarme a una discusión que jamás llegó—. Entonces hazlo.

Habíamos dejado una caravana de camellos hacía unos días y acampamos en los límites del desierto. Aquella mañana salí de la tienda que compartía con Aya, eché un vistazo al refugio de mi padre (desde donde lo escuché roncar débilmente) y luego observé detenidamente el desierto, aquella extensión de arena con algunos árboles al horizonte y, a lo lejos, una ciudad.

El aire transportaba la esencia salobre del mar y el olor a humedad de una mañana que se estaba preparando para que el sol la iluminara. Todo aquello seguía igual que siempre, el mundo en el que estaba no había cambiado, pero ¿y yo?

Yo sí que había cambiado. Había cambiado tanto que nadie habría podido reconocer en mí al muchacho de quince años que se había marchado de Siwa hacía años.

Era diferente. Tenía claro cuál era el camino que debía seguir y me

estaba entrenando para ser un *medjay*.

—Necesitas más entrenamiento.

Mi padre siempre me decía lo mismo cada vez que me atrevía a decirle que quizá tras tantos años de entrenamiento merecía ser llamado como tal de una vez por todas. Sin embargo, nunca me decía cuándo iba a estar listo. Tan solo decía que, cuando llegara el momento, él lo sabría y, cuando lo supiera, yo sería la segunda persona en enterarme.

Tras aquella noche en Elefantina, nos despedimos de Kensa y Neka, que iban a volver a Tebas para reunirse con su tribu mientras nosotros seguíamos yendo de un lado a otro. Mi padre, Aya y yo debíamos ir un paso por delante del asesino que, a pesar de su herida, aún preocupaba a mi progenitor. Era como un fantasma, un «demonio» que lo acechaba.

Lo primero que decidimos hacer fue buscar al Anciano, cuyo nombre era Hemon, y a su pupilo, Sabestet. Pasamos varios meses de viaje hasta llegar a su casa en Dyerty, pero, cuando llegamos allí, estaba deshabitada y descuidada. Mi padre echó un vistazo y dijo:

—Por todos los dioses, otra vez no.

Después de visitar la casa abandonada, fuimos a la ciudad y allí nos confirmaron lo que ya sospechábamos: habían asesinado a Hemon y a Sabestet.

Mi padre no se tomó nada bien aquello, y las cosas cambiaron. Se retrajo en sí mismo durante un tiempo, como si estuviera buscando consejo en algún lugar de su interior. Durante aquella época, Aya y yo cuidamos de nosotros mismos y le ofrecimos a mi padre todo el apoyo que pudimos darle.

Le costó un poco, pero al final salió de su abstracción y, un día por la mañana que salimos a cazar, anunció:

—Tu entrenamiento para convertirte en *medjay* empezará mañana.

Reconoció que no me había enseñado en serio en el pasado, al menos de la sutil manera en la que mi padre admitiría algo así. Así pues, primero vino una fase a la que llamó «el desaprendizaje» y en la que debía desprenderme de todas las malas costumbres que, al parecer, había adquirido. En aquel momento, mis pensamientos volvieron a los días en los que Aya y yo practicábamos con la espada en Tebas. Según mi padre, muchas de las cosas

que hicimos allí estaban mal ejecutadas, aunque no eran un completo desastre teniendo en cuenta que habían sido improvisadas y aprendidas de forma autodidacta.

No dejamos de movernos de un lado a otro, fueron unos años en los que, tal y como decía Aya, estábamos «a la fuga». Creo que entrené en todas las ciudades y pueblos de la región y, en ellas, perfeccioné mis habilidades y me convertí en un experto del tiro con arco; conseguí hacer de la muerte y la defensa mi oficio. Además, me instruyó en la historia y las costumbres de los *medjay*. Antaño, esos dignos guerreros, a cuyas filas esperaba unirme, tenían el estatus de los *phylakes* o de la Guardia Real. Eran los protectores del pueblo, el *meketyou*, de los templos y las tumbas, de las estatuas y de los ídolos. Eran los guardianes de la vida cotidiana pero también de las personas, pues mantenían a raya las fuerzas externas que nos amenazaban.

Tal y como Nitocris, la sacerdotisa, me había contado, mi padre reafirmó la idea de que, aunque habían protegido templos y tumbas (y, en el caso de Siwa, todavía los protegía), el poder y las influencias de los *medjay* habían disminuido con el paso de las décadas. Ya no eran unos dignos centinelas de verdad, que protegían los muros, la carne y el hueso. Por aquel entonces, reducidos, protegían algo más importante: un estilo de vida conceptual, una ideología. Sin embargo, hay un asunto fundamental en el que la sacerdotisa y mi padre no coincidían. Para él, Egipto era un país sobre el que otros imponían sus propias creencias. Primero había sucedido con las ideologías de Alejandro y, en esos momentos, las voces romanas pedían a gritos que se las escuchase y, durante todo ese tiempo, nuestros compatriotas habían permitido con felicidad, mejor dicho, entusiasmo, todos esos cambios. La gran ciudad de Alejandría, que Aya tanto quería, se había erigido a imagen de nuestro conquistador.

—No pedimos esta forma de vida. Nos la han impuesto —dijo mi padre —. Nos piden que adoremos a unas estatuas, al poder y al oro, y todas esas cosas están alterando el viejo orden; están reemplazando a los dioses, Bayek. Pero los *medjay* pueden alzarse de nuevo, restaurar los principios según los que regíamos nuestra vida en una época más sencilla, menos corrupta. Formamos parte de eso, Bayek. Un día, serás el transmisor de

nuestro credo. Nos alzaremos de nuevo, hijo mío. Hemon previó un resurgimiento de los *medjay*. Lo planeó, y tú y yo somos la clave de su éxito. El destino de los *medjay* recae en nosotros.

Aparte, por supuesto, estaba Aya. A pesar de que nada había cambiado entre nosotros, era como si todo hubiese cambiado. No es que le tuviese mucho cariño a mi padre, y el sentimiento era mutuo. Los dos se soportaban básicamente por mí. Mi padre no ocultaba el hecho de que, en su opinión, ella jamás podría ser *medjay* (al menos no una de verdad) y, en su presencia, Aya no demostraba ningún interés por la hermandad. Su necesidad por aprender supuso que, a menudo, Aya me interrogase por la noche, aunque pocas fueron las veces en las que expresó su opinión al respecto. Se limitaba a escuchar, aunque para mí era evidente que tenía sus dudas. Aya vio lo mucho que significaban para mí las enseñanzas de mi padre, sin importar sus sentimientos, y a pesar de que los principios de los *medjay*, tal y como me los explicaba mi padre, pudiesen coincidir con los suyos o no. Nunca estuve seguro. Al fin y al cabo, su corazón pertenecía a Alejandría: era muy ducha en el erudito pensamiento de la ciudad. Sin duda, eso también implicaba que apoyaba su ideología progresista.

Quizá tendríamos que haber hablado más de ese tema.

Sin embargo, había algo en lo que ambos, mi padre y Aya, coincidían: que debía ser el instructor de Aya, tal y como mi padre lo era conmigo. Aya había afirmado que enseñando se podía aprender y mi padre se había mostrado conforme. Por eso, se estableció una rutina; por las mañanas entrenaba con mi padre y, por las tardes, con Aya, y pasaba de ser alumno a maestro.

Fue una época feliz, al menos para mí, y creo que para ella también, porque fueron los momentos que más se asemejaron a nuestra infancia en Siwa y a los meses que pasamos en Tebas, cuando estábamos más… unidos. Enseñando, aprendiendo y, cuando terminábamos, disfrutando de nuestra compañía. Entre sus brazos encontraba consuelo. De sus labios saboreaba el éxtasis. Fueron unos días emocionantes, una época que vivimos encantados con el amor y la alegría de descubrir a los guerreros que llevábamos dentro.

Pero, como todo en esta vida, tenía que terminar y, en gran parte (quizá completamente) fue culpa mía, porque de hecho, al principio, durante

muchos años, sentí que Aya era feliz con la vida que llevábamos. Siempre estábamos en movimiento, pero era una aventura y ella la disfrutaba; le encantaba aprender.

Pero a mí también, y a medida que mi aprendizaje progresaba, ocurrió algo que no pude evitar. Empecé a orbitar alrededor de mi padre. La alegría me embargaba al conseguir, por fin, vislumbrar al hombre que había tras toda esa fachada. Al sentir que por fin conectábamos como padre e hijo. Sin embargo, vi cómo afectaba eso a mi relación con Aya, así que tomé la decisión que, esperaba, equilibrase las cosas. Decidí que teníamos que ser marido y mujer.

Me sorprendió que mi padre lo hubiese consentido.

Ya había conseguido lo más difícil, pues estaba seguro de que Aya me diría que sí.

51

—No —contestó Aya. La tenía delante, de pie, con el brazo de la espada relajado. La situación se asemejaba, de una forma extraña, a la charla que había tenido esa misma mañana con mi padre.

—¿Qué? ¿Por qué? Ya lo he hablado con mi padre y se alegra por nosotros. —Vi cómo se le ensombrecía el rostro y, al segundo, intenté rectificar—: Quiero decir, bueno, ya sabes que podría habernos puesto las cosas un poco difíciles. Pero está feliz, orgulloso. Quiere que estemos juntos. —Aya no dejaba de negar con la cabeza, pero yo seguí hablando—: Y, cuando termine mi formación, regresaremos a Siwa para que pueda no solo aceptar el cargo de *mekety*, sino también ser *medjay*.

—No —repitió, con rotundidad—. Lo siento, Bayek, pero no lo haré.

Cerré los ojos.

—Podemos tener un hogar, formar una familia. Le pediré a tu tía su aprobación. —Aya se apartó y se le oscurecieron los ojos por el dolor, pero no me di cuenta de la importancia que tenía hasta poco después. Seguí hablando—: Con el tiempo, mi padre se retirará y la protección de Siwa estará en mis manos. Seré su guardián, su protector, Aya, y ayudaré a mantener vivas las costumbres de los *medjay*... Pero, lo más importante es que estaremos juntos. ¿No quieres? ¿No quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

Aya levantó la cabeza, echó los hombros hacia atrás y, después, enterró la punta de su espada en el suelo; esta se quedó ahí clavada. La espada vibró un poco. Aya, los ojos en llamas, me dijo:

—Bayek, no sé ni por dónde empezar, en serio. La esposa del protector de Siwa. La esposa de un *medjay*. ¿Te has parado a pensar si de verdad creo en la ideología de los *medjayi*? ¿Acaso no crees en ella?

—Quizá, o quizá no. No te he preguntado eso. Te he preguntado si te has parado a pensarlo.

—A ver, no, pero…

—Pues claro que no, claro que no te has parado a pensarlo ni un minuto, porque tienes la cabeza llena de todas esas… —Movía las manos alrededor de su cabeza a toda velocidad, como si intentase espantar a un enjambre de moscas—. *Ideas* y no tienes la intención de cuestionártelas —explotó—. ¡Bayek, te está reprimiendo!

Sus palabras provocaron un arranque de cólera en mí. Durante todos esos años, ella me había dado mi espacio, me había dejado trabajar en mi relación con mi padre. Pero, durante todo ese tiempo, una parte de mí se había hecho preguntas. Era una parte de mi ser que, por aquel entonces, no quería reconocer. No estaba preparado para hacerlo. Aparté todas las dudas que tenía y, en su lugar, insistí en mis argumentos.

Extendí las manos hacia ella, como si intentase salvar la distancia que había entre nosotros, una distancia que parecía aumentar con cada segundo que pasaba.

—Te tengo a ti —dije—. Te tengo para ayudarme a cuestionarme las cosas. Para aprender todo lo que pueda. Tú no permitirías que me convirtiese en una persona displicente. Él también lo sabe.

Aya negó con la cabeza.

—Pero ¿te has parado a pensar en lo que puede que quiera yo? —Me sentí inseguro, como si viajase a la deriva. Era una pregunta justa. Pero, aun así, todavía estaba enfadado. Al principio de mi entrenamiento, había intentado hablarlo con ella. Había intentado preguntarle… pero ella se había negado, alegando que sentía respeto por lo que intentaba construir con mi padre—. Y una cosa más: dices que estás dispuesto a pedirle su aprobación a mi tía, ¿y qué pasa con mis padres, en Alejandría?

—Pero si llevas años sin hablar con ellos, no los ves desde que eras una niña —solté, a la defensiva. Pero, por dentro, creía que Aya tenía razón. Si se me hubiese pasado por la cabeza la idea de viajar hasta Alejandría y

convencer a su padre de que era el candidato idóneo para casarme con su hija, como marcaba la tradición, seguro que habría desechado la idea al segundo.

Bueno, tenía un montón de razones para convencerle: era hijo de *medjay*, estaba destinado a convertirme en el protector de Siwa y llevaría una vida acomodada como uno de los habitantes más respetados de la ciudad. Tenía mucho que ofrecerle a mi mujer en potencia, no era eso lo que me preocupaba. Y, aun así, la idea de hacerlo, la idea de hacer ese viaje a Alejandría, me provocaba más miedo que la idea de luchar contra cualquier hombre. Y, como me di cuenta a medida que hablaba, una parte de ese miedo era en gran medida a causa de que mi padre no dejaba de recordarme lo importante que debía ser Siwa para mí. Cómo, por sobre todas las cosas, lo que más tenía que importarme era proteger tanto mi ciudad natal como a todo el pueblo de Egipto.

Aya lo sabía. Me leyó la mente, y eso contestó a su propia pregunta.

—No, confiabas en no tener que hacer partícipes a mis padres, los alejandrinos, en esto, ¿verdad? ¿Acaso no representan todo lo que le preocupa a tu padre? Su hijo, al descubierto. Un posible objetivo para todos, sin excepción, a causa de su herencia secreta.

—Eres siwana.

Aquella fue una respuesta poco convincente y lo sabía.

—Soy alejandrina de nacimiento. La gran ciudad fue una vez mi hogar, y espero que lo vuelva a ser algún día, ¿o acaso has olvidado eso, Bayek, hijo de Sabu? ¿Has olvidado que mi sueño es que algún día pueda estudiar en la gran biblioteca de Alejandría? ¿O has dado por sentado que simplemente voy a renunciar a ese plan para quedarme a tu lado y luego acabar abandonada en casa, sola como tu madre, Ahmose?

En aquel momento me quedé sin palabras. Lo único que sabía era que aquella situación se nos estaba yendo de las manos a gran velocidad. Imaginé que me precipitaba como un animal asustado en dirección contraria.

Sin embargo, Aya también tenía razón. Muchas veces me había sentido preocupado por mi madre, que se había quedado sola en casa. En numerosas ocasiones había estado a punto de preguntarle a mi padre sobre

ella, pero siempre me había detenido antes de pronunciar su nombre, por miedo a que su mención creara una brecha aún mayor entre nosotros dos.

—¿Alguna vez te has parado a pensar que, mientras tú decidías tu propio camino, yo podía estar considerando el mío? —dijo ella.

—Claro que sí —respondí. Odié la desesperación que oí en mi voz y lo que había podido parecer debido a ella.

No podía dejar las cosas así, tenía que convencerla.

—Mentira —replicó ella—, lo único que has hecho ha sido encontrar una manera de complacer a tu padre.

—¿«Complacer a mi padre»? ¿Cómo? Él aprueba nuestra unión, si es eso a lo que te refieres.

Aya sacó su espada clavada del suelo para luego volver a estrellarla contra este. No obstante, si aquello lo hizo para disipar un poco la rabia que sentía, no sirvió de nada, ya que, cuando habló, pareció que la ira saliera de su boca.

—Jamás le he gustado a tu padre.

—Pero si acabas de decir…

—Por todos los dioses, Bayek, ¿no te das cuenta? ¿Qué es lo que me has estado contando todo este tiempo? ¿Y qué te ha estado contando tu padre? Te ha estado hablando de la estirpe de los *medjay*, ¿me equivoco? Y de que tiene que continuar. Por eso está de acuerdo en nuestra unión. No tiene nada que ver con lo que él piensa de mí. A él le da igual que esté entrenándome por encima de mis posibilidades para protegerme a mí misma y a su heredero, lo único que le importa es que supongo la mejor oportunidad que ha encontrado para seguir con su estirpe. Ahora mismo él y tú sois los únicos *medjay* reales que posiblemente queden en todo Egipto, así que quiere que haya otro más, y utilizará a quien le convenga para que así sea.

Me estaba empezando a enfadar, no por lo que ella había dicho, sino porque sabía que tenía razón. Deseé que aquello no importara, ya que, al fin y al cabo, nos amábamos el uno al otro. Sin embargo, a Aya sí que le importaba, y mucho.

Levanté las manos e intenté buscar unas palabras que, aunque no fueran apaciguadoras, reflejaran lo que sentíamos los dos. A cambio, solo fui capaz

de formular una pregunta:

—¿Por qué nunca me has dicho que te sentías así?

Aquello la pilló por sorpresa y, aunque estaba preparada para dar una respuesta, dudó, claramente afectada.

—He… he sido una estúpida. —Agachó la cabeza, respiró hondo y me ofreció una sonrisa de aflicción—. Quería darte la oportunidad de que conocieras mejor a tu padre, así que decidí mantenerme un poco al margen, pero, al hacerlo, también dejé de hablarte.

Eso explicaba por qué al principio nunca me había respondido cuando le había preguntado qué pensaba acerca de las enseñanzas ideológicas de mi padre en lo que respectaba a los *medjay*.

—No es tu culpa —aclaró ella—. Tú intentabas preguntarme, pero yo… no quería interponerme entre tú y él. Tendría que habértelo dicho —dijo, circunspecta y abatida.

—Me parece que yo tampoco te he dado la oportunidad para decírmelo —le dije en voz baja a la vez que estiraba los brazos.

Ella aceptó mi abrazo por voluntad propia y los dos nos quedamos sin decir nada mientras reflexionábamos sobre lo mucho que nos habíamos acercado el uno al otro en algunos aspectos y cómo nos habíamos distanciado en otros. Teníamos mucho de lo que hablar.

—Ya hablaremos de mi propuesta en otro momento —le ofrecí—. Por el momento, centrémonos en arreglar las cosas entre nosotros. —Pude sentir cómo ella sonreía y a mí me inundaba algo de paz—. Seguiremos entrenando. Tomémonos nuestro tiempo.

Ella negó con la cabeza y, con delicadeza, me soltó y se apartó de mí a la vez que se preparaba para decir:

—Bayek, no podemos. Tengo algo que decirte.

—¿De qué se trata? —Estaba desconcertado, pero no enfadado; confuso, pero ansioso por hablar sin rodeos, como no habíamos hecho durante aquellos años.

—Se acabó el entrenamiento, he decidido que voy a volver a casa.

52

Evidentemente, sabía a qué se refería, pero, aun así, no lo quería admitir, ya que, si lo hacía, reconocería que era verdad, y no quería que fuera verdad.

—¿Volver al campamento? —pregunté.

Aya negó con delicadeza.

—No, Bayek, a Siwa.

—Pronto volveremos todos allí, cuando…

Ella suspiró y vi que volvía a mostrarse un poco exasperada.

—¿Te refieres a cuando termines tu entrenamiento? ¿A cuando tu padre esté seguro de que te ha lavado el cerebro del todo? ¿A cuando hables con tanto misterio como él? ¿A cuando deje de temer por ti? ¿Eso es lo que deseas? Volveremos a Siwa cuando él y solo él lo decida, cuando él lo diga.

—Nos están buscando, no lo olvides.

En aquel momento, no entendí por qué tenía tanta prisa. Aunque, si uno se fijaba bien, era obvio.

Con la mirada hacia otro lado, los brazos cruzados y el mentón levantado, respondió:

—No, no lo olvido. No se me ha permitido olvidarlo aunque no haya rastro de nuestro perseguidor. No lo ha habido desde hace años, Bayek, ¡años!

—Que han durado un suspiro.

Con un sonido sordo, se echó la mano al pecho.

—Para mí no. Para mí no han «durado un suspiro» porque he sido yo la

que no ha estado siguiendo su camino, ¿recuerdas?

—¿Y por eso te vuelves a casa?

Estaba perplejo, pero al menos lo estábamos hablando. También noté que ella se tranquilizaba al darse cuenta de que aquella charla era buena, aunque el tema fuera… complicado de llevar.

—No.

—Entonces… —Me detuve ahí, sin saber qué más decir—. ¿Por qué? ¿Por qué quieres volver a casa?

¿Se le acababan de empañar los ojos o simplemente no me había dado cuenta antes? Fuera como fuera, al verlos me quedé trastocado, porque Aya apenas lloraba, y verla así me hizo sentir incómodo de una manera extraña, como si hubiera más cosas mal en el mundo de las que pensaba.

Por supuesto, no me había equivocado.

—Mi tía Herit está enferma —dijo ella.

Era eso, aquella era la razón. Sin embargo, me costó un poco procesar la información y comprender lo que había dicho, aunque, una vez lo entendí, sentí pena por ella, porque nadie sabía mejor que yo lo mucho que quería Aya a su tía.

Herit había cuidado de ella desde que no era más que una niña y había sido la única tutora que Aya había conocido, pese a que adoraba a sus eruditos padres desde la distancia. Aunque mi relación con mi padre siempre había sido…, bueno, se podría decir que había sido «complicada», la suya con su tía había sido todo lo contrario. Herit había mimado mucho a la preciosa niña que había llegado de Alejandría. Siempre se había sentido orgullosa de ella, cosa que se podía comprobar solo con verle la cara cuando miraba a Aya con aquella mezcla entre devoción y fascinación. Yo también conocía esa sensación, porque a veces también la sentía.

Aya, por su parte, trataba a su tía con todo el respeto y cariño del mundo. Aunque a veces se creía superior a sus contemporáneos de Siwa, esto no se aplicaba a su tía. De hecho, jamás la había escuchado decir nada malo de su tutora ni sentir un ápice de enfado o menosprecio por su sencillez. Así pues, era evidente que, si su tía se había puesto enferma, Aya iba a estar destrozada e iba a querer volver a casa.

No obstante, ¿podría hacerlo? ¿Era posible en aquel momento en el que

nos estaban buscando? ¿Lo permitiría mi padre? ¿Y si…?

Entonces me di cuenta de una cosa.

—Un momento… ¿cómo lo has sabido? ¿Cómo sabes que está enferma? No, ¿no habrás…?

Aya, desafiante, asintió.

—Tenía que hacerlo para saber cómo estaba. Solo esperaba poder hacerle llegar que estábamos bien y que ella me dijese lo mismo. Jamás pensé que me dirían que está enferma. Fue la peor noticia que me podía llegar a imaginar.

La cabeza me daba vueltas. Por mi mente rondaba mi padre, y me preocupé por lo que diría, a pesar del rencor que me embargó al sentir esa emoción. Su reacción… la ira que sentiría si descubriese que Aya había puesto en peligro nuestra ubicación al enviar unos mensajes a Siwa… no podía ni pensarlo. Pero, además, ¿no tendría que enfadarme yo también? Pero, aparte de mi padre, todavía quedaba otra cosa que me preocupaba, una verdad válida y muy reciente.

—¡Era peligroso, maldita sea! —estallé—. ¿Cómo has podido ser tan…? —Me detuve antes de seguir gritando, mientras intentaba contener la respiración, para poder manejar la situación como tocaba. En ese momento, Aya retrocedió y pude ver reflejadas en su rostro las emociones que sentía: rebeldía, resolución, preocupación por mí… pero, al final, fue la rebeldía la que superó al resto.

—Me vuelvo a casa. —Lo dijo con serenidad, a pesar de que su voz destilaba enfado. Me sentí traicionado y perdido. Me preocupaba la posibilidad de que el asesino nos encontrase y que quizá pudiese matar a mi padre, a mí mismo y a ella.

—¿Cómo se te ha ocurrido? ¡Sabes lo peligroso que es el hombre que nos está dando caza!

—¿Quieres que se entere tu padre? —replicó. Al parecer, el tono de mi voz no era tan bajo como yo creía.

—Da igual, se acabará enterando —espeté, resentido.

—¿Cómo? ¿Se lo vas a contar? —me contestó con brusquedad.

Me di cuenta de que me afligía y me asustaba a partes igual la reacción de mi padre. Y, enfadado conmigo mismo por ese miedo, me enfadé todavía

más con Aya. Empecé a preguntarme si ella no habría tenido razón todo el tiempo sobre mi padre, sobre lo que quería de verdad. El hecho de que dudase de mi padre después de lo mucho que me había esforzado para acercarme a él me dejó destrozado. En otro mundo, en otro momento, quizá en algún futuro mejor, Aya y yo nos reiríamos al recordar la situación. Ella me pediría disculpas y diría que se había pasado, que no se había explicado lo bastante bien, y yo le diría: «No, de verdad, el que se pasó fui yo, estaba asustado, ciego. Me lo tenía más que merecido», y todo estaría bien.

Pero en esos momentos no iba a suceder. Ahora solo quedaba la vertiginosa sensación que se tiene cuando las cosas se descontrolan de una forma terrible y repentina. La sensación de que todas las esperanzas que me había hecho se desvanecían.

—Se lo tengo que decir.

—¿Por qué?

—Bueno, para empezar, querrá saber por qué nos tenemos que desplazar.

Aya hizo una mueca.

—¿Te has planteado que quizá no exista ningún cazador? —dijo, y extendió el brazo con el que abarcó la colina en la que estábamos discutiendo, nuestro campamento debajo, en un desierto que nos rodeaba por todos lados, una ciudad cercana—. ¿Ves que algún cazador venga a por nosotros?

—¿Qué quieres decir con eso? Todavía no nos ha encontrado.

—No va a venir nadie, Bayek, eso es lo que quiero que entiendas. De eso se trata. De todas formas, díselo a Sabu si quieres. No estaré aquí para ver cómo me vuelve a mirar con una mueca de desprecio. Sí, hace unos meses envié un mensaje y me han contestado. Me iré por la mañana.

Aya quería mucho a su tía. Muchísimo. Si hubiese sido mi madre, ¿qué habría hecho yo en su lugar? Respiré hondo, dejé todo de lado y asentí. A pesar de las consecuencias, esa era una decisión que solo Aya podía tomar.

—Vale.

Me miró y suavizó el tono de su voz.

—Me voy de madrugada, Bayek. Eso solo significa que no estaremos juntos durante una temporada. No que me vaya a ir para siempre.

Le devolví la sonrisa, tranquilo pero exhausto.
—Se lo diré a mi padre por la mañana, cuando te hayas ido —dije.
—De acuerdo.

53

Cuando me desperté al día siguiente, salí a gatas de mi refugio, y al instante mi mirada se desvió hacia la zona en la que pastaban nuestros caballos. El de Aya no estaba; se había ido. Al otro lado, la tienda de mi padre ondeaba suavemente con la brisa de la mañana, vacía, y cuando miré hacia la colina en la que entrenábamos cada día, lo encontré allí, de espaldas a mí: estaba practicando las estocadas y los giros de muñeca. La camisa que llevaba se movía con sus movimientos.

—¿Dónde está Aya? —me preguntó, después de que me vistiese y me uniese a él.

Pocas veces nos llamaba por nuestros nombres. Al menos nunca durante nuestros entrenamientos. Al parecer, lo consideraba una muestra de debilidad. Esa mañana, de todas las mañanas que pasamos juntos, me molestó.

—¿Se ha ido a cazar? —preguntó de nuevo.

—No, se ha marchado.

Sacudió la cabeza con fuerza.

—¿Se ha ido?

—A casa —le dije—. Se ha ido a casa, a Siwa.

—¿Y por qué no me había enterado?

A pesar de que la noche anterior había querido ponerme de su lado, al reflexionarlo a solas las dudas habían aumentado. El amanecer le había traído a mi corazón cierto nivel crítico de rebeldía hacia mi padre que no había sentido jamás, y que jamás pensé que llegaría a alimentar en mi

interior. Y, sin embargo, ahí estaba.

—¿Tú qué crees? No la habrías dejado marchar.

—Claro que sí.

—Si tú lo dices.

Toda la concentración que había puesto en el entrenamiento se desvaneció y fue reemplazada por un arranque de ira. Mi padre dio un paso hacia delante y blandió la espada. Yo detuve la estocada con la mía; el choque de las hojas de metal resonó como una campana cuyo repiqueteo penetraba a altas horas de la madrugada de una mañana tranquila. Giró la muñeca y me atacó desde abajo, en un rápido movimiento (demasiado rápido para mí). Tuve el tiempo justo para bloquear su ataque. El movimiento de mi padre me desequilibró un poco, el tiempo suficiente para que pudiese captar mi postura, ajustar la suya y avanzar de nuevo, pero esa vez con la cara de la hoja de la espada, con la que me dio un buen golpe en la sien. Una pequeña rebaba en la punta me hizo un corte en la cara y sentí que la sangre me corría por la mejilla y la pude saborear cuando me llegó a los labios. Mi padre movió la pierna izquierda, la plantó en el suelo y se colocó con las piernas separadas y con una mano sobre la empuñadura de su espada, con la punta contra el suelo.

Rocé la sangre que me recorría el rostro, pero me mantuve impasible.

—Estás enfadado —dije, con voz cansina. Mi padre me apartó la mirada. Alzó la barbilla. Por primera vez en toda mi vida, me descubrí siendo crítico con él por razones que nada tenían que ver conmigo. La ira le había hecho arremeter contra mí, la única cosa en la que seguía entrenándome para que no hiciese.

—No me has hecho enfadar —dijo, tras un momento de silencio—. Me has decepcionado. Has puesto en peligro nuestro campamento.

—¿De verdad? —Vi que me estaba haciendo eco de las palabras de Aya, y el enfado que sentía hacia ella se esfumó, al tiempo que el enfado hacia mi padre aumentaba y se asentaba—. ¿De verdad te crees que alguien va detrás de nosotros? ¿Esa Orden de la que tanto hablas? ¿Por qué no han enviado a ejércitos de hombres para enfrentarse a nosotros si tan importantes somos para ellos? ¿No podría darse el caso de que Hemon fuese el verdadero objetivo?

Mi padre me lanzó una mirada de odio; se le habían ensanchado las fosas nasales y su mirada era penetrante. Yo continué con mi discurso, pero no con mi pasional cabezonería habitual, sino con tranquilidad y de forma metódica. Después de todo, parecía que también había aprendido algo de Aya.

—¿Alguna vez te has parado a pensar que, con la muerte de Hemon, puede que ya no nos consideren una amenaza? ¿O que quizá el hombre que nos atacó en el templo de Jnum le ha dicho a sus superiores que estamos muertos, para poder cobrar su recompensa? ¡Quién sabe lo cumplidor que es en realidad con su trabajo! Hay miles de cosas que deberíamos considerar, padre. No creo que aún siga detrás de nosotros.

—Pero era bueno —dijo como para sus adentros. A continuación, dio una profunda bocanada, y luego otra para mitigar su ira. Por una vez, escuchó lo que había dicho—. Estaba dotado de una gran pericia.

Tras decir esto, una expresión que, en aquel momento, no logré entender qué significaba apareció en su semblante como una sombra; únicamente pude entenderla más adelante.

—No ha vuelto a aparecer —insistí.

—Pero era un hombre paciente.

¿Acaso no lo habíamos sido nosotros tras tantos años manteniéndonos alejados de Siwa y entrenando en el exilio?

—Padre, ha llegado la hora de volver a Siwa —dije con determinación y seguridad. Sabía que aquello era lo correcto.

Mi padre, sumido en sus propios pensamientos, ni se inmutó.

—Aún no has terminado tu entrenamiento.

Lo decía más porque era lo que acostumbraba a decir y ya le salía solo que porque fuera un hecho. O al menos eso me parecía a mí. Para lograr mantener la calma cada vez que mi padre decía eso, Kensa y Aya me hicieron convencerme de que lo decía porque siempre había algo nuevo que aprender y que, en realidad, uno nunca deja de hacerlo.

—Puedo terminar en Siwa —le repliqué sin perder la compostura—, cuando vuelva junto a Aya.

—No, no es adecuado que aquellos a los que quieres proteger vean que aún no estás completamente capacitado.

—Pues hagámoslo en privado.

Me encogí de hombros. Casi nadie sabía que mi padre era un *medjay*, ni siquiera yo. Con lo fácil que habría sido decir que simplemente estaba entrenando para ser un *mekety*.

—Siwa está desprotegida —le expresé la otra preocupación que me había asaltado todos aquellos años—. Además, Ahmose está preocupada por nosotros, lleva demasiados años sola.

—Soy plenamente consciente de eso —soltó, aunque sin ira en su voz —. Aun así, solo deberías volver a Siwa una vez seas un *medjay* de pleno derecho.

Al menos, su queja no llegó muy lejos, pues era básicamente fruto de la costumbre, de su terquedad y de poco más.

De pronto, lo entendí mejor que nunca; me di cuenta de que Kensa tenía razón: mi padre me quería. Me quería de verdad, aunque se le daba fatal decírmelo, e incluso demostrármelo. Además, tuve la sospecha de que, aunque no la había mencionado ni una sola vez, echaba de menos a mi madre más de lo que podía soportar.

Aparte, se le veía que temía por lo que pudiera pasarme en cuanto me convirtiera en un *medjay*. Aya había acertado en una cosa: mi padre había intentado retenerme y, al hacerlo, había retenido a todos los demás.

—Entonces hazlo, padre, proclámame *medjay*.

Me miró fijamente, de tal manera que, al devolverle la mirada, pude ver más de lo que jamás me había enseñado. Parecía viejo y cansado, pero me di cuenta de que también se sentía orgulloso.

—Estás cerca de conseguirlo, hijo mío, muy cerca. Sé lo mucho que esto significa para ti, pero soy tan cabezota y he echado de menos a tu madr… —Se detuvo y, triste, negó con la cabeza—. Entrena y déjame meditarlo. Quizá entonces considere lo de volver a casa.

Aquella mañana, mientras me preparaba bajo el sol abrasador, me pregunté si realmente estaba entrenando para convertirme en un *medjay* o para poder ver a Aya pronto. Posiblemente fuera por las dos razones y también era posible que no fueran tan incompatibles como mi padre creía. Aunque no estaba seguro de ello, tuve la sensación de que algún día conseguiría que ambas estuvieran en armonía.

Aquel día, entrené más duro que nunca.

54

Aya se enorgullecía de ser una persona observadora, pero tenía muchas cosas en la cabeza y por eso no prestó demasiada atención a los hombres que había en el abrevadero.

Sí que los había visto, pero no reconoció al instante la amenaza que suponían. Los había visto sin realmente «verlos»: pasó por alto sus cicatrices y sus semblantes hoscos, así como las miradas de soslayo a su caballo, los susurros, los ojos calculadores, cómo se relamían los labios… Porque, sí, tenía muchas cosas en la cabeza.

Se encontraba un poco mal y le preocupaba haberse deshidratado. Además, luego estaba el motivo de sus suspiros: no podía dejar de pensar en la conversación que había tenido con Bayek. Se arrepentía de no haberle contado todo lo que debería haberle dicho durante aquellos años de entrenamiento, en vez de haberlo embotellado todo en su interior.

Pensó que resultaba extraño que casi hubiera olvidado cómo era comunicarse de manera normal con Bayek a pesar de que cada vez habían estado más unidos. También pensó en que, si Bayek hubiera estado allí con ella, le habría dicho: «Aya, ¿por qué suspiras tanto? Encontraremos una solución, como siempre hacemos. Todo irá bien», y le habría hecho sentir como si suspirar fuera la última cosa que debería hacer. Él habría conseguido dirigir su atención a algo bonito: a algún plan que tenían en mente llevar a cabo, a alguna posición de combate que habrían aprendido aquella mañana o incluso a algo tan simple como un pájaro volando en círculos por el cielo; fuera lo que fuera, Bayek habría conseguido que le

pareciera una maravilla. ¿Cómo podría suspirar cuando en el mundo a su alrededor había tantos tesoros que descubrir? ¿Cómo podría suspirar estando juntos?

Sin embargo, resultaba evidente que Bayek no cabalgaba por la llanura junto a ella, no estaba en frente de ella con la espada levantada pidiéndole que siguiera con los ejercicios, no estaba sentado al otro lado de la hoguera del campamento comiendo entre sonrisas lo que habían cazado aquel mismo día. Tampoco estaba allí para distraerla de la preocupación por su tía. Deseaba con todas sus fuerzas que siguiese viva o estuviera completamente recuperada cuando finalmente llegara a Siwa.

Bayek no estaba allí, así de sencillo. Por eso suspiraba.

Pero ¿quién sabía? Igual suspirar la ayudaba a evitar que hiciera algo estúpido como volver sobre sus pasos. Entre su preocupación por su tía y añorar a Bayek, no hacía más que encontrar similitudes en su viaje con aquellas dos personas tan importantes para ella: un niño con carita de inocencia que nadaba en el río hacia su madre, una hipopótama con su cría, una pareja besándose con cariño, un anciano con una arrugada cara de simpatía que montaba en camello y se reía del chiste que le había contado un hombre más joven que arreaba sus bueyes.

Así pues, siguió haciendo lo único que podía hacer: viajar y cabalgar por la ruta que bordeaba el río, a orillas del Nilo. Vio campesinos que trabajaban la tierra, los cuales a veces se detenían para verla pasar y preguntarse a dónde iría aquella mujer cubierta de polvo con el pelo lleno de trenzas y el rostro triste.

Entonces llegó al abrevadero, donde se detuvo, sedienta y agradecida de poder descansar.

Durante el camino, le había cogido el gusto a hablarle a su caballo, un encantador animal blanco castrado con muy buen carácter, al que acabó considerando un amigo. Lo había adiestrado cuando estaba en el campamento y en aquel momento pudo comprobar los resultados: el caballo acudía siempre que lo llamaba y nunca se alejaba de su lado. Desde luego, además de precioso, era inteligente.

Aya caminó hasta el abrevadero, que estaba mejorado con unos bordes hechos a partir de ladrillos de arenisca. Su caballo, algunos pasos por detrás

de ella, la siguió. Junto al agua había vegetación, la cual se inclinaba como si hiciera una reverencia a aquel elemento como mostrando respeto por aquel precioso líquido.

Una vez allí, pensó en el oasis de Siwa y en cómo la brisa que parecía que provocaban sus aguas aliviaba el sofocante calor del desierto, aunque no fue la primera vez en su viaje en la que lo rememoró. Simplemente con estar allí, recordó su casa, su destino, y también se acordó de su tía y de Bayek, cosa que causó que volviera a suspirar.

El caballo bebió. Ella se sentó en el borde de arenisca y sumergió las manos hasta el fondo del abrevadero, donde el agua estaba más fresca. Se la echó por la cara, el cuello y los hombros. A su izquierda estaban los hombres que la observaban con los ojos entrecerrados, pero Aya estaba agotada por el viaje y ansiosa por tomar un poco de agua. No se percató de las miradas de reojo que le echaban. Tampoco se dio cuenta de que miraban a su caballo con avaricia, mientras que a ella la miraban con desdén.

A lo lejos, se acercaba un hombre a caballo. No era más que una pequeña mancha negra en el horizonte.

Aya rellenó su odre, todavía sin darse cuenta de que el grupo parecía haberse acercado a ella. Tampoco se percató de que habían dejado de murmurar y que habían empezado a susurrar, de forma sutil, una conspiración en su contra. Estaba demasiado ensimismada en aplacar su sed y en intentar refrescarse; Aya dejó que su caballo vagara por el lugar para encontrar la sombra de un tejo que se alzaba no muy lejos de allí.

Se desató un pañuelo rojo de la cintura, lo mojó en el agua fría y lo utilizó para refrescarse la cara. Se cubrió el rostro con él durante un par de minutos, mientras sentía cómo se amoldaba a los contornos de su cara. Luego se lo quitó y lo apoyó sobre la piedra, goteando. Una sombra la cubrió.

—Hola, muchacha —dijo una voz a su espalda.

Aya reconoció la voz vagamente y se dio cuenta de que pertenecía a uno de los hombres del grupo; su instinto le dijo que el tono había cambiado. Ya no era el tono bromista y tranquilo que utilizaba con sus amigos. Ni tampoco era el típico tono amable y respetuoso que habría utilizado un mercader, un vendedor ambulante que quisiese vender sus mercancías; ni

siquiera el tono que habría utilizado un desconocido en busca de un poco de amor. Durante su viaje, Aya había conseguido escapar de esos tres tipos de hombre.

No, se encontraba ante algo totalmente diferente. Algo en la voz del hombre hizo que la joven se enderezase, prestase atención a su alrededor y, si bien con cierto retraso, sintiese el gran peligro que la acechaba.

Llevaba la túnica cerrada. Debajo, solo portaba su espada corta, aquella espada con la que tantos años había practicado. Se preguntó si aquellos hombres la habrían visto sobresalir cuando se había puesto de rodillas ante el abrevadero. De forma casual, alargó la mano hasta ella, para comprobar que todavía estuviese en su sitio, y sintió que le temblaba la mano derecha mientras pensaba cuál era la mejor manera de manejar la situación: ¿desenvainar la espada ya, utilizarla como elemento disuasorio contra sus enemigos y demostrar que era una amenaza para ellos? No. Lo tomarían como un desafío. La única opción que tenía era esperar a que hiciesen el primer movimiento y, entonces, atacar.

Pero aun así. Los hombres tenían un cabecilla, aquel que le había hablado, cuya nariz parecía haberse roto en el pasado y jamás haberse encajado en su sitio. Se acercó un poco más y repitió su saludo:

—Hola, muchacha.

Aya se puso en pie para quedar de cara a él.

—¿En qué os puedo ayudar? —preguntó, pero en vez de mirarle a él, miró por encima de su hombro a los otros tres hombres que permanecían de pie a su espalda, mientras miraban con avaricia a su caballo.

Ladrones de caballos. Por el amor de todos los dioses, eran ladrones de caballos.

El hombre levantó el brazo, extendió la mano y colocó un dedo sobre el mentón de Aya; con fuerza, lo giró para que la muchacha lo mirase a él y no a sus colegas. La chica se lo permitió para mirarle a los ojos por un segundo y, después, apartó la mirada.

—No vuelvas a tocarme —le avisó, con serenidad.

—Bueno, creo que es muy simple, ¿no? —espetó el hombre, con voz áspera—. No vamos a montar un escándalo. Nos llevamos a ese precioso caballo tuyo y, quizá, eso sea todo.

Sin su montura, jamás lograría regresar a Siwa para ver a su tía.

—No os podéis llevar el caballo.

Pero el cabecilla del grupo de ladrones ya estaba haciendo un gesto con la mano con el que parecía indicar que la conversación había terminado.

—¿Y qué tal si nos das lo que queremos y fin de la historia? No nos lo pongas difícil. Cuidaremos muy bien del animalillo.

Aya se colocó una mano en la barbilla, como si estuviese planteándose la amable oferta que le había hecho el hombre, pero en realidad se estrujaba las neuronas. Tenía la espalda contra el abrevadero y sabía que era profundo. Era inútil intentar escapar de allí y, en cualquier caso…

No podía permitirse el retraso.

No, no era que no pudiera, era que no quería. Al fin y al cabo, había entrenado mucho, y no un entrenamiento cualquiera, sino las enseñanzas de un *medjay*. Tenía opciones. Podía elegir.

Y eligió pelear.

—¿Ah, sí? —contestó—. ¿O acaso lo vais a vender, como los ladrones de caballos que sois?

El hombre esbozó una sonrisa que dejó a la vista unos dientes sucios.

—Qué grosera —dijo y extendió la mano hacia el arma que llevaba a un costado.

«Guárdate algo, no les enseñes de primeras todo lo que tienes», pensó. Su espada se quedó en su sitio, escondida debajo de su ropa.

—Pues venga, vamos —dijo—. Vamos a ver qué pasa, ¿no? Veamos si sois capaces de quitarme mi caballo.

El hombre esbozó una sonrisa burlona y Aya pudo olerle el aliento.

—Sí, claro, a ver qué pasa.

Y, tras decirlo, dio un paso hacia delante.

55

Al tiempo que el hombre se abalanzaba contra ella, Aya dio un paso hacia atrás y frenó su impulso. En vez de alejarse de él, la joven se impulsó hacia delante y lo cogió por el brazo. Se lo retorció y escuchó con satisfacción los gritos de dolor del ladrón de caballos. Giró sobre sus talones y empujó al hombre para colocarlo detrás de ella. Entonces lo tiró de cabeza al agua.

Un movimiento perfecto. «Ojalá Bayek estuviese aquí para verlo», pensó Aya. Silbó con fuerza: una única vez, breve pero intensa. Su caballo, sobresaltado, se desbocó un par de pasos con las orejas hacia abajo, tal y como le había enseñado. Se detuvo y se giró, preparado. Chasqueó los dientes a modo de advertencia mirando a uno de los ladrones, que intentaba acercarse con mucho sigilo. ¡Pobre de cualquiera que intentara ponerle una mano encima al caballo! Aya sonrió, complacida.

Pero los ladrones no estaban para nada contentos.

En un segundo, su agresor gritó: «¡Cogedla!», y sus tres compañeros se abalanzaron hacia ella. Aya se echó hacia un lado, mientras barajaba mentalmente sus opciones. El jinete que se acercaba a lo lejos podría haber dado media vuelta y haberse marchado de allí. Los hombres estaban demasiado cerca. Había llegado el momento de enseñarles su arma.

Aya se volvió y estuvo a punto de desenvainar la espada, pero uno de sus perseguidores era más rápido de lo que había creído y ya estaba encima de ella. El ladrón abrió la boca y desveló unos dientes sucios. No dejaba de gruñir, colérico, y dado lo mucho que se parecía a su primer agresor, Aya se

imaginó que sería el hermano del hombre al que acababa de empujar al abrevadero. Si ese era el caso, el desconocido tendría muchas ganas de restaurar el honor de su familia, por muy ladrones de caballos que fuesen.

El hombre avanzó hacia Aya e intentó cogerla con unos dedos que parecían garras, pero la joven tenía los pies bien colocados, con firmeza, y el centro de gravedad a la altura correcta. Se agachó bajo los brazos extendidos del agresor y utilizó los dos puños para reventarle el blando estómago («uno, dos, uno, dos»). Luego se apartó a un lado con una vuelta sobre sí misma. El hombre cayó al suelo: le faltaba el aire y el aliento se le escapaba de los pulmones. Un segundo ladrón se acercó a ellos y Aya, todavía agachada, apoyó una mano en la arena y giró sobre sí misma al tiempo que extendía un pie que se llevó por delante las piernas del segundo hombre.

Estaba poniendo en práctica su entrenamiento. No era una simple serie de movimientos, sino una forma de pensar. Aya se sentía segura de sí misma. Con confianza y poderosa. Por primera vez en toda su vida, creyó que sus habilidades físicas y su destreza en combate estaban a la altura de su inteligencia. Se sintió fuerte.

El agresor se cayó de bruces, con la cara desencajada por el asombro. Sin embargo, lo único que había conseguido había sido retrasar el avance del hombre que, todavía sobre la arena, se revolvió hacia ella y la cogió por la pierna antes de que la muchacha pudiese ponerse en pie. Aya le dio una ristra de patadas y una de ellas se le estrelló de pleno en la cara, por lo que empezó a chillar y la soltó. Pudo levantarse, pero el ataque del hombre la había retenido el tiempo suficiente para que un tercer hombre ya estuviese sobre ella. Aya sintió que unas manos le rodeaban el cuello.

Detrás de ellos, el cabecilla del grupo salía del abrevadero con la ropa empapada y el rostro desencajado por la ira y el odio. Unos pulgares apretaron con fuerza la tráquea de Aya. La saliva le salpicaba el rostro. La joven cayó sobre la arena, giró sobre la región lumbar, levantó las piernas y las lanzó hacia arriba en un único movimiento; los pies se estrellaron contra el pecho del agresor y ambos dieron contra el suelo. El movimiento había funcionado; había conseguido liberarse de las manos que le asfixiaban la garganta. Le dio dos rápidos golpes en la nuca y en la garganta al hombre

(dulce venganza) y giró sobre sí misma para ponerse a salvo, mientras el ladrón de caballos se retorcía de dolor.

Un segundo después, Aya ya estaba de nuevo de pie y echó a correr hacia su caballo, con la esperanza de que una mezcla de cautela, desorganización y un buen dolor infligido a la vieja usanza los retrasase lo suficiente para que ella pudiese llegar a su montura.

Casi lo había conseguido, estaba a punto de pasar la pierna por encima de la ijada de su caballo, cuando el cabecilla apareció ante el árbol con el rostro rojo por la ira. Con el árbol a su espalda, el hombre sacó un cuchillo del cinturón, sin dejar de soltar improperios por la boca. El caballo se encabritaba y giraba, y con sus patadas lo bañó en arena. El hombre se sacudió y sus hombros temblaron con una mezcla entre rabia y sorpresa, pero disfrutaba de la situación. Se pasaba el cuchillo de una mano a otra y le indicaba a Aya que se acercara a él.

—Vamos, chica —dijo—, ven.

Ella a se arriesgó a mirar atrás, donde estaban dos de los ladrones ya preparados y deseosos de ver qué iba a suceder. Volvió a mirar al líder y cayó en cuenta de que aún no había sacado la espada. Aquel era el momento de hacerlo, pues debía matarlo. ¿Acaso no le había dicho siempre Bayek que, en situaciones como aquella, con matar al líder, bastaría para que el resto se largara?

De todas formas, ella no quería hacerlo, a pesar de que había entrenado y se había preparado para ello, y a pesar de que parecía que el enemigo tenía muchas ganas de acabar con su vida. Por primera vez tenía que afrontar una pelea y le asaltaban las dudas. Siempre había pensado que se había estado entrenando para luchar y para defenderse a ella y a sus seres queridos y, según había entendido, también se había estado preparando para matar, pero hacerlo… era otra cosa.

—Puede que algún día tengas que hacerlo —le había dicho Bayek, aunque ella había esperado que nunca llegara ese día, pese a que sabía que al final ocurriría. Así que al final el día llegó y el motivo para hacerlo era bien simple: no tenía que matar por razones éticas, ni por venganza, ni por defender su honor, sino para sobrevivir.

Aya desenvainó la espada.

Su arma era más larga y peligrosa que el cuchillo de aquel hombre y, posiblemente, había pasado más tiempo practicando con ella que él.

—Sé cómo usarla —le advirtió Aya, que intentó poner fin a aquello una última vez.

—Claro que sí, jovencita —dijo con una risita.

Detrás de ellos, los hombres estaban preparados y expectantes, ¿quién sabe qué estarían pensando? Quizá querían ver a su líder vencer, quizá querían verlo caer y sufrir la humillación de ser derrotado por una simple mujer, o quizá solamente tenían curiosidad por saber cómo se iban a desarrollar los acontecimientos.

Por su parte, Aya solo sabía que, si no le quedaba más remedio, lo iba a matar. Se tranquilizó y, como hizo cuando Bayek y ella discutieron, utilizó todo el miedo y las aprensiones que sentía a su favor.

—Veamos cómo peleas —dijo el líder mientras seguía pasándose el cuchillo de una mano a otra.

Aya se preparó para atacar y, entonces, escuchó un sonido instantes antes de ver una flecha que atravesó el aire junto a su oreja. El proyectil se dirigió al cabecilla y lo lanzó hacia atrás. Por un momento, pensó que la flecha le había dado en el pecho, pero luego vio que se había clavado en sus ropas por debajo de la axila de tal forma que lo había dejado sujeto al árbol. El hombre intentó liberarse, pero otra flecha salió disparada y también se clavó en su túnica, por el otro costado de su cuerpo, y lo dejó pegado al árbol. A continuación, una tercera flecha quedó clavada entre sus piernas.

Aya dio media vuelta, así como los demás ladrones, para mirar al jinete que estaba junto al abrevadero. Este llevaba un manto sobre la cabeza para protegerse del sol, pero pudo ver sus oscuros ojos pintados con kohl. El talento con el arco de aquel hombre con aspecto de viajero curtido resultaba innegable.

Este colocó otra flecha en el arco y con él apuntó al cabecilla clavado en el árbol y a sus tres esbirros. Durante un momento, nadie dijo nada.

—Has venido para salvarla, ¿verdad? —dijo con desprecio el líder que, sin apenas fuerzas, intentó tirar de su túnica.

El recién llegado rio, serio.

—Cualquier estúpido podría haberse dado cuenta de que a quien estoy

salvando es a ti.

Por su parte, Aya no sabía muy bien cómo sentirse. En parte estaba agradecida y aliviada porque el día en el que iba a matar por primera vez iba a poder retrasarse, pero ¿era decepción eso que sentía? Al fin y al cabo, se había estado preparando para hacerlo y había estado dispuesta a dar el paso.

Entonces, el recién llegado dijo:

—Tenéis que elegir: morir o marchar, vosotros decidís.

56

Los hombres escogieron la segunda opción y se fueron de allí con la cola entre las patas. Cuando se marcharon, Aya pudo mirar mejor al extraño que había llegado allí. Se había quitado el manto de la cabeza. Ella evitó lo mejor que pudo hacer un gesto de dolor al ver las cicatrices en su cara. La silueta del hombre se desdibujó entre la borrosidad que provocaba el calor y Aya lo vio desmontar y hacer lo mismo que ella había hecho antes: dar de beber a su caballo, lavarse y beber con total tranquilidad, a pesar de que ella lo estaba observando con detenimiento.

—No sabes si darme las gracias —dijo el hombre después de un largo rato—, si realmente necesitas hacerlo, pues, al darme las gracias, estarías reconociendo que estás en deuda conmigo de alguna manera y yo podría aprovecharme de ello.

Aquella le pareció una curiosa afirmación.

—Es posible —contestó ella—. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Bion.

—¿Bion de…?

Se dio cuenta de que no era un hombre que mostrara sus emociones, ya que su semblante pareció tranquilo y sereno cuando respondió. Sin embargo, se preguntó si sería serenidad lo que había visto en su rostro u otra cosa.

—Hace mucho tiempo fui Bion de Fayún, pero ahora solo soy Bion del desierto.

—¿Has sido militar?

—Muy astuta. Sí, en la Guardia Real, formaba parte de los *machairophoroi*.

—¿Fue allí donde te hiciste esas cicatrices y dónde aprendiste a tirar con arco?

—Así es.

Bion ahuecó las manos para coger la fría agua, bebérsela y bañar con ella los brazos y la cara, igual que Aya había hecho.

Ella había dejado su pañuelo al lado del abrevadero y, al verlo secarse la cara con las manos, se lo tendió. Fuera quien fuera aquel extraño, era lo mínimo que podía hacer a cambio de que la hubiera ayudado. Él aceptó el pañuelo, silenciosamente agradecido, y se secó la cara con él.

—De hecho, era uno de los mejores arqueros de mi compañía —añadió el hombre—. Pues tu arco parece nuevo —le dijo Aya cuando este terminó con su pañuelo.

Bion se sentó en cuclillas, sonriente, aunque a Aya le pareció una sonrisa vacía de emoción. Vacía de una forma muy extraña. Después, el hombre sujetó el pañuelo y lo escurrió con fuerza.

—Eres muy observadora.

Sobre los ladrillos cayeron algunas gotitas. Luego, se enrolló los extremos del pañuelo en los nudillos. A Aya le pareció raro y, de pronto, sin saber muy bien por qué, se puso tensa.

Entonces, Bion giró la cabeza para mirarla.

57

Como era de esperar, habíamos trasladado el campamento. Nuestro nuevo asentamiento se encontraba entre una parte del río de rápidas corrientes y dos altozanos que nos protegían de las inclemencias del tiempo. Era allí arriba, a esos altozanos, adonde íbamos cada mañana a entrenar y donde intentaba no pensar en Aya con todas mis fuerzas, pues su recuerdo me distraía de mi verdadero objetivo: aprender y recuperarla.

Solo los dioses sabían lo mucho que la echaba de menos. Con cada día que pasaba, me sentía más y más frustrado porque ni siquiera estaba cerca de volver a verla. No podía saber qué pensaba mi padre de mi estado de ánimo. Fuese lo que fuese lo que opinase de la marcha de Aya, se lo había guardado para sí mismo y no lo había compartido conmigo desde la conversación que tuvimos la mañana de su partida. Pero desde ese momento, me entrenó con más ímpetu y me ponía a prueba de forma implacable.

Hasta que un día, la situación llegó a un punto crítico. Me atacó y yo me eché hacia atrás, retrocedí varios pasos y me negué a defenderme. Había llegado el momento de irme. Me marchaba a Siwa, con su aprobación o sin ella. Mi padre, disgustado por mi comportamiento, dejó caer el brazo en el que llevaba la espada.

—¿Y ahora qué te pasa, Bayek? —espetó. Mis ojos debían de apuntar hacia Siwa, pues, antes incluso de que pudiese abrir la boca, explotó en un suspiro—: No hemos acabado. Tu entrenamiento todavía no está completo. Intento enseñarte lo más rápido que puedo, pero…

—¿Que no está completo, Padre? —solté mientras envainaba mi espada —. Llevo años entrenando, practicando cada día, de pie en las cumbres de las colinas y bajo el sol, un nuevo campamento, una base diferente, un lugar distinto… y mi dedicación jamás ha flaqueado.

—Ahora sí, puedo verlo.

En esos momentos, me di cuenta de que mi entrenamiento jamás se acabaría. Y yo no era el problema. Mi padre tenía miedo. Pero no por él, no. Tenía miedo por mí.

—Necesito volver a ver a Aya y a mi madre —dije, de la manera más simple que pude. Esperaba que pudiese dejar de lado sus preocupaciones y entenderme.

—Cuando seas un *medjay* hecho y derecho.

—¿Y cuánto tardaré? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Puede que hasta años?

Con un dedo, señaló el corte que tenía en la cara, que aún no se había curado del todo.

—Cuando seas capaz de no dejar que te hieran de esa manera.

—¿Cuántas veces me has dicho que, en realidad, el aprendizaje de un *medjay* dura toda la vida? —pregunté con cierto tono de burla. No le dije que Aya siempre había creído que así era, y que incluso había estado de acuerdo con él cuando se lo había contado—. Solo porque un oponente pueda herirme no significa que pueda dar el golpe de gracia que acabe conmigo. Quiero irme ahora, Padre. Quiero regresar a Siwa, ver a Aya y, quizá si tengo suerte, recuperarla.

Y, entonces, me puse recto, eché los hombros hacia atrás y le lancé una mirada que, sabía, brillaba con determinación y que esperaba que escondiese los temblorosos sentimientos que se arremolinaban en mis ojos. Lo quería, pero me entristecía su actitud.

Mi padre puso los ojos en blanco.

—Eres imprudente, impulsivo. Te dejas llevar demasiado por lo que sientes aquí y no lo suficiente por lo que tienes aquí arriba —dijo y se golpeó primero el pecho y, después, la cabeza.

Lo miré, decidido.

—Tienes razón, y estoy intentando controlarlo. Pero, piénsalo por un momento: ¿acaso no fue mi imprudencia, mi impulsividad, lo que me trajo

hasta ti?

—Pero casi echas a perder mis planes —respondió, con una risita.

—Tus planes consisten en seguir con las costumbres de los *medjay*, ampliar nuestro linaje, ¿no es así? —Me miró, sin confirmarlo ni desmentirlo, y yo seguí hablando—: ¿Y acaso mi impulsividad no lo consiguió? Aya cree que toleras nuestra relación porque la ves como nuestra mejor oportunidad de engendrar un hijo, un futuro *medjay* para entrenarlo cuando sea mayor. ¿Es verdad? ¿Por eso no la enviaste de vuelta a casa?

De nuevo, no confirmó mis sospechas. Pero tampoco las desmintió. Como respuesta, solo obtuve la mirada neutra de aquellos ojos que tanto tiempo me había pasado mirando. Entonces, me di cuenta de que Aya se había marchado porque lo que sentía por su tía era amor en su forma más pura y, aunque lo que yo sentía por mi padre también era amor, no era tan puro, no era tan sencillo como el suyo. Lo sentía de una forma extraña e indescifrable, y ya había dejado atrás la infancia. Lo respetaba, pero conseguir su aprobación ya no era el objetivo más importante de mi vida.

Con la marcha de Aya había perdido algo importante. Me di cuenta de que era algo que me importaba más que ganarme el respeto de mi padre. Algo puro y sencillo. El amor que Aya había traído a mi vida se había esfumado y no estaba dispuesto a darlo por perdido.

En ese mismo instante y lugar, supe con total certeza que me marchaba. ¿Y qué más daba que no hubiese terminado mi entrenamiento para ser *medjay*? Formaba parte del linaje. Nadie podría quitarme eso nunca. Tenía años de entrenamiento a mis espaldas. Y tenía toda una vida para entrenarme y aprender más. Quizá, y solo quizá, ni siquiera necesitase a mi padre para seguir ese camino.

Por lo tanto…

—Me voy —afirmé—. Llámalo imprudencia o impulsividad si quieres. Dime que todavía no he acabado mi entrenamiento, y quizá te crea. Pero esto —dije, mientras, con la mano, abarcaba las colinas, el campamento, el río y el campo raso que se extendía más allá—, esto no es suficiente para mí. Lo siento, Padre. Me gustaría que regresases conmigo a Siwa. Pero, vengas o no, yo me voy.

Se acercó a mí y me puse tenso al no tener ni idea de lo que pretendía

hacer, ya que su mirada resultaba indescifrable. Sin embargo, al final conseguí ver en ella que, con mucho pesar, entendía y respetaba mi decisión.

De alguna manera, se había abierto una brecha entre nosotros desde la última vez que habíamos discutido por la mañana, después de que Aya se marchara.

—No, no estás listo aún —dijo—, aunque lo estás más que antes. No obstante, puedo reconocer la determinación en cuanto la veo, así que iremos juntos a Siwa. Quizá alcancemos a Aya, y, aunque no lo hagamos, la podrás ver cuando lleguemos a la ciudad y allí podrás hacer las paces con ella. Yo no me entrometeré de ninguna manera.

Justo después, se apartó de mí y lo vi más delicado que nunca.

—Toma —dijo mientras cogía la bolsa que siempre se llevaba a la colina y de la que a veces sacaba un odre con agua que me ofrecía cuando consideraba que había entrenado lo suficientemente duro. Sin embargo, en aquel momento no fue agua lo que me dio, sino otra cosa: un medallón como el que jamás había visto y que, a pesar de eso, me resultó familiar. Aunque pesaba mucho, cuando lo asió, me cogió la mano y me lo puso en la palma, me sentí bien.

—Solo se entrega a los *medjay* verdaderos —explicó mi padre—. Quiero que te lo quedes.

Estupefacto, lo sostuve. Había pasado años intentando ganarme su aprobación, y ahora que ya no la necesitaba…

—¿Es tuyo? —le pregunté—. ¿Quieres que yo me lo quede?

—Te lo has ganado. Debí haberte dado la oportunidad de ganártelo antes. Ahora me arrepiento de haber tenido tan poca fe, porque puedo ver en ti lo que una vez yo vi en mí. —Suspiró, poco a poco—. Pero es que, en vez de ver a un hombre hecho y derecho, muchas veces solo veo a mi hijito.

Me di cuenta de cómo le dolía confesar aquello.

Miré fijamente el medallón en la palma de mi mano y sentí que sí que me lo había ganado. No obstante, era incapaz de envolverlo con los dedos.

—¿Y qué hay de lo de Aya? —le pregunté.

—No necesitas mi aprobación.

—Pero ¿y si la necesitara?

Suspiró.

—Los dos deseáis cosas diferentes, Bayek, aunque creo que eso ya lo sabes. Es posible que en algún momento tengas que elegir entre ella y seguir el camino de los *medjay*, pero, por tu propio bien, espero que eso no suceda. Aunque también puede ser que ella acabe queriendo unirse a nuestra causa. Pase lo que pase, por el bien de Egipto espero que los dos elijáis sabiamente. Pero no tienes por qué decidir eso ahora, así que toma el medallón que te has ganado. Ahora eres un *medjay*.

Me lo metí en la bolsa junto a las plumas que aún guardaba allí y algunos recuerdos de mis viajes.

No obstante, cuando levanté la mirada para hablar, vi cómo mi padre se ponía tenso mientras, con la cabeza levantada, olfateaba. Entonces, abrió mucho los ojos y la boca. El aire pareció transportar un ruido.

—Está aquí —dijo.

58

A la vez que se oyó el sonido de una flecha, mi padre me tiró al suelo con él. Me empujó como si fuera un saco lleno de trigo y rodamos por el lado contrario de la colina. Entonces, vi sangre y me di cuenta de que la flecha, que se había partido al caer, le había dado en el brazo.

Una vez en la base de la colina, gruñó, agarró el asta partida e intentó sacársela del hombro, pero se detuvo con un agonizante grito de dolor.

—Tiene púas —dijo con cara de dolor.

Cuando me miró, en sus ojos pude observar algo que solo había visto dos veces con anterioridad: una fue la noche en la que Menna atacó nuestra casa y la otra, la noche en la que buscamos al asesino en Elefantina. Su mirada era de emoción, ya que había llegado el momento para el que se había estado preparando. Tocaba luchar, de modo que sus preocupaciones se esfumaron.

—Vaya, parece que en este tiempo ha aprendido a utilizar el arco, pero su olor no ha cambiado.

—¿Le has olido?

Posó una mano sobre mi hombro.

—Por eso aún no eres un *medjay* en toda regla, Bayek. —Sonrió al poder pisar con firmeza a pesar del peligro que corrían.

—¿Puedes moverte? —le pregunté en seguida, consciente de que nuestro enemigo intentaría aprovechar la ventaja.

—Puedo caminar, correr y blandir una espada.

Luego, señaló hacia al campamento, donde se sostenían nuestras tiendas

gracias a unos apoyos. Aunque no era el lugar más seguro, dentro estaban nuestros arcos.

Aún no había aprendido a detectar la llegada de un enemigo por su olor en aire, pero yo había mejorado muchísimo con el arco durante el entrenamiento. Parecía que era un arquero nato, tan bueno como mi padre, puede que incluso mejor, así que juntos seguro que superábamos al asesino.

—Vamos —dijo mi padre—, debemos llegar antes de que dé la vuelta.

Corrimos hacia las tiendas donde nos esperaban los arcos y las aljabas como si fueran tesoros. El paisaje podría haber sido apacible, con cuatro caballos masticando la hierba y una tierra nutrida y enriquecida gracias al agua que fluía cerca de la orilla que, de forma abrupta, terminaba en el río.

Solo nos faltaba llegar a nuestros arcos, cosa que no hicimos. Mientras corríamos de la base de la colina al campamento oímos el sonido de unos cascos aproximándose y, cuando, miré hacia atrás, sin dejar de correr, vi al asesino.

Por fin. Allí estaba el hombre que nos había estado persiguiendo durante todos aquellos años. Erguido y firme sobre su caballo, sostenía el arco y la flecha con el equilibrio y la seguridad típica de los mejores arqueros nubios. Tuve la impresión de que durante aquel tiempo desaparecido había mejorado su destreza hasta llegar a la perfección; al pensarlo, me dieron escalofríos. También me produjo escalofríos la idea de que aquel hombre podía haber estado buscándonos durante años, de forma que mi padre habría tenido razón y Aya se habría equivocado.

El asesino llevaba sobre la cabeza un manto a modo de capucha, tenía los ojos pintados del color negro del kohl y su curtido rostro lucía algunas cicatrices y una mirada fría y alerta. Al ver aquella mirada, me di cuenta de que estaba acostumbrado a los ojos como aquellos, pues los había visto todos los días en la zona de entrenamiento durante muchos años.

Entonces caí en la cuenta: había visto esa misma mirada en los ojos de mi padre, lo que, de repente, supe qué significaba. Durante todo aquel tiempo, mi padre había tenido la sensación de que él y el asesino eran lo mismo, por eso sabía que jamás se iba a rendir, porque él tampoco lo habría hecho. Él también habría abandonado la lucha para reestudiar la situación y habría aprendido a utilizar el arco para sorprender a aquellos a quienes

perseguía sin quitarles el ojo de encima. Asimismo, habría querido cumplir su misión y, en efecto, allí estaba el asesino dispuesto terminar el trabajo.

Entonces, vi algo más: aquel hombre llevaba enrollado en la muñeca un pañuelo rojo que reconocí: era el de Aya.

No tuve tiempo para reaccionar, ya que el asesino lanzó la flecha.

—¡Padre! —grité.

Es posible que mi aviso le salvara la vida, porque en seguida se agachó a la izquierda. La flecha, en vez de atravesarle el torso, volvió a darle en el hombro y le hizo caer al suelo.

«¡Por todos los dioses!». Era la segunda flecha que le clavaba. Cuando corrí junto a él, vi que tenía la cara llena de sangre y su túnica estaba manchada de rojo tanto por delante como por detrás.

Justo entonces, me asaltó el pensamiento de que mi padre podría estar ante su igual, lo que causó que el pánico me atravesara como un río desbordado que se había llevado por delante toda mi arrogancia y seguridad juvenil y que a su paso solo había dejado el fracaso.

Aún de rodillas, vi cómo el jinete acercaba su corcel a la orilla del río y colocaba otra flecha en el arco. Yo, por mi parte, saqué el cuchillo que había comprado en Sauty hacía muchísimo tiempo, me levanté y lo lancé. Fue el mejor lanzamiento que pude hacer, uno que, teniendo en cuenta las circunstancias, fue muy bueno y cogió al arquero por sorpresa. El cuchillo atravesó su manto con un sonido sordo y le dio en un costado, lo cual bastó para que cayera de espaldas de su caballo junto con su arco y su aljaba.

Mi padre había conseguido ponerse de rodillas y, después, tras ofrecerle mi mano, lo ayudé a levantarse. Luego desenvainé mi espada y cruzamos la llanura hacia el lugar en el que el asesino se encontraba de rodillas, cerca de nuestras tiendas.

Este levantó la mirada y me vio ir en su dirección con mi padre no muy por detrás de mí. A continuación, se arrancó mi cuchillo del costado a la vez que se quitaba el manto y, seguidamente, se puso de pie con la espada en la mano.

Le vi las cicatrices, los dientes al descubierto y los fríos ojos carentes de cualquier emoción. Entonces, el filo de su espada destelló, el agua del río borboteó y se revolvió detrás de él y aquel pañuelo que yo conocía tan bien

se agitó en su muñeca.

—Qué *medjay* más valiente —dijo. En boca de otra gente habría sonado como una burla, pero los ojos de aquel hombre estaban vacíos mientras pronunciaba las palabras y blandía su espada.

El metal de nuestras armas chocó con un fuerte sonido y yo osé creer que mi ataque había sido tan agresivo como para que se pusiera a la defensiva, e incluso como para cogerlo desprevenido. Pero no. Frenó el golpe con una facilidad que me habría asombrado de no haber sido su oponente.

—¿Dónde está? —le grité mientras volvía a abalanzarme sobre él con la espada en la mano e intentaba controlar mis emociones, ya que perder el control podía significar perder la pelea—. ¿Qué le has hecho?

A mi lado, vi a mi padre llegar y fruncir el ceño, confundido. Él no se había dado cuenta de lo mismo que yo: no sabía que el asesino nos había estado observando y, por lo tanto, había visto a Aya marcharse, situación que aprovechó para seguirla. ¿Y después? Por todos los dioses, ¿qué le había hecho?

—¿Dónde está? —repetí, sin gritar esta vez.

Dejé que creyera que había perdido fuerza debido a la preocupación, pues, si se confiaba y se relajaba, podría beneficiarme de ello.

—Bayek, recupera el control —me advirtió mi padre a mi lado con unas palabras que siempre utilizaba en los entrenamientos cada vez que mi genio me sobrepasaba.

No me molesté en contestarle. Al fin recibí mi recompensa, al ver cómo la túnica del asesino se teñía de rojo, tal y como había sucedido con la de mi padre. De la herida que le había hecho manaría mucha sangre y, quizá, si pudiese prolongar el combate durante el tiempo suficiente, mi enemigo se debilitaría y se cansaría y, entonces, su gran manejo de la espada no sería una ventaja a su favor. Quizá hasta podría soñar con la victoria.

Pero en ese momento ya no era solo yo el que se enfrentaba a él. Mi padre se había unido a nuestro enfrentamiento y se había abalanzado para enfrentarse al asesino; sus armas se encontraron (chin, chin, chin), dos hombres cuyas habilidades con la espada estaban más equiparadas, cada uno de ellos en busca del punto débil de su contrincante, de alguna

debilidad, probando con diferentes ataques mientras se defendían y, después, retomaban la embestida.

Mi padre estaba cansado y sangraba, y el asesino también. Ninguno de los dos contaba con demasiado tiempo antes de desplomarse contra el suelo por la pérdida de sangre. Sería entonces cuando yo me acercaría para terminar con la tarea; ahí era donde existía una conexión entre mi padre y yo.

Pero, claro, el asesino también lo sabía, curtido por las batallas y con la sangre fría. Consciente de que no podía permitirse que sus oponentes dictasen el ritmo de la lucha, me arrastró al combate; hizo retroceder a mi padre con unas fuertes estocadas descendentes. Era la clase de energía que, para conseguirla, cualquier otro hombre necesitaría unos amplios movimientos, pero el asesino parecía alcanzarla con apenas unos giros de la muñeca. En la otra mano, tenía mi puñal, manchado con su propia sangre y, si me acercaba a él en un intento por encontrar una brecha en su defensa, lo utilizaba para repeler mis ataques.

Sentí cómo la frustración se formaba en mi interior, pero la aplasté de forma implacable. Nosotros éramos dos, él solo era uno. El enfrentamiento tendría que haber sido corto a la par que brutal, pero aun así no conseguíamos encontrar la forma de superarlo: a él, a su fuerza, su determinación y su indiscutible destreza con la espada. Mi padre y yo éramos protectores. Aquel hombre al que nos enfrentábamos era un maestro en su oficio, un asesino despiadado, nada más.

Miré a mi padre. Vi el esfuerzo reflejado en su rostro, demacrado y pálido. Vi la duda en su mirada.

Y, entonces, sucedió. El asesino me hizo un corte en el estómago. Cuando me lancé hacia delante, después de dejarme engañar por una finta que nunca más me engañaría, aprovechó mi falta de experiencia real en combate y la utilizó contra mí. Con el cuchillo más corto tanteó bajo mi espada en movimiento y, con un giro de muñeca, me hizo un corte en el estómago que me hizo trastabillar hacia atrás, mientras cruzaba el brazo por encima de la herida. Su espada me hirió el brazo. Un corte tras otro.

Entonces, llegó un momento de calma, y durante un minuto el combate se detuvo. Nuestros hombros se sacudían al tiempo que recobrábamos el

aliento y la sangre manaba de nuestras heridas.

—¿Quién te paga? ¿La Orden? —preguntó mi padre a nuestro enemigo —. Podemos pagarte más que ellos.

Sus palabras no me gustaron. Implicaban la aceptación y el reconocimiento de que nuestro oponente era demasiado para nosotros. Pero, al mismo tiempo, comprendí que el orgullo nos podía llevar a la perdición, mientras que pagar y despedir al asesino podría llegar a ser una decisión práctica. Siempre y cuando pudiésemos estar seguros de que no nos despertaríamos al día siguiente con un puñal clavado en el pecho.

—No trabajo por dinero, *medjay* —afirmó el asesino sin pasión en sus palabras.

—Entonces trabajas por principios y quizá tus ideales sean más parecidos a los de los *medjay* de lo que crees.

—Quizá no tenga ideales —respondió. Desvió su mirada hacia mí y pensé en Aya; cuando iba a hablar, mi padre me interrumpió.

—Te han enviado para matarme ¿no?

—Me han enviado para acabar con el linaje, para erradicar a los *medjay*.

Lo confirmó sin dificultad. Seguro de que su objetivo estaba cerca. Que ya estábamos acabados.

—Jamás podrás conseguirlo. No puedes matar una idea.

—Mi jefe lamenta tener que disentir. —Se adelantó—. Y tu vínculo con el linaje es tu debilidad.

No pude evitar pensar que tenía un poco de razón. Y, entonces, la lucha se reanudó; las espadas no dejaron de balancearse, con movimientos rápidos y fuertes. La camisa de mi padre estaba empapada de sangre. De los tres, él era el que más heridas había recibido, pero yo podía sentir mi propia sangre caliente bajo el cinturón. Cuando me moví, me pareció sentir cómo la herida se abría en el estómago, como si fuese una boca, mientras más sangre me caía por la tripa, hacia las piernas y mi calzado, donde los dedos de los pies chapoteaban en el líquido carmesí.

Mientras tanto, parecía que nuestro oponente, que estaba frente a nosotros, aguantaba su propio dolor; lo mantenía escondido tras sus ojos y se negaba a dejar que lo derrotase. ¿Cómo de herido estaba? Era difícil decirlo. Nos atacaba sin descanso, sin piedad. Era un hombre que llevaba

años cazando a su presa. No tenía ganas de parar. Se acercó, inexorable, implacable, despiadado y, cuando le lanzó otro golpe a mi padre, el final pareció inevitable.

Lo vi tambalearse: a mi padre, al que jamás pensé que vería saborear la amargura de la derrota. Sus ojos, que antes habían parecido brillar con la emoción de un enfrentamiento próximo, en esos momentos se abrían con la certeza de una derrota asegurada: no sentía miedo por el dolor o la muerte, aunque era más que evidente que no tardarían en llegar, sino por el fracaso. Por la pérdida. Más tarde, me daría cuenta de que cuando levantó de nuevo su espada, como si fuese a preparar otro ataque, lo hizo sin ninguna expectativa de victoria. Lo único que podía hacer era intentar salvarme.

Al verle tan débil, y con Aya en mis pensamientos, de mi interior afloró una furia que eclipsó cualquier otro sentimiento que pudiera tener. Una necesidad de venganza. Una insaciable sed por infligir el mismo dolor en ese fantasma de la muerte: provocar en su mundo lo mismo que él estaba provocando en el mío.

Mi padre se dio cuenta. Incluso en mitad de la derrota, era capaz de interpretar la situación y reaccionar justo en el instante en el que me moví y me abalancé contra nuestro enemigo, para dar un ataque mal ejecutado y caótico que, sin lugar a dudas, acabaría en mi propia muerte. Con un gruñido y una oleada de fuerza, se lanzó hacia mí y me empujó al agua. Agité los brazos. Me caí de lleno en el río, me hundí y, después, salí a la superficie entre jadeos para conseguir un poco de aire.

La corriente era fuerte y el río, inesperadamente hondo. Me cogí a las espadañas para intentar evitar que la corriente me llevase con ella, pero se me escurrían de la mano. Intenté aferrarme a más, lo conseguí y, al menos por un momento, evité que la corriente me arrastrase. Al mismo tiempo, sentí que la oscuridad se acercaba, como si me ensombreciese el cerebro y amenazase con atraparme; la herida me ardía por el dolor. Alcé la mirada para observar la orilla. El asesino miraba a mi padre. Vi el destello de su espada y a mi padre caer de rodillas para después desplomarse a un lado. Vi que el asesino levantaba la espada. En un segundo, atravesó a mi padre.

Entonces, la oscuridad que había estado amenazando con atraparme se cerró sobre mí. Mis dedos aferrados a las espadañas se relajaron. La

corriente me arrastró y todo lo que alguna vez había sido en mi vida se quedó allí, en aquella orilla.

Lo último que vi fue que mi propia sangre tintaba las aguas del río. Mi último pensamiento fue para el padre que había empezado a conocer de verdad.

59

Aya no tenía intención de volver durante el día, cuando estaría bajo la atenta mirada de los ciudadanos de Siwa que habrían salido a realizar sus quehaceres. Por esto mismo, no fue coincidencia que en el momento en el que fue al lugar que parecía haber visto por última vez hacía una vida fuera de noche.

Por supuesto, nada había cambiado. Mientras cabalgaba, casi sonrió al ver aparecer la antigua ciudad. Todo en Egipto estaba cambiando; de hecho, gran parte de lo que ella y Bayek habían hablado era acerca de los cambios en su país. Sin embargo, Siwa había permanecido inalterada. Ante ella, pudo ver el oasis, en cuya superficie la luna, como una oblea, formaba ondas, y más allá, se alzaba la ciudad: la fortaleza, los templos, los recuerdos…

Aquel era un lugar que pertenecía a su pasado y que le recordaba a Bayek y a su tía, aunque también representaba un futuro que, en lo más profundo de su corazón, sabía que no era para ella. Era posible que se quedara durante unos años y allí estuviera junto a Bayek, pero no para siempre.

La ciudad dormía en silencio cuando Aya llegó. No pudo evitar dirigir su mirada hacía el lugar en el que Bayek había vivido y pensar en su madre, Ahmose, a la que sabía que tenía que hacer una visita. También iría a ver a Rabiah, seguro que era un encuentro muy interesante.

Las calles estaban sumidas en la oscuridad y el silencio, de forma que el único sonido que se escuchaba era el de los cascos de su caballo.

Al llegar a la casa de su tía, donde una vez tuvo su hogar, se le cortó la respiración al pensar que volvía a estar allí y que su viaje había terminado. Se quedó sentada sobre su caballo durante un momento mientras intentaba readaptarse y lidiar con las oleadas de recuerdos y nostalgia en su interior, así como con la preocupación por si había llegado demasiado tarde para ver a su tía.

De repente, se sintió agotada y bajó los hombros. A continuación, asintió y le cayeron las trencitas al tiempo que intentaba reunir las fuerzas y determinación necesarias y se decía a sí misma que tenía que hacerlo; tenía que entrar.

Decidida, respiró hondo, desmontó, cogió la bolsa con sus pertenencias que cargaba en el caballo, se la echó al hombro y fue hasta la puerta principal.

En seguida se dio cuenta de que algo había cambiado.

La flores, eso era. Su tía siempre ponía flores fuera de la casa. De hecho, recordaba tan bien la imagen de Herit volviendo del mercado con la cesta llena de fruta y flores que, cuando dio media vuelta y observó la calle, fue como si estuviera viendo allí mismo la escena a pesar de que estaba todo a oscuras.

Pero no, ya no había flores fuera. Es más, el exterior de la casa tenía un aspecto un poco descuidado. ¿Antes no estaba así o había imaginado que la casa estaba pintada perfectamente y adornada con llamativas flores todos los días? Acercó la mano a la pared, desconchó con la uña un poco de pintura y se preguntó si la memoria le había estado jugando una mala pasada.

También percibió un olor. En ese aspecto, sabía que su memoria no la había engañado, aunque tampoco era el olor que asociaba con su infancia, sino…

Por todos los dioses, ¿qué era aquel olor? Cuando apartó la esterilla a un lado y entró en su antiguo hogar, se tuvo que llevar una mano a la boca y, de forma instintiva, buscó su pañuelo, pero luego recordó que se lo había entregado a Bion en el abrevadero.

Cualquier pensamiento de aquel extraño encuentro quedó relegado a un segundo plano por aquel olor. Aya procuró respirar de manera superficial y

andar con toda la cautela y sigilo posibles. Allí dentro, la luz de los quemadores de esencias titilaba y los aceitosos bucles de humo se esparcían por la habitación y dejaban un olor nauseabundo.

Por otro lado, la casa parecía vacía.

Aya apagó los quemadores en un intento de igualar su presencia con la de su tía ausente (¿por qué estarían encendidos si Herit estaba muerta?) a la vez que procuraba ignorar el desasosiego que la corroía por dentro.

En el pasado, habría salido a la calle, llamado a algún vecino y preguntado dónde estaba Herit. Habría sonado como una loca desesperada y alimentado los cotilleos del vecindario: «¿Habéis visto a Aya, la muchacha de la que cuidaba Herit, que ha vuelto de sus viajes y se ha puesto a gritar…?»

Pero aquello no iba a suceder, porque ella ya no era la Aya del pasado, así que simplemente salió con calma a la calle, aliviada por poder alejarse de aquel olor aceitoso que era hasta agobiante y, tras girar a la derecha, se dirigió a la casa de la vecina de Herit, Nefru, quien además había sido la mejor amiga de su tía.

—¿Hola? —llamó junto a la puerta, y luego retrocedió un poco.

Volvió a notar el mismo olor acre de la casa de su tía, pero este era incluso más intenso. Casi no se podía aguantar.

—¿Hola? —respondió la Nefru que ella recordaba—. Entra, seas quien seas…

—¿Nefru? —dijo Aya, que cruzó el umbral de la puerta, con la boca y la nariz tapadas con la mano, justo cuando la mujer salió de la puerta que llevaba a los dormitorios con una lámpara encendida en la mano.

—¿Aya? ¿Eres tú? —preguntó Nefru, que atravesó la habitación con la lámpara levantada de tal forma que no solo iluminó aquel espacio, sino a ella misma también.

Al ver la primera cara familiar después de tantos años, Aya casi se quedó sin aliento, pues fue como atravesar un portal que llevaba al mundo en el que vivían sus recuerdos de la infancia. Aquella mujer era Nefru, la vecina que vivía al lado de Herit: bajita y un poco rechoncha, con unas mejillas siempre coloradas. Aya recordaba que las mejillas siempre parecían a punto de explotarle cuando sonreía, es decir, todo el tiempo, porque Nefru

sonreía mucho. Además de su vecina, era la mejor amiga de Herit y las dos, bueno, al menos hasta donde recordaba Aya, siempre se estaban riendo. Siempre encontraban algo de lo que reírse juntas, como dos niñas.

—¿De verdad eres tú? —Nefru casi parecía superada por la emoción. Adoraba a Aya, y ella también la quería muchísimo. En esos momentos que estaban una frente a la otra, reunidas por tristes circunstancias, la emoción las embargó a las dos y las lágrimas le nublaron la mirada a la más joven cuando Nefru se acercó a ella y la rodeó en un abrazo.

—Mi niña, mi niña. Herit estará…

—¿Está viva? ¿Dónde está? —preguntó Aya y se aferró a la esperanza de las palabras de su vecina.

—¡Vamos, está allí atrás! —respondió Nefru y señaló el dormitorio de la parte trasera de su casa—. Le dije que se viniera a vivir conmigo, para poder cuidar de ella.

—¿Y cómo se encuentra? ¿Mejor?

—Por ahora aguanta, mi niña, aguanta. El médico y yo hacemos todo lo que podemos.

—¿Qué le pasa? —preguntó Aya.

—Es la tos —contestó Nefru—. Los médicos dicen que los demonios se han instalado en su interior y que son la causa de su enfermedad.

Aya miró a su alrededor, poco convencida.

—¿Y el médico te ha pedido que pongas todos esos quemadores por la casa?

—Los ahuyentará, o eso dice él —respondió Nefru mientras asentía con gesto adusto—. También hemos encendido unos cuantos en casa de tu tía, por si acaso estuviesen allí escondidos también.

«Bueno, ya no están encendidos», pensó Aya, pero prefirió no compartir sus pensamientos con Nefru. En cambio, le preguntó:

—¿Puedo verla?

—Por supuesto que sí, mi niña, claro, pero has de tener un poco de paciencia; ahora mismo está descansando. Duerme, pobrecita mía, y últimamente no estaba durmiendo mucho, así que prefiero no molestarla en estos momentos. Pero puedes ir a echar un vistazo, para verla con tus propios ojos.

Después de que Aya hubiese comprobado el interior de la otra habitación, contenta de ver que su tía no estaba muerta, que solo estaba durmiendo, Nefru la acompañó hasta una mesa que cogió a Aya por sorpresa. Recordaba aquella misma mesa, pero mucho más grande.

—¿Estás bien? —preguntó Nefru, mientras movía un taburete con un meneo de caderas y le indicaba a Aya que se sentase—. ¿No ha venido contigo ese jovencito tuyo? ¿Tienes noticias del protector de Siwa? ¡Ay, tengo tantas preguntas para hacerte! ¿Cuánto hace que has vuelto? ¿Has visto a alguien más? Hay muchísima gente que tiene un montón de preguntas para ti, te lo aseguro, así que será mejor que te acostumbres a responderlas. —Le dio un codazo a Aya y le guiñó un ojo—: Y asegúrate de contar tu historia de forma clara y sencilla.

La última vez que Aya se había sentado con Nefru y se había tomado un vaso de leche, había sido cuando todavía era adolescente. En esos momentos, era una mujer. Todo lo que había pasado (sus «aventuras», tal y como Bayek y ella las llamaban) la había cambiado. Se había marchado de Siwa siendo una Aya completamente distinta a la que había regresado a su hogar. Aunque hablar con Nefru le había ayudado a reencontrarse con la niña que había sido en el pasado. Recuperó a la traviesa y curiosa marimacho que Nefru recordaba. Y le contó toda su historia a su vecina. Bueno, mejor dicho, le contó una versión de su historia; omitió algunos de los detalles más angustiosos y evitó mencionar a los *medjay* y a la Orden, aunque sí le contó que Bayek no había regresado con ella porque se había quedado con su padre, entrenando para convertirse en el protector de Siwa.

—¿Y no puede entrenarse aquí?

Aya se mordió el labio, mientras pensaba que, para evitar que Nefru se preocupase, sería mejor contarle que se habían pasado años preguntándose si un asesino los atacaría en su campamento en algún momento; sus dudas; en lo mucho que había insistido Sabu en no regresar a Siwa, pasase lo que pasase…

—Esto, eh… es… complicado —fue lo mejor que pudo responderle.

A pesar de la débil luz que iluminaba la estancia, Aya se dio cuenta de que Nefru la miraba con mucha atención, estudiándola.

—¿Por algún casual no os habréis peleado vosotros dos, no? —preguntó

la mujer.

Aya dejó caer la cabeza. Sabía que le costaría mucho hablar del tema. Todo el tiempo que había pasado intentando no pensar en Bayek durante su viaje, convenciéndose de que, al final, él la había entendido, de que todo se arreglaría cuando se sentasen juntos a hablar las cosas como tocaba… no podía permitirse llorar en esos momentos. Asintió, con la esperanza de que eso bastase para responder a la pregunta de Nefru. Sin embargo, le empezó a temblar el labio y, un segundo después, estaba en brazos de la mujer, que la abrazaba para consolarla.

—Nefru, le echo de menos, le echo muchísimo de menos.

«Estoy preocupada por él», era lo que de verdad quería confiarle a su vecina. «Me preocupa que el asesino exista de verdad, que vaya a por él, y que yo me haya equivocado».

—Vale, vale, mi niña —dijo Nefru—. Venga, ya está…

Un rato después, Aya recuperó el dominio de sus emociones y se aclaró la voz; después de romper el abrazo, se levantó de la silla.

—Bueno, entonces, mientras esté en Siwa, me quedaré en casa de mi tía. —Ninguna de las dos mencionó o preguntó cuánto tiempo tenía pensado quedarse—. ¿Cuándo regresa el médico? —añadió.

—Me dijo que volvería en un par de días —respondió Nefru.

—Muy bien —dijo Aya—. Hasta que venga, vamos a deshacernos de esos aceites esenciales.

—Pero, mi niña, ¿estás segura de lo que dices?

—Esa peste que echan es horrorosa, Nefru. ¿Cómo puedes soportarlo?

Aya negó con la cabeza y arrugó la nariz, mientras Nefru fruncía el ceño, confundida.

—Pero, Aya… el médico ha dicho que acabaría con la enfermedad de tu tía.

—Bueno, yo no soy médico —respondió Aya—, pero ese olor es asfixiante y no creo que pueda ser bueno para nadie. Vamos a deshacernos de él ya.

Aya se tambaleó un poco, todavía algo mareada por el viaje y el olor del

aceite de esencias, y Nefru la cogió de un brazo para evitar que se cayera; poco a poco, una amplia sonrisa le adornó el rostro.

—Primero lágrimas y, un minuto después, ya estás dando órdenes. No hay duda, mi niña, has vuelto.

60

Cuando, a la mañana siguiente, Herit se despertó, tuvo lugar otro reencuentro familiar lleno de lágrimas. Unas horas después, Aya ya le había contado la misma historia que le había relatado la noche anterior a la amiga de su tía y, después, le pidió a Nefru que fuese a comprar algo de comida (más que consciente de que todas las noticias que había traído con ella pronto recorrerían todas las calles de Siwa, pues a Nefru le encantaba cotillear). Herit, igual de perspicaz que su amiga, también se dio cuenta de que las cosas no iban del todo bien entre su sobrina y Bayek y, por segunda vez, Aya se vio buscando el consuelo en un abrazo y en las palabras de ánimo de su tía, que le decía que los jóvenes eran unos exagerados y que, con tiempo y reflexión, todo se arreglaría y las aguas volverían a su cauce. La reconfortante confianza de su tía la transportó a su infancia, una época en la que no existían asesinos ni ideologías antiguas.

Aya decidió que prefería estar allí. En aquellos momentos, le gustaba muchísimo más el pasado que su presente.

Poco después, Nefru regresó de las compras y entró en la habitación en la que Herit descansaba sobre una estera mientras Aya cuidaba de ella. Aya había descolgado las telas que cubrían las ventanas de la casa; no tenía muy claro cómo iban a escapar los demonios con esas telas colgando de las ventanas. Al deshacerse de ellas, el aire fresco entró en la habitación mientras Aya hacía todo lo posible por conseguir que ese maloliente aceite de esencias que el médico había recomendado desapareciese de la casa.

—¡Vaya! —exclamó Nefru al ver a Herit—. Ya tienes mucho mejor

aspecto. —La mujer desvió su atención a Aya e insistió en acercar a la muchacha a la ventana para verla «bajo la luz del sol, por primera vez desde vaya uno a saber cuándo». Como se sentía un poco mejor, Herit se había levantado un poco y, durante un par de minutos, Aya se vio rodeada por las dos mujeres, que la examinaban.

—¿No está preciosa, Herit? —dijo Nefru con satisfacción.

—Pues sí. Idéntica a su madre…

—Y a su tía —añadió Aya con una sonrisa.

—Eso sí… —dijo Nefru y se acercó para observarla mejor. Las mejillas regordetas de la mujer estaban tan cerca de Aya que la muchacha podía ver las venas rotas en el rostro de Nefru mientras la mujer la observaba—, estás un poco pálida, mi niña. Está muy bien que nos cuides y nos des consejos a tu tía y a mí, pero, por lo visto, tienes que empezar a cuidarte más.

Nefru tenía razón. En el desierto, durante su viaje, Aya se había encontrado mal. Hizo caso omiso de la preocupación de Nefru, pero en realidad todavía sentía un poco de náuseas; pero la chica lo achacó a los restos de ese asqueroso aceite que todavía flotaba en el aire.

Al olor y, además, a los nervios, se dijo. Al fin y al cabo, se había aferrado al talento que poseía Nefru para difundir cotilleos para suavizar el golpe que sería la noticia de su regreso a Siwa; al menos podía salir a la calle. Pero, además, eso implicaba que Ahmose, la madre de Bayek, esperaría que Aya fuese a visitarla, y si dejaba pasar mucho tiempo antes de ir a verla, podría considerarse una falta de respeto hacia ella. Sin lugar a dudas, tenía que ir a visitarla lo antes posible. Tenía que hacerlo esa misma mañana.

Así que, cuando Nefru y su tía consideraron que ya habían pasado bastante tiempo observando a Aya, la muchacha dejó la relativa seguridad y el refugio de la casa de Nefru y emprendió su camino por las calles de Siwa.

El hecho de ver la ciudad bañada por los rayos del sol no le ayudó a tranquilizarse y, por supuesto, no se le pasó por alto que las personas que paseaban por allí se paraban, de forma literal, para observarla. Entonces, de repente, de pie ante ella se encontró a su amigo de la infancia, Hepzefa.

Quizá era porque, cuando Bayek y ella se marcharon, todos eran mucho

más jóvenes, pero si bien Nefru y Herit parecían no haber envejecido con el paso de los años, Hepzefa sí se había hecho mayor.

Al verlo allí de pie, frente a ella, con una amplia sonrisa burlona en el rostro y los brazos abiertos de par en par, Aya se acordó de Bayek. Y, por un segundo, la sacudida que sintió ante el recuerdo de Bayek casi echó a perder el reencuentro con su amigo. Se estrecharon en un abrazo y, de nuevo, Aya luchó por no dejar escapar las lágrimas, que esa vez eran de alegría.

Le contó a su amigo su historia, con la promesa de que más adelante ahondaría en los detalles.

—¿Ha ocurrido algo en Siwa que deba saber? —preguntó ella.

Hepzefa se encogió de hombros y rio como queriendo decir que no había pasado gran cosa y que la vida simplemente seguía su curso. Luego este añadió que Sennefer querría verla y ella le prometió que sacaría tiempo para los dos, pero primero estaba el asunto de…

Aya señaló con el mentón en dirección al camino que llevaba a su destino: la casa en la que vivía aquella mujer que parecía una leona.

—¿Sabes cómo le ha ido?

—¿A Ahmose? —dijo Hepzefa—. Como siempre. En un momento puede ponerse difícil como puede abstraerse en sí misma, pero como le vas a llevar buenas noticias, supongo que contigo no habrá problemas.

Sin embargo, Aya no estaba tan segura.

Aya le prometió a Hepzefa que se verían después y, seguidamente, siguió el camino hasta llegar a casa de Bayek.

Resultaba extraño que, aunque todos los demás sitios de Siwa le hacían evocar recuerdos de su pasado, aquel era una excepción. Sabu jamás había visto con buenos ojos su relación con Bayek, así que apenas había pasado por allí, solo para proferir el reconocible silbido que servía para que Bayek saliera. No obstante, Aya recordó que Ahmose jamás se había mostrado en su contra. Es más, la mayoría de las veces, antes de Bayek se fuera con ella, la había saludado con una sonrisa en la boca.

Así que allí estaba ella, a punto de hacer algo que nunca había hecho:

llamar a la puerta de la casa de Bayek.

—Entra —le llegó una voz del interior—, me estaba preguntando cuánto tardarías en venir.

Aya se preparó mentalmente, entró y allí se encontró a Ahmose esperando en un taburete de manera delicada, con la mandíbula apretada con determinación. Como le había pasado con Nefru y con Herit, le pareció que la madre de Bayek también se había conservado bastante bien a pesar del paso de los años; lo único que había cambiado era que su pulcra casa era más espaciosa.

—¿No has vuelto con ellos? —preguntó sin ni siquiera ofrecerle asiento.

Ahmose, que, de alguna manera, se mostró amable a pesar de que no le había dado la bienvenida, observó a su visita de arriba abajo.

—No —dijo Aya.

Ahmose digirió aquella respuesta, pese a que, evidentemente, ya se la esperaba. Quizá solo quería oírla de la boca de la joven.

—¿Cómo están? —preguntó finalmente.

—Están bien, igual que siempre.

La mujer carraspeó.

—¿En serio? Eso no es lo que quería escuchar. Al contarme lo que tú crees que quiero escuchar, me estás contando justamente lo que *no* quiero escuchar. ¿Por qué no me dices la verdad?

Aya se quedó de pie sin saber muy bien qué decir o cómo reaccionar. Sabía que Ahmose podía ser imponente, pero no recordaba que hablara con tanta franqueza. Se quedó un momento sin saber qué responder. Aun así, la mujer tenía razón, pues aquello era lo mínimo que podía hacer por una persona que llevaba tanto tiempo sin saber de su familia. Lo que sucedió fue que, al darse cuenta de la importancia de aquello, no supo encontrar las palabras adecuadas.

Afortunadamente, Ahmose esbozó una sonrisa y dijo:

—Lo siento, solo esperaba que… Bueno, ya sabes qué esperaba.

Justo después, se levantó, atravesó la habitación y abrazó con cariño a Aya.

—Mi querida Aya, pareces más fuerte y más hermosa incluso que

cuando te fuiste. No te puedes imaginar lo mucho que me alegro de verte otra vez después de tanto tiempo.

A continuación, le ofreció asiento y volvió al tema:

—Y, por favor, no me digas que están igual que siempre.

—No, Ahmose, no lo están. Ahora se han convertido en padre e hijo.

Era verdad, y además una verdad agradable.

—Ha crecido, ¿no?

—Está entrenando para convertirse en *medjay*.

Aya no se sorprendió cuando vio que Ahmose ni se había inmutado al escuchar aquella palabra, pero se sintió confundida cuando el semblante de la mujer se mostró risueño.

—No, cariño, no me refería a Bayek…

Aaah. Así pues, Aya volvió a contar la historia, aunque sin omitir tanta información.

61

La siguiente persona a la que Aya quería ver era Rabiah, así que, al atravesar la dudad hasta su próxima parada, de nuevo tuvo que someterse a las miradas curiosas de los vecinos de Siwa, a los cuchicheos y a los saludos que tuvo que rechazar alegando que tenía cosas importantes que hacer.

—Hola, jovencita —le dijo Rabiah cuando Aya llamó a su puerta.

—No me digas que tú también esperabas que viniera —dijo la joven, que, a pesar de que le habían dado una calurosa bienvenida, estaba empezando a cansarse de ser la que acababa de volver a Siwa—. ¿Qué te ha hecho pensar que vendría a visitarte?

Rabiah se encogió de hombros.

—Seguro que tienes preguntas.

No obstante, Aya negó con la cabeza y le comentó:

—En realidad no. Todas las preguntas que tenía se respondieron allí fuera. —Y señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—¿En serio?

—Está bien —admitió Aya—, puede que sí que tenga un par de preguntas que hacerte. Por ejemplo, ¿crees que Sabu se fue por Menna?

—No lo sé —respondió Rabiah—. Sé que era por algo peligroso, eso fue lo único que me dijo Sabu.

La joven la miró con detenimiento y llegó a la conclusión de que le había dicho la verdad, o por lo menos no había callado nada respecto a aquella verdad.

—¿Acaso llamaron a Sabu para encargarse de Menna? —quiso saber la mujer.

—No, pero Bayek y yo hicimos lo que propusiste y buscamos a los nubios, quienes pudieron encargarse del saqueador.

Al escuchar aquellas palabras, Rabiah se reclinó en su asiento, echó la cabeza para atrás y observó el techo. A la mujer se le empañaron los ojos y pareció que se hubiera quitado de encima un peso enorme y hubiera dejado que el alivio fluyera a través de ella.

—Así que se acabó.

—En lo que respecta a Menna, sí.

—¿Y qué hay de los nubios? —preguntó con frialdad, y luego miró a Aya y trató de cuidar sus modales; a la joven le recordó un poco a Ahmose —. Muchacha, toma asiento. ¿Quieres un poco de agua? ¿Vino?

—Ya he tomado suficientes bebidas por hoy, pero gracias.

—Bueno, continuemos… ¿Y los nubios?

Rabiah escuchó con atención a Aya mientras esta le contaba las novedades acerca de Kensa, Seti, Neka y el resto. Cuando se enteró de que, debido a la guerra con Menna, la tribu había perdido numerosos miembros, frunció el ceño con tristeza, pero, al escuchar cómo le iba a Kensa, se animó un poco.

—Pocas personas hay como ella —dijo.

—Le debemos mucho.

—¿Y cómo les va ahora?

—Nos tuvimos que separar. Ellos iban a irse de Tebas; solo los dioses saben lo mucho que deseaban hacerlo, así que deben de estar viajando, pero estoy segura de que sabremos más de ellos a su debido tiempo.

—Por tanto, definitivamente, Menna no fue el motivo que llevó a Sabu a marcharse.

—No.

—¿Y entonces por qué se fue? —preguntó Rabiah con cuidado—. ¿Cuál era el peligro?

—Algo amenazaba a los *medjay* —respondió Aya—. ¿Conoces la Orden, de Alejandría?

—Algo he oído —afirmó Rabiah.

—Al parecer, están dando caza a los *medjay*.

—Entiendo.

—¿No tienes nada que decir al respecto?

Rabiah volvió a encogerse de hombros y dijo:

—¿Qué debería decir?

Aya se levantó, exasperada.

—¿Sabías quiénes eran, Rabiah? ¿Sabías que esto iba a suceder? —Al pronunciar estas palabras, imaginó la respuesta y se preguntó cómo de enfadada debería de estar tras darse cuenta de que Rabiah la había utilizado para facilitar unos planes aún mayores.

Rabiah, que la había estado observando con mucha atención, de pronto soltó una risa seca.

—En según qué aspectos, te pareces a Ahmose. Ella siempre me está acusando de saber mucho más de lo que realmente sé. Como si estuviera ocultando cosas.

Aya levantó una ceja y, de pronto, se sintió más unida a Ahmose. La gente creía eso de Rabiah porque, la mayoría de las veces, ella sabía más cosas que los demás.

—¿Acaso te piensas que puedo ver el futuro? —preguntó Rabiah—. Ojalá fuese así, pero por desgracia no cuento con semejante don. Lo único que tengo es el deseo de continuar con las costumbres de los *medjay* y soy consciente de que, para conseguirlo, hay que proteger los templos.

—Pero los templos están protegidos.

—No por los *medjay*. Siwa necesita a su protector. Necesita a Sabu y necesita a Bayek.

—Bueno, pues al parecer, por el momento no podrá contar con ninguno de los dos. —Aya sabía que estaba siendo demasiado directa y que no era necesario, pero, al parecer, Rabiah estaba acostumbrada a la franqueza. A Aya, esa cualidad le recordaba a Ahmose, y a su viaje… y a lo mucho que había crecido y cambiado desde la última vez que se habían visto en Siwa.

Rabiah asintió; estaba de acuerdo con ella. Entonces, añadió:

—Pero uno de ellos, o ambos, regresarán.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—¿De que Sabu vaya a volver? No lo estoy. Pero Bayek… Él volverá.

Volverá, porque tú estás aquí.

—Entonces, ¿me estás diciendo que soy un cebo?

Rabiah levantó los brazos en un gesto de frustración.

—¡Y dale! ¿Cómo quieres que yo controle el hecho de que tú estés aquí, niña? Has vuelto por tu propia voluntad. Me satisface ver que, a tus ojos, soy una especie de dios que te manipula y que dirige tu vida, pero eso no es verdad, ¿sabes?

—Solo que así ha sido —respondió Aya y, de repente, se sintió agotaba. Todos esos años huyendo de un asesino le habían pasado factura y lo que allí fuera era un estado natural de desconfianza, de repente parecía estar injustificado allí, en la pequeña y segura Siwa.

Y, en esos momentos, Aya sintió una repugnante mezcla de emociones que no podía descifrar: náuseas, asco, furia, frustración, ansiedad… Salió de casa de Rabiah tambaleándose, tras despedirse con la cortesía habitual y casi se trastabilló al salir a la calle. Rabiah la llamaba a gritos, preocupada. Aya alegó que estaba cansada y le dijo adiós con la mano.

En el camino de vuelta a casa, empezó a sentirse peor. Recordó el ataque en el oasis, el momento en el que se dio cuenta de que sería capaz de matar a alguien para defenderse. En su mente, reprodujo el momento exacto antes de que las flechas del jinete que se acercaba a ellos diesen en el blanco. Mientras caminaba, se tambaleó y se apoyó en un muro bajo para no caerse. Le daba vueltas la cabeza. Se preguntó si esa sensación de que las cosas estaban fuera de su control, incluso allí, en Siwa, era la causa de que tuviese el estómago revuelto, del mareo que sentía y que amenazaba con hacerla caer de rodillas. Había odiado esa sensación mientras viajaba con Bayek y su padre, y la odiaba en esos momentos. Oyó que alguien gritaba su nombre, echó un vistazo y vio una silueta… y, por un momento, pensó que quizá era la del asesino. Pero no, solo era su viejo amigo Sennefer. Aya no se sentía con fuerzas para detenerse a hablar con él, así que lo miró con una débil sonrisa en los labios pero negó con la cabeza, con la urgencia de continuar y llegar a casa.

Al fin llegó a casa y casi se cae al entrar, con un deseo desesperado por tumbarse. La casa estaba a oscuras y Aya estaba un poco desorientada; sentía las extremidades muy ligeras y no dejaban de temblarle por los

efectos posteriores a la tormenta de emociones que la había alcanzado en la calle. Le llevó un segundo, más o menos, darse cuenta de que había alguien de pie en su casa. Era la figura de un hombre.

—Bayek —dijo Aya, pero no, no era Bayek. Era él: Bion, el hombre del abrevadero.

«¿Qué está haciendo aquí?», se preguntó vagamente. Pero todavía tenía el estómago revuelto, el aire le olía raro y se le estaba nublando la vista. El aliento parecía esquivarla y, lentamente, todo pareció girar a su alrededor. El hombre se acercó a ella, con algo rojo en la mano. «Mi pañuelo», pensó Aya. «Qué bien. Lo echaba de menos». Y, entonces, sintió que le fallaban las piernas, vio que el suelo se acercaba a ella a toda velocidad y sintió que unos brazos fuertes la cogían. Y, después… la nada.

62

Después del enfrentamiento, mientras la corriente arrastraba a Bayek bien lejos de allí y Sabu yacía derrotado en la tierra, Bion se había arrodillado; le temblaban los hombros y tenía la cabeza agachada, exhausto y dolorido, mientras escuchaba…

Nada.

Silencio. Ni siquiera se oía el piar de los pájaros que volaban en círculos sobre sus cabezas. Hasta el ruido de la sangre que se le agolpaba en las orejas se había mitigado. Pero, en esos momentos, el cuerpo de Sabu estaba a sus pies, lo que implicaba que estaba a punto de terminar su misión.

Los asesinatos se acabarían pronto.

Y hallaría la paz.

Pero podía oír otro sonido proveniente de Sabu. Era el sonido de la pesada respiración del hombre. De su pecho sobresalía la espada de Bion; el asesino no se había querido arriesgar y había empalado al hombre contra el suelo, como si de una mariposa se tratase. La sangre le manaba de la boca y sus ojos parecían vagar de un lado a otro, sin terminar de enfocar la mirada. Intentaba fijar los ojos en Bion, ver la cara de su asesino antes de morir.

Bion se acercó un poco para mirar el cuerpo de Sabu, con una mueca de dolor por la herida que tenía en el costado.

—Tu nombre —pidió Sabu, con voz débil. Bion asintió, como si quisiera concederle la dignidad de los derrotados.

—Me llamo Bion —respondió—. Me envió la Orden para matarte a ti y a tu descendencia; me manda un miembro de la Orden llamado Raia. ¿Lo

conoces?

Sabu negó con la cabeza, y se estremeció por el dolor. El hombre arrugó el entrecejo para sobreponerse y, cuando abrió los ojos de nuevo, descansó la mirada otra vez en Bion. El asesino no vio rastro de odio ni de ira en ellos, solo una profunda tristeza. Se preguntaba si Sabu estaba herido en su interior y si también estaba cansado de matar, como él; si existía una parte de Sabu que se alegraba de dejar atrás esa vida.

—¿Dónde está? —preguntó Sabu.

—¿Tu hijo? Aquí no.

—¿Muerto? —consiguió preguntar el hombre.

El asesino extendió los brazos.

—Quién sabe.

—Es un muchacho fuerte. —Sonrió Sabu con un poco de melancolía.

—Le has entrenado bien, *medjay* —dijo Bion y se acercó para apartarle un mechón de pelo a Sabu de los ojos—. Os vigilaba desde lejos. Vi cómo le dabas el medallón. Sé que supiste que su educación y entrenamiento habían acabado. Le pasaste el papel de *medjay*.

—Y una sentencia de muerte con él, ¿verdad?

Bion negó con la cabeza.

—No, la sentencia ya estaba marcada de antes. La Orden de Alejandría ha decretado que todo *medjay* y su linaje deben desaparecer. Cuando acabe con mi deber, los únicos que se harán llamar *medjay* serán vuestros defensores e imitadores. La Orden no tendrá nada a lo que temer. Su era de dominación no tendrá fin.

—Y eso te conviene, ¿no?

Bion se encogió de hombros, aunque el movimiento le causó gran dolor. Hizo una mueca.

—No, no me conviene. Lo único que sigo en esta vida son las órdenes de mis señores. Mato. Eso es todo. He matado a tus amigos. He matado al gran Hemon y al chaval con el que vivía, Sabestet. —Señaló la espada que mantenía a Sabu clavado contra el suelo—: He asestado el golpe que acabará contigo y, en breve, mataré a tu hijo para ponerle fin a mi misión. Nada de esto me conviene. Es, ni más ni menos, lo que hago.

—Primero tendrás que encontrarle —replicó Sabu y se esforzó por

sonreír—. No será tarea fácil.

Bion había visto cómo la corriente había arrastrado a Bayek. Pero sabía mucho más de lo que Sabu creía. Sabía que, si Bayek estaba vivo, entonces emprendería su camino hacia Siwa.

Sin embargo, no tenía razón alguna para contarle a Sabu que sabía todo eso. Dejaría que el hombre alimentara una falsa esperanza mientras pasaba al otro lado; dejaría que se presentara ante los dioses con la fe como compañera. No le contó a Sabu que tenía que recuperar el último medallón para llevárselo a Raia y, así, completar su misión y acabar con los asesinatos. No se lo contó porque, simple y llanamente, Sabu ya había tenido bastante con lo que lidiar durante su vida. Tenía unos últimos momentos para vivir.

En cambio, Bion le dijo:

—Has sido un digno oponente, *medjay*, un gran guerrero. Estoy seguro de que no necesitas escucharlo de mi boca. Llévate eso contigo en tu viaje hacia los dioses. Que sepas que has servido a tu credo, a tu familia y a tu… —Estuvo a punto de añadir «a tu pueblo», pero se abstuvo—. Te has defendido bien. Tienes razón, *medjay*, quizá no encuentre nunca a tu hijo. Quizá no pueda acabar nunca mi misión. Puedes llevarte contigo el consuelo de que me has complicado mucho mi trabajo, lo has hecho más agotador de lo que debería haber sido. Adiós.

Entonces, tras decidir que esperaría a que Sabu falleciese antes de ocuparse de sus propias heridas, se sentó de cuclillas en señal de respeto.

El *medjay* tardó un par de minutos en morir. Pero, cuando al final falleció, los párpados le temblaron una última vez, un último suspiro escapó de entre sus labios y la cabeza le cayó hacia un costado.

Bion comprobó que Sabu estuviese muerto y, después, recuperó su espada y dejó el cadáver del *medjay* a merced de las aves carroñeras. Se vendó las heridas antes de regresar a su caballo y partir rumbo a Siwa.

63

¿Cuánto tiempo estuve a la deriva? No lo sabía. ¿En qué estado me encontraba cuando la pareja de ancianos me sacó del agua? Tampoco lo sabía. Lo único que sabía era que estaba tumbado sobre una estera y que el suelo debajo de mí me parecía inestable, era como si… Sí, así era, se estaba moviendo.

Empecé a sentirme desorientado y, después, un dolor agudo me recorrió el brazo y el estómago. Con cada punzada, no podía evitar acordarme del brillante filo de su espada. Recordé sus vacíos ojos ennegrecidos con kohl y las cicatrices de su cara que parecían relucir como lombrices. Asimismo, pensé en el pañuelo rojo y, a continuación, intenté erguirme sin mucho éxito, ya que el dolor me atravesó como una lanza.

Tampoco podía dejar de recordar a Aya, a la que tenía anclada en mi cabeza mientras intentaba luchar contra el mareo que no me dejaba pensar con claridad y comprender dónde estaba. Después, con un retraso del que me sentí avergonzado, recordé a mi padre. De nuevo, vi lo que había sucedido mientras el río alejaba mi cuerpo sangrante de la escena de la pelea: una espada se alzó y brilló de una manera casi preciosa a la luz del sol y, justo después, se hundió en mi padre.

Él había estado preocupado por mí, y eso se había traducido en las dudas sobre mi idoneidad para ser *medjay*. Yo era consciente de que no era más que una preocupación paternal que jamás pudo expresar, pero, a fin de cuentas, acabó creando una brecha entre nosotros, una brecha que yo había intentado saltar durante aquellos últimos años. Al final, por esa y muchas

otras razones, no nos hicimos amigos, pero sí que nos convertimos en padre e hijo. Él me entrenó para ser un *medjay*. Habíamos hablado de volver a Siwa, donde, con el tiempo, habría sido proclamado protector de la ciudad y quizá habríamos acabado forjando una amistad. O quizá no, ¿quién sabe?

Sin embargo, de algo estaba seguro: jamás lo llegaría a saber.

Tampoco sabía dónde estaba el medallón que me había dado, pero en aquel momento daba igual. Lo importante era que, a no ser que me hubiera equivocado, yo era el último *medjay* que quedaba y, significara lo que significara eso, había pasado a depender completamente de mí. A pesar del dolor que sentía, aquel pensamiento me hizo ganar estabilidad y me despejó la mente.

Después de un rato, noté otra presencia en…, en fin, yo no lo habría llamado habitación, era más bien un espacio, pero, en cualquier caso, no estaba solo. Así pues, levanté la cabeza y miré hacia el extremo de la estera, en dirección a un hombre que me dijo:

—Hola.

Se acercó a la luz y, para mi alivio, vi que no era el asesino de mi padre. El anciano se encontraba allí de pie, ligeramente encorvado, como se supone que es habitual cuando tienes un barco como casa.

El hombre llevaba una túnica blanca y el pelo sujeto con una cinta que le pasaba por la frente. A su izquierda había una mujer de pie que, de forma acertada, pensé que podía ser su mujer. Parecía estar inquieta y, cuando la miré, dio un codazo a su marido. Este dio un paso adelante y se presentó: eran Nehi y Ana, marido y mujer, propietarios y residentes del barco en el que me encontraba y que ellos utilizaban para pescar y transportar bienes por todo el río.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó la mujer.

Al igual que la de su marido, su voz era tan delicada y tranquilizadora que me recordó a la de mi madre cuando intentaba consolarme; al pensar en ella, la nostalgia me atravesó de un modo más agresivo y doloroso que cualquiera de mis heridas.

—¿Dónde estoy?

Ellos me contaron que vivían en aquel barco, que iban hacia el norte, donde entendí que tenían su hogar, y que me encontraron en las aguas del

río gravemente herido.

—Por tu aspecto habría dicho que acababas de venir de la guerra, jovenzuelo —comentó Nahi.

—Estábamos convencidos de que estabas muerto —añadió Ana.

—Cuidamos de ti lo mejor que pudimos —dijo Nehi, que en seguida aclaró—: Pero eso no implica que nos debas algo, desde luego que no, ni hablar.

—No sabéis lo mucho que os lo agradezco.

A continuación, les pregunté cuánto tiempo había estado allí y ellos se miraron, hicieron un mohín y se encogieron de hombros.

—No mucho, solo cuatro noches —respondió Nahi.

Intenté pensar y, finalmente, llegué a la conclusión de que el asesino, fuera quien fuera, me llevaba cuatro noches de ventaja.

—Si me lleváis hasta el norte, me quedaré aquí.

—¿Qué te espera allí?

—Mi ciudad natal. Y la mujer a la que amo. —Hice una pausa para evitar ponerlos en peligro al mencionar a los *medjay*—. Mi vida.

Esperé que las respuestas no sonaran contradictorias. En cualquier caso, sabía que debía ir a Siwa.

64

—Solo quería devolverte tu pañuelo —había comentado Bion cuando Aya se despertó y se encontró con el hombre de pie ante ella—. Te has caído.

Aya se tomó un par de minutos para centrarse, con los nervios a flor de piel por la presencia de un hombre en su casa al que no había invitado a pasar, cautelosa como habría estado cualquier otra mujer en su situación. Al menos, el extraño olor se había evaporado, pero, aun así, lo tenía metido en la cabeza.

—Tu vecina me ha dicho que no tardarías mucho en volver —decía Bion mientras tanto—. Me sugirió muy amablemente que te esperase aquí.

A esas alturas, Aya se había levantado poco a poco del suelo, mientras ponía a prueba su estabilidad, pues no quería estar en desventaja con su invitado.

—Mi tía… —empezó a decir.

—Sí —la interrumpió Bion, mientras asentía para que supiera que conocía la situación—. He estado hablando un rato con Nefiru. —Una ligera sonrisa se le dibujó en el rostro, aunque su mirada permanecía imperturbable—: Le conté la historia de nuestro encuentro en el oasis. Y ella me lo ha contado todo.

Aya sonrió con cautela y recurrió a dar una imagen más serena de sí misma; escondió la confusión que se formaba en su interior tan profundamente como pudo.

¿Por qué? ¿Por qué quería evitar la compañía de ese hombre? Era una

buena pregunta, pero también era una pregunta a la que no encontraba respuesta. A fin de cuentas, sabía que no tenía razones para tenerle miedo. Pero, aun así, quizá sí las tenía, porque notaba algo raro en él… Sí, definitivamente, notaba algo raro en ese hombre. Algo que la incomodaba. No pudo evitar preguntarse si, quizá, los ladrones de caballos la habían encontrado porque alguien les había avisado de que estaría allí. Alguien que la había seguido hasta el oasis. Y, después, hasta Siwa.

—¿Durante cuánto tiempo me he…?

—Apenas unos minutos —dijo—. Te agarré antes de que te cayeras y te posé en el suelo para darte un poco de agua. —Señaló un vaso colocado sobre un taburete—. Volviste en ti antes de que tuviese que ir a buscar ayuda en la casa de al lado.

Aya se percató de que todo estaba en su sitio, mientras de reojo miraba el vaso y la otra habitación. Respiró hondo otra vez, como si intentase aclarar sus sentidos; no olió nada. Mantén la situación con normalidad, sin importancia y familiar, se recordó. Dejarle pensar que no se había dado cuenta de nada. Quizá se equivocaba con el hombre. O quizá no.

—Bueno, me alegra que no hayas acudido a mi vecina. No me gustaría preocupar a mi tía o a Nefru. Pero, espera, ¿cuándo has hablado con Nefru?

—Ah, bueno, estuvimos hablando mientras tú estabas fuera, viendo a… —La observó como si estuviese pensando, aunque a Aya le pareció que estaba fingiendo que pensaba—, la madre de alguien. ¿La madre de Bayek, puede ser?

—Algo así —respondió Aya con cautela y, después, pasó por delante de él. No tenía ni una sola razón para nombrar a Bayek. Ninguna, salvo, quizá, sus propios intereses. Aya se obligó a mantener la calma, mientras barajaba sus posibilidades. Era un hombre peligroso. ¿Era el asesino?—. Tengo que ir a la casa de al lado, a ver cómo está mi tía.

El hombre también se había levantado y había atravesado la habitación; casi le bloqueaba el paso. Como si fuese obra del azar.

—¿Crees que deberías ir a casa de tu vecina si no te encuentras bien? He oído a algunos médicos decir que los demonios de mala salud se pueden alimentar los unos de los otros.

—Estoy segura de que estaré bien —respondió Aya de pasada, mientras

conseguía pasar por delante de Bion tal y como haría cualquier persona que tuviese delante a un desconocido cualquiera, sin sentirse amenazada—. Tengo que comprobar que se encuentra bien.

El hombre parecía incómodo. Si Aya no hubiese estado ya con los cinco sentidos alerta, ni se habría dado cuenta.

—Bueno, en ese caso, quizá debería irme.

«Sí, sí, me encantaría que te fueses».

—No, no, por favor, claro que no —respondió Aya al instante. Si era peligroso, si era el asesino o uno de sus subordinados, Aya quería saber dónde estaba en cada momento. Quería tenerlo a la vista—. Por favor, quédate. Te agradezco mucho tu apoyo cuando esos hombres intentaron atacarme; puedes quedarte todo el tiempo que gustes. Ahora, voy a ver cómo está mi tía. Solo será un momento. Y luego podríamos comer juntos, porque la verdad es que me gustaría conocerte mejor.

En su rostro vio algo extraño que sabía que, si no lo hubiera estado observando para recabar pistas, habría creído que lo había imaginado.

—Gracias —se limitó a decir él.

Ella asintió con la cabeza y salió de la casa de su tía, respiró el aire de la calle, parpadeó cuando la luz del sol rebotó en la piedra descolorida y dirigió su mirada al templo, como si se hubiera visto atraída hacia aquel lugar. Deseó que Bayek hubiera estado allí con ella, incluso Sabu.

Después, fue hacia la derecha y estuvo a punto de entrar en la casa de Nefru, pero decidió detenerse. ¿Y si su tía estaba en peligro? Aunque Bion ya había hablado con su vecina. Así que, si él era el peligro, entonces ya era demasiado tarde como para mantenerse al margen.

—Nefru —llamó Aya en voz baja junto a la puerta—, ¿estás aquí?

La anciana apareció.

—Has tenido visita —dijo, consciente de lo que había pasado.

Aya, poco a poco, se adentró en la casa, lejos de las ventanas abiertas que tenía cerca y, por lo tanto, de posibles oídos cotillas.

—Has hablado con él.

Nefru asintió.

—Parecía buena gente. Y no me contaste lo que pasó con aquellos ladrones. —Protestó con delicadeza mientras observaba a Aya como si de

repente pudiera ver unas heridas invisibles que antes no había podido apreciar.

—¿Qué te ha preguntado? —quiso saber la joven.

Nefru volvió a asentir y puso los ojos en blanco.

—La verdad es que muchas cosas. Quería saberlo todo acerca de ti y de Bayek, de tu tía, del padre de Bayek…

—¿Todo? —le interrumpió Aya.

—Sí, prácticamente todo.

«Y se lo has contado, ¿verdad?». Aya dio un respiro corto a la vez que intentaba canalizar lo mejor que podía toda la frustración que sentía y dejaba a un lado aquella sensación con determinación.

Allí de pie, se sintió alerta, como si Bion estuviera escuchándolas a través de las paredes, a pesar de que aquella era una idea fantasiosa.

«Seguro que se lo has contado todo. No tienes ni idea».

La joven fue a ver cómo estaba Herit y luego se marchó. En la calle, se encontró con Bion. Dio un saltito del susto. Con aquel sobresalto, actuó como cualquiera habría hecho: se llevó la mano al corazón y soltó una tenue risita con la que demostró que lo había reconocido.

—Hola —dijo Bion con una sonrisa.

Cuanto más lo miraba Aya, más le parecía que estaba vacío por dentro.

El hombre señaló con la barbilla por encima del hombro de la joven, y esta, al volverse, vio cómo Nefru se despedía con la mano y volvía a meterse en su casa.

—¿Ya has descubierto todo lo que querías saber? —le preguntó Bion a Aya con una sonrisa fija que se notaba que estaba preparada y que no se iba a ver reflejada en su mirada.

—Sí, gracias.

Recordó lo angustiada que había estado antes y decidió que se iba a permitir inventarse una pequeña excusa:

—Si no te importa, creo que voy a volver a echarme un rato. —Se pasó una mano por la frente—. Aún me siento un poco débil, pero quizá podamos comer algo más tarde.

—Me encantaría —dijo Bion—. Mientras tanto, creo que daré una vuelta por la ciudad. —Señaló hacia arriba—. Además, tenéis unos templos

de renombre.

Tras esto, se separaron.

En cuanto Aya se dio la vuelta, tuvo que evitar estremecerse cuando Bion se acercó a ella y añadió:

—No le has mencionado ni a tu tía ni a Nefru que te encuentras mal, ¿me equivoco?

Ella negó con la cabeza y se sintió desconcertada al no comprender por qué aquel hombre no quería que dijera nada.

Luego, en cuanto entró en su casa, su instinto la llevó a mirar a través de la puerta, desde donde vio a Bion caminando por la calle. Sin embargo, no iba hacia el templo, sino en dirección a la casa de Bayek.

65

Fue triste dejar a Nehi y a Ana. Al estar con ellos me sentía como envuelto en un manto, y no un manto cualquiera, sino uno maternal. Me había acostumbrado a los bamboleos nocturnos del barco. Por el día, cuando me había sentido mejor, había subido hasta la cubierta y me había sentado para observar el bullicio del Nilo, mientras disfrutaba, de nuevo, de todas esas vistas del río que tanto me habían hechizado cuando lo vi por primera vez, muchos años atrás, cuando era un adolescente imberbe que emprendía un viaje para encontrar a su padre. También tuve tiempo para entrenarme, aunque casi sin darme cuenta; el barco resultó ser un desafío interesante para mi equilibrio. Nehi y Ana me enseñaron mucho más de lo que ellos mismos se dieron cuenta durante esos momentos en los que las aguas del río estaban agitadas y yo luchaba por mantener el equilibrio sobre la madera mojada.

Pero el momento había llegado. Tenía que marcharme. Los echaría de menos, pero estaba ansioso por emprender mi viaje. Me despedí de ellos cariñosamente, les agradecí por haberme cuidado hasta que me hube recuperado y les aseguré que siempre tendrían un hogar en Siwa y que, cuando llegasen allí, solo tenían que preguntar por mí, el protector de la ciudad.

—Tendremos muchas ganas de conocer a esa famosa Aya de la que tanto hemos oído hablar —dijo Ana.

—Ya —contesté, y deseé que mi cara no desvelase el temor que sentía ante el hecho de que Aya hubiese podido caer en manos del asesino.

En cuanto tuve la oportunidad, conseguí una yegua en una caravana de la zona y me gasté casi todas las monedas que me quedaban. Cuando emprendí mi expedición por el desierto rumbo a Siwa, mis pensamientos giraban en torno al asesino que llevaba su pañuelo. Unos pensamientos oscuros que me torturaban cada noche. ¿Había matado a Aya?

En un poblado, me acerqué a un mercader y le pregunté:

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Cada día y cada noche desde hace siete primaveras.

—Verás a la mayoría de las personas que pasan por aquí.

—Así es.

—¿Has visto a una chica, a una mujer? Una con aspecto de llevar muchos días viajando por el desierto. Lleva el pelo recogido en unas trenzas, unos pañuelos atados al cinturón, muñequeras y es preciosa.

—Ah, sí, he visto a una chica idéntica a la que me describes. Me trajo un poco de pan.

—Por casualidad no mencionaría que se dirigía a Siwa, ¿verdad?

—Pues el caso es que sí.

El alivio me embargó y estuve a punto de marcharme pero, entonces, algo, quizá el instinto, hizo que regresara hasta el hombre.

—¿Puedo preguntarte una cosa más, sobre otra persona?

Le describí al asesino. Y, en ese momento, un escalofrió me recorrió de arriba abajo cuando el mercader me dijo que ese hombre también había pasado por el poblado, y que también se dirigía hacia Siwa. Un segundo después, ya estaba montado en mi yegua, y me esforcé el doble por llegar a mi hogar.

66

Bion había vuelto y en aquel momento se encontraba sentado en el suelo sobre una estera con las piernas cruzadas, la túnica extendida en su regazo y una copa de vino en las manos. A un lado tenía un plato con migas de pan y, delante de él, Aya lo miraba con detenimiento mientras este comía con la cabeza gacha y unos modales que, según le pareció, debían de ser el resultado de una vida entera como soldado y nómada. Si no hubiera sido por el entrenamiento con Bayek, no habría podido percatarse de los pequeños indicios de que aquel era un hombre que apenas mostraba sus emociones y de los callos típicos de alguien acostumbrado a usar la espada y el arco.

No obstante, poco sabía Aya acerca de aquel extraño de las cicatrices en la cara que tenía como invitado, ya que, pese a que parecía que el hombre había descubierto ya todo sobre ella, no le había contado nada sobre sí mismo. Sin embargo, aquel hecho ya decía mucho de él. Estaba completamente segura de que era el asesino y de que, tras encontrarla a ella, estaba esperando a que llegara Bayek.

Aya cogió su plato y se echó un poco más de vino en la copa. A continuación, arrastró un taburete hasta el otro extremo de la habitación para mantener las distancias con Bion. Luego, se sentó y cogió la copa de vino.

—Bueno, cuéntame tu historia, ¿por qué nunca te has quedado a vivir en algún sitio de manera definitiva? —preguntó la joven. Aquella era la típica pregunta que solían hacer las muchachas en ciudades pequeñas como

Siwa para conseguir cotilleos. Era sencillo adoptar las costumbres de Nefru y, como ella, observar muy atentamente desde las sombras.

—No sé bien qué decirte. Supongo que es porque he pasado muchos años en la Guardia Real, pero cuando era joven estuve viviendo y trabajando en Alejandría, donde me encargaba de proteger a los ricos y poderosos.

Aya se animó un poco cuando mencionó la gran ciudad.

—Mi padres viven en Alejandría —dijo ella, y dejó que la felicidad que sintió al pensar en ellos atravesara la preocupación que había estado escondiendo, así como la capa de confusión que guardaba dentro—. Cuando era muy pequeña, antes de venir aquí con mi tía, vivía allí.

«Aunque posiblemente ya lo sepas», pensó, y, de hecho, él asintió como si fuera consciente de ello, más que de una forma distraída, como cuando uno escuchaba una historia por primera vez.

—Lo cierto es que algún día me gustaría volver —concluyó Aya.

Bion no hizo preguntas al respecto ni abordó ese tema.

—Pues a mí no me gustaría volver —dijo el hombre—, prefiero dejar atrás aquella vida.

—Después de todo, tú y yo somos muy diferentes —añadió la joven, que se sorprendió por el aplomo de su invitado y se dio cuenta de que se había metido en un camino peligroso al comentarlo.

Él asintió y se mostró de acuerdo con Aya.

—Así es, somos muy diferentes, excepto en una cosa muy importante.

—¿Ah, sí? ¿En qué cosa? —preguntó ella con cautela.

A Aya no le gustaba la mirada del hombre. De nuevo, tuvo la sensación de que detrás de sus ojos no había más que vacío; no había nada allí.

—¿Recuerdas cuando en el abrevadero me elogiaste por mi destreza como arquero y me dijiste que mi arco parecía nuevo?

—Sí.

—Lo que te dije de que había sido el mejor arquero de mi compañía era mentira.

—Entiendo.

La joven miró en dirección a la puerta y se preguntó si tendría que salir corriendo, y si podría llegar a la puerta antes de que él la frenase.

—Supongo que ahora tendría que preguntarte por qué me mentiste.

Bion se mordió el labio y dijo:

—Nunca he sido demasiado bueno con el arco. De hecho, mi comandante, Raia, muchas veces se burlaba de mí por ello.

—¿Te sentías humillado?

—No era algo de lo que enorgullecerse, y menos siendo miembro de los *machairophoroi*.

Cuando se dio cuenta de que él había llegado a la conclusión de que ella lo sabía, Aya sintió un hormigueo en el estómago. Entonces, las palabras que intercambiaron empezaron a ser afiladas como cuchillos; en cualquier momento empezaría a correr la sangre. Aun así, ella no dijo nada. Si Bion hubiera querido hacerle daño, ya lo habría hecho.

Aya había estado en lo cierto. «Cebo».

—Eso es todo. No llevo mucho tiempo con el arco y quería mantenerlo en secreto por eso mismo, por orgullo y vergüenza.

—No hay por qué avergonzarse de eso —comentó la joven, que seguía preguntándose a dónde quería llegar Bion, aunque tampoco le importaba demasiado. Al menos, mientras hablaba no hacía nada, y tampoco la iba a matar. Cualquier persona que se acercara podría escucharlo y saberlo—. Nadie, y menos aún yo, te habría juzgado por algo tan insignificante. Lo importante es que aparecieras aquel día en el abrevadero.

—Si casi no necesitaste mi ayuda. Vi que se te daba bien el combate, y por eso me pregunté, igual que ahora, dónde habías aprendido a pelear.

—Mi… —Se detuvo un instante y luego continuó—: Mi amigo Bayek quería que fuera capaz de defenderme durante mis viajes. Fue él el que me enseñó.

—Pues has puesto en práctica sus enseñanzas de una forma extraordinaria. Y, ese tal Bayek, ¿dónde está ahora?

—Ya se lo preguntaste a Nefru, así que ya conoces la respuesta. Me sorprende que ahora me lo preguntas a mí otra vez.

Bion extendió los brazos, como si no fuese a darle una respuesta concreta. Con los ojos hundidos, le regaló una leve sonrisa. Una comprensión tácita de que cada uno había adivinado las mentiras del otro. A Aya le pareció ver un brillo de respeto en sus ojos, pero se negó a pensar

que eso significase algo. Aquel hombre asesinaba a gente porque podía hacerlo. Cualquier otro sentimiento que pudiese tener era insignificante. Si tuviese la oportunidad, mataría a Bayek, después la mataría a ella y, seguramente, acabaría con Nefru, Herit y Ahmose para no dejar ningún cabo suelto. Si fuese necesario para evitar que eso sucediese, seguiría hablando con él hasta que llegase el fin del mundo.

—Eso en lo que nos parecemos —le recordó—. ¿Decías…?

—Te diste cuenta, ahí es donde quería llegar. —Asintió—. Te diste cuenta de que mi arco era nuevo. Creo que recuerdo haberte felicitado por tu observación. Y eso, Aya, es lo que tenemos en común. Yo también soy bastante observador.

Aya no desvió la mirada del hombre, aunque, mentalmente, estaba calculando la distancia que debía recorrer hasta llegar a la puerta. El peso del taburete en el que estaba sentada. La rapidez con la que debía lanzárselo para ganar algo de tiempo.

—¿Por qué tengo la sensación de que quieres llegar a alguna parte con esto?

—Así es.

Aya tragó saliva, recobró el ánimo y sintió un crujido en la habitación. Escondió la punzada de esperanza bajo su miedo y dejó que ese miedo bullese un poco más. Bion quería hablar. Si fuese necesario, ella hablaría con él hasta que el sol dejase de salir cada mañana.

—Pues venga, cuéntame. Era a esto a lo que querías llegar en todo este tiempo, ¿verdad? ¿Qué es aquello que has observado y que tantas ganas tienes de contarme?

—Muy bien, pues —dijo—. Te lo contaré.

Y la miró fijamente, con aquellos ojos oscuros que parecían a punto de atravesarla en aquel mismo instante…

67

Recorrí el desierto montado en mi yegua… mucho más rápido de lo que nunca antes lo había hecho. Azuzaba a mi montura para que avanzase más y más, con la promesa de que, si me llevaba hasta Siwa a tiempo, recibiría agua, avena y todos los gustos que pudiese desear.

Se hizo de noche y nosotros seguimos cabalgando, un jinete y su yegua, y me pasé todo el tiempo aterrorizado de que mi corcel perdiese el equilibrio, corcovease y acabásemos los dos en el suelo.

Y, si eso llegaba a suceder… si de verdad nos estrellábamos contra el suelo…, entonces, ¿de quién habría sido la culpa? ¿Habría sido de la pobre yegua, que estaba exhausta y soltaba espumarajos por la boca, obligada a galopar con la única visión de las últimas luces del día, pero que mantuvo un ritmo constante hasta el último momento, a pesar de que su nuevo propietario no la tratase para nada bien? ¿O habría sido culpa del jinete? Un hombre que casi había perdido la cabeza por una necesidad desesperada. ¿Un hombre con una misión?

Conocía la respuesta a esa pregunta.

Y, al fin, apareció ante mis ojos el agua del oasis de Siwa, iluminada por la luna, y hostigué a mi yegua para que se esforzase y diese un último empujón, un poco más rápido, mientras le prometía toda clase de recompensas, y entonces…

Se cayó. No supe si fue por el agotamiento o porque se le habían doblado las patas delanteras y había tropezado, pero salió despedida hacia delante y, de repente, ambos estábamos en el suelo.

Por unos minutos, me quedé allí tirado, gimiendo. Entonces, me puse boca arriba y comprobé que no tenía ningún hueso roto ni ninguna herida abierta. Para mi gran alivio, estaba perfectamente. A mi lado, mi yegua consiguió ponerse en pie con dificultad y se quedó quieta, con la cabeza agachada. Por suerte tampoco tenía un solo rasguño. La había llevado al límite, pero su recompensa fue llevarme hasta Siwa de una sola pieza.

Estaba agotada, pero yo podía seguir el resto del camino a pie o, mejor dicho, corriendo.

—Gracias, gracias —dije entre jadeos. Saqué a rastras el paquete con mis cosas y, de él, extraje mi espada y mi arco; me los eché a la espalda y empecé mi viaje por el oasis de Siwa. Sobre mí estaba la ladera de Siwa, la fortaleza y los templos, que me observaban con cierta autoridad. Seguí el camino que llevaba hasta el pueblo, moviendo los brazos y las piernas con fuerza, agobiado, pero decidido.

No tuve tiempo para pensar en mi regreso; lo único en lo que podía pensar era en Aya. Me dirigí corriendo a su casa. Respiraba con dificultad y las piernas me pesaban como nunca pensé que podían llegar a pesarme, mientras corría con paso pesado por las calles y las callejuelas que tan bien conocía, pero que jamás había recorrido con una determinación igual.

Entonces llegué a mi destino: la casa de su tía. La última vez que la vi fue la noche en la que me marché de Siwa. Al llegar allí, sentí que me transportaba al pasado, pero no estaba de humor para saborear aquella sensación. En esos momentos, tenía que pensar, debía ser listo; ¿acaso no era eso en lo que mi padre había insistido tanto? Sé prudente. Piensa. Traza un plan.

Me escondí entre las sombras que proyectaban las casas de en frente para recuperar el aliento. En silencio, dejé mis cosas en el suelo, con la mirada fija en la fachada de la casa de Herit. Me di cuenta de que la casa estaba un poco más desvencijada que la última vez que la había visto. Comprobé que llevaba mi espada, toqué la empuñadura de mi daga. Notar su presencia en la cintura me dio fuerzas. Atravesé la calle como una flecha. Me detuve en la entrada de la casa y me quedé escuchando; no estaba seguro de qué esperaba oír. De todas formas, del interior no se oía ni un solo ruido. Pero la casa tenía pinta de estar habitada. Había una esterilla en

la puerta para evitar la entrada de mosquitos y unas telas colgaban de las ventanas. Era imposible que consiguiese rodear la casa hasta la parte trasera. Tendría que entrar por la puerta principal, quisiese o no. Respiré hondo y me colé en la casa.

Oscuridad. Silencio.

Mientras echaba un vistazo por la sala, me di cuenta de una cosa: encima de la mesa había dos vasos. Los cogí para inspeccionarlos. Los habían usado hacía poco tiempo; todavía estaban mojados. Quedaban restos de… vino, por lo que olí. Me pregunté si habrían sido Aya y su tía. ¿Quizá Herit se había recuperado? ¿Podría ser que el asesino no hubiese llegado aún? ¿O sí había llegado a Siwa y estaba esperando el momento adecuado? ¿Quizá el mercader con el que había hablado se había equivocado?

Me centré en el lugar en el que dormían; conocía la distribución de la casa. Solo había una zona para dormir y era probable que Aya la compartiese con su tía. Me quedé allí plantado un momento, mientras vacilaba sobre qué hacer. Por una parte, sería muy embarazoso que me pillasen asomándome a la habitación; pero, por la otra, a lo mejor Aya estaba tumbada al otro lado de la pared: Aya, a la que durante tantos meses había echado de menos. Aya, a quien mi corazón llamaba con gritos de dolor.

«Está bien». Respiré hondo y eché un rápido vistazo por la puerta y en el dormitorio.

Estaba vacío.

Volví a mirar. Seguía vacío. Y, en ese momento, un nuevo presentimiento reemplazó el temor que había sentido. Aya estaba allí, pero no estaba allí. ¿Dónde estaba?

Entonces, tuve una idea y salí corriendo a la calle; ya me daba igual ser silencioso o no. En la casa de al lado vivía la mejor amiga de Herit, Nefru. No creí que se tomaría muy bien que la despertase en mitad de la noche, pero las circunstancias lo exigían. Pero, justo cuando estaba a punto de entrar en la casa, oí unas voces que sonaban en el interior. Una voces que reconocí: Nefru, Herit y… Aya.

En ese momento, me olvidé de los modales y del decoro. Supongo que hasta me olvidé del asesino y de la venganza que quería llevar a cabo por la

muerte de mi padre. De hecho, cuando escuché esa voz, lo único en lo que pude pensar fue en ella. Y, con un grito, el nombre de Aya brotó de mis labios; irrumpí en la casa de Nefru en ese mismo instante. No, es verdad, no fue la entrada más elegante de la historia, pero ya me daba igual: lo único que ansiaba era verla, y la visión que tuve ante mis ojos valía más que el agua, la comida o incluso el aire. Era Aya, que se levantaba de su asiento, con los ojos como platos y la boca abierta de par en par. La sorpresa más absoluta que se reflejaba en su mirada se transformó en un reflejo de mis propios sentimientos, en algo que solo podía describir como alegría.

Oí cómo Nefru decía: «Por los dioses, ha vuelto, mi niña», mientras Herit asentía ante las palabras de su mejor amiga. Pero quedaron en un segundo plano, apenas una distracción, mientras Aya y yo corrimos el uno a los brazos del otro, como el agua que se cierra tras la estela de una nave al pasar.

—Te he echado tanto de menos —me dijo entre besos. Puso las manos alrededor de mi cara y yo no pude hacer más que aceptar sus muestras de cariño.

Detrás de nosotros, Nefru y Herit no paraban de cuchichear y decir cosas sobre el «amor de juventud» y «qué bonito», como si fuéramos unos tortolitos que se acabaran de conocer o unos niños que, con timidez, se estaban dando su primer beso, en vez de una pareja que estaba a punto de casarse y, como me di cuenta en aquel instante, a la que aquella separación temporal les había parecido como morir un poco por dentro.

—Creía que jamás volvería a verte —dije.

Aquella sonrisa sarcástica que conocía tan bien volvió.

—Rabiah me dijo que estaba segura de que nos volveríamos a ver.

—Ojalá yo hubiera podido decir lo mismo —contesté—. Pensaba que habías muerto.

Aya negó con la cabeza.

—No, estoy bien. —Aseguró con una extraña voz de alivio—. ¿Dónde está tu padre?

Al verme en la obligación de contarle que mi padre había muerto, noté cómo, de nuevo, el dolor me atravesaba.

—El hombre que nos había estado buscando durante tantos años nos

encontró, Aya. Nos encontró y nos atacó.

—¿Sabu está muerto? —Palideció—. Lo siento mucho, Bayek.

La cogí por los hombros y le pregunté:

—¿Está él aquí?

Aya se quedó helada. Seguidamente, apretó los puños y, de manera inconsciente, adoptó una posición que los dos habíamos aprendido durante mi entrenamiento: estaba lista para luchar, y yo era consciente de ello.

—Sí —respondió en voz baja.

Detrás de ella, Nefru habló:

—Bayek, el hombre del que habláis es peligroso, ¿verdad?

—No te puedes hacer una idea de cuánto. Además, quiere matarme a mí y a todos los de mi estirpe. Así que, si está aquí, tengo que saber dónde —le dije sin quitarle los ojos de encima a mi futura esposa.

Los ojos de Aya me dijeron todo lo que necesitaba saber. Sin embargo, Nefru, aunque no necesitaba realmente más respuestas, y a pesar de que vio a su joven vecina negar lentamente con la cabeza, preguntó:

—¿Y qué aspecto tiene ese hombre?

La respuesta era tan evidente que parecía hasta que el asesino estuviera en aquella misma habitación. Solo necesité pronunciar la palabra «cicatrices» para que las dos mujeres se pusieran blancas como el papel.

—Ha estado aquí al lado —añadió Herit—. Se llama Bion.

Entonces, se me ocurrió la estúpida idea de preguntar a Aya si estaba bien, aunque estaba perfectamente, o si había sucedido algo. Pero no, por lo menos no estaba herida físicamente. No le había hecho nada, ya que me había estado esperando a mí. Yo era la presa.

—¿Dónde se encuentra ahora? Porque aquí no está.

—No estoy segura —comenzó a decir Aya—. No…, pero, Bayek, creo que podría…

Y pensé: «La estirpe».

—Mi madre —pronuncié de repente, y solté a Aya. Entonces comprendí por qué había adoptado la posición para entrar en combate—. Por todos los dioses, mi madre.

Inmediatamente después, salí corriendo a la calle con Aya detrás de mí.

—¡Bayek, para! —gritó ella—. ¡No la matará a menos que tú estés allí!

—¡Tenemos que darnos prisa! —exclamé yo sin dejar de correr.

—A mí no me mató debido a que tú no estabas. Me dijo que esperaría.

Cuando dijo eso, casi tropecé, y Aya aprovechó para alcanzarme.

—Además, no dejaré que te encargues de él tú solo —agregó.

Vi cómo los vecinos salían por las ventanas y las puertas de las casas a nuestro paso, pero no tenía ni el tiempo ni las ganas de hablar más bajo para no molestarlos.

—No sabes bien cómo es ese hombre —dije yo.

—Eso lo dirás tú.

—Ha adquirido…

—Destreza con el arco, ya lo sé. Ya te he dicho que he hablado con él.

Aquello me volvió a pillar desprevenido, aunque era verdad que me lo había dicho. Aya utilizó aquella pausa para repetirme que iba a ir conmigo.

Por supuesto, Aya tenía razón. Lo demás daba igual. Bion había hecho estragos en mi padre y en mí, dos *medjay*, pero, en toda Siwa, solo había una persona que había entrenado tan duro como yo durante tantos años: Aya. No teníamos ningún plan, pero con que estuviéramos los dos juntos, podía bastar. De pronto, lo vi muy claro, y la simple idea de ir sin ella me pareció absurda.

En seguida, mientras corríamos el uno al lado del otro, y a pesar de la situación, ella me sonrió, consciente de que había tomado la decisión correcta.

—Espera ahí un momento. —Y se fue corriendo a su casa.

Instantes después, volvió junto a mí con su espada y, mientras seguimos ascendiendo por la ciudad hacia mi casa, se abrochó las muñequeras.

Durante años había deseado volver a ver a mi madre, pero lo único que había conseguido había sido llevar la muerte hasta ella. ¿Podría llegar a perdonármelo alguna vez si llegaba demasiado tarde? Supe la respuesta en cuanto Aya y yo nos detuvimos delante de mi casa.

De nuevo, mi antiguo hogar pareció alzarse con desdén hacia mi persona. La verdad es que siempre me había intimidado aquel lugar por la simple razón de que dentro estaba mi padre. Aun así, seguía siendo mi casa, el lugar en el que había vivido. Eso sí, en aquel momento, la situación era muy diferente, de modo que, cuando Aya y yo nos detuvimos y nos

miramos el uno al otro, nos preguntamos qué iba a suceder a continuación; en aquel momento, para mí aquel lugar era más un campo de batalla que un hogar.

Después de todos aquellos años que habíamos pasado juntos entrenándonos, Aya y yo habíamos llegado a crear tal conexión entre nosotros que no nos hacía falta ni hablar para comunicarnos. Entonces, hice uso de aquella conexión para indicar que debíamos guardar silencio y que ella debía ir a la parte trasera de mi antigua casa. Yo, mientras tanto, fui hasta la entrada principal con el corazón latiéndome a toda velocidad.

Nuestra puerta era mucho más robusta que la de cualquier otra casa en Siwa. Mientras recordaba el chirrido que había hecho las veces que me había escapado de allí cuando era más joven, intenté abrirla sin mucho éxito.

Si Bion estaba allí, ¿estaría esperándome? Fuera como fuera, el tiempo era crucial, así que debía entrar, y debía hacerlo sin más demora.

¿Me estaría precipitando al actuar sin aún estar preparado, como siempre me había estado advirtiendo mi padre? Probablemente, pero en aquel momento no estaba solo: Aya me acompañaba.

68

Supongo que una parte de mí había esperado que el lugar estuviera vacío, como había sucedido en casa de Herit. Sí, deseaba enfrentarme y frenar de una vez por todas al asesino, pero, por encima de eso, deseaba que mi madre estuviera bien.

Mi antigua casa estaba tal y como la recordaba, no había cambiado nada. No sé qué esperaba encontrar allí, pero, desde luego, lo primero que vi fue a Bion. Allí estaba el jinete, el arquero, el espadachín, el hombre que había matado a mi padre y que tenía como misión matarme a mí también.

Sin embargo, el que estaba allí era alguien muy diferente del agresor en el que estaba pensando. La última vez que lo había visto había atravesado a mi padre con su espada y, aunque él mismo había acabado malherido y empapado con su propia sangre, había salido victorioso, razón por la que me había parecido una persona imponente.

No obstante, en aquel momento era muy distinto.

Estaba sentado en un taburete con las piernas separadas y parecía mirar a su regazo. O al menos eso fue lo que creí al principio, hasta que me percaté del trozo de metal que llevaba en la mano. Era una hoja corta: un puñal. Mientras que yo llevaba mi espada en la mano, la suya colgaba del cinturón. Aun así, estaba tan preocupado por mi madre que evité entrar en acción para sacarle ventaja y me limité a observar con mucho cuidado la habitación para asegurarme de que mi progenitora no estaba allí.

Bion era consciente de mi presencia, ¿cómo podría no haberse dado cuenta? Aparte de él y de mí, no había nadie más allí, y cada ruido en aquel

espacio vacío sonaba como una jarra cayendo al suelo. Aun así, no cambió su semblante ni un ápice, como si no hubiera reconocido mi llegada. Lo único que había allí eran él, el taburete, el puñal y, dentro de mí, un sentimiento de furia vengativa que cada vez iba a más, así como de que estaba allí para corregir todo lo malo que había sucedido a orillas del río Nilo.

Entonces, levantó la mirada hasta encontrar la mía.

—Hola, *medjay* —dijo con voz tenue.

La rotundidad del saludo no dejó lugar a dudas de cómo iban a desarrollarse los acontecimientos. Entonces lo supe: había llegado la hora.

Me abalancé hacia él, crucé la habitación con dos veloces zancadas y dirigí mi espada hacia su desprotegido costado izquierdo. El problema fue que se había anticipado y, cuando fui a por él, ya se había levantado y había desenvainado la espada de un movimiento de imposible rapidez, y más teniendo en cuenta lo absorto que parecía cuando había entrado en la casa.

Nuestras espadas chocaron un par de veces, di un paso atrás y, mientras cambiaba de posición, vi que él hacía lo mismo.

«Padre, espero que ahora estés con los dioses y que me estés observando, igual que Tuta. Pase lo pase, quiero que sepas que estoy haciendo esto por ti, por los *medjay* y por mi familia. Si eso implica que vaya a morir, al menos lo haré aquí, en mi casa, y para defender a mi seres queridos».

«Madre», pensé en ella. Como si hubiera leído mis pensamientos, Aya apareció por la puerta de detrás de Bion y dijo con lágrimas de alivio en los ojos:

—Bayek, está bien, aún vive.

El asesino de la Orden primero me miró a mí y después a Aya; ¿me lo había parecido o se le iluminaron los ojos cuando la vio a ella, como si su mirada hubiera perdido dureza y luego en ella hubiera aparecido más emoción? Fuera como fuera, algo en él había cambiado. Seguía siendo tan implacable como antes, pero había algo diferente.

Aya estaba allí con su espada en la mano y, cuando vi que Bion volvía a cambiar de posición para enfrentarse a ella, tuve la sensación de que había hecho sus movimientos con un poco de torpeza. ¿Sería a causa de la herida

que le había infligido en el combate que tuvimos junto al Nilo? ¿Era el asesino que tenía en frente menos fuerte y eficaz que el hombre contra el que había luchado aquel día?

Miré a Aya y le hice una señal dándome un golpecito en el costado.

Bion se fijó en el gesto. Al comprender lo que significaba, levantó la mano en la que llevaba el puñal para protegerse de ese lado. Al mismo tiempo, Aya se había estado moviendo hacia un flanco para acercarse a él desde un lugar que estuviera fuera de su campo de visión. Me dirigió un rápido asentimiento con la cabeza y, de un solo movimiento, nos abalanzamos a la vez para atacarle.

Nuestras espadas se encontraron. La pelea había comenzado.

No malgastamos nuestras energías en hablar con el asesino ni en insultarlo, pues sabíamos que iba a ser inútil. Nos aproximamos a él tras haber llegado, sin proferir palabra alguna. Le atacamos con la espada uno cada vez para cansarlo hasta encontrar su punto débil. Entonces, iríamos a por él los dos a la vez como una serpiente de dos cabezas.

Sin embargo, el asesino era rápido y muy hábil. Me alcanzó en el hombro con la punta de la espada. Noté la sangre caliente corriendo por el brazo, pero, afortunadamente, no me dolía el corte. En seguida le respondí por la herida que me había hecho intentando darle una estocada en el costado, justo por encima de donde le había clavado el cuchillo la otra vez junto al río. Se inclinó hacia atrás y evitó mi ataque, pero Aya le dio en el muslo. La sangre empezó correr por su pierna, así como por el suelo que pisaba.

Me di cuenta de que torcía un poco el pie cada vez que quería modificar su postura, para comprobar su agarre. Era bueno, muy bueno.

Pero nosotros también éramos buenos. Y éramos dos, no uno. Y, a pesar de que los ataques de su espada eran tan fuertes como recordaba, yo me sentía capaz de bloquearlos con mi arma.

—Has mejorado —dijo, pasados un par de minutos.

—Lucho con todo mi corazón. Lucho para vengar la muerte de mi padre.

Pero, entonces, ocurrió algo y maldije para mis adentros. Mi madre había aparecido en la puerta de su habitación. Vi cómo se tapaba la boca

con las manos para ocultar un grito ahogado. No era exactamente el modo en que me había imaginado que le daría la noticia.

—Y para vengar a tu credo. ¿Verdad, *medjay*? —preguntó el asesino. Frío y despiadado. Fuese lo que fuese lo que había visto antes, había desaparecido.

—También, sí.

Nuestras espadas chocaron. Metal contra metal, un baile constante y sin fin por toda la sala; las túnicas empapadas con la sangre y el suelo resbaladizo por culpa del mismo líquido de color carmesí.

—Y, si lo consigues, si consigues vengar a tu padre… ¿después qué? —preguntó. Pronunciaba las palabras entre jadeos y, aunque mantenía una apariencia impecable de cara al exterior, me percaté de que se estaba cansando. El asesino siguió hablando—: No habrá más que asesinatos y más asesinatos. Llegará el día en el que estarás tan cansado de ellos como lo estoy yo ahora. El día en el que sentirás el mismo asco por tu propio reflejo. Al menos me han dicho que el resto de personas se sienten así.

—La diferencia entre tú y yo es que tú matas por el simple placer de matar —respondí—. Yo quiero ayudar a construir un Egipto mejor.

Mis palabras sonaron bien. Sólidas.

De repente, sonrió; una sonrisa retorcida, sardónica.

—El problema que compartís, tanto la Orden como los *medjay*, es que todos os creéis que estáis ayudando a construir un Egipto mejor. Todos pensáis que vuestra manera de hacer las cosas es la única manera que existe. Y, mientras estáis todos demasiado ocupados teniendo razón, los cadáveres se van amontonando.

—Pues suelta la espada y acaba con todo esto, asesino a sueldo. Te prometo que te daré un final rápido.

Nuestras espadas chocaron de nuevo. Ambos intentábamos encontrar un fallo, una forma de atravesar las defensas del otro, mientras Aya también lo atacaba. Consiguió asestarle dos golpes rápidos, tras los que se ganó una mirada llena de odio y un ataque que consiguió esquivar en el último segundo. Me precipité de nuevo a la lucha.

—No puedo hacer eso que me pides, *medjay*. Por mucho que quisiese.

—Tienes que acabar con toda la estirpe, ¿no es así?

Bion asintió.

—Todos los presentes en esta sala tienen que morir.

—Aya no —repliqué.

—Aya también.

—¿Por qué? No tiene sangre *medjay*.

Bion la miró y se dirigió a ella cuando preguntó:

—¿No lo sabe?

Aya me miró al instante y en sus ojos vi preocupación. «¿Qué quería decir el asesino?». El miedo se asentó en mi estómago.

«No te desconcentres», recordé. «Eso es justo lo que quiere». Y, por un momento, el enfrentamiento se detuvo, mientras los tres nos mirábamos en círculo. Detrás del asesino vi la silueta de mi madre, todavía en la puerta de su cuarto, pero me negué a que su presencia me distrajese.

—¿Sabes a qué se refiere? —le pregunté a Aya sin desviar la mirada de Bion, con la espada en alto, preparada para atacar.

—No dejes que desvíe tu atención —respondió. Al entender cuál era la táctica del asesino, había recuperado la compostura.

—Eso no va a pasar.

—Solo es que no he encontrado el momento indicado, nada más, no es que quisiese eludir el tema —me aseguró—. No te estoy escondiendo nada, Bayek.

—Está embarazada de tu hijo, *medjay* —añadió Bion, y saltó sobre mí.

Era innegable que sus palabras me habían afectado y me habían golpeado como si fuesen un puñetazo en el estómago. De fondo, oí el grito ahogado de Aya, asustada. Pero, a pesar de la noticia, fui capaz de esquivarlo y perdió cualquier ventaja que esperase ganar cuando nos recolocamos en nuestras posiciones. Me permití esbozar una sonrisa, consciente de que me había impuesto a mi rival. ¿Acaso se suponía que la noticia del embarazo de Aya tenía que debilitarme? ¿Esperaba el asesino pillarme con la guardia baja?

En todo caso, su estratagema había fracasado. Todo lo contrario: me sentía más fuerte, más seguro de mí mismo. Lleno de esperanza. De esperanza de que tuviese razón. De que, aunque en esos momentos solo hubiese sido una estratagema, más tarde pudiese ser una verdad. Luchaba

por algo más que por los *medjay* y por mi padre. Lo ataqué con mayor intensidad y Aya no se quedó atrás.

Y tal y como, en la orilla del río, había mirado a mi padre y había visto su inminente derrota, en ese momento la vi en Bion. Sus movimientos defensivos eran más desesperados, menos disciplinados. Estaba pálido y el sudor le perlaba la frente. Se había equivocado. Lo que siempre había considerado una debilidad era una fortaleza.

Pero era un soldado, un guerrero, un asesino con una misión que cumplir. La derrota no estaba en su vocabulario. Y eso lo convertía en una persona peligrosa.

Como si quisiese darle forma a mis pensamientos, ejecutó su movimiento. Aya se había acercado demasiado, quizá envalentonada por el desarrollo de la lucha y Bion fintó, se abalanzó sobre ella, la cogió y la colocó delante de sí mismo, como un escudo.

Y, con ese movimiento, se volvieron las tornas. En esos momentos en los que tenía a Aya prisionera entre sus brazos, con la hoja de su arma en su cuello, él era el que se había impuesto a nosotros.

69

Me quedé helado. Escuché la palabra: «¡No!», y me di cuenta de que había salido de mi boca. Aya se había puesto tensa, con la barbilla alzada, con la hoja de la espada de nuestro enemigo colocada sobre su cogote. Despacio, vi cómo mi novia inclinaba su espada; supe qué movimiento se estaba planteando llevar a cabo y un escalofrío me recorrió la espalda. Si conseguía clavar la espada entre ellos dos, en el lugar indicado, quizá podría sobrevivir. O no. El asesino me miró por encima del hombro de Aya, con una fría mirada despiadada, que reflejaba un dolor y una angustia interminables, de los que era tanto verdugo como víctima. En cambio, los de Aya reflejaban amor y determinación. Y a pesar de que no quería hacerlo, sabía que lo haría.

Vi que el brazo del hombre se tensaba, a punto de atravesarle la garganta a Aya con la hoja de la espada. Ella inclinó su espada un poco más, peligrosamente lista. Alargué la mano en busca de mi puñal en lo que, era consciente, era un movimiento inútil, y entonces…

Los ojos del asesino se abrieron de par en par y se le desencajó la mandíbula. La mano que sujetaba la espada se relajó y, un segundo después, la hoja chocó contra el suelo con un estrépito. La espada de Aya también se separó de su dueña. Me precipité hacia ellos para coger a Aya mientras el asesino se tambaleaba; a Aya le costaba respirar y volvió la cabeza para mirar hacia atrás. Vi el cuchillo incrustado en la espalda del asesino… y a mi madre de pie tras él, con el brazo todavía en alto.

—Dile a mi marido que he sido yo —dijo mi madre a Bion, mientras lo

observaba con la mirada consumida en llamas de venganza; el asesino se cayó de rodillas y, después, se desplomó hacia un lado. Cayó sobre la piedra y dejó escapar un suspiro que reconocí como el preludio de la muerte.

El silencio reinó en la habitación mientras el peligro parecía desvanecerse. Mi madre estaba furiosa, con una expresión feroz. Me acordé de la noche en la que había asesinado a uno de los hombres de Menna para defender a su familia. Por un segundo, me pareció casi imposible que por fin todo se hubiese acabado, pero así era: nuestro enemigo yacía en el suelo, derrotado ante nosotros.

Los pies del asesino golpearon sin fuerza el suelo. Intentó hablar. Vi cómo me suplicaba con la mirada y saqué mi cuchillo para acabar con su vida de una vez por todas.

—Bayek, ten cuidado —me advirtió Aya.

Yo asentí, me acerqué con mucha cautela a Bion y me agaché junto a él. Aya se puso de rodillas a mi lado, consciente de que todo estaba a punto de acabar. En los ojos del asesino se vio reflejado que aceptaba la derrota, aunque también podía ser que aquello que percibí fuera alivio de que todo se hubiera terminado. Curiosamente, parecía que se estuviera preguntando qué iba a pasar después.

Sin embargo, antes de marcharse para siempre, quiso decirme algo y, con los dedos, me indicó que me acercara, cosa que hice con el cuchillo preparado. No estaba tan seguro de que no fuera a hacerme nada.

—Enhorabuena, *medjay* —dijo, respirando con dificultad.

—¿Vendrán más asesinos?

La sangre empezó a manar de su boca, por lo que cada palabra que pronunció justo después le supuso un esfuerzo inmenso:

—El que me ha contratado se llama Raia. Lo podréis encontrar en Alejandría. Quería que yo diera caza por él a los *medjay* para conseguir una mejor posición dentro de la Orden. Solo él sabe de mi existencia. Los pergaminos que alertaron a la Orden de vuestros planes los descubrió su superior, al que asesinaron por órdenes del mismo Raia. Haced lo que queráis con esta información.

—¿Él conoce mi paradero? —pregunté.

Bion miró a Aya, que estaba arrodillada a mi lado, y luego me miró a

mí. Abrió la boca y me pregunté si iría a disculparse por todas las desgracias que había causado, pero entonces me di cuenta de que no iba a hacer eso, pues, al fin y al cabo, no era algo propio de él. Lo que estaba en su naturaleza era matar, morir, y llevarse consigo al más allá a los demonios que le habían estado persiguiendo durante su vida, fueran cuales fueran. Y eso fue lo que hizo.

Bion, el asesino que nos había estado buscando durante tantos años, cerró los ojos, exhaló su último aliento y, con esto, la paz nos inundó.

Me levanté del suelo con la sensación de que había cumplido mi primera misión, no solo como protector de Siwa, sino como *medjay*.

EPÍLOGO

A pesar de todo lo que había dicho y me había prometido en el pasado, unos meses después estaba en Alejandría, en la puerta del hogar de un hombre al que conocía como Raia, cuyo nombre había recibido de los labios de un asesino moribundo que habían enviado a asesinarme a mí, a mi madre, a mi futura mujer y al niño que esperábamos juntos.

Tras su muerte, Aya y yo nos casamos. Nuestro hijo acababa de nacer, un hermoso bebé al que llamamos Khemu. Nefru había estado más que contenta al adivinar que Aya estaba en estado antes que todos nosotros; mencionó los mareos de Aya y su reacción ante el olor de los aceites que el médico les había recetado para curar a su tía. Aunque, como era de esperar, se arrepentía de habérselo soltado a la mitad de los habitantes de Siwa y al asesino que nos daba caza antes siquiera de pensar en decírselo a la futura madre. No pasaba ni un solo día en el que la presencia de Khemu no nos alegrase la vida: unas manos diminutas que se extendían para cogernos la cara. Tanto amor, incondicional, tan sencillo y puro. Me cogía de la nariz y me acercaba a él en busca de besos y arrumacos. En esos momentos, miraba a mi hijo y me preguntaba si mi padre, cuando yo era pequeño, había hecho lo mismo conmigo. Supe que al mirarme había querido protegerme del mundo. Y entendí muchísimas cosas.

Y, así, empezó de nuevo mi vida en Siwa. Era el protector de la ciudad. Por supuesto, era consciente de que Aya no había abandonado sus sueños de regresar un día a Alejandría, pero había preferido no acompañarme cuando me había marchado de nuestro hogar tres semanas atrás. La próxima vez iría con ella, ya que deseaba mucho ver a sus padres y que estos nos conocieran a mí y a Khemu. Es posible que hasta yo esperara ese momento

con ganas.

Me costó un poco, pero al final encontré a Raia. O por lo menos su casa. Cuando llegué, me escondí entre los matorrales que había en frente y esperé allí. Sabía que, en cuanto lo viera, tendría que decidir si matarlo en ese preciso instante o si quedarme toda la vida mirando a mis espaldas, inquieto por si venían más asesinos a por mí, así como a por Aya y nuestro hijo.

En realidad, no tenía elección.

Esperé durante horas hasta que, por fin, apareció. Iba vestido con elegancia, tal y como había imaginado. Caminaba con la que supuse que sería su esposa un poco por detrás de él y, justo después de esta, sus dos hijas.

Debían de tener una edad similar a la que teníamos Aya y yo cuando nos marchamos de Siwa por primera vez, hacía muchos años. Los observé acercarse a la entrada de la casa y me empecé a preguntar cosas acerca de aquella familia mientras esperaba el momento oportuno.

No faltaba mucho para que se hiciera de noche y que la oscuridad pudiera ocultar mi presencia cuando me acercara. Nadie sabría qué había pasado hasta que no se despertaran a la mañana siguiente. Había tomado una decisión.

Iba a mantener a salvo a mi familia y a todo Egipto.

Agradecimientos

Quería darles las gracias especialmente a Andrew Holmes y Ann Lemay

Y también a…

Yves Guillemot
Alain Corre
Laurent Detoc
Geoffroy Sardin
Anouk Bachman
Aymar Azaizia
Antoine Ceszynski
Maxime Durand
Anne Toole
Elena Rapondzhieva
Jean Guesdon
Alain Mercieca
Etienne Allonier
Matthieu Bagna
Andrien Gbinigie
Cecile Russeil
El departamento legal de Ubisoft
Clément Prevosto

Justine Toxé
Jillian Taylor
Elizabeth Cockeram
Caroline Lamache
Anthony Marcantonio
Victoria Linel
Francis Tallec
Julien Fabre
Clémence Deleuze

Diseño de cubierta: Liu «Sunsetagain» Yan

ANTON GILL (Ilford, Reino Unido, 1948), también conocido por el seudónimo de «Oliver Bowden», es un novelista e historiador del Renacimiento que actualmente vive en París, Francia. Bowden ha escrito novelas de varias de las entregas de Assassin's Creed.

Criado en Londres, Gill es hijo de padre alemán y madre inglesa. Se educó en el Chigwell School y Clare College —donde se graduó en literatura inglesa—, Cambridge, trabajando en teatro y televisión. Comenzó como escritor de tiempo completo en 1984 y hasta la fecha ha escrito más de 30 novelas.

Está casado con la actriz Marji Campi. Además de en París, pasa parte de su tiempo en Londres.

La temática principal de sus libros es histórica, escribiendo tanto libros estrictamente históricos así como de ficción.

Gill publica bajo otros dos seudónimos: Antony Cutler y Ray Evans.